Gemma Herrero Virto
LA PROFECÍA
DEL
TRAIDOR
TRILOGÍA DE KAYNE II

Trilogia de Kayne

La profecia del traidor

Gemma Herrero Virto

Copyright 2021 Gemma Herrero Virto

Título: Trilogía de Kayne II: La profecía del traidor Autor: Gemma Herrero Virto Revisión: Laura Duque Jaenes Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)
Página web : www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean Instagram: gemma_herrero_virto Copyright de la presente edición: © 2021 Gemma Herrero Virto Fecha de publicación: 19 de noviembre de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Y un barquito de vela
Y un viento de levante
Pa llevarte a todas partes…

Para mis compis del Benalmadena Party.

Gracias por esos días.

ÍNDICE

Capítulo uno

Capítulos dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capitulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta
Epílogo
Agradecimientos
Medios de contacto
Otras obras de la autora

EBONA
Aquea
ANGLYA
Antius
Engus
Valoria
VRSYA
Urul
Dalgsa
OLVASUS
Olmar
Irana
Curus
ERENEVS
Estea

Capítulo uno Cuando nos detuvimos frente a las puertas del dormitorio de la princesa, Sirtha se colocó frente a mí, me dio un par de golpes en los laterales de los brazos para infundirme ánimos y después, sacó un afilado puñal de su vaina y me lo colocó en la mano.

—¿Para qué quiero esto? —pregunté mientras lo miraba como si no supiera muy bien cómo se utilizaba.

—Para convencer a Thaeba de que te conceda los dos deseos que te quedan —explicó Sirtha frunciendo el ceño ante mi pregunta—. ¿Es que crees que lo va a hacer de buen grado?

—Según pensamos, es un *djinn* y está sujeta a mi voluntad hasta que me conceda esos dos deseos.

—Sí, pero los *djinn* no son como en los cuentos —Sirtha resopló. Parecía molesta al tener que explicarme cosas tan obvias—. Son malvados e intentan tergiversar los deseos de sus víctimas para hacerles desgraciados. Además, Thaeba solo tiene parte de sangre de *djinn* y, por lo que sabemos, su parte humana es diabólica y retorcida y está obsesionada con la destrucción de Anglya, así que ten mucho cuidado con lo que deseas y cómo lo pides.

—Ya lo hemos hablado y creo que está muy claro —dije molesto ante su tono paternalista—. Voy a desear la resurrección de mi hermano y la muerte de Chardha. No veo muchas maneras de tergiversar eso.

—¿Podríamos dejar la charla para luego y movernos? —intervino Hal enfadado—. Esto no es una fiesta. Nos van a pillar si seguimos parados aquí.

Tuve que reconocer que el niño tenía razón. Había conseguido sacarnos del laberinto en el que habíamos estado ocultos durante cinco días y meternos en el palacio por pasadizos que ni siquiera conocían sus propios residentes. Después, aprovechando la quietud de

la madrugada, nos había guiado hasta las puertas del dormitorio de la princesa. Todo en aquel plan había resultado perfecto, pero, si seguíamos parados frente a sus puertas, alguien acabaría descubriéndonos tarde o temprano. Teníamos que ponernos en movimiento. Tomé una profunda bocanada de aire y me coloqué de cara a las puertas. Puse la mano en el picaporte, pero, justo antes de bajarlo, volví a girarme hacia Sirtha.

—¿No quieres entrar conmigo? —pregunté nervioso.

—No, Kayne. Esto tienes que hacerlo tú —contestó ella—. Es fácil. Entras, pides los dos deseos y, cuando te los conceda, le rebanas el pescuezo con el puñal que te he dado, vuelves aquí y escapamos de palacio. —Volvió a darme unos golpes en el hombro para animarme —. Es fácil.

Yo no lo veía fácil en absoluto. Todo en aquel plan me daba miedo. Aunque se lo acababa de negar a Sirtha, me asustaba la perspectiva de pronunciar mal mis deseos y estropearlo todo. Y también me preocupaba esa parte del plan en la que yo tenía que cortarle el cuello a Thaeba. No me veía capaz de matar a una persona a sangre fría, por muy mal bicho que hubiera demostrado ser. Sin embargo, no podía decírselo. Mis compañeros confiaban en mí. Se habían quedado ocultos en aquel palacio, sabiendo que se había puesto precio a sus cabezas, por mí, para apoyarme en mi loco plan de tratar de devolverle la vida a mi hermano. Me habían ayudado a encontrar un modo de llegar hasta Thaeba e incluso habían diseñado una ruta de huida. Tan solo habían dejado en mis manos la tarea de pronunciar los dos deseos que me quedaban. Yo era el único que podía llevar a término aquella parte del plan. No podía fallarles.

Asentí de nuevo y, sin pensarlo más para no dar tiempo a mi miedo a invadirme y paralizarme, bajé el picaporte, abrí las puertas y entré en la estancia. Ni siquiera me giré para echar un último vistazo a mis compañeros y hacerles algún gesto que les sugiriese que todo iba a salir bien. Sabía que, si les miraba, volvería a sentir ganas de suplicarles que no me dejaran solo.

Cuando cerré a mi espalda, me quedé quieto durante un par de minutos para dar tiempo a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra de la habitación. El cuarto era muy diferente a los del castillo de Anglya, con sus ventanas cerradas y su enorme chimenea para evitar el fresco de la noche. El clima en Olmar era mucho más suave, por lo que la habitación se abría a un amplio balcón desde el que llegaba la brisa nocturna mezclada con el perfume a azahar de los jardines. Colocada frente a aquel balcón estaba la cama de Thaeba. De su dosel colgaban cortinas de seda que oscilaban con el aire. Tras

aquellas telas vislumbré su figura dormida entre sábanas y cojines de raso. Me acerqué a los pies de la cama y contemplé extasiado su cuerpo, apenas cubierto por velos translúcidos. Su cabello, tan largo, oscuro y ondulado, se desparramaba sobre las almohadas. En cuanto lo contemplé, sentí que me moría por acariciarlo, que no habría seda, raso ni terciopelo que se le asemejara en suavidad. Mis ojos se detuvieron en su rostro, en aquellas pestañas tan largas que daban sombra sobre sus mejillas sonrosadas, en aquellos labios tan brillantes y suaves… Intenté controlarme, pero fue imposible. Me parecía escuchar una voz en mi cabeza que me gritaba algo sobre planes y deseos, algo sobre que Thaeba era malvada y que no podía confiar en ella… Era todo tan ridículo. ¿Cómo iba a ser malvada una criatura tan deliciosa? ¿Cómo no iba a fiarme de ella? ¿Cómo no iba a poner mi vida en sus manos? En aquel momento, habría muerto tan solo con que ella me lo ordenase. Solo quería besarla. Todo lo demás me daba igual.

Sin poder ni querer evitarlo, abandoné toda precaución. Ya no me importaba que ella se despertara, así que me subí a la cama y repté hacia ella sin poder apartar ni un solo segundo la mirada de aquel rostro que me robaba la respiración. Ella debió de notar mi presencia, porque abrió los ojos. El brillo de su mirada iluminó la estancia. No se asustó ni gritó. Al contrario… Sus labios se curvaron en una dulce sonrisa dedicada solo para mí. Me había estado esperando y se alegraba ante el regreso de su amante. Se incorporó en la cama y alargó una mano para rozar mi mejilla con una caricia que me calentó el alma.

—Kayne, mi vida… —dijo en un susurro—. Estás aquí.

—He venido por ti, mi amor. —Algo en mi cabeza me decía que aquello no era del todo cierto, que había algunos matices importantes que yo debería tener en cuenta, pero el brillo de sus ojos hizo que ignorase aquellas señales de alarma—. Estar sin ti este tiempo ha sido una tortura. No volveré a separarme de tu lado.

—Yo también te he echado tanto de menos, mi amor…

Thaeba puso una mano en mi pecho y empujó con suavidad para que yo me tumbara sobre la cama. Después, se colocó a horcajadas sobre mi cuerpo, se inclinó hacia mí y me besó. Sentir el calor de su piel junto a la mía, la suavidad de sus labios, el sabor de su boca… Todo aquello me enloqueció y me llevó al éxtasis. Aquella cama era el paraíso, aquella mujer era la diosa a la que quería rendir pleitesía eterna, aquellas piernas eran la prisión de la que no querría escapar nunca… Las señales de alarma de mi cabeza intentaron sonar con más fuerza cuando me quitó el puñal de la mano para dejarlo sobre una

mesilla y empezó a atar mis muñecas al cabecero de la cama usando las sábanas. Supongo que ella notó la duda en mis ojos, porque negó con la cabeza mientras me dirigía otra dulce sonrisa. Colocó su dedo índice sobre mis labios para pedirme que no protestara.

—Esto es un castigo por haberte mantenido alejado de mí durante tanto tiempo —susurró con una voz tan cálida y sensual como para hacer que todo mi cuerpo se estremeciera—, pero no te preocupes. Mi castigo te gustará.

Yo asentí. En aquel momento era su esclavo más fiel. Habría hecho cualquier cosa por ella. Cuando terminó de atarme, deslizó su mano por mi camisa entreabierta, haciendo arder mi piel con su solo contacto y, mientras me dedicaba una mirada que era a la vez seductora y cruel, se retiró de encima de mí y se bajó de la cama.

—¿Dónde vas? —pregunté con la voz cargada de dolor. La ausencia de su contacto me dolía como una herida abierta—. No me dejes.

—Será solo un minuto —contestó ella tras girarse para lanzarme una mirada pícara—.Voy a encender unas velas. Quiero verte. ¿Es que tú no quieres verme a mí?

Yo no necesitaba más luz que la de sus ojos. Me parecía que su piel brillaba con una tenue claridad dorada en aquella penumbra. Tan solo quería volver a sentirla sobre mí, volver a notar el peso de su cuerpo sobre el mío, la caricia de su piel, el fuego abrasador de sus labios… Pero no dije nada de eso, porque habría estado de acuerdo con cualquier cosa que ella sugiriera, así que me limité a asentir.

—Cierra los ojos, mi amor —me ordenó—. Voy a prepararte una sorpresa.

Obedecí de inmediato e imaginé que iba a quitarse la ropa y que, cuando me ordenase que volviera a mirar, estaría desnuda frente a mí, con su piel dorada brillando a la luz de las velas. Sin embargo, cuando cerré los ojos, sucedió algo extraño. La excitación no se incrementó al imaginar su cuerpo desnudo y anticipar la noche de lujuria que íbamos a compartir. Mi deseo desapareció, mi amor por ella se desvaneció en cuanto dejé de mirarla. Aquella voz que había estado desgañitándose dentro de mi cabeza, gritándome mensajes de advertencia que yo había desoído, subió de volumen hasta ocupar mi mente por completo. Recordé que había acudido a aquella habitación armado con un plan y un puñal y que en aquel momento me encontraba atado a la cabecera de la cama de mi enemiga mientras ella se marchaba. Abrí los ojos y tiré de mis ataduras para intentar liberarme, pero fue inútil. Los nudos estaban bien hechos y, en cuanto volví a contemplar la figura de Thaeba, que se dirigía resuelta a la puerta de la habitación, mi voluntad volvió a quedar anulada. El grito

de protesta que iba a proferir murió en mis labios y mi cabeza volvió a caer sobre los mullidos almohadones, donde me quedé en silencio, contemplándola con cara de adoración. Ella se giró durante un segundo, con una expresión burlona y cruel en su angelical rostro, mientras abría la puerta del dormitorio. Estuve a punto de advertirla del peligro, pero no me dio tiempo.

Capítulos dos En el umbral de la puerta se dibujó la figura de un enorme bárbaro de cabellos rubios. Bryt ni siquiera se detuvo a tratar de entender la escena que había aparecido ante sus ojos. Le dio igual no saber por qué Thaeba estaba libre y a punto de marcharse mientras yo yacía en su cama atado al cabecero. Sin preguntar nada, lanzó su puño derecho contra la delicada mandíbula de mi amada, que se desplomó como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—¡No! —grité yo, desesperado—. ¿La has matado?

—No creo. Le he dado suave…

Bryt se acuclilló al lado del cuerpo inerte de la princesa para buscarle el pulso poniendo dos dedos en su cuello. Mientras tanto, Sirtha entró a la carrera, corrió hacia la cama y, tras recoger el puñal que Thaeba había dejado sobre la mesilla, procedió a cortar mis ataduras.

—¿Qué has hecho, Kayne? —preguntó con la voz cargada de ira—. El plan era simple hasta para ti: entrar, desear, matar, salir. ¿Se puede saber en qué te has equivocado?

—¿Está muerta? —volví a gritar enloquecido—. Dime que no

está muerta, por todos los dioses.

—Vale, ya veo lo que ha fallado. Sigues hechizado por ella. —Sirtha acabó de liberarme y cubrió mi boca con una mano—. No grites más. Nos van a descubrir.

Yo seguía desesperado. Me moría de ganas de correr hacia Thaeba y comprobar cómo estaba. En aquel momento habría matado a Sirtha, a Bryt, incluso a Hal, a pesar de que el pobre chiquillo tan solo permanecía de pie en el umbral sin pronunciar palabra. Me daba igual recordar que eran mis amigos y que estaban allí para ayudarme. Se habían convertido en obstáculos entre Thaeba y yo. Sin embargo, incluso en aquel estado de enajenación, me di cuenta de que debía obedecer a Sirtha y tranquilizarme. La chica mantenía el puñal en su mano y me miraba como si tuviera ganas de atravesarme el corazón con él. No lograba entender la razón para aquella expresión de odio, pero me limité a asentir para expresar que estaba de acuerdo con su orden y que no gritaría más. Cuando ella apartó su mano de mi boca, me levanté de un salto de la cama, me limpié con un rápido gesto el torrente de lágrimas que bañaba mis mejillas y corrí para arrojarme de rodillas al lado del cuerpo inerte de mi amada.

—No está muerta —dijo Bryt para tranquilizarme—. Tiene pulso y respira.

No le dirigí la palabra. En aquel momento le odiaba por lo que le había hecho a Thaeba. Me di cuenta de que un oscuro hematoma empezaba a dibujarse en su perfecta piel de melocotón, justo en el lugar en el que aquel salvaje la había golpeado. Quise matarle, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad en una lucha cuerpo a cuerpo contra aquel gigante, así que me limité a llamar a mi princesa una y otra vez para conseguir que se despertara. La presión, un poco excesiva, de una mano sobre mi hombro me hizo regresar a la realidad.

—Levántate, Kayne —me ordenó Sirtha, que seguía mirándome con tanto asco en la mirada como si yo tuviera la culpa de todos los males del universo—. Nos vamos.

—No podemos irnos —protesté—. No podemos dejarla aquí.

—No te preocupes por eso —contestó ella esbozando una sonrisa burlona—. No vamos a dejarla aquí. Nos la llevamos. Bryt, por favor…

Su hermano asintió, levantó a la princesa del suelo y se la cargó al hombro como si llevara un saco de patatas. Tuve ganas de pedirle que la tratara con más delicadeza, pero una nueva mirada de furia de Sirtha me hizo mantener la boca cerrada.

—Vamos, seguidme —nos urgió Hal en susurros mientras empezaba a correr por los pasillos de palacio—. Los vigilantes pasarán por aquí en su siguiente ronda en cuestión de minutos.

—¿Y por qué no has dicho antes que iba a haber una ronda de vigilancia? —preguntó Sirtha furiosa.

—Había supuesto que no tardaríamos nada y que ya nos habríamos ido —explicó el niño—. ¿Dónde vamos ahora con esa mujer? ¿Nos marchamos del palacio y nos la llevamos?

Sirtha frunció el ceño mientras intentaba decidir nuestros próximos pasos. Finalmente negó con la cabeza.

—No. Nos perseguirían y nos atraparían antes de que ella recuperase la consciencia y pudiera concederle los deseos a Kayne. Volvemos a nuestro escondite en el laberinto.

Thaeba continuaba inconsciente. Bryt la había arrojado al suelo de la caverna en la que nos ocultábamos y Sirtha había aprovechado para atar sus pies y sus manos y amordazarla antes de que despertara. Sentí que me moría por dentro al ver a mi amor siendo tratado de aquella manera tan cruel, pero la mirada de Sirtha me advirtió de que sería mejor que no protestara.

—Ponte de espaldas a ella —me ordenó—. Creo que el hechizo amoroso que ha lanzado sobre ti tiene menos poder si no la estás mirando.

—¿Es necesario que la tratemos así? —pregunté suplicante sin separar los ojos del cuerpo de Thaeba—. Estoy seguro de que, si se lo pedimos, no gritará ni tratará de escapar.

—Por supuesto… Y a mí me saldrán alas y volaré —contestó Sirtha sarcástica—. Espabila, Kayne. Esa mujer es una de las mayores enemigas de nuestro reino… y te recuerdo que es la causante de la muerte de tu hermano.

—Sin olvidar que tú mismo la has oído planear como iba a torturarnos y matarnos —intervino Bryt—. ¿Qué es lo que tiene que hacer para que se te pase el amor que sientes por ella?

Negué con la cabeza y suspiré apenado. Ellos no podían entender nuestro amor porque no la conocían en realidad. Estaba seguro de que ella había hecho todas aquellas cosas horribles porque su padre se lo había ordenado, seguramente con amenazas, pero el corazón de Thaeba era puro y estaba lleno de amor. No podía ser de otra manera.

De todos modos, ante la presión de la mirada furiosa de Sirtha, decidí no protestar y obedecer sus órdenes. Me senté en el suelo de espaldas

a Thaeba y, de inmediato, sentí que la cordura regresaba a mi mente. Todas las implicaciones de mis últimos actos me golpearon como una bofetada. ¿Cómo podía haberme comportado así? ¿Cómo podía haber olvidado que aquella mujer era la causante de la muerte de Habel? ¿Cómo podía haber estropeado nuestro plan de aquella manera? A pesar de lo avergonzado que me sentía, miré a mis compañeros con gratitud mientras se sentaban en corro a mi lado. De no ser por ellos, en aquel momento estaría prisionero… quizá incluso muerto. Agradecí a los cinco dioses que los hubieran puesto en mi camino.

—Joder, ¿qué me ha pasado? —Escondí el rostro entre las manos, incapaz de seguir mirándoles a la cara—. ¡Qué vergüenza!

—No es culpa tuya. —Bryt pasó su enorme brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él para consolarme—. Estás hechizado. No puedes controlarlo.

Aquellas palabras de apoyo me hicieron sentir mejor, así que descubrí mi rostro y me atreví a mirar a Sirtha. Ella no parecía tan comprensiva como su hermano. Mantenía el ceño fruncido y los labios apretados y seguía mirándome como si le debiera dinero… Mucho dinero… Le dirigí una sonrisa arrepentida para tratar de ablandarla, pero solo conseguí que ella desviara la mirada, como si le diera asco mi presencia.

—Al menos parece que, cuando no la miras, el efecto del hechizo desaparece. ¿Es así? —Me miró de nuevo, de forma brusca e inquisitiva—. ¿Sigues queriéndola?

—No sé… Creo que ahora me controlo mejor —contesté sintiéndome presionado—. Al menos, puedo pensar con más claridad.

—Bueno, entonces solo tenemos que esperar a que ella se despierte y hacer que Kayne formule su deseo sin mirarla a la cara, ¿no? —preguntó Hal—. No parece muy difícil.

Como si esas palabras hubieran funcionado a modo de señal, Thaeba se despertó y soltó un gemido de dolor. Me giré hacia ella y, en cuanto la miré, sentí de nuevo que el corazón se me rompía en mil pedazos al contemplar el trato tan vejatorio al que estaban sometiendo a mi adorada princesa. Sirtha me agarró por la barbilla, con más brusquedad de la necesaria, e hizo que fijara mis ojos en ella.

—No la mires o tendremos que atarte a ti también —amenazó.

—Pero no hay por qué tratarla así… —protesté.

—Kayne, ya basta…

Su tono fue tan cortante que decidí que sería mejor obedecerla. Además, al haber dejado de mirar a Thaeba, mi cordura había

regresado de nuevo. Sirtha tomó aire y lo soltó de forma continua y prolongada. Parecía un gesto realizado para relajarse y poder pensar con tranquilidad, pero a mí me resultó inquietante. Me daba la impresión de que la paciencia de Sirtha estaba al límite, pero no conseguía entender por qué.

—Lo que ha dicho Hal es correcto. Solo tenemos que hacer que Kayne formule su deseo sin mirarla y podremos marcharnos. —Se levantó del suelo y miró hacia el lugar en el que estaba la prisionera—. Nuestra princesa ya está consciente, así que vamos a ello.

Sirtha se acercó a Thaeba. Yo fui a girarme para ver qué sucedía, pero Bryt me puso una mano en el hombro y, cuando le miré, negó con la cabeza. Asentí. Sabía que tenían razón. Lo mejor sería que dejara aquel asunto en sus manos y que yo me limitara a pronunciar mis deseos cuando ellos lo tuvieran todo bajo control.

—Ahora voy a quitarte la mordaza, pero, antes de que lo haga, quiero que le eches un vistazo a este bonito puñal. —Escuché que decía Sirtha a mi espalda—. Puedo asegurarte que está muy afilado. Sabes que no puedo matarte, porque, al menos de momento, te necesitamos, pero, si se te ocurre gritar para pedir ayuda, te haré daño. Mucho daño.

Incluso yo, que no era el blanco de sus amenazas, sentí que un escalofrío recorría mi espalda al escuchar su voz. Era fría, tranquila, decidida. El tipo de voz que te hacía saber que lo que estabas escuchando era verdad. Escuché un gemido de asentimiento que supuse que procedía de la garganta de Thaeba.

—¿Podéis darme un poco de agua? —pidió la princesa. Solo con escuchar su voz, sentí que los sentimientos volvían a agitarse en mi interior, pero me concentré en cerrar los ojos y respirar profundamente para mantenerlos a raya.

—Por supuesto —contestó Sirtha—. Vamos a comportarnos todos como seres civilizados y a intentar terminar con esto de una manera rápida y poco dolorosa. Hal, acércame un odre, por favor.

El niño se levantó de un salto con una sonrisa en la cara, feliz de poder colaborar de alguna manera. Sentí un poco de envidia. Yo ni siquiera podía hacer eso. Mi labor en aquel momento se reducía a estar quieto, controlarme y no desbaratar el plan.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Sirtha. Su voz me hizo estremecer. Aunque sus palabras eran amables y consideradas, su tono destilaba veneno.

—Estoy un poco mareada. Me duele mucho la mandíbula —se quejó Thaeba.

Noté de nuevo la mano de Bryt oprimiendo mi hombro y me di cuenta de que, sin haberlo pensado siquiera, me había levantado del suelo y estaba ya en cuclillas, dispuesto a acudir en ayuda de mi amada. Esbocé una sonrisa de disculpa y volví a sentarme. Crucé las piernas, coloqué los codos sobre mis rodillas y enterré el rostro entre mis manos, concentrado en mantener el control sobre mis impulsos por muy difícil que me resultara.

—Ese dolor es normal después del golpe que te ha dado mi hermano. Vamos a intentar llevarnos bien para que no tenga que golpearte más —contestó Sirtha con voz cantarina, como si estuviera hablando de organizar una merienda en un parque y no de ordenar a un enorme bárbaro que golpease a una mujer indefensa—. ¿Estás dispuesta a colaborar con nosotros y a concederle a Kayne los dos deseos que le debes?

—¿Cómo puedo saber que no me mataréis cuando se los conceda? —preguntó la princesa.

—No tienes ninguna manera de saberlo —respondió Sirtha—. Tendrás que confiar en nosotros.

En aquel momento, supe que Sirtha estaba mintiendo. Planeaba matar a Thaeba en cuanto hubiera terminado de concederme los dos deseos. Y estuve seguro de que la princesa también lo sabía. Así no íbamos a conseguir que colaborara. Además, por mucho que yo supiera que era malvada y que merecía todo lo malo que pudiera pasarle, no podía permitir que Sirtha la matara. Tenía que hacer algo para salvarla y no solo por ella. También por la tranquilidad de mi conciencia y de la de Sirtha.

—No te mataremos. Lo juro —pronuncié con tono solemne. A pesar de que seguía de espaldas y que ella no podía ver la verdad en mis ojos, confié en poder transmitírsela con la voz—. Cuando me concedas los dos deseos, nos marcharemos sin hacerte ningún daño. Escaparemos del palacio y, cuando estemos a salvo, pediremos a alguien que venga a avisar de dónde estás para que tu gente pueda rescatarte.

—¡Kayne! —protestó Sirtha—. No puedes prometerle eso.

—Sí, sí que puedo. —Me esforcé en mantener el tono firme de mi voz —. Si no me aseguráis que vais a respetar la vida de Thaeba, no pronunciaré los dos deseos. No voy a ser cómplice de su asesinato.

Escuché como Sirtha maldecía entre dientes. Levanté la mirada para encontrarme con el rostro de Bryt. Me dirigió una sonrisa sincera y asintió. Parecía que el bárbaro tampoco estaba de acuerdo con las ideas homicidas de su hermana.

—Está bien —admitió Sirtha después de soltar un largo suspiro—.

Pronuncia los dos deseos y acabemos con esto de una vez por todas.

—Esperad —nos interrumpió Thaeba—. Esto no funciona así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sirtha molesta.

—Estamos hablando de hacer magia. Exige unos procedimientos, unos ingredientes, unos rituales… —respondió la princesa.

—Está bien. —El tono de Sirtha sonó cansado—. ¿Qué es lo que necesitas?

Escuché la risa de Thaeba a mis espaldas. Sonó tan divertida, tan cruel y fuera de lugar en aquellas circunstancias, que no pude evitar girarme hacia ella y contemplar su rostro. Me miraba fijamente mientras sonreía. No era una sonrisa amistosa. Me pareció desalmada, hambrienta…

—Necesito los fluidos corporales de Kayne para que funcione. —Su voz se asemejó al ronroneo juguetón de una gata—. Y ya sabéis cómo tengo que conseguirlos.

Capítulo tres —En serio, Bryt… ¿No podrías ser tú el que se quedara a vigilar? —supliqué.

—¿De verdad quieres que sea yo? ¿No te parecería un poco extraño?

Me planteé su pregunta en silencio durante unos segundos. Sí que sería extraño, pero todo en aquella situación era una auténtica locura. Se suponía que yo tenía que desnudarme y tumbarme en el suelo con los ojos vendados para no caer bajo el hechizo de Thaeba. Ella iba a acudir a mí para hacerme el amor y conseguir muestras de mi saliva, mi sudor, mi sangre y mi semen y así concederme los dos deseos que me debía, pero, como no podíamos confiar en ella, iba a tener que hacerlo con una cadena atada a su cuello. Y, para hacer aquella situación aún más surrealista, al otro lado de aquella cadena estaría Sirtha, vigilando que todo fuese según habíamos planeado. Al visualizar aquella imagen, sentí que la vergüenza más absoluta hacía presa en mi estómago. También sentí que, por muy perturbadores que fueran aquellos pensamientos, acababan de provocarme una erección brutal, lo que incrementó aún más mi vergüenza a pesar de que habría jurado que era imposible. Miré a Bryt de nuevo y supliqué: —Por favor, Bryt… No puedo hacer esto delante de tu hermana…

El bárbaro negó con la cabeza y se limitó a sacudir una manta y extenderla sobre el frío suelo de piedra de la caverna para que estuviéramos más cómodos. Después sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y se me quedó mirando.

—Vamos, desnúdate y túmbate ahí —me pidió—. Tengo que vendarte los ojos. Sirtha llegará con Thaeba en cualquier momento y no quiero enfadarla.

Eché un vistazo al pasillo por el que las dos chicas iban a aparecer. Habíamos elegido una pequeña cueva lateral, cercana a la caverna central en la que se encontraba la laguna, para que Hal no viera nada de todo aquello. El lugar era más íntimo y no estaba iluminado con el fulgor verdoso provocado por las algas de la laguna, sino por unas cuantas velas que Bryt había encendido y colocado en las esquinas de la estancia. Si no fuera todo tan raro, el lugar podría haber parecido incluso romántico, pero al ver a Bryt, tan grande como para ocupar media caverna, sujetando aquel pañuelo con el que iba a vendarme los ojos, sin tener la completa seguridad de que estuviera limpio, toda mi libido se desvaneció.

—Me da igual que Sirtha se enfade —protesté mientras cruzaba los

brazos frente al pecho en un claro gesto de rebeldía—. No pienso hacer esto delante de ella.

—¿Qué más te da? Es algo que hay que hacer para cumplir nuestra misión. Nada más… —Bryt resopló y negó con la cabeza antes de soltar una risita divertida—. Mi hermana no se va a asustar por ver algo así. No es una tímida y recatada doncella. ¿Crees que le va a importar ver como te tiras a Thaeba?

Sentí que enrojecía hasta la raíz del pelo, por lo que me giré de cara a la pared y empecé a desvestirme. No quería que él se diese cuenta de que me importaba, y mucho además, tener que hacer aquello en presencia de Sirtha. Habría preferido hacerlo delante de cualquier otra persona, delante de toda la corte de Anglya, incluso delante de mi propia madre, a pesar de estar seguro de que ella me habría dirigido una de sus miradas de decepción y me habría sugerido que le pusiera algo más de entusiasmo. Cualquier cosa antes de hacerlo delante de ella… Porque, aunque quisiera negármelo a mí mismo, Sirtha me importaba muchísimo y cualquier posibilidad de llegar a tener algo con ella se extinguiría si me veía acostándome con otra mujer. ¿Cómo iba a volver a mirarla a los ojos a partir de aquel momento?

Cuando terminé de desvestirme, noté que Bryt se aproximaba. Me vino a la cabeza una broma acerca de lo incómodo que resultaba que un gigante bárbaro se te acercara por la espalda estando totalmente desnudo, pero ni siquiera tenía ganas de bromear. Solo quería que aquello terminase cuanto antes. Dejé que me vendara los ojos y que me agarrara por el antebrazo y me ayudara a tumbarme sobre la manta. Me quedé allí tendido, desnudo y ciego, sintiéndome más indefenso que nunca en toda mi vida. Creo que Bryt lo notó, porque se acuclilló a mi lado y colocó su enorme manaza sobre mi brazo.

—Voy a avisar a Sirtha de que ya estás preparado y me marcharé con Hal a buscar los caballos para la huida. —Aumentó un poco la presión en mi brazo para infundirme ánimos—. Todo va a salir bien. En menos de una hora estaremos de regreso a Anglya.

Forcé una sonrisa, incapaz de pronunciar una sola palabra. Me sentía tan incómodo y desamparado que mi garganta se había secado y me impedía hablar. Noté que Bryt se separaba de mí y escuché sus pasos alejándose por el corredor rumbo a la caverna principal. Durante un par de minutos, me quedé allí tumbado, notando el aire frío y húmedo sobre mi piel, escuchando el ruido de los manantiales subterráneos en el interior de las paredes, de las gotas que se filtraban a través de las rocas y caían al suelo, de las carreras y chillidos de los pequeños animales que vivían en aquel laberinto de cuevas… Y entonces oí sus pasos acercándose por el pasillo y supe que había llegado el momento.

—Vamos. —El tono de Sirtha era duro y seco—. Acabemos con esto cuanto antes.

—No hay que apresurarse en el amor —respondió Thaeba en un susurro suave y meloso—. Hay que saborearlo, disfrutarlo…

Noté la presión de su cuerpo y el calor y la suavidad de la piel del interior de sus muslos acariciando los míos. Me odié a mí mismo al sentir que, tan solo con el sonido de su voz y el tacto de su piel, todo mi cuerpo reaccionaba, como si hubiera estado esperando el más mínimo estímulo para responder al deseo de su legítima dueña.

—Esto no es amor —protestó Sirtha—. Ni siquiera es sexo. Solo es un hechizo. Haz lo que tengas que hacer y terminemos.

—Aunque sea un hechizo, podemos disfrutarlo. —Volvió a susurrar la princesa con voz sugerente y juguetona—. ¿No quieres unirte a nosotros? ¿O es que te gusta mirar?

Escuché el ruido que hacían los eslabones de la cadena y noté que el cuerpo de Sirtha se arrodillaba a nuestro lado. Lo siguiente que oí fueron los gorgoteos ahogados de la princesa, mientras sentía como ella se revolvía sobre mí luchando por liberarse.

—No juegues más con mi paciencia —advirtió Sirtha—. Es Kayne quien quiere resucitar a su hermano para que sea el siguiente rey de Anglya. A mí me da igual seguir a Habel, a Kayne o a cualquier otro de la línea sucesoria, así que no hagas que me enfade más… ¿Lo has entendido?

Thaeba consiguió pronunciar un ahogado sí con el poco aliento que le quedaba. La cadena volvió a tintinear, liberando a la princesa, que se dejó caer hacia delante sobre mi cuerpo mientras jadeaba para recuperar la respiración. Sí, lo sé, soy un cerdo, pero admito que mi entrepierna volvió a reaccionar ante la presión de su cuerpo desnudo y los sonidos de su respiración agitada.

—Parece que Kayne ya está preparado —observó Sirtha, haciendo que mi vergüenza aumentase hasta el infinito—. Venga, hazlo de una vez.

Noté cómo Thaeba se colocaba en posición y empezaba a descender sobre mis caderas, haciendo que la penetrase de una forma agónicamente lenta. Me mordí el labio inferior hasta hacerme daño. No pensaba gemir. No me iba a permitir expresar la más mínima muestra de estar disfrutando con aquello, a pesar de que cualquier roce de la piel de Thaeba, el sonido de su respiración o el aroma a sándalo de su piel me enloquecía. Parecía que, al tener los ojos cubiertos, mis otros sentidos se habían agudizado.

Continué mordiendo mi labio inferior hasta que el sabor de la

sangre inundó mi boca. Un segundo después, tuve los labios de Thaeba sobre los míos. Recogió aquellas gotas de sangre con la punta de su lengua. Fue apenas un roce, pero me volvió loco. No pude evitar soltar un gemido ahogado. A pesar de no poder ver su rostro, pude imaginar con total claridad la sonrisa de triunfo que había esbozado. Sabía que me tenía bajo su control, que, a pesar de ser mi enemiga, en aquel momento la deseaba tanto como para que cualquiera de sus gestos o palabras me llevaran a la locura. Separó sus labios de los míos y se incorporó, hasta apoyar sus manos en mi pecho mientras empezaba a mover sus caderas, incrementando el ritmo. Mi mente pareció escindirse en dos. Por un lado, quería pronunciar mis deseos y acabar con aquello de una vez por todas, pero, por otro, deseaba que aquella agonía durase para siempre, que ella fuera mi dueña y señora para toda la eternidad… Mi respiración se fue acelerando, acompasándose al ritmo creciente del movimiento de sus caderas y no pude evitar que nuevos gemidos se uniesen a los pronunciados por sus labios.

—¿Cuándo tengo que pronunciar mi deseo? —conseguí preguntar con la poca lucidez que aún conservaba.

—Avísame cuando estés preparado, cuando ya no puedas más —respondió ella entre jadeos mientras aceleraba el ritmo de sus movimientos.

Yo llevaba preparado casi desde el mismo momento en el que ella se me había acercado. Podría haberla avisado y acabar ya con todo aquello, pero apreté los labios y los puños, dispuesto a aguantar un poco más. Era la última vez que iba a estar con ella y no estaba preparado para despedirme, por mucho que supiera que era mi enemiga y la de nuestro reino y que solo deseaba nuestra destrucción. Mi conciencia me gritaba todas aquellas verdades, pero mi cuerpo no podía aceptarlas. Con la mano izquierda, apreté aún más su cadera, hundiendo los dedos en su carne firme y cálida. Mi mano derecha cobró vida propia y ascendió por la suave piel de su vientre, acarició su costado, recorrió su pecho… La respiración de Thaeba se aceleró, sus gemidos aumentaron en intensidad y volumen, los movimientos de sus caderas incrementaron su ritmo… Durante unos instantes, pude engañarme a mí mismo y olvidar quiénes éramos. No había reinos que ganar o perder ni deseos que pronunciar ni hechizos que romper. Solo éramos un hombre y una mujer que se deseaban, dos cuerpos entrelazados, dos respiraciones acompasadas hasta formar un solo ser…

Un carraspeo incómodo me devolvió a la realidad. Casi había olvidado que Sirtha estaba allí. Aunque la venda que me cubría los ojos disminuía el poder del hechizo amoroso en el que me encontraba

preso, Thaeba seguía teniendo tanta influencia sobre mí como para hacer que lo olvidara todo. Debía centrarme y acabar con aquello de una vez. Anclé mis dos manos a sus caderas y tratando de disimular el deseo que impregnaba mi voz, me dirigí a la princesa: —Estoy preparado para pronunciar mi deseo.

—¿Qué es lo que quieres? —Thaeba se inclinó hacia mí y colocó sus labios a un milímetro de los míos, como si quisiera beberse mis palabras.

—Quiero que mi hermano vuelva a la vida —contesté entre jadeos.

—¿Quieres que reanime el cuerpo de tu hermano? —susurró como si quisiera que solo yo pudiera oírla—. ¿Estás seguro? Podrías ser el rey y hacer grandes cosas… Podrías quedarte conmigo y poseer mi cuerpo cada noche…

—Ya basta. —Escuché el tintineo de la cadena y noté que el cuerpo de Thaeba se alejaba de mí por el tirón que Sirtha acababa de dar—. Ya ha pronunciado su deseo. Obedece.

La voz de Sirtha había sonado tan cargada de odio y desprecio que incluso a mí me dio miedo. Transcurrieron unos segundos en total silencio. Aquello me estaba poniendo tan nervioso que pensé en quitarme la venda de los ojos, pero supuse que no sería buena idea y que seguramente las dos chicas estaban entablando un duelo de miradas en el que sería mejor que no me metiera. Noté que Thaeba reanudaba su baile sobre mis caderas y que se inclinaba de nuevo hacia mí. Cuando notó que mi respiración volvía a estar agitada y que yo estaba a punto de reventar, volvió a aproximar su boca a la mía y me susurró: —Dilo en voz alta. Di “Deseo reanimar el cuerpo de mi hermano”.

—Deseo reanimar el cuerpo de mi hermano —repetí mientras notaba como el orgasmo llegaba, nublando por completo mi entendimiento.

—Concedido —susurró ella sin dejar de moverse sobre mis caderas como si estuviera domando un caballo salvaje.

Una luz de un blanco cegador estalló mi mente. De mis labios brotó un gruñido animal mientras mi corazón se desbocaba. Como me había sucedido la anterior vez que yací con Thaeba, noté que mi conciencia se apagaba. Habría vuelvo a perder el sentido si no hubiera sido porque la voz enfadada de Sirtha me hizo regresar al mundo real.

—¿Y qué hay del tercer deseo? ¿Puede pedirlo ahora o vamos a tener que repetir todo esto?

Me sentí muy confuso. Había olvidado por completo que debía gastar mi tercer deseo en pedir la muerte de Chardha para vengar el asesinato del padre de Bryt y Sirtha y hacer justicia. Era muy probable que tuviéramos que repetir todo el ritual. Aquello significaba que tendría que volver a acostarme con la princesa. Me sentí muy culpable al pensar en lo incómoda que debía de haberse sentido Sirtha contemplando aquella escena y en lo incómoda que se sentiría si teníamos que volver a hacerlo. Pero, sobre todo, me sentí culpable al notar que en mi interior estaba encantado con la idea de repetir y no tener que decirle adiós a Thaeba, a su glorioso cuerpo, al dulce néctar de sus labios, a la calidez de su piel…

Me incorporé y, a pesar de que podía ser peligroso, me quité la venda de los ojos. Esperaba encontrar una mirada de reproche en los ojos de Thaeba, ya fuera por haber tenido que concederme mi deseo o por estar obligada a repetir todo el ritual. Una parte de mí esperaba, aunque supiese que era casi imposible, encontrar una mirada de amor o deseo, algo que desmintiera que ella estaba utilizándome y que no sentía nada por mí… Lo que no habría esperado encontrarme en mil años fue la sonrisa de victoria que adornaba su rostro. Parecía exultante, como si hubiese triunfado sobre nosotros, como si acabara de hacer exactamente lo que deseaba hacer. Intenté recomponer la situación en mi mente: ella estaba sujeta por una cadena que rodeaba su cuello, acababa de acostarse conmigo, su enemigo, para concederme un deseo que estropeaba todos sus planes y, además, iba a tener que repetir el ritual para concederme un deseo más con el que tendría que matar a uno de los más valiosos aliados de su reino. ¿Por qué sonreía?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta satisfactoria a todas aquellas dudas, los labios de Thaeba, sin abandonar ni un solo segundo aquella sonrisa, pronunciaron una palabra que hizo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo: —¡Guardias!

Capítulo cuatro No supe reaccionar, pero Sirtha lo hizo por mí. Tiró con fuerza de la cadena que sujetaba el cuello de Thaeba y la obligó a ponerse en pie. Aquel brusco tirón consiguió que la sonrisa desapareciera del rostro de la princesa. Sirtha sacó su espada de la vaina y la colocó en el cuello de Thaeba. Después la empujó por el pasadizo que unía el cuarto en el que habíamos estado con la cavidad central del templo. Las seguí sin decir nada. Cuando llegamos a la otra cueva, la espectral luz verdosa que provenía de las aguas de la laguna subterránea reveló nuestra difícil situación. Había una docena de guardias esperando nuestra llegada,

todos enormes, todos armados con afiladas cimitarras, todos mirándonos con cara de pocos amigos.

Me giré hacia las dos mujeres sin saber qué hacer. A pesar de que el afilado borde de la espada de Sirtha seguía posado en su cuello, Thaeba volvía a sonreír.

—Creo que deberíais rendiros. No tenéis escapatoria.

—Si dan un solo paso más, te mataré —amenazó Sirtha.

—Y te quedarías sin escudo y mis hombres acabarían con vosotros en un segundo. No vas a tocarme y lo sabes —contestó la princesa—. Si me sueltas, quizá podamos negociar una salida a esta situación.

Sirtha me miró y negó con la cabeza. Estuve de acuerdo con su gesto. No podíamos soltarla. En el momento en el que liberáramos a la princesa, sus guardias nos matarían sin pensarlo ni un solo segundo… O quizá no. Recordé las palabras que Thaeba le dijo a Chardha: mientras me quedase alguno de los tres deseos, ella seguiría atada a mí y no podría dañarme ni permitir que se me hiciera daño en su presencia. Aquello podía ser un escudo con el que Thaeba no había contado.

Me planteé cómo utilizar aquello en mi favor. Si me enfrentaba a Thaeba y se lo decía, podría utilizar a Sirtha como rehén. Después de todo, se suponía que su parte *djinn* no le permitía hacerme daño a mí, pero no había nada que le impidiera ordenar a sus hombres que mataran a Sirtha. Tenía que conseguir ponerme entre mi amiga y las cimitarras de aquellos energúmenos y confiar en que Thaeba les detuviera antes de que alguno me rebanase el pescuezo. Miré alrededor, tratando de encontrar alguna solución. Estábamos en la gran caverna central, de la que partían múltiples pasadizos que llevaban a otras salas o se entrecruzaban con otras galerías, formando un laberinto subterráneo que nada tenía que envidiar al que se podía recorrer pocos metros por encima de nuestras cabezas en los jardines de palacio. Yo recordaba cuál era el pasadizo por el que se habían marchado Bryt y Hal. El muchacho había insistido en explicarme el camino que llevaba hasta las cuadras, donde deberíamos habernos encontrado con ellos tras pronunciar los dos deseos que me quedaban. Si pudiera agarrar a Sirtha y llevarla hasta aquel pasadizo, estaba seguro de que podría despistar a los guardias y perderlos allí dentro.

El problema es que mi mala suerte había hecho que aquellos hombres se colocaran por casualidad entre nosotros y la entrada del pasadizo.

No sabía qué hacer. No me atrevía a moverme ni a decir nada. Tenía en mi mano la posibilidad de que Sirtha y yo saliéramos con vida de aquella situación y no era capaz de mover un músculo. Siempre me pasaba igual. Era demasiado torpe, demasiado cobarde… Demasiado inútil. Deseé con todas mis fuerzas no ser yo, ser alguien más fuerte, más intrépido, más fiero… Alguien poderoso y valiente. Y entonces noté que mi cuerpo cambiaba.

De repente, me sentí más bajo. Era una sensación muy extraña, como si acabara de encoger varios centímetros. Miraba sorprendido a los guardias de abajo hacia arriba, pero la expresión de sorpresa era aún mayor en sus caras. Algunos me observaban con auténtico pavor e incluso un par de ellos arrojaron sus espadas al suelo y salieron corriendo por el pasadizo más cercano. Agaché la cabeza para contemplar mi cuerpo y ver qué les estaba asustando y yo también me asombré al encontrarme con un par de enormes zarpas peludas rematadas por afiladas garras. Había cambiado, me había vuelto a pasar: me había convertido en un león, como me sucedió cuando estaba con Chardha en la isla en la que naufragamos.

No me detuve a pensar mucho en mi nueva situación. En aquel momento, me sentía mucho más fuerte, ágil y valiente que en toda mi vida. Además, debía aprovechar el factor sorpresa y salir de allí con Sirtha antes de que aquella gente pudiese reaccionar. Giré la cabeza hacia ella y vi el terror y la incomprensión reflejados en sus ojos. Abrí la boca para explicarle que era yo y que no tenía nada que temer, pero lo que surgió de mi garganta fue un potente rugido que despertó ecos en las paredes de la caverna y que hizo que un par de guardias más huyeran despavoridos. No conseguí que Sirtha moviera un solo musculo. Seguía pegada a Thaeba, con la hoja de su espada apoyada en la garganta de la princesa mientras sujetaba con la otra mano la cadena que la mantenía prisionera, y me miraba como si todos los demonios del inframundo acabaran de presentarse ante ella… Bueno, más bien como si un león enorme con unas garras y unos colmillos realmente temibles hubiera aparecido a un par de pasos de ella y acabara de rugirle a la cara. Tenía que hacer algo para sacarla de la parálisis.

En aquel momento, recordé que Sirtha tenía el poder de leer las mentes ajenas. Clavé mi mirada en sus ojos desorbitados por el miedo y me concentré en transmitirle mis pensamientos.

Soy Kayne. No tengas miedo.

Soy Kayne. No voy a hacerte ningún daño.

Soy Kayne. Sube a mi grupa y vámonos.

Noté aquella sensación familiar que ya había experimentado en otras ocasiones cuando Sirtha se había metido en mi cabeza sin permiso. Era como sentir el tacto suave y cosquilleante de unos dedos acariciando directamente mi cerebro. No era una sensación agradable, pero, cuando vi que la comprensión se abría paso en sus ojos, me sentí eufórico. Asentí y ella me devolvió el gesto. Después, sin esperar un segundo, empujó con fuerza el cuerpo de la princesa contra los guardias, cruzó en un instante el espacio que nos separaba y, de un ágil salto, se subió a mi grupa y se agarró al pelaje de mi cuello.

Varios guardias seguían interponiéndose entre nosotros y el camino por el que debíamos escapar, pero me dio igual. Empecé a correr hacia ellos sin importarme nada. Era una sensación incomparable notar aquellos potentes músculos moviéndose bajo mi piel, sentir la fuerza y la potencia de aquel cuerpo. Me sentía capaz de hacer cualquier cosa. Me concentré de nuevo en transmitirle a Sirtha la orden de agarrarse. Cuando noté que ella aumentaba la presión de sus manos en mi cuello y de sus rodillas contra mis costados, tomé aire, me encomendé a los cinco dioses y salté con todas mis fuerzas. Sabía que no iba a poder saltar por encima de la altura de aquellos hombres, y menos llevando el peso de Sirtha encima, pero, tal y como había esperado, los guardias se agacharon al ver que me lanzaba hacia ellos y se quedaron acuclillados en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Escuché a mi espalda los gritos furiosos de Thaeba ordenando a sus hombres que no nos permitieran escapar, pero el caos se había adueñado de la gruta. Los hombres gritaban de terror. Algunos corrían tratando de escapar, otros se mantenían agachados en el suelo o se habían escondido detrás de alguna roca, otros permanecían paralizados observando nuestra huida. Ninguno corrió detrás de nosotros, nadie intentó detenernos… Seguí corriendo por aquel pasadizo con Sirtha sobre mi grupa mientras los gritos de aquellos hombres se iban quedando más y más atrás.

Los miedos que había sentido al empezar a correr se desvanecieron. Había temido perderme en aquel laberinto de pasillos y galerías oscuras y no ser capaz de recordar las indicaciones que Hal me había dado, pero pronto me di cuenta de que, gracias a las habilidades de mi nuevo cuerpo, aquel temor era infundado. Mis sentidos se habían agudizado y era capaz de ver en aquella penumbra con tanta claridad como si fuera de día. Además, el aroma de mis amigos flotaba frente a mí, como un sendero bien señalizado que pudiera seguir sin temor a equivocarme. Tampoco me preocupaba ya poder agotarme y no ser capaz de correr durante mucho tiempo llevando el peso de Sirtha encima. Mi cuerpo era fuerte y resistente. Sentí que podría correr

durante horas sin cansarme. Notaba la sangre fluyendo por mis venas como un torrente, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho, cada uno de mis músculos moviéndose con potencia y precisión. Me sentí valiente, poderoso, imbatible… Podría haber continuado corriendo para siempre.

Sin embargo, antes de que me diera cuenta, habíamos llegado a nuestro destino. Unas escaleras que ascendían hasta una trampilla de madera nos cerraban el paso. Sirtha se apeó de mi grupa, subió los escalones y empujó la trampilla, que cedió sin esfuerzo. Al retirarse, una lluvia de paja cayó sobre ella, confirmándonos que habíamos llegado a los establos de palacio. Sirtha desapareció por la trampilla y yo corrí tras ella.

Nuestros compañeros ya estaban allí, esperando tal y como habían prometido. Habían ensillado cuatro caballos para que pudiéramos huir en cuanto llegáramos. Me acerqué hacia ellos para saludarlos y me sorprendí ante sus expresiones de terror. Los caballos se encabritaron, relincharon asustados y cocearon el aire. Hal retrocedió hacia la pared más cercana, tirando de los animales, mientras Bryt sacaba la espada de su vaina y se interponía entre el niño y aquello que les asustaba. Miré hacia atrás, temiendo encontrarme con los guardias de palacio, pero no había nada.

—¡Bryt, para! —gritó Sirtha poniéndose delante de mí con los brazos extendidos—. Es Kayne.

Me di cuenta entonces de lo que sucedía. Yo seguía manteniendo mi forma de león. Intenté decir algunas palabras para tranquilizar al bárbaro, pero lo único que salió de mi boca fue un rugido que enloqueció aún más a los caballos.

Sirtha se giró hacia mí, se acuclilló para que su cabeza quedara a la altura de mis ojos y puso sus manos en mis mejillas. Yo la miré asustado. No sabía cómo me había convertido en un animal ni qué debía hacer para recuperar mi forma humana.

—Kayne, escúchame. Tienes que tranquilizarte —me susurró con la voz dulce y cariñosa que una madre utilizaría con su hijo—. Intenta calmar tu respiración y concéntrate en volver a ser tú.

Por un momento, estuve tentado a negar con la cabeza y decirle que lo olvidara. Los guardias ya debían estar buscándonos por todo el palacio y no tardarían en encontrarnos. Con ese temor en la cabeza, yo iba a ser incapaz de relajarme. Lo mejor sería huir ya. Convertido en león, podía correr detrás de ellos sin ninguna dificultad.

Enseguida me di cuenta de mi error. Los caballos no iban a tomarse bien que un león corriera tras ellos. Hal también me miraba con los

ojos desorbitados, como si no se fiara de que no fuera a saltar hacia él en cualquier momento para devorarle. Tenía que conseguir recuperar mi forma habitual.

Me anclé a la mirada color miel de Sirtha y me concentré en ella, en el borde oscuro que rodeaba su iris, en los pequeños rayos que circundaban su pupila y, sin saber por qué, noté como una paz inmensa iba invadiéndome. Sentí que mi cuerpo recuperaba su forma, que la sensación de euforia y poder desaparecían y que, de nuevo, solo estaba Kayne. La sensación fue extraña, como la resaca que aparece a la mañana siguiente tras una juerga memorable. Por suerte, no pude pensar en ello durante mucho tiempo. Sirtha se levantó de un salto, corrió hacia los caballos que Hal seguía sosteniendo por las bridas y se montó en uno de ellos.

—Vamos, no podemos entretenernos más. Tenemos que marcharnos de aquí ya.

Hal asintió y se subió a otro de los caballos. Bryt, en cambio, se acercó a mí mientras se quitaba la camisa, dejando a la vista su imponente cuerpo.

—No gano para camisas contigo, Kayne —dijo mientras me la arrojaba, haciendo que fuera consciente de que, de nuevo, iba totalmente desnudo—. Tienes que quitarte esa costumbre tan fea de ir perdiendo la ropa todo el tiempo.

Sentí que enrojecía al oír las risas de mis compañeros. Me vestí mientras corría hacia el único caballo que quedaba. El animal se asustó y reculó un par de pasos. Supuse que aún quedaba algo del olor salvaje del león en mí. Le susurré unas palabras tranquilizadoras mientras palmeaba con cariño su cuello y pareció calmarse, al menos lo suficiente como para dejarme montarlo. En cuanto estuve sobre la silla, Hal se puso en marcha hacia una salida del palacio, por la que entraban y salían los criados y las provisiones y que nunca estaba vigilada. Cruzamos las murallas y atravesamos sin problema la ciudad de Olmar. En cuanto estuvimos en campo abierto, pusimos los caballos al galope. Ver el horizonte y sentir aquella brisa cálida azotando mi rostro me hizo esbozar una sonrisa de entusiasmo. Ya quedaba menos para regresar a casa.

Capítulo cinco El lugar en el que habíamos parado no merecía el nombre de posada. No era más que una choza destartalada construida al borde del desierto. Su único atractivo era la fuente en la que, en aquel momento, Bryt y Hal se afanaban en llenar todos los odres que llevábamos.

Sirtha y yo habíamos estado hablando con la mujer que regentaba aquel lugar para conseguir algunas provisiones y algo de ropa para mí. No podía cruzar todo Olvasus y parte de Anglya vestido con la enorme camisa de Bryt mientras él se pavoneaba con el torso al aire. Cualquiera que nos viera con aquel aspecto, nos recordaría durante días y la idea era pasar lo más desapercibidos posible.

Tras un largo rato de negociación, Sirtha consiguió que la mujer nos vendiera varias oscuras hogazas de pan de centeno y algo de carne seca, además de unos pantalones y una camisa vieja que, según nos dijo la mujer, habían pertenecido a su difunto marido. Me quedaban un poco grandes, pero tendría que conformarme. Lo que no me convenció fue ver como Sirtha le entregaba a la mujer un precioso anillo de oro y rubís a cambio. Cuando terminé de vestirme y le devolví a Bryt su camisa, me acerqué a ella. La chica se había apoyado en una desvencijada empalizada de madera tras la que correteaban un par de escuálidas cabras. Me coloqué a su lado y miré en la misma dirección en la que ella lo hacía. Frente a nosotros se divisaban kilómetros y kilómetros de desierto. Calor abrasador y toneladas de aburrida arena hasta el horizonte y más allá.

—¿Puedo preguntar de dónde has sacado el anillo con el que has pagado esto? —dije tras señalar mis ropas.

—Pertenecía a Thaeba. Digamos que lo tomé prestado, al igual que el resto de sus joyas, por las molestias causadas. —Sirtha se giró hacia mí con un brillo travieso en los ojos—. ¿Tú crees que le enfadará estar financiándonos el viaje?

—No lo creo. Parece una chica muy comprensiva —bromeé. Después señalé la enorme extensión de arena que se extendía ante nosotros—. ¿De verdad tenemos que atravesar el desierto? Hal me ha dicho que hay una carretera que lo bordea y pasa por varios pueblos y algún oasis. ¿No sería más fácil ir por ahí?

—Sí, pero también sería más fácil que los soldados de Olvasus nos atraparan —contestó Sirtha sin apartar su mirada del lugar en el que las ardientes arenas se unían con un cielo que iba oscureciendo—. Llegaremos mucho más rápido si vamos rectos y, además, pasaremos más desapercibidos cuanta menos gente nos vea.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la frontera?

—Unos seis días.

Aquellas palabras hicieron que mi ánimo decayera. No podía imaginar nada más deprimente que pasar casi una semana cruzando aquella inmensa extensión de arena, soportando temperaturas extremas y comiendo carne seca y pan negro. Sin embargo, no era solo aquello lo que me agobiaba. Sentía una urgencia en mi interior que no podía explicarme, una necesidad acuciante de cruzar al vuelo el espacio que me separaba de mi hogar y comprobar si habíamos logrado nuestro objetivo. El suspiro de agobio que surgió de mis labios hizo que Sirtha me mirase preocupada.

—¿Qué te pasa, Kayne?

—¿Crees que lo habremos conseguido? —Volví a hinchar el pecho y dejé salir el aire de forma pausada antes de seguir hablando—. ¿Crees que mi hermano estará vivo, que Thaeba me habrá concedido el deseo que pedí?

—Yo creo que sí —contestó ella—. Según lo que nos dijo Chardha, mientras no te conceda los dos deseos que te quedan, Thaeba está sujeta a tu voluntad y no puede contrariarte.

Negué con la cabeza mientras mantenía mi vista fija en el horizonte. No quería mirarla y derrumbarme. Ella me puso la mano en el brazo para hacerme sentir que estaba a mi lado. Cuando me giré hacia ella, me dirigió una sonrisa comprensiva para animarme a expresar mis temores.

—No sé qué pensar, Sirtha. Chardha nos advirtió de que los *djinn* son traicioneros, que siempre intentan tergiversar los deseos para hacer desgraciados a quienes los pronuncian. —Me detuve durante un segundo, intentando ordenar mis pensamientos antes de seguir hablando—. No me gustó cómo sonreía… Casi parecía que estaba contenta de haber tenido que concederme aquel deseo, que eso era lo que ella quería que pasara… Y luego está el hecho de que llamara a

los guardias en cuanto lo pronuncié. Estaban allí escondidos, rodeándonos… Thaeba podría haberles llamado antes. Creo que lo tenía todo calculado, que, de alguna manera, todo sucedió tal y como ella quería que sucediera.

Sirtha se mantuvo en silencio durante unos segundos, reflexionando sobre lo que acababa de decirle. Después, me cogió la mano y la apretó con fuerza mientras se inclinaba hacia mí y apoyaba su cabeza en mi brazo. Nos quedamos los dos callados durante un par de minutos, contemplando como el sol se acercaba poco a poco a la línea del horizonte. Me encontraba tan a gusto sintiendo el peso de su cuerpo contra el mío y estando tan cerca sin necesidad de hablar que sus siguientes palabras me sobresaltaron.

—Me gustaría poder decirte que no te preocuparas, pero creo que tienes razón. Hay algo extraño en todo esto, pero no vamos a poder descubrirlo hasta que lleguemos a Antius. —Se separó de la valla, se colocó frente a mí y me tendió ambas manos para ayudarme a incorporarme—. Vamos. Cuanto antes nos movamos, antes llegaremos.

—Nos queda un viaje muy largo —protesté tras echar un vistazo al color cada vez más oscuro del cielo—. ¿No podríamos dormir aquí esta noche y esperar hasta mañana para adentrarnos en el desierto?

—No. No sabemos cuánta ventaja les sacamos a los soldados de Olvasus. Tenemos que continuar.

Asentí y dejé que se adelantara para hablar con Hal y Bryt. Acabaron de llenar los odres y de guardar las provisiones en las alforjas mientras yo contemplaba el camino por el que acabábamos de llegar desde la capital. Cualquiera que me hubiera visto podría haber pensado que estaba vigilando la posible llegada de nuestros perseguidores, pero no era así. Estaba seguro de que nadie nos estaba persiguiendo. No querían detenernos ni atraparnos. En aquel momento, me sentí una marioneta y tuve la firme convicción de que estábamos siguiendo paso por paso el plan que nuestros enemigos habían trazado. Y lo peor de todo era que no se me ocurría qué hacer para evitarlo.

Ya llevábamos cuatro días de viaje cuando divisamos en la lejanía la ciudad de Itana. Esbocé una sonrisa y le di un par de golpes a mi caballo con los talones para hacer que apresurara el paso. Desde que Hal nos había comentado que había una aldea en medio del desierto en el que las caravanas de esclavos solían hacer noche, no había podido pensar en otra cosa. Según nos había contado el niño, que pasó por allí hacía años en su viaje desde Anglya para ser vendido en el palacio de Olmar, era tan solo un pequeño pueblo con un par de posadas, pero podríamos descansar en una cama, rellenar nuestros

odres de agua, que ya empezaban a agotarse, y comprar más provisiones. Incluso podríamos encargar una copiosa cena. Tan solo con pensar en un buen trozo de cordero asado regado con vino o cerveza se me hacía la boca agua.

Mis compañeros también aceleraron el paso. Todos estábamos cansados de no ver otra cosa más que dunas. Cualquier cosa que rompiese aquella monotonía era bienvenida y aún más si se trataba de la promesa de buena comida, bebida y una cama cómoda. Además, desde la noche anterior, se había levantado un fuerte viento que parecía empeñado en levantar la arena y arrojarla con fuerza contra nuestros rostros. Yo calculaba que debía llevar un par de kilos de arena en cada ojo y tonelada y media bajo la ropa. Esperaba poder pagar por el agua suficiente para darme un baño o al menos limpiarme un poco y eliminar la mayoría.

Itana parecía ser solo un espejismo nublado por el polvo en suspensión que brillaba con los últimos rayos de luz del día. Estábamos tan ansiosos por llegar que casi nos parecía que, por mucho que corriéramos, la ciudad no se acercaba nunca. Quizá esa ansiedad fue la causa de que no sospecháramos nada a pesar del silencio y de la falta de actividad de sus calles abandonadas. Pensamos que la gente estaría oculta, protegida de aquel viento cargado de arena y preparándose para la inminente noche. Pero no era así…

Las calles de la ciudad eran estrechas y los edificios las sumían en la penumbra. Pensé que sería difícil seguir cabalgando por ellas, así que, en cuanto entramos en la ciudad, descendí de mi caballo y lo guié por las riendas. Escuché una risa lejana y aguda, un sonido que ya conocía y que sabía que no era humano. Las manadas de hienas llevaban noches acechándonos, hasta el punto de que ya habíamos llegado a acostumbrarnos a ellas. Sin embargo, en aquella ocasión me arrancaron un escalofrío. No sabía por qué, pero aquella ciudad me estaba poniendo muy nervioso. Incluso me había parecido que la risa de las hienas no sonaba como otras veces. No parecía un grito animal. Tenía sentido, intención… Era como si se rieran de nosotros y de nuestro destino. Sacudí la cabeza para librarme de aquellos funestos e inútiles presagios y continué la marcha en busca de la posada más cercana.

Escuché los pasos de mis compañeros tras de mí. A pesar de que deberían de estar animados por haber llegado por fin a la ciudad y estar a punto de disfrutar de una buena cena y una noche de sueño reparador, todos se mantenían en silencio, vigilantes… Parecía que yo no era el único en notar algo extraño en el ambiente de aquellas calles. No se oía ningún paso, no parecía haber movimiento dentro de las casas, no se filtraban voces ni conversaciones a través de las

ventanas abiertas, no se escuchaba el canto de ninguna madre arropando a sus pequeños, ni las risas o protestas de ningún niño. La ciudad parecía dormida… o quizá muerta.

El frío se adueñó de mi espíritu. Tuve ganas de girarme hacia mis compañeros y decirles que nos marcháramos, que prefería cenar algo de carne seca y dormir de nuevo al raso antes de quedarme en aquella ciudad que parecía maldita. Sin embargo, no dije nada. No quería volver a ser el cobarde del grupo y, además, aunque no nos quedáramos a pasar la noche, necesitábamos encontrar una fuente en la que rellenar nuestros casi vacíos odres de agua.

Por suerte, al salir de la callejuela que transitábamos, nos encontramos en una pequeña plaza. En su centro se alzaba una antigua fuente de piedra con cuatro caños, como si hubiera sido diseñada para nosotros. Todos cogimos nuestros odres sin mediar palabra y nos situamos cada uno frente a uno de los caños. Se notaba urgencia en nuestros movimientos, precaución en nuestro silencio. Parecía que todos nos habíamos dado cuenta de que algo extraño sucedía en aquellas calles y que, sin necesidad de hablarlo, habíamos decidido reponer nuestras provisiones de agua y abandonar aquella ciudad sin mirar atrás.

Noté que Bryt daba un respingo a mi lado y me giré hacia él. Seguía sin querer romper aquel silencio con mis palabras, así que me limité a enarcar una ceja y a encogerme de hombros. Él me señaló una mancha que oscurecía la piedra de la fuente entre nuestros dos caños. A pesar de que la oscuridad casi se había adueñado del pueblo, pude distinguir su color. Era de un rojo oscuro, apagado…

—Es sangre. —Bryt decidió romper el silencio, pero habló en susurros —. Sangre seca.

—Puede ser de hace mucho tiempo —sugerí para tranquilizarle.

—No. —Bryt negó con la cabeza de forma vehemente—. No más de dos o tres días. Esto no me gusta. Vámonos de aquí.

Se giró hacia Sirtha, que ya había empezado a llenar su segundo odre de agua. Ella miró alrededor, como si quisiera rebatir nuestros miedos y decirnos que no había nada que temer en aquella ciudad. Un nuevo coro de risas agudas surgió de la nada y rompió el antinatural silencio de las calles vacías. Noté que Sirtha se estremecía, pero intentó mantener la compostura.

—No hemos visto nada que sea peligroso y nos vendría muy bien comprar algunas provisiones —sugirió.

—Este pueblo está muerto —musitó Hal, consiguiendo que a todos nos recorriera un estremecimiento—. Vámonos de aquí.

—Ahí mismo tenemos una posada —rebatió Sirtha, señalando hacia el otro lado de la plaza—. Entraremos, compraremos algo de comida y preguntaremos si pasa algo. Y, si no nos gusta su respuesta, nos marcharemos. ¿Estáis de acuerdo?

Yo no lo estaba, pero no se me ocurría ningún argumento lo bastante bueno como para convencerla de subirse al caballo sin haber terminado siquiera de recoger agua y salir de aquella ciudad sin mirar atrás. Crucé mi mirada con Bryt y me sorprendí al descubrir el miedo en los ojos de aquel guerrero. Él asintió a las palabras de su hermana y continuó recogiendo agua, así que hice lo mismo. Cuando terminamos de llenar nuestros odres, los fijamos a las alforjas de nuestras monturas y nos pusimos en movimiento, llevando los caballos por las bridas, hacia la posada que Sirtha nos había señalado. Nunca en toda mi vida me había parecido tan grande y expuesta una plaza. El camino, de no más de una docena de pasos, se me hizo eterno.

No tenía la sensación de ser observado ni de ir a recibir un ataque inminente. Era una sensación de vacío, de soledad, de muerte… En aquel momento supe que algo horrible le había sucedido a la gente de aquel pueblo, que todos ellos estaban muertos… Y también supe que lo que los había matado no estaba vigilándonos, pero estaba cerca. Tuve la irrefutable certeza de que vendría a por nosotros en cuanto se hiciera de noche.

—Vámonos, Sirtha. Salgamos de aquí ya —rogué sin importarme que me considerara un cobarde… otra vez.

Ella negó con la cabeza, dejó su caballo atado a un poste en la entrada y, sin decir nada, se dirigió a la puerta de la taberna. Me fijé en que, a pesar de que trataba de parecer decidida, mantenía la mandíbula apretada y la mano derecha en la empuñadura de su espada. Resoplé, enfadado por su cabezonería. Ella también sabía que pasaba algo malo en aquel pueblo, pero se negaba a huir sin averiguar qué era. Recé para que su curiosidad no acabara matándonos a todos. Até mi caballo al mismo poste y entré en la posada tras ella. Estuve a punto de chocar contra su cuerpo. Sirtha se había detenido justo en la entrada y contemplaba paralizada el macabro espectáculo. Escuché un grito ahogado a mi espalda y vi que Hal se agarraba a la cintura de Bryt y escondía la cabeza contra el abdomen del bárbaro para no seguir mirando.

Todos estaban muertos. Casi no había espacio en la taberna para tantos cadáveres. Distinguí los cuerpos inertes de hombres, mujeres y niños… Quien hubiera hecho aquello no había tenido piedad de nadie. Sirtha dio un par de pasos hacia los primeros cadáveres y, sin saber por qué, la seguí. Contemplé las expresiones de puro terror de sus

rostros, la sangre coagulada que cubría sus cuerpos y, sobre todo, observé con horror las mordeduras. Faltaban miembros enteros en algunos cadáveres. En otros, trozos enormes de carne. Incluso se podían ver los huesos en algunos cuerpos y, en ellos, la marca de unos dientes que no eran humanos. Conseguí vencer mi parálisis y agarrar a Sirtha por un brazo. Noté que ella también se sacudía por los temblores.

—Vámonos. —En aquella ocasión no fue un ruego, sino una orden—. Vámonos de aquí ya.

Escuchamos de nuevo un coro de risas. Noté que la sangre se me helaba en las venas. Se parecían, pero no eran las ya familiares risas de las hienas. Eran algo más humanas, aunque sin llegar a serlo. Y habían sonado justo en la plaza, al otro lado de las puertas de la taberna.

Capítulo seis En cuanto pude reaccionar, me acerqué a la ventana y eché un vistazo al exterior. Sirtha se colocó a mi lado y puso una mano en mi hombro para hacer que me agachara y evitar que se me pudiera ver desde fuera. No había ninguna luz encendida en el interior de la taberna, pero aun así, estuve de acuerdo en que cualquier precaución era poca. Los dos nos asomamos con cuidado y contemplamos la plaza. A pesar de que me había parecido que la risa había sonado justo al otro lado de las puertas, la plaza estaba totalmente vacía. Una paz y un silencio antinatural reinaban en el lugar. Estuve tentado de pensar que lo había imaginado,

pero la risa volvió a repetirse y levantó ecos contra los edificios. Los caballos se encabritaron y rasgaron el silencio con sus relinchos histéricos mientras tiraban con fuerza de las riendas, tratando de escapar. Aquello fue lo único que necesité para comprender que no me estaba imaginando nada y que debíamos huir de Itana lo antes posible. Iba a ponerme en pie para indicarles a todos que teníamos que salir a por los caballos y escapar cuando noté la presión aún más fuerte de la mano de Sirtha sobre mi hombro, impidiendo que me levantara. Me giré hacia ella con el ceño fruncido en busca de una explicación y lo único que encontré fue su mirada aterrada

clavada en un callejón del otro lado de la plaza. Miré hacia allí y también lo vi. Ojos, muchos ojos de color rojo brillante que refulgían en la oscuridad de la calle. A pesar de estar oculto, me pareció que aquellos ojos me devolvían la mirada y que en todos ellos brillaba el hambre.

Sonó otra de aquellas risitas histéricas y, como si alguien hubiera dado una señal, los propietarios de aquellos ojos voraces abandonaron la seguridad del callejón y se lanzaron hacia la plaza. Sentí que el miedo me invadía por completo y que paralizaba mi respiración. No sabía lo que eran aquellos seres. Se movían sobre dos piernas y tenían una apariencia ligeramente humana, pero estuve seguro de que no lo eran. Su cuerpo era escuálido pero fibroso y su piel tenía el color del cuero curtido al sol, como si el aire del desierto los hubiera secado. Iban vestidos con harapos, que colgaban en jirones de sus miembros consumidos. Me pregunté si aquellas ropas serían un indicio de que alguna vez fueron humanos o si se las habrían robado a sus víctimas para cubrir sus cuerpos demacrados. Aquella pregunta solo sirvió para incrementar el terror que me producían. A pesar de que no parecían musculosos ni fuertes, supe que no podría enfrentarme a ellos y salir indemne. Las garras de sus manos parecían afiladas como cuchillos y pude ver a la tenue luz de la luna el brillo de sus largos colmillos. Además, había algo que les dotaba de una determinación y una voluntad que haría que la manada pudiera vencer a cualquier obstáculo que se interpusiera ante ellos. Era hambre, un hambre voraz, hambre de verdad, de la que nunca puede saciarse…

—Son gules —susurró Sirtha a mi lado. Al ver mi cara de desconcierto, siguió explicando—. Demonios necrófagos que viven en los cementerios y otros lugares deshabitados. Se supone que se alimentan de cadáveres o de niños a los que secuestran para devorarlos.

—¿Y qué hacen aquí? —pregunté enfadado, como si ella tuviera la culpa—. Esto no es un cementerio ni toda la gente a la que han matado eran niños.

—No lo sé, Kayne. Se supone que son seres solitarios. Nunca había oído que se movieran en manada ni que atacaran de forma coordinada. De hecho, hasta esta noche pensaba que no eran más que cuentos de viejas para hacer que los niños no se alejaran de la aldea.

—Pues parecen muy reales —dije tras resoplar desesperado—. ¿Crees que vienen hacia aquí?

—Juraría que sí. —Al ver mi expresión estupefacta, se encogió de hombros y siguió hablando—. Me parece que nos hemos metido en su despensa.

—Tenemos que salir de aquí —exclamé mientras sentía como las garras del miedo hacían presa en mi interior—. Hay que llegar a los caballos.

—Creo que es tarde para eso —señaló Bryt, agachándose junto a nosotros.

Los primeros monstruos acababan de lanzarse sobre nuestras monturas. Uno de ellos dio un ágil salto y cayó en cuclillas sobre el lomo de mi caballo para lanzarse hacia su cuello de inmediato y desgarrarle la piel con los colmillos. Un chorro de sangre que parecía el surtidor de una fuente surgió de la arteria del animal acompañado de un relincho aterrado. Algunas criaturas se lanzaron a beber de aquella fuente mientras otras mordían las patas, los flancos o el lomo del resto de los animales.

—Hay que aprovechar que están entretenidos para largarnos.

La voz de Bryt me sorprendió. Me giré hacia él y vi que contemplaba la escena con expresión aterrada. No sabría explicar por qué, pero ver que aquel valiente guerrero estaba tan asustado como yo me hizo sentir menos solo. Me limité a asentir y a darme la vuelta para contemplar la taberna y evaluar nuestras posibilidades de huida.

—No podremos sobrevivir en el desierto sin los caballos —se lamentó Hal.

—Ya no podemos hacer nada por ellos —contestó Sirtha, agarrando al niño por el brazo para apartarle de la ventana y que dejara de contemplar aquel horrendo espectáculo—. Salgamos de aquí antes de que nos descubran.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —contesté yo tratando de que no se notara en la voz la desesperación que me estaba invadiendo—. Este sitio no tiene más puertas y todas las ventanas dan

a la fachada delantera.

Mis compañeros observaron la estancia, como si no se fiaran de mis palabras y tuvieran que comprobarlo por sí mismos. Cuando se convencieron de que yo no era tan estúpido como para pasar por alto alguna salida, me miraron como si fuera culpa mía y esperaran que yo hiciera algo para arreglarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté para devolverles la pelota —. ¿Escondernos aquí confiando en que se sacien con nuestros caballos y se marchen?

—Eso no funcionará. —Sirtha negó con la cabeza—. No sabemos cómo de inteligentes son esas criaturas, pero no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que esos caballos no han llegado aquí solos.

—Pero puede que cuando acaben con nuestros caballos ya no tengan hambre —sugerí.

—Tampoco tenían tanta hambre cuando mataron a estas personas —rebatió Bryt señalando los cadáveres que se hacinaban a nuestro alrededor—. Son necrófagos: se alimentan de carne muerta. Estoy seguro de que les encantará sumarnos a su despensa.

Aquellas palabras me revolvieron el estómago. No iba a permitir que ni yo ni mis amigos acabáramos así. Tomé aire, hinche el pecho y eché mano a la empuñadura de mi espada.

—¿Qué podemos hacer?

—Quizá podamos escapar por el tejado —sugirió Bryt.

Mi desesperación era tal que incluso me lo planteé durante unos segundos, pero enseguida llegué a la única conclusión posible. Sabía que, con mi miedo a las alturas, yo no sería capaz de ir saltando de tejado en tejado. Además, si aquellos seres nos descubrían y empezaban a perseguirnos, no podríamos huir sin los caballos. Por lo que había observado, parecían mucho más ágiles y rápidos que cualquier humano. No teníamos nada que hacer en una carrera contra ellos a través del desierto.

En aquel momento, vi claro lo que había que hacer. No me gustaba, por supuesto que no me gustaba, pero no había otra opción. Tragué saliva, fijé mi mirada al frente y elevé la barbilla para parecer lo más seguro posible de mis palabras al pronunciar mi sentencia de muerte.

—Marchad sin mí. Yo los entretendré.

Los tres se quedaron un par de segundos en silencio, como si no pudieran creerse lo que acababan de oír. Yo tampoco acababa de

creérmelo del todo: Kayne, el egoísta, el cobarde, el que solo miraba por su comodidad y su diversión, dispuesto a sacrificar su vida por sus amigos. No me reconocía. El Kayne que salió de Antius hacía tan solo un par de meses nunca habría hecho nada por ningún amigo. Aunque podría deberse a que, hasta aquel momento, nunca había tenido amigos de verdad por los que mereciera la pena sacrificarse.

—No digas tonterías, Kayne. —Sirtha negó con la cabeza de forma vehemente y alargó el brazo para que tomara su mano. Yo no lo hice—. Nos vamos todos juntos.

—No, Sirtha. Me quedo —dije con la voz aún más firme—. Yo no puedo saltar de tejado en tejado. Solo os retrasaría y conseguiría que nos matasen a todos. Además, si me quedo y lucho contra ellos, os daré tiempo para huir.

—No. Nos vamos todos juntos o no nos vamos ninguno. —A pesar de que quería parecer decidida, su voz se quebró por un sollozo.

—Yo os he arrastrado hasta aquí, así que debo ser yo el que se quede. —En aquel momento, sí tomé sus manos y las apreté con fuerza—. Mi misión ha concluido: ya he deseado que mi hermano resucite y Anglya vuelve a tener un heredero. Ya no soy necesario para nadie.

—Eres necesario para mí. —Sirtha no pudo contenerse más y un par de lágrimas rebosaron de sus ojos.

—¿Sí? ¿Para qué?

Ella me dirigió una mirada cargada de dulzura, de promesas… pero solo duró una milésima de segundo. Abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla de inmediato. Apretó la mandíbula y sus ojos se volvieron fríos y decididos.

—Tienes que pronunciar tu tercer deseo: la muerte de Chardha. Me lo prometiste.

Esbocé una sonrisa triste. Quizá si Sirtha hubiese pronunciado las primeras palabras que habían pasado por su mente me habría convencido de ir con ellos, pero no así. Estaba seguro de que entre los dos había surgido algo intenso, algo bello… pero ambos éramos demasiado orgullosos para reconocerlo.

—Tendrás que encargarte tú misma de acabar con ella —dije mientras me encogía de hombros—. Estoy seguro de que estás capacitada para hacerlo y que disfrutarás de ello. Ahora marchaos.

Le hice una seña a Bryt con la cabeza. El bárbaro asintió y, tras dirigirme una mirada cargada de pena, agarró a Hal bajo un brazo y a Sirtha bajo el otro y empezó a andar hacia las escaleras que llevaban a

los pisos superiores de la taberna. Hal y Sirtha protestaron, gritaron y patearon, pero él siguió avanzando como si ni siquiera lo notara. Antes de poner el pie en el primer escalón, Bryt se giró una última vez y me miró. Había orgullo en su mirada y eso me dio nuevas fuerzas para no morirme de miedo mientras les veía irse.

En cuanto mis compañeros desaparecieron, agarré una alacena cercana a la puerta y la empujé para bloquearla. Cerré las ventanas con sus pestillos y apilé mesas y sillas contra todas las entradas. Sabía que estaba haciendo mucho ruido y que los monstruos debían de haberse percatado ya de mi presencia en el interior de la taberna. Además, hacía ya rato que habían dejado de oírse los relinchos aterrados de los caballos. Los gules debían estar saciados, pero, aun así, no dejarían escapar a una presa viva.

Tras asegurar las entradas, retrocedí hasta el centro de la taberna y me planteé cuál debería ser mi siguiente paso. Se me ocurrió que podría convertirme en león. Tendría muchas más posibilidades de sobrevivir siendo una fiera enorme con garras y colmillos que siendo yo. Además, mientras estaba convertido en león, nunca tenía miedo. Sin embargo, tuve que descartar aquel plan. No sabía cómo hacerlo. No era como cerrar los ojos o alargar el brazo y coger algo. No sabía qué orden debía darle a mi cerebro para transformarme. Intenté imaginar las garras en mis manos y la potencia de mi cuerpo. Incluso probé a visualizarme como león, corriendo libre por el desierto. Nada funcionó. Tendría que haber practicado aquello en algún momento de mis viajes y no esperar a necesitarlo desesperadamente. Como siempre, había hecho las cosas mal y ya solo me quedaba arrepentirme. Traté de buscarle el punto positivo a no poder transformarme: no tenía ninguna gana de morder la carne de aquellos bichos. De hecho, estaba dispuesto a pagar mucho dinero para no tener que meterme ningún trozo de aquellos monstruos asquerosos en la boca.

Una vez descartada la opción de convertirme en una bestia letal, lo único que me quedaba era defenderme con la espada. La saqué de su vaina mientras me sentía un miserable. Gracias al entrenamiento que Sirtha y Bryt se habían empeñado en darme, había mejorado mucho en la práctica de la esgrima, pero tampoco podía engañarme a mí mismo. No tenía nada que hacer contra una docena de monstruos voraces y enloquecidos. Me sorprendí al darme cuenta de que lo que más me dolía era que no iba a poder proporcionarles mucho tiempo a mis amigos para su huida.

Cuando escuché los primeros golpes y arañazos contra la madera de las puertas y ventanas, abrí las piernas, sostuve la espada frente a mí y esperé a mis enemigos. Me sentí extraño. No tenía miedo

ni ganas de huir ni me sentía paralizado. La firme creencia de que aquellos eran mis últimos momentos en el mundo se había llevado el miedo y las dudas. Me permití una sonrisa mientras los golpes y gruñidos del otro lado de las puertas se incrementaban. Iba a morir, pero iba a vender cara mi vida.

Capítulo siete No sabría decir cuánto tiempo estuve allí de pie, contemplando aquella puerta cerrada por la que, en cualquier momento, una horda de monstruos salvajes y sanguinarios se colaría para devorarme. Me pareció una eternidad. Noté que los ojos me escocían por la capa de sudor que resbalaba de mi frente a pesar de no estar realizando ninguna actividad física. Me dio tiempo también a preocuparme por el alocado ritmo de mis latidos. Aunque yo era un hombre joven sin ninguna enfermedad, dudé que mi corazón pudiera resistir tantas emociones.

Los golpes que aquellos seres daban contra la puerta eran cada vez más fuertes, más desesperados. La alacena que había colocado de forma torpe para impedir que entraran cayó sin oponer mucha resistencia. Sin embargo, no fue por ahí por donde se colaron. Escuché

un fuerte estruendo a mi derecha y vi que una de las contraventanas había cedido y que aquellos repugnantes monstruos intentaban pasar por ella. Si tardaron en conseguirlo fue porque todos trataban de meter sus garras y asomar sus bocas cuajadas de afilados colmillos al mismo tiempo, como si no pudieran esperar a llegar a mi lado para intentar devorarme. Mentiría si dijera que no me asusté. Sentí un miedo atroz invadiendo cada célula de mi cuerpo. Me dio la impresión de que el frío de mi inminente muerte ya invadía mis miembros y me paralizaba. Durante un segundo, me planteé que mis amigos ya debían de haber escapado por el tejado y que quizá debería seguir sus pasos y no quedarme allí plantado esperando una muerte segura. Pero no lo hice. Había prometido conseguirles todo el tiempo posible para su huida y estaba decidido a cumplir mi promesa. Sonreí al pensar que era más heroico estar muerto de miedo y aun así sobreponerse que no sentir miedo en absoluto. Puede que fuera un cobarde, que lo hubiera sido toda mi vida, pero moriría como un héroe.

Los seres seguían peleándose en la ventana, luchando los unos con los otros. Todos querían ser el primero en entrar en la taberna, lanzarse sobre mí y clavar sus dientes en mi carne. Parecía que hubiese algún tipo de premio por ser el que me diese muerte. Me entraron ganas de clavarme la espada a mí mismo y quitarles aquel privilegio, pero tuve que recordarme que debía aguantar todo lo posible, que cada minuto que consiguiera entretener a aquellos monstruos aumentaba las posibilidades de supervivencia de Bryt, Hal y Sirtha.

En aquel momento miré a mi alrededor y observé los cuerpos de la gente que había habitado en la ciudad de Itana. Era difícil recordar que aquellos restos en descomposición, muchos de ellos mutilados e irreconocibles por los mordiscos de aquellas bestias, habían sido seres humanos como mis compañeros y como yo… Seguro que había hermanos, padres e hijos, parejas de amantes, amigos… Todo aquello había quedado borrado por la voracidad de unas bestias inmundas que nunca deberían haber pisado nuestro mundo. Y pronto yo pasaría a ser uno más de aquellos cadáveres, un cuerpo que se iría pudriendo día tras día y que aquellos monstruos devorarían a su debido tiempo.

Me sentí muy extraño al darme cuenta de que aquellos pensamientos no me daban miedo. No me sentía asustado, sino enfadado, muy enfadado. Nunca antes me había sentido tan furioso. No era justo que mi vida fuera a terminar así, asesinado y devorado por unos seres tan estúpidos como para no ponerse de acuerdo a la hora de atravesar una ventana. Nunca había esperado que mi existencia acabase de una manera heroica y gloriosa, pero aquello era demasiado deprimente incluso para mí. No pensaba permitirlo.

Tal y como Chardha me había explicado en sus interminables y

aburridas lecciones de magia, dejé que mis sentimientos se liberaran e invadieran mi cuerpo. En lugar de intentar controlar mi rabia, la dejé fluir, la paladeé, la disfruté y permití que se incrementara más y más. Y cuando fue tan potente e inmensa como para no poder seguir conteniéndola dentro de mí, extendí mis manos hacia el frente y la dejé salir.

Una oleada de fuego surgió de las puntas de mis dedos, impactó en las mesas y sillas apiladas contra las ventanas y las hizo arder. Las llamas cobraron altura y fuerza, cubriendo por completo la pared. Escuché los alaridos de dolor de aquellas bestias y olfateé el aroma, que me pareció dulce y embriagador, de su pelo y su piel chamuscados. Olía a victoria. Sin embargo, no tardé mucho en darme cuenta de que no iba a ser tan fácil.

Solo los monstruos que estaban a punto de atravesar la ventana habían resultado heridos y, seguramente, no de gravedad. Todos ellos se habían retirado de la fachada. Podía verlos a través del muro de llamas que cubría la ventana abierta. Estaban parados a unos metros, mirando hacia el interior de la taberna mientras gritaban encolerizados. Su trofeo de caza, que habían sentido tan cerca, estaba fuera de su alcance. Además, todas sus presas muertas corrían el riesgo de acabar carbonizadas. Se me escapó una risa al pensarlo, pero la corté de inmediato. Me había sonado demasiado desquiciada, demasiado cercana a la histeria.

No era para menos. Mi situación no había mejorado con mi hechizo. Al contrario. Además de seguir teniendo frente a mí a una docena de demonios necrófagos que se morían de ganas de devorarme, estaba atrapado en aquella taberna, cuyas entradas se hallaban cubiertas de un muro de fuego de un par de metros de altura. Las llamas seguían extendiéndose y cobrando fuerza. Hacía un calor infernal y el aire se iba llenando de un humo oscuro y denso que volvía el aire irrespirable. Si no moría asfixiado, moriría quemado o devorado. No podía decidir cuál de las tres opciones sonaba peor.

Fui reculando a medida que las llamas cobraban intensidad e iban adueñándose de la estancia. Mi retirada fue interrumpida por la barra de la taberna. Ya casi no quedaba ningún sitio en el que ocultarse. Había sido tan tonto como para no darme cuenta de que las llamas se habían extendido también hasta las escaleras que llevaban al piso superior, por las que habían huido mis compañeros minutos antes, cerrándome también aquella vía de escape. No me quedaban opciones.

En aquel momento, sentí que mis emociones volvían a cambiar. Iba a morir en breves minutos, pero ya no me sentía asustado, ni furioso, ni siquiera triste… Lo único en lo que podía pensar era en lo seca que

notaba la garganta después de todo un día de caminar por el desierto bajo un sol abrasador. Aquella sensación había empeorado hasta volverse insoportable después de respirar aquel humo espeso y nauseabundo. Pensé que tomarme una última jarra de cerveza sería la mejor manera de despedirme de este mundo, así que salté la barra y me planté al otro lado.

Ya tenía una jarra en la mano y estaba preparado para llenarla cuando mi cerebro ató cabos. Mi salto había sonado extraño sobre aquel suelo, como si acabara de aterrizar sobre algo hueco. Agaché la cabeza para mirar el espacio entre mis pies y descubrí una trampilla. Lo reconozco. Estuve tentado de ignorarla, llenar mi jarra, brindar a la salud de mis amigos, a los que nunca volvería a ver, y dejarme morir. Era muy posible que aquella trampilla solo llevara a un oscuro y pequeño sótano en el que moriría asfixiado de todas maneras, pero… ¿y si no era así?

Dejé la jarra de mala gana tras prometerme a mí mismo que tan solo echaría un vistazo y que, en caso de comprobar que aquella trampilla no llevaba a ningún sitio, retornaría a mi plan original de beberme una última copa y esperar la muerte. Tiré con todas mis fuerzas de la argolla metálica situada en mitad de la trampilla y conseguí que se moviera y dejara a la vista una escalera de madera cuyos peldaños, suavizados por los pasos de miles de pies a lo largo de muchas generaciones, se perdían en la oscuridad. Me puse de rodillas y metí la cabeza en aquel agujero, intentando distinguir qué se escondía en aquellas sombras, pero no pude percibir nada desde allí. Iba a tener que bajar. Me maldije a mí mismo y a mi estúpido instinto de supervivencia que no me permitía morir cuando ya lo tenía casi asumido y volví a saltar la barra. Agarré la pata suelta de una silla, le amarré alrededor una camisa hecha jirones que debía de haber pertenecido a uno de los vecinos de Itana y le prendí fuego en la muralla de llamas que ya casi había invadido toda la taberna. Con aquella antorcha improvisada en la mano, volví a saltar al otro lado de la barra y empecé a descender los escalones. Vi que de la trampilla colgaba una cadena que servía para cerrarla desde dentro, así que lo hice. Aquello retrasaría algo más la entrada de las llamas o de los monstruos a los que todavía podía oír. Sus rugidos enloquecidos podían escucharse desde la plaza, incluso con la trampilla bajada. Sonaban a desesperación, a hambre…

Acabé de descender los escalones y eché un vistazo al lugar. Había piezas de carne desecada colgando del techo, un par de alacenas llenas de frascos de conservas y decenas de toneles de bebida. Pensé con ironía que no era un mal lugar para morir. Sin embargo, antes de que pudiera abrir una barrica de buen vino y me acomodara para esperar

mi destino, divisé algo extraño a la fluctuante y débil luz de la antorcha. Un trozo de la pared del fondo de la estancia parecía diferente. Nada más acercarme un par de pasos me di cuenta de que ni siquiera había pared. Una tela de un color similar ocultaba la entrada a un angosto pasadizo excavado en la roca. Me lo planteé durante unos segundos antes de atreverme a entrar. Aquel lugar era realmente estrecho. Parecía que solo una mujer delgada o un niño podrían atravesarlo sin problema. No me apetecía nada quedarme atrapado entre aquellas paredes y morir de hambre y sed teniendo tantas provisiones a apenas unos pasos de distancia. Además, ni siquiera sabía lo que había al otro lado. Quizá ni siquiera mereciera la pena…

Después de pensarlo, tomé aire, me coloqué de medio lado con la antorcha por delante y me interné en el pasillo. Después de todo, yo nunca me había distinguido por ser un hombre fuerte y musculado. Estaba seguro de que, metiendo un poco de tripa, pasaría por aquel espacio sin mucho problema.

Me equivoqué. No había dado ni tres pasos cuando me di cuenta de que no podía seguir avanzando. Traté de retroceder, pero tampoco fue posible. Por alguna extraña razón, ya no cabía por el mismo sitio por el que acababa de pasar un segundo antes. Era imposible que hubiese engordado en tan poco tiempo. Además, me extrañó que mi cuerpo no pasara por aquel hueco. Siempre había sido delgado y escurridizo. No era posible que mi cuerpo hubiese cambiado. No había hecho nada para desarrollar músculos donde antes no los había. ¿O quizá sí?

Cuando me di cuenta de lo que había sucedido, empecé a maldecir a Bryt y a todos sus antepasados hasta la séptima generación. El entrenamiento físico con el que me había torturado durante las últimas semanas debía de haber surtido efecto, pero, al ser un cambio lento y progresivo, yo no me había hecho consciente de ello. Había seguido pensando en mí como un joven enclenque, pero en realidad, tenía músculos que nunca antes había imaginado que pudiera tener. En aquel momento, los notaba todos. Para ser más específico, notaba como las piedras de aquel maldito pasadizo se clavaban en cada uno de ellos.

Tenía que tranquilizarme y salir de allí. Si no conseguía seguir avanzando, al menos tenía que ser posible recular hasta el lugar por el que acababa de entrar. Pero la salida de aquel pasillo estaba tan cerca… Estaba seguro de que solo necesitaba un tirón más para atravesarlo por completo y llegar al otro lado. Quizá no hubiera nada, quizá no mereciera la pena, pero sabía lo que había si retrocedía: un almacén en el que quizá moriría asfixiado por el humo que se colaba por la trampilla o que podía derrumbarse sobre mi cabeza si el incendio terminaba por arrasar la taberna. Y, aunque ninguna de esas

cosas sucediera y pudiera esperar a que el incendio se extinguiese, era muy posible que encontrase una manada de gules hambrientos esperando mi regreso cuando volviera a levantar aquella trampilla. Si quería sobrevivir, mi mejor opción pasaba por seguir adelante.

Traté de controlar mi respiración. Llevaba ya un rato atrancado en aquel pasillo de apenas tres metros de largo, viendo la entrada y la salida a un par de pasos de distancia sin lograr alcanzar ninguno de los dos extremos. Durante ese tiempo, había mantenido el brazo extendido ante mí, con la antorcha firmemente agarrada. A pesar de que solo era un palo con un trozo de tela, empezaba a pesar. Empezaba a pesar demasiado. La postura era tan antinatural que no iba a poder mantenerla durante mucho tiempo. Si seguía así, tendría que soltar la antorcha y arriesgarme a la posibilidad de que se apagara en la caída y me dejara sumido en la oscuridad. No, eso no iba a pasar. No iba a seguir así mucho tiempo. De hecho, tenía que encontrar la manera de liberarme cuanto antes. Esperaba que se debiese solo a la ansiedad, pero empezaba a darme la impresión de que cada vez hacía más calor en aquel lugar, que el aire era más denso y menos respirable, que el exiguo espacio entre ambas paredes en el que estaba atrapado era cada vez más estrecho y empezaba a oprimirme los pulmones.

Solté todo el aire que tenía en el pecho, comprimí el abdomen y, sin hacer caso a las piedras de las paredes que rasgaban mi camisa y arañaban mi piel, tiré de mi cuerpo hacia delante. Aquello estaba siendo como un parto… Con la diferencia de que yo era el niño atrapado en aquel estrecho conducto y no había nadie esperándome al otro lado para ayudarme a salir. Estaba solo, tenía que valerme por mí mismo. Intenté convencerme de que había conseguido avanzar unos centímetros y que la salida estaba un poco más cerca y volví a intentar que mi cuerpo se deslizara. Las piedras de las paredes me desgarraron la piel y me arrancaron algunas lágrimas. Me mordí el labio inferior para no gritar mientras seguía haciendo fuerza para salir de allí. No podía hacer ningún ruido que alertase a los gules de que aún quedaba alguien vivo en aquel lugar. Además, gritar no iba a ayudarme. No había nadie vivo que pudiera oírme.

No sé si fue mi propia sangre, que manaba descontrolada de los cortes de mi tórax y abdomen, la que actuó como lubricante e hizo que mi cuerpo pudiera resbalar, pero, de pronto, me vi liberado. Estaba empujando con tal ímpetu que salí disparado hacia delante. Al menos, tuve los suficientes reflejos como para extender los brazos y detener mi caída. Perder un par de dientes habría sido el colofón perfecto para aquella desastrosa huida.

Cuando pude reaccionar, me puse de rodillas y contemplé la estancia

en la que me encontraba. Era una habitación muy pequeña y de techo bajo casi ocupada por completo por varios cofres de madera. Al fondo, se veía otro pasadizo que se internaba en la oscuridad. Intenté consolarme pensando que parecía algo más ancho que aquel por el que acababa de pasar.

Fui abriendo los cofres por si podía encontrar algo que me ayudara a salir de allí. No pude evitar una sonrisa irónica pensando que nunca habría supuesto que tener una taberna en aquel pueblo perdido en mitad del desierto pudiera ser tan rentable. No debía de haber un lugar mejor provisto de sustancias misteriosas y prohibidas en los cinco reinos. No soy ningún experto en drogas, pero pude distinguir esencia de alas de hada, que decían que te hacía sentir tan eufórico y ligero como si pudieras volar, lágrimas de basilisco, que te paralizaban pero te hacían sentir totalmente en paz, extracto de moradas de gnomos, que te permitía viajar por mundos mágicos e inexplorados que solo residían en tu imaginación e incluso polvo de cuerno de unicornio, una sustancia de la que se decía que podía devolver la virilidad perdida a cualquier hombre. Guardé algunas muestras de cada una de aquellas sustancias en mis bolsillos. No sabía si iba a necesitar alguna de aquellas drogas en algún momento de mis aventuras (de hecho, estaba seguro de que nunca en mi vida iba a necesitar el polvo de cuerno de unicornio), pero aquellas sustancias debían de valer una fortuna en el mercado negro, así que nos servirían para sufragar nuestro regreso a Anglya.

Una vez me hube llenado los bolsillos, me dirigí con la antorcha en alto al pasadizo que se abría frente a mí. Tal y como me había parecido, era bastante más ancho que el anterior, por lo que pude avanzar por él a buen paso sin miedo a quedar atrapado de nuevo. Tras unos minutos andando, me detuve y alcé aún más la antorcha. Vi que su llama bailaba ante el empuje de una brisa lejana. Olisqueé el ambiente. El aroma del humo del incendio había quedado muy atrás y pude percibir una corriente de aire que llegaba del final del pasadizo.

Apresuré mis pasos y llegué hasta unas escaleras de piedra por las que ascendí hasta una trampilla de madera. La levanté con sigilo y me asomé lo suficiente para echar un vistazo sin ser descubierto. Estaba en un oscuro callejón en el que no se veía a nadie. El rugido de las llamas que seguían consumiendo la taberna y los gritos frustrados de los gules, que debían estar lamentándose por haber perdido todas las provisiones de su macabra despensa, sonaban bastante lejanos, a varias calles de distancia.

Salí de mi escondite con mucho cuidado, abandoné el callejón y fui deslizándome entre las sombras, alejándome de la plaza. Pronto encontré la salida del pueblo: un camino, rodeado de casas cada vez

más apartadas unas de otras, que se internaba de nuevo en el inhóspito desierto. Me sentí feliz de abandonar aquel pueblo maldito. Sin darme cuenta, fui apresurando mis pasos hasta acabar corriendo entre las dunas, dispuesto a dejar atrás cuanto antes aquel funesto lugar. No paré hasta que, al girarme, vi que ya no podía distinguir la silueta de ningún edificio de la triste Itana.

Me senté durante unos segundos en el suelo para recuperar el resuello. Tenía que tranquilizarme y pensar. Había conseguido escapar de una muerte segura, pero, en aquel momento, mi situación era bastante complicada. Estaba solo en mitad del desierto con los bolsillos repletos de drogas que podría intercambiar por una fortuna, pero sin una gota de agua ni una pizca de comida que llevarme a la boca. Recordé la despensa repleta de alimentos que había descubierto en la primera estancia que encontré al bajar al sótano de la taberna. No se me había ocurrido coger nada de beber ni de comer allí. Típico de mí. Intenté consolarme pensando que me habría sido aún más difícil atravesar aquel estrecho pasadizo si hubiera ido cargado.

Cuando me sentí algo más descansado, volví a ponerme en pie y comencé a andar, sin saber bien a dónde me dirigía ni para qué. Pocos minutos después, mis labios se curvaron en una sonrisa. Sirtha y Bryt presumían de ser grandes rastreadores, pero ocultando su propio rastro eran un desastre. A la plateada luz de la luna, distinguí con claridad tres pares de huellas sobre la arena del desierto. Mis amigos seguían vivos y no andaban lejos.

Capítulo ocho La forma habitual de pasar de Olvasus a Anglya una vez dejabas atrás el desierto era seguir un camino empedrado que utilizaban las caravanas de mercaderes y que llevaba directamente hasta la frontera entre ambos reinos. Con todo el ejército de Olvasus buscándonos, nosotros no podíamos hacer eso, así que habíamos seguido avanzando a través del desierto hasta llegar a las altas y escarpadas montañas que servían de frontera natural entre los dos territorios.

Llevábamos un par de días ascendiendo, en busca de un sendero que, según decía Hal, usaban los contrabandistas para pasar sus mercancías sin tener que pagar ningún tributo en la frontera. Teníamos que agradecer a los cinco dioses el habernos cruzado con una de esas caravanas antes de comenzar la ascensión. El jefe de la expedición nos había vendido víveres, agua y un par de caballos a cambio de uno de los anillos de Thaeba y un par de dosis de polvo de cuerno de unicornio. Los víveres resultaron secos y correosos, el agua no estaba bien filtrada y sabía a arena y los caballos ya debían de ser viejos cuando Vellja creó el mundo. Llevaba dos días deseando que el polvo de unicornio fuera falso y no funcionase, aunque tenía que reconocer que sin aquel hombre no hubiéramos podido sobrevivir y cruzar el

desierto.

Bryt cabalgaba delante de mí, con Hal agarrado a su espalda. Vi que el niño daba un par de golpes en el brazo del bárbaro para pedirle que detuviera el caballo. Pensé que querría aliviarse detrás de alguno de los secos arbustos que bordeaban el sendero, pero, en cuanto pisó el suelo, Hal se dirigió hacia el caballo que montábamos Sirtha y yo. Cuando ella, que, como siempre, se había empeñado en llevar las riendas, detuvo la montura, él puso los brazos en jarras y nos miró con gesto muy serio.

—Por aquí no es —anunció muy convencido.

—¿Cómo que por aquí no es? —dije mientras descendía de la montura para mirar el sendero con expresión confusa—. Tú eres el que has elegido el camino. Decías que sabías dónde estaba el paso.

—Y lo sabía, pero en algún momento he debido equivocarme —contestó con el ceño fruncido—. Ya teníamos que haber llegado hace mucho rato al paso que buscábamos. Supongo que me lo he pasado de largo…

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Sirtha sin bajarse del caballo.

—Retroceder —respondió Hal encogiéndose de hombros.

—Si retrocedemos, tendremos que pasar otra noche al raso en estas montañas —protestó Bryt, acercándose con el caballo—. El sendero en el que estamos tiene que llevar a algún sitio. Lo más probable es que también sea un paso hacia Anglya.

—Pienso lo mismo —intervino Sirtha—. No quiero pasar una noche más en Olvasus y menos teniendo nuestro país tan cerca.

—Hay que retroceder —insistió Hal—. No sabemos a dónde lleva este camino ni los peligros que podemos encontrar en él.

—¿Peligros? —preguntó Bryt burlón—. No nos hemos cruzado ni con un miserable conejo en los dos días que llevamos subiendo estas montañas. No va a pasarnos nada. Y hay un pequeño pueblo cerca de la frontera. Con un poco de suerte, si este camino cruza la montaña, podremos llegar a él antes de que anochezca y dormir en alguna taberna.

Sirtha asintió para mostrar su acuerdo con su hermano. Hal volvió a negar con la cabeza y dirigió hacia mí sus ojos implorantes. Si yo le apoyaba, estaríamos empatados. Si sacaba a relucir mi puesto como posible futuro gobernante de Anglya, la decisión estaría clara. Durante unos segundos, estuve tentado de darle la razón al niño. Algo me decía que deberíamos buscar el camino conocido y no arriesgarnos,

pero la perspectiva de una buena cena, un par de jarras de cerveza fría y una cama blanda y cómoda me hizo cambiar de opinión. Le dirigí a Hal una mirada de disculpa antes de girarme hacia mis otros dos compañeros: —Sigamos por este camino. Si para cuando anochezca no hemos encontrado un paso hacia el otro lado, acamparemos y mañana retrocederemos para buscar el camino por el que quiere ir Hal. —Fui mirándolos alternativamente, esperando a que asintieran—. ¿Todos de acuerdo?

Hal negó con la cabeza, pero, al ver que estaba en minoría, volvió a encaramarse a la grupa del caballo de Bryt. Nos pusimos de nuevo en movimiento, ascendiendo por aquel sendero pedregoso y escarpado.

Un par de horas después, me di cuenta de que el sol ya había descendido mucho y estaba a punto de ocultarse. Iba a decirles a mis compañeros que sería mejor buscar algún lugar protegido en el que detenernos a pasar la noche cuando divisé, algunos centenares de metros más adelante, la entrada a un desfiladero.

—¿Crees que eso puede ser un paso hacia Anglya? —dije tras dar un par de toques en el hombro de mi compañera para llamar su atención.

—Podría ser. —Noté un tono de esperanza en su voz—. Quizá cuando lo crucemos la montaña empiece a descender. Todavía estaríamos a tiempo de llegar al pueblo del que nos ha hablado Bryt y pasar la noche a cubierto.

—Y en casa —susurré yo.

Sentí que me emocionaba y que mis ojos escocían. Nunca antes en mi vida había pasado tanto tiempo fuera de mi país. En aquel momento, perdido en una montaña de otro reino, en aquel paisaje inhóspito y solitario en el que un molesto viento me azotaba el rostro y parecía tirar de mi pelo, me di cuenta de cuánto echaba de menos Anglya. Ni siquiera el viento era igual. El de Anglya parecía haber recogido el aroma de su mar y de sus playas, de sus inmensas praderas, de las cosechas de heno y trigo… Olía a vida, a fertilidad. En aquel horrible lugar incluso el viento olía a arena, a calor y a muerte. Me moría de ganas de volver a mi hogar, sobre todo si me ponía a pensar en todas las ocasiones desde que salí de Antius en las que había pensado que no sobreviviría y que nunca podría regresar a casa.

Le di un par de golpecitos a nuestra montura con los pies para intentar que acelerase el paso, a pesar de que era Sirtha la que llevaba las riendas. Tenía ganas de cruzar el desfiladero que se abría frente a nosotros para saber si, desde el otro lado, podríamos divisar nuestra tierra. Sirtha se giró un segundo hacia mí. No sé si supo descifrar la impaciencia en mis ojos o si ella también la sentía, porque dio la orden a nuestro caballo de acelerar el paso. Bryt también había

espoleado a su montura y acababa de adentrarse entre las escarpadas paredes del desfiladero. Nos colocamos justo a su grupa y nos internamos tras ellos. Nada más avanzar unos metros, la luz del sol se hizo más débil y la temperatura descendió varios grados. Seguimos adelante, pero me di cuenta de que los dos hermanos habían refrenado la velocidad de sus caballos. Avanzaban con tanta cautela como si pretendieran que los cascos de nuestras monturas no despertaran ningún eco contra las paredes. No habría sabido decir a qué se debían aquellas precauciones, pero yo también sentía que sería mejor no hacer ningún ruido. Mientras nuestros caballos recorrían metro tras metro la distancia que nos separaba del otro lado del desfiladero, no pronunciamos ni una sola palabra. Supongo que mis compañeros también trataron de hacer su respiración más tenue y de relajar los latidos de su corazón para que no retumbaran. Yo lo hice.

Levanté la mirada hacia los altos muros que nos rodeaban. El desfiladero era tan alto y estrecho que casi no dejaba pasar la luz del sol. Tan solo unos rayos acariciaban la parte alta de las paredes. La luz se deslizaba por ellas e iba retrocediendo a una velocidad que se me antojó demasiado rápida. No nos iba a dar tiempo a atravesar por completo el desfiladero antes de que la oscuridad nos alcanzase.

No me gustaba nada aquel lugar. Sentí una corriente eléctrica recorriendo cada músculo de mi cuerpo. Algo maligno impregnaba la atmósfera. El aire parecía pesar y estar cargado de malos presagios. No se oía ningún sonido. Ni pájaros ni insectos. Tan solo el lamento del viento al recorrer el cañón. Pero lo peor era el olor. Un aroma nauseabundo lo inundaba todo. Lo reconocí al instante. Era el olor de la carroña, de la carne en descomposición. Levanté de nuevo la vista hacia lo alto del desfiladero. Las paredes de arenisca estaban horadadas con multitud de pequeñas grutas. El olor a podrido parecía salir de ellas, pero no podían ser madrigueras de animales. No se me ocurría qué ser podría escalar por aquellas paredes abruptas cargando además con una presa. Nada más plantearme aquella pregunta, recé a los cinco dioses por poder cruzar aquel desfiladero sin conocer la respuesta. Como en muchas otras veces en mi vida, pareció que mi plegaria provocaba exactamente el efecto contrario al esperado. Un agudo chillido proveniente de lo alto heló la sangre en mis venas y me hizo plantearme que no debería rezarles a los dioses nunca más.

De otra de las cavernas surgió un nuevo chillido… Y luego otro y otro. Un coro de gritos estridentes llenó el cañón y el eco lo multiplicó hasta el infinito. Era un sonido tan desagradable y rechinante que tuve ganas de cubrirme las orejas con las manos, pero no pude. Sirtha había puesto a galope tendido a nuestro viejo caballo. La montura en la que viajaban Bryt y Hal también había acelerado. Seguíamos sin

saber a qué nos enfrentábamos, pero creo que ninguno de nosotros quería averiguarlo. Noté que Sirtha se inclinaba hacia delante para ayudar a que nuestra montura ganara en velocidad y la agarré por la cintura para hacer lo mismo. No había un segundo que perder. En aquel momento supe que, en cuanto el último rayo de sol dejara de iluminar la entrada de las grutas, los monstruos que se ocultaban en ellas saldrían para darnos caza. Y supe que, si lo hacían, no saldríamos vivos de aquel lugar.

Capítulo nueve Miré hacia delante por encima del hombro de Sirtha. La salida del desfiladero no estaba lejos y, al otro lado, se veía un paisaje aún iluminado por los últimos rayos de sol de la tarde. Me pareció una visión del paraíso, de la salvación, pero no estuve seguro de que fuéramos a lograrlo. A los agudos y estridentes chillidos de las bestias que se ocultaban en las alturas se unió el estrépito de una infinidad de alas agitándose. ¿Qué eran aquellos seres? ¿Pájaros gigantes?

Me giré para echar un rápido vistazo hacia atrás. El sol había seguido ocultándose y su luz se había deslizado ya lo suficiente como para dejar a oscuras la entrada de las primeras cuevas del desfiladero. Vi salir al primer ser y sentí que todo mi cuerpo se paralizaba de terror. Era una mujer alada con el cuerpo cubierto de plumas y con las piernas terminadas en afiladas garras. De mi boca surgió un gemido de terror que hizo girarse a Sirtha. Por suerte, ella no se quedó paralizada, sino que espoleó a nuestra montura para que corriese más mientras alertaba a gritos a nuestros compañeros: —¡Arpías! ¡Corred! Hay que salir del desfiladero.

Bryt azuzó a su montura y la puso a galope tendido, rumbo a la salida del cañón. La arpía que había salido de la cueva soltó un grito agudo, llamando a sus compañeras a la caza. Me giré y vi como de las demás cuevas iban saliendo más y más. Se quedaron durante unos segundos en el aire, batiendo las alas con calma, como si estuvieran decidiendo si seríamos lo bastante apetitosos para ser su siguiente cena. Un nuevo grito de la primera arpía fue la señal y todas se lanzaron en picado a por nosotros.

Lo supe en un solo segundo. Aquellas criaturas eran demasiado veloces como para que nuestras viejas monturas pudiesen llegar a la salida antes de que nos alcanzaran y demasiado agiles y numerosas como para que pudiéramos luchar contra ellas. Estábamos condenados. A no ser que alguien hiciera algo…

Soy un cobarde. Nunca lo he negado y todos los que me conocéis lo sabéis. Sin embargo, estaba seguro de que iba a morir de todas maneras. Estábamos corriendo enloquecidos hacia el final del cañón, donde aún se veía luz, porque parecía que a aquellas criaturas les dañaba el sol, pero este ya declinaba, por lo que, incluso en campo abierto, no nos iluminaría durante muchos minutos más. Cuando llegara la noche, las arpías saldrían del desfiladero para perseguirnos y no podríamos escapar de ellas montados en unos caballos tan viejos y enfermizos. Ya que no había escapatoria posible, pensé que sería bueno que al menos mi muerte sirviera para algo.

—¡Para! —Apoyé mi cabeza en el hombro de Sirtha para que pudiera escucharme por encima del estruendo de los chillidos y el batir de alas de aquellos seres—. ¡Detén el caballo!

Mi compañera debió de notar algo en mi voz, una seguridad que nunca antes había oído, porque frenó sin rechistar y se giró hacia mí buscando una explicación para mi orden. No se la di. Me limité a saltar del caballo y a volver a ponerlo en movimiento con un fuerte azote en la grupa. Después, me giré hacia la bandada de arpías, que se lanzaban hacia mí con las garras por delante y un brillo voraz en sus ojos amarillos. No podría explicar qué pasó, pero sentí que una calma absoluta inundaba mi alma y que sabía exactamente qué era lo que tenía que hacer. Fue como si una conciencia externa, mucho más sabía, segura y poderosa, se hubiera adueñado de mi mente y controlase mis actos.

Di un par de pasos decididos, abrí las piernas y apoyé mis pies con fuerza contra el suelo, como si pretendiera anclarme a aquel lugar, convertirme en un árbol antiguo, firme y poderoso. Me sentí enraizado a aquella tierra, que, a pesar de ser reseca y yerma, estaba cargada de magia y energía. Mis piernas se convirtieron en raíces a través de las

cuales pude alimentarme de esa energía, que invadió mi cuerpo por completo. Uno de los hechizos que Chardha había tratado de enseñarme acudió a mi mente con total claridad. Supe que podía hacerlo, que estaba preparado para ello. Me concentré, extendí las palmas de mis manos frente a mí e invoqué en mi mente la fuerza del huracán.

Un viento suave empezó a girar alrededor de mis pies, levantando la arena que cubría el suelo. Pensé que había fracasado. Aquella leve brisa no me serviría para luchar contra las arpías. Sin embargo, no me rendí. Seguía sintiendo esa otra conciencia en mi interior que me instaba a seguir luchando. Tomé aire con fuerza y me concentré en ese pequeño torbellino de arena dorada que rodeaba mis pies y empezaba a ascender hacia mis rodillas. Lo hice más fuerte, más veloz… Un tornado cada vez más alto fue levantándose a mi alrededor. A través de los gránulos de arena que me rodeaban, pude ver que las arpías se habían detenido. El hambre había desaparecido de sus miradas para ser sustituida por una emoción igual de primaria: el miedo.

Continué concentrado, añadiendo más arena a mi torbellino, dotándolo de más y más potencia y, cuando el ulular del viento que yo mismo había invocado amenazó con volverme loco, extendí los brazos hacia las arpías y lo lancé contra ellas.

Sentí como si un sol acabara de estallar en mi interior. Una descarga de energía como jamás hubiera imaginado estalló en mi pecho y se distribuyó por todo mi cuerpo. Cada vello de mi cuerpo se erizó, cada célula de mi interior vibró cargada de energía contenida. Y, de repente, toda esa energía se canalizó hacia mis manos y salió despedida a través de mis dedos para dar aún más fuerza al viento que me rodeaba y dirigirlo hacia aquellos monstruos.

No pudieron resistir el golpe, al igual que no puede resistirse el embate de un tsunami. Salieron despedidas hacia una de las paredes del desfiladero. A pesar del aullido del viento, escuché con claridad el golpe de sus cuerpos contra las rocas, el sonido de sus huesos al astillarse y sus gritos de dolor. Una sensación de euforia absoluta me invadió, pero no duró mucho tiempo. No todas habían resultado heridas de gravedad. Algunas solo estaban confusas y conmocionadas y empezaban a levantarse.

Busqué en mi interior la energía necesaria para repetir el ataque, pero supe de inmediato que se había desvanecido, al igual que aquella conciencia extraña que me había acompañado y me había indicado qué hacer. Estaba solo y agotado. Solo me tenía a mí mismo para salir de aquella situación y tuve que reconocerme que era poca cosa. Al menos conservaba las dos piernas y la fuerza suficiente para moverlas,

así que empecé a correr hacia la salida del desfiladero.

Enseguida me di cuenta de que el hechizo me había dejado aun más débil de lo que había pensado en un primer momento. Me costaba avanzar en línea recta y mis piernas tenían el peso y la flexibilidad del tronco de un roble centenario. Avanzaba haciendo eses, como si estuviera borracho, y en un par de ocasiones tropecé con mis propios pies y estuve a punto de caer de bruces. Supe que, si me caía, no sería capaz de volver a levantarme.

Continué corriendo, con la vista fija en mis pies, luchando por no tropezar a cada paso. Me sentía agotado y al límite de mis fuerzas, pero uno de aquellos graznidos agudos y estridentes, que sonaba mucho más cerca de lo que me habría gustado, me hizo reaccionar y buscar fuerzas donde ya no pensaba que quedaran. Alcé la cabeza y distinguí el final del cañón a apenas cien metros. Vi el sol a lo lejos, a punto de esconderse tras el horizonte. Aún le quedaban unos minutos. Me atreví a albergar esperanzas… Si me seguían pocas arpías y era capaz de reunirme con mis compañeros antes de que el sol se pusiera, quizá podríamos enfrentarnos a ellas y vencer. Tenía que creer en eso.

Giré durante un segundo la cabeza para examinar a mis perseguidoras. Solo había dos arpías. Una de ellas debía de estar herida. Su ala derecha estaba un poco torcida y estaba quedándose atrás. Era posible que incluso abandonara la persecución y me dejara escapar. El problema era la otra, un enorme engendro de plumaje negro azabache y ojos dorados que se lanzaba a por mí chillando sin cesar, como si pretendiera aturdirme con aquellos gritos ensordecedores. Me enfrenté a su mirada y tuve la firme convicción de que solo uno de los dos iba a salir con vida de aquel cañón.

No sé de dónde saqué las fuerzas ni el valor, pero decidí enfrentarme a ella. Abrí las piernas y las planté con firmeza sobre el suelo arenoso mientras desenvainaba mi espada. El chirrido que provocó el metal contra la vaina rivalizó con los agudos gritos de la bestia. No se arredró ni por un segundo. El afilado acero de mi espada no parecía haberla impresionado en absoluto. Agitó las alas con potencia, levantando la dorada arena del suelo del cañón y se lanzó hacia mí. Al tenerla más cerca descubrí que sus manos también acababan en unas largas y afiladas uñas de color negro y que en su malévola sonrisa asomaban dos hileras de afilados dientes, como si toda su dentadura estuviera formada por punzantes colmillos. Aquel ser parecía sacado de una aterradora pesadilla. Estaba seguro de que, en cualquier otro momento, habría corrido despavorido, esperando que fuese otra persona la que se enfrentara a aquel ser y me salvara. Sin embargo, no lo hice por dos razones. Primero, porque estaba solo y no había nada en aquel desfiladero que pudiera salvarme. Y segundo porque, sin

saber de dónde, había surgido en mi interior la absoluta convicción de que podía vencerla.

Me erguí, llené mi pecho con todo el aire que podía caber dentro y agarré la espada con ambas manos, con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. No intentaba asustar a la arpía. Sabía que no iba a conseguirlo. Aquella pose de aguerrido guerrero iba dirigida a mí mismo, a tratar de convencerme de que estaba preparado para luchar contra aquel monstruo y salir victorioso. No sabría explicar cómo, pero funcionó. La sensación de agotamiento desapareció como por ensalmo y me sentí lleno de energía, de fuerza, de valor… Abrí la boca para lanzar un grito de desafío que rebotó contra las paredes del desfiladero, creando un eco que fue aumentando de volumen y repitiéndose una y otra vez, como si en lugar de estar yo solo hubiera todo un ejército dispuesto a luchar. Aquello me dio aún más fuerza y, en lugar de esperar plantado el ataque de la bestia, levanté el mandoble por encima de mi hombro mientras corría hacia ella.

Creo que la sorprendí. Ni siquiera le dio tiempo a detener su vuelo ni a tratar de esquivarme. Mi estocada golpeó en su abdomen y las negras plumas que lo cubrían se empaparon al instante con un chorro de sangre oscura y espesa. La arpía gritó sorprendida y lanzó hacia delante una de sus afiladas garras. Traté de apartarme de la trayectoria del golpe, pero mi carrera había sido tan furiosa y alocada que no pude frenar. Sentí como sus uñas desgarraban la camisa, la piel y el músculo de mi hombro izquierdo. Conseguí detenerme un par de metros más adelante, derrapando sobre la arena. Me giré con rapidez y volví a levantar mi mandoble para cubrirme del siguiente ataque de la arpía. Me costó mover mi arma. El brazo izquierdo estaba cubierto de sangre caliente, que manaba a raudales. La herida debía de ser grave. No iba a poder mover el brazo con la fuerza y agilidad necesaria para salir vencedor en aquel combate a muerte.

La arpía se giró hacia mí. Me bastó una mirada a su cuerpo para sentir que la esperanza volvía a florecer en mi pecho. El corte que le había hecho en el abdomen era grave, muy grave… La sangre manaba de la herida sin control, encharcando el suelo bajo sus pies. El corte dejaba ver el músculo rasgado y el interior de su vientre. Tuve que luchar para controlar las arcadas ante la visión de sus intestinos grisáceos y retorcidos. En lugar de vomitar, me permití esbozar una sonrisa. Aquel ser moriría pronto. Solo tenía que aguantar un par de embestidas más. Podía conseguirlo.

Volví a plantar mis pies con fuerza en el suelo y a sujetar la espada frente a mí. La arpía estaba enloquecida por el dolor. De su boca entreabierta manaba un hilillo de sangre que había teñido de rojo sus dientes afilados. Agitó con fuerza las alas, elevándose varios metros

por encima de mí, sin separar ni un solo segundo de mi rostro sus ojos desorbitados por la rabia y el dolor. Aquel ser sabía que iba a morir, pero quería morir matando. Elevó la cabeza hacia lo alto y de su garganta surgió un grito de desafío. Después, se lanzó en picado con las garras por delante. Doblé las rodillas para estabilizar mi postura, sujeté la espada con las dos manos y la coloqué frente a mí.

Lo reconozco. En el último segundo, cuando estaba ya tan cerca como para poder oler su pútrido aliento a carne corrompida, cerré los ojos, incapaz de soportar su mirada enloquecida. Sentí un golpe tan fuerte que estuvo a punto de arrojarme al suelo, pero conseguí mantenerme en pie, sosteniendo la espada.

Temí que sus agudos gritos acabaran por reventarme los tímpanos. Abrí los ojos y vi que, tal y como había esperado, mi atacante se había ensartado en mi espada en su loco ataque. Luché con todas mis fuerzas para seguir manteniendo el mandoble levantado. La arpía seguía clavándose mientras gritaba enloquecida y lanzaba sus garras hacia mí, intentando alcanzarme y destrozarme antes de morir. Su sangre negruzca, espesa y maloliente resbaló por el filo de la espada y me empapó las manos. Sentí que el estómago se me contraía en una nueva arcada, que los tendones y músculos de mis brazos estaban tan tensos y doloridos como para no poder aguantar el peso de aquel monstruo, que se retorcía y convulsionaba, ni un solo segundo más, que mi mente quería apagarse y desconectar de aquel horror… Pero aguanté mientras la punta de mi espada atravesaba por completo su tórax y asomaba por el otro lado. Aunque me parecía imposible, aquella bestia siguió removiéndose y chillando durante unos segundos más antes de exhalar su último estertor de agonía. Cuando dejó caer su cuerpo hacia delante y se quedó quieta, pude por fin soltar la espada. El monstruo cayó al suelo y quedó desmadejado e inerte.

Yo también me arrojé al suelo, de rodillas, luchando por recuperar el aliento. Mi corazón latía con tanta fuerza que temí que fuera a estallar, el aire no parecía ser suficiente para llenar mi pecho… Cada miembro de mi cuerpo dolía como si estuviera atravesado por mil agujas. Me planteé que, si mis compañeros no decidían regresar a por mí, no sería capaz de alcanzar el final del desfiladero por mí mismo. Y entonces escuché un nuevo chillido agudo a mi espalda, que detuvo de nuevo mi respiración.

Me había olvidado por completo de la segunda arpía, aquella que, aun herida, se había ido acercando a mí por la espalda. Supuse que, a pesar de estar débil y tener un ala torcida, aquel monstruo se había planteado que si su compañera me dejaba malherido, tendría una oportunidad de convertirme en su cena… y había supuesto bien.

Tuve la suficiente energía y agilidad como para incorporarme antes de su ataque y extender los brazos para sujetar los suyos y evitar que clavara sus afiladas garras en mis ojos. El monstruo me empujó, intentando extender mis brazos hacia los lados hasta dejarlos pegados al suelo para dejar libre el camino que separaba sus puntiagudos colmillos de la piel de mi cuello. Intenté resistirme, pero, poco a poco, vi como la arpía iba venciéndome. Mis brazos, agotados y doloridos, iban abriéndose. Tenía que pensar en algo o no viviría para contemplar el próximo minuto. Desvié la mirada hacia el lugar en el que había dejado caer mi espada. Demasiado lejos. Tampoco me era posible acceder al puñal que llevaba en el cinturón. Mis dos armas eran tan inaccesibles para mí como el escuálido gajo de luna que acababa de comenzar su andadura nocturna.

La boca del monstruo se acercaba a mi garganta. Mi destino parecía sellado. Iba a morir en aquel triste desfiladero y mi cuerpo sería la cena de un grupo de bestias repugnantes. Era un destino muy triste para un príncipe de Anglya. Traté de consolarme pensando que mi muerte había supuesto la salvación para mis amigos. Bryt. Hal. Sirtha… Al pensar en ella, sentí un cosquilleo en mi mente. Yo había estado con Sirtha en una situación similar a la que me encontraba. Ella había yacido boca arriba, con los brazos pegados al suelo y el peso de mi cuerpo inmovilizándola por completo, como estaba haciendo la arpía conmigo. Y había conseguido vencerme y liberarse. Yo podía hacer lo mismo. A pesar de que ya sentía el pútrido aliento de la bestia a unos milímetros de mí, me permití esbozar una sonrisa. Estaba seguro de que la estrategia de Sirtha funcionaría… aunque aquel pájaro no tuviera huevos.

Lancé mi rodilla derecha hacia delante con todas las fuerzas que pude reunir. Atravesó el plumaje del ave hasta chocar con su hueso del pubis. La rodilla lanzó un mensaje de dolor agudo y punzante que estalló en el centro de mi cerebro. A pesar de que temí haberme roto algún hueso, aquel dolor me hizo volver a sonreír. Si a mí me estaba doliendo tanto la rodilla, el dolor que la arpía debía de estar sintiendo tenía que ser insoportable.

Vi como sus ojos se nublaban. La arpía perdió la conciencia y cayó de lado. Supe que su mareo sería solo temporal, así que, sin perder un segundo, eché mano al puñal del cinturón y le atravesé el corazón de un solo golpe. La sangre brotó como una fuente y me empapó la cara. Aquello me enloqueció y me hizo clavar el puñal una vez y otra y otra para asegurarme de que no iba a levantarse. No sé cuántas veces la apuñalé hasta que dejé caer el arma a mi lado. Apoyé ambas manos en el suelo y traté de recuperar el resuello. Cuando conseguí respirar, vomité todo el contenido de mi estómago. Me incorporé un poco, me

limpié la boca con la manga de mi camisa y miré alrededor.

No se veían más arpías. Parecía que las había impresionado y que ninguna de ellas se atrevía a salir de su madriguera para atacarme. Sin embargo, no podía confiar en que aquello fuera a durar mucho tiempo. Si se daban cuenta de lo débil que estaba, podían recobrar el valor. Todo dependería de lo hambrientas que estuvieran y no daba la impresión de que pasaran muchos viajeros por aquel lugar dispuestos a convertirse en su próxima cena.

Apoyé las manos en el suelo para incorporarme y noté un latigazo de dolor que ascendía desde mi hombro izquierdo. Recordé el corte que me había hecho la primera arpía con sus garras y separé los andrajos a los que había quedado reducida mi camisa para poder examinar la herida. Sentí que la poca esperanza que tenía de salir vivo de aquel lugar se desvanecía. Cuatro heridas profundas, una por garra, surcaban mi hombro. La sangre seguía manando descontrolada, pero no era sangre normal. Era oscura y muy espesa y parecía burbujear. Aquel monstruo debía de tener algún tipo de veneno en las uñas. Estuve seguro de que aquello me estaba matando a toda velocidad.

Lo normal habría sido que me derrumbara en el suelo a llorar y maldecir mi suerte, a la espera de que sucediera algún milagro que me salvara. Sin embargo, en aquella ocasión no lo hice. Acababa de hacer huir a toda una bandada de arpías y dos de ellas yacían a mis pies, muertas por mi propia mano. Ya no era un crío ni un cobarde. Sin saber cómo, me estaba convirtiendo en un mago, en un guerrero… en un hombre. E iba a salir de allí por mis propios medios.

Recogí mi puñal y mi espada y, sin mirar siquiera atrás, como si estuviera tan seguro de mí mismo como para no necesitar comprobar si me seguían, recorrí los metros que me separaban de la salida del desfiladero. La realidad era que me daba igual porque, si decidían seguirme y atacarme, no podría hacer nada para defenderme.

Cuando dejé atrás el desfiladero, seguí avanzando. Ya no necesitaba fingir valor ni fuerza, así que arrastré mis pies por aquel camino pedregoso, siguiendo las huellas aún recientes de las monturas de mis compañeros. No podría decir cuánto tiempo seguí caminando. Lo hacía de manera automática, sin pensar, en un estado muy similar al trance. Caminaba porque tenía que hacerlo, porque mi cuerpo sabía que si sucumbía al desánimo y al agotamiento y me dejaba caer, ya no sería capaz de volver a incorporarme.

Escuché un grito femenino y unos pasos que se acercaban a la carrera. Levanté un poco la cabeza, usando mis últimas fuerzas para ello, y divisé un fuego de campamento, un par de caballos atados a un árbol y a tres personas que corrían hacia mí. Cuando reconocí el rostro de

Sirtha, que corría a abrazarme, pude dejarme caer. Me desplomé de rodillas en el suelo y dejé que ella me envolviera con sus brazos para evitar que me derrumbara del todo. Sus palabras me tranquilizaron y me permitieron sumirme en el profundo sueño que provoca la fiebre:
—Estás a salvo. Estás en casa. Estás en Anglya…

Capitulo diez El camino desde la salida del desfiladero hasta Eurys, la primera ciudad de mi país, apenas nos llevó dos horas. Hice aquel trayecto inconsciente, tumbado boca abajo sobre el caballo de Sirtha. Bryt consiguió subirme y atarme a él para que no me cayera.

De vez en cuando, recobraba la consciencia durante unos segundos. Solo me acuerdo del estrepito ensordecedor de los cascos del caballo sobre las piedras del camino y los gritos de Sirtha ordenándole que fuera aún más rápido. Mi mente estaba confusa y nublada, pero, aun así, recuerdo que noté la desesperación en la voz de la chica y que supe que haría cualquier cosa por salvar mi vida. Aquello me hizo sentir extrañamente tranquilo. Sabía que estaba seguro en sus manos, que, si ella no podía salvarme, nadie lo haría.

Recuerdo haber despertado más veces: en un patio de armas; llevado en volandas por los oscuros y fríos pasillos de un torreón; sobre un mullido colchón, arropado bajo un montón de pieles… Aquella vez conseguí mantenerme despierto durante unos segundos y mirar alrededor. Había una gran chimenea, en la que ardían con alegría varios troncos gruesos. Me giré y me encontré con la mirada preocupada de Sirtha. Al ver que estaba consciente, ella fingió una sonrisa y me apartó con cariño un par de mechones húmedos de la frente.

—Hace mucho calor —susurré—. Haz que apaguen el fuego.

—El calor es por la fiebre —me explicó mientras sonreía. Tanta amabilidad me hizo pensar que debía estar muriéndome—. Pronto estarás mejor.

—¿Y el brazo? —pregunté preocupado. Habría mirado por mí mismo si seguía en su sitio, pero no me sentía con fuerzas para girar la cabeza.

—Está bien. No te preocupes —contestó ella—. Los médicos están controlando la infección y creen que podrás moverlo con normalidad.

—Bien. —Conseguí sonreír y asentir un poco—. Mañana debemos proseguir el viaje.

—¿Qué dices? —preguntó ella sorprendida—. No puedes moverte hasta estar recuperado.

—No, escúchame. —Conseguí abrir aún más los ojos y mirarla con firmeza—. Tenemos que ir a comprobar si mi deseo funcionó. Necesito saber si Habel está vivo.

—Pero no estás en condiciones de viajar —protestó Sirtha.

—Puedo viajar en un carro y alguno de los médicos que me están cuidando puede acompañarnos.

—Pero será mejor que esperemos a que estés un poco más fuerte.

Resoplé, busqué fuerzas en mi interior y, a pesar del agotamiento y el dolor, conseguí incorporarme un poco y mirarla a los ojos.

—Mientras no sepamos si Habel está vivo, soy el heredero a la corona de Anglya, tu futuro rey. —A pesar de su expresión dolida, me mantuve firme—. Es una orden: partiremos al alba.

Ella asintió y yo me dejé caer de nuevo sobre la cama. Cerré los ojos y fingí que había vuelto a dormirme para no tener que discutir más con ella. Sabía que Sirtha tenía razón y que viajar en aquellas condiciones era una locura, pero tenía que hacerlo. No sabía por qué, pero, desde que había puesto los pies en Anglya, una inquietud se había instalado en mi pecho y no me abandonaba, torturándome todos y cada uno de los pocos segundos que había pasado consciente. Algo malo sucedía en casa y tenía que ir a averiguarlo.

Los primeros días de viaje fueron una tortura. A pesar de que prepararon un carro cerrado para que no sufriera las inclemencias del tiempo y lo cubrieron de fragante heno para que me sintiera más cómodo, pronto se hizo evidente que no debería haber viajado en mi estado.

La fiebre subió y no hubo nada que el médico que me acompañaba pudiera hacer para controlarla. Pasé horas y horas con el cuerpo bañado en sudor, sufriendo horribles alucinaciones en las que era atacado por serpientes marinas, voraces manadas de gules o furiosas bandadas de arpías. Sirtha se esforzaba en hacerme sentir mejor, refrescando mi frente y mi cuerpo con paños empapados en agua, acariciando mi rostro con el cariño de una madre y susurrándome con voz tranquilizadora que estaba a mi lado y que no iba a permitir que

me sucediera nada malo. Cuando notaba que ella estaba conmigo, podía tranquilizarme y disfrutar de un sueño reparador durante unas horas.

Poco a poco la infección fue remitiendo y me vi capaz de mantenerme consciente durante más tiempo. Llevábamos ya cinco días de viaje cuando pude salir del carro por primera vez y dar un pequeño paseo alrededor de él, apoyado en el fuerte brazo de Bryt. Un par de días después, la fiebre había desaparecido por completo y, a pesar de que seguía mareándome por la debilidad, pude levantarme, caminar solo y sentarme al lado de la hoguera para cenar con los demás. Para cuando divisamos las murallas de Antius, aunque seguía débil y había perdido muchísimo peso, ya era capaz de mantenerme erguido sobre mi caballo.

Mientras el sol aparecía por encima de las colinas que rodeaban mi hogar, esperé a que mis compañeros se situaran a mi lado. Bryt no tardó en llegar, imponente sobre un semental negro, con Hal agarrado firmemente a su cintura. Se colocó a mi izquierda y esperó mi orden. Escuché el sonido de los cascos de otro caballo aproximándose por mi derecha y me giré. No pude evitar una expresión de admiración al ver a Sirtha. Cabalgaba erguida sobre un caballo blanco, orgullosa como una reina guerrera. Su cabello castaño bailaba con la brisa y los primeros rayos de sol le arrancaban reflejos dorados que recordaban a las espigas del trigo maduro. Tuve que esforzarme por mantener la boca cerrada y no quedarme observándola embobado cuando se detuvo, se giró para mirarme con aquellos ojos del color de la miel derretida y me sonrió.

—¿Estás preparado? —me preguntó—. ¿Te encuentras bien hoy?

Noté una preocupación sincera en el tono de su voz. Todavía no estaba recuperado por completo de mis heridas y seguía sintiéndome débil, pero no era solo eso lo que la inquietaba. Ella empezaba a conocerme muy bien y sabía que me sentía nervioso ante la idea de regresar a casa. Yo había huido de aquella corte, de mis responsabilidades como heredero, de mi madre… No sabía cómo iban a recibirme.

Luché para apartar todos aquellos pensamientos y miedos de mi mente y afirmar con la cabeza, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Ella me dirigió una sonrisa de ánimo, aunque pude notar en sus ojos que seguía preocupada por mí. Me giré para ver que el resto de la comitiva ya estaba preparada y di la orden de ponernos en movimiento.

En cuanto cruzamos la muralla exterior de Antius, toda la ciudad pareció enloquecer. Algunos de los soldados que custodiaban la

entrada echaron a correr hacia el castillo para avisar de mi llegada. Escuché sus gritos emocionados y como la noticia de mi llegada se extendía por las calles.

El príncipe Kayne había vuelto.

El heredero había regresado.

Anglya tendría un rey.

Sentí que la angustia clavaba sus garras en mi estómago y me forcé a mantenerme erguido en el caballo, con la cabeza alta y la mirada fija en el castillo, que iba haciéndose más y más grande ante mis ojos. No tenía de qué preocuparme. Era mi hermano el que debía ocupar el trono. Esa responsabilidad de la que hablaban nunca sería mía.

Sentí que el aire se quedaba atorado en mi garganta y que mi corazón se detenía al darme cuenta de la horrible verdad que se encerraba en las palabras de mi pueblo. Me seguían considerando el futuro rey. Hablaban de mí como del heredero al trono. ¿Dónde estaba mi hermano entonces? ¿No había resucitado como yo esperaba? ¿En qué habíamos fallado?

Incapaz de mantenerme tranquilo por más tiempo, di un par de golpes con los talones en los flancos de mi caballo y lo puse al trote por las calles de la ciudad. Tenía que llegar al castillo cuanto antes y comprobar por mí mismo lo que había sucedido. Mi mente me torturaba una y otra vez, todo mi cuerpo temblaba ante la perspectiva de haber fracasado.

No podía ser. No podía haber fallado. Fui muy claro al pronunciar mi deseo ante Thaeba y ella estaba obligada por su propia naturaleza a obedecerme. Mi hermano TENÍA que estar vivo. Pero… ¿y si no era así? ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a asumir mi fracaso, mi culpa, mi responsabilidad? Sentí que el paisaje se ponía a girar a toda velocidad, que las calles de Antius se difuminaban, que la cabeza se me iba… Mi prudencia me decía que debía frenar y bajarme del caballo antes de desmayarme, pero mi ansiedad no me lo permitía. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

Atravesé la puerta de las murallas del castillo y, al pisar las piedras del patio de armas, tiré con fuerza de las riendas de mi montura. Se encabritó y golpeó el aire con sus cascos mientras relinchaba furioso. Conseguí mantenerme sobre ella y refrenarla, mientras el resto de la comitiva iba entrando y colocándose en semicírculo detrás de mí.

A pocos metros, observando mi entrada triunfal, me esperaban los miembros más importantes de la corte. Nuestros más valientes guerreros, nuestros más sabios consejeros… y ella, mi madre, que me miraba con los labios fruncidos y una expresión fría en sus ojos. No

era la mirada que uno esperaría de una amante madre que va a reencontrarse con un hijo del que hacía semanas que no sabía siquiera si estaba vivo o muerto, pero quizá era la mirada que un hijo tan desastroso como yo merecía. Aparté mis sentimientos a un lado mientras me bajaba del caballo, caminé hacia ella y la tomé de las manos antes de hacerle la pregunta que me quemaba por dentro: —¿Dónde está Habel?

El hielo de su mirada se derritió. Sus ojos se convirtieron en dos embalses turbios a punto de rebosar. Me miró confusa durante unos segundos y, de repente, levantó una mano hasta mi rostro y me acarició la mejilla con ternura mientras luchaba para que la voz no le temblase.

—Kayne, cariño… Tu hermano está muerto —respondió confusa.

Vi en sus ojos el temor a que yo hubiera perdido la razón. Por otro lado, nunca le había visto una expresión tan tierna dedicada a mí. Me di cuenta de que, al creer que yo estaba loco, me lo perdonaba todo: mi irresponsabilidad, mi huida… Negué con la cabeza y le apreté las manos con fuerza para transmitirle algo de confianza.

—Sé que murió, pero lo hemos arreglado…

—No hay arreglo para la muerte, Kayne.

Me esquivó la mirada y la dirigió hacia el médico del castillo. Seguramente quería que él se acercara e hiciera algo que impidiera que yo siguiera contando locuras delante de toda la corte. Me pregunté qué hacer. No podía ponerme a explicar mi viaje y mis aventuras, la causa de la muerte de Habel y lo que había hecho para revertirla… sobre todo porque yo mismo empezaba a dudar de que hubiera funcionado.

Agarré con fuerza la mano de mi madre y tiré de ella. Al pasar al lado de mis compañeros, que contemplaban la escena desde sus monturas, les hice una seña para que me acompañaran. Descendieron de los caballos y empezaron a andar tras de mí. Al mirar hacia atrás, vi que toda la corte nos estaba siguiendo.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —preguntó mi madre confusa.

—Al panteón real. —Luché para que mi voz sonara segura—. Habel está vivo. Vamos a sacarle de ahí.

Capítulo once Mi madre caminó un par de pasos más antes de frenarse en seco y tirar de mi brazo hacia atrás. Cuando me giré hacia ella, me miraba con una mezcla de miedo por mi cordura y furia infinita.

—¿Qué locura es esta, Kayne? —preguntó mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué estás diciendo?

—Madre, tienes que confiar en mí. —Le cogí de nuevo las dos manos y le mantuve la mirada para que pudiera ver en mis ojos que lo que le decía era cierto—. He cruzado medio mundo para salvar a Habel. Sé que está vivo.

—No sé qué te pasa, pero no voy a permitir que te pongas en evidencia delante de toda la corte ni que profanes el sagrado descanso de tu hermano. Detén esta locura.

Su tono de voz era suplicante, pero yo no podía complacerla. Tenía que comprobar si mi hermano estaba vivo y tenía que hacerlo ya. Sabía que, si me paraba a pensar en la cantidad de días que Habel llevaba allí dentro, debajo de una pesada losa de piedra, sin agua, sin comida… me daría cuenta de que era imposible que estuviera vivo. Sin embargo, también sabía que tenía que comprobarlo por mí mismo, que, hasta que no tuviera delante su cuerpo inerte, no aceptaría que había fracasado y que Thaeba había vuelto a engañarme.

—Comprendo que no quieras venir, pero tengo que hacerlo —contesté mientras le pedía perdón con la mirada—. Lo mejor será que entre yo solo.

Solté sus manos y me puse a caminar con paso firme hacia los jardines del castillo. Escuché pasos tras de mí y vi que Bryt, Sirtha y Hal me seguían a apenas un metro. No intenté detenerles. Ellos también habían sido protagonistas en la aventura de tratar de resucitar a mi hermano y se merecían ver el desenlace en primera persona. Además, me sentiría muchísimo más tranquilo si no tenía que entrar solo en el panteón. Unos segundos después, volví a girarme y vi que no tenía que preocuparme por la falta de compañía. Toda la corte nos seguía a

unos pasos, con mi madre a la cabeza.

Decidí no volver a girarme para comprobar si seguían allí y continuar andando con paso firme, como si estuviera convencido de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Empecé a cruzar el jardín rumbo a la muralla norte, donde se levantaba el cementerio del castillo. El paisaje no ayudaba a levantar mi ánimo. Hacía poco tiempo que había amanecido y el sol era todavía una esfera pálida y débil que no conseguía desterrar la bruma que cubría los jardines. Todo parecía descolorido, enfermizo, tenue, como si fuera parte de un sueño que se desvanecería en jirones al despertar.

Escruté aquella niebla en busca de los enormes sauces que sabía que flanqueaban la entrada al cementerio. Había jugado en infinidad de ocasiones en aquellos jardines desde niño, había corrido entre aquellos árboles y trepado a sus ramas muchas más veces de las que podía contar, me había escondido tras cada roca y arbusto… Conocía aquel lugar como la palma de mi mano y, sin embargo, en aquella triste y fría mañana, mientras caminaba entre la bruma, sentí que aquel sitio me era ajeno, extraño… Me pareció que no se alegraba de mi regreso, que, de alguna manera, aquella fría bienvenida me estaba indicando que lo mejor que podía hacer era darme la vuelta y marcharme para no regresar nunca jamás.

Miré a mi derecha y vi a Sirtha. La muchacha pareció leer el miedo y la duda que reflejaban mis ojos y trató de borrarlos con una sonrisa de ánimo con la que me indicaba que estaba a mi lado y que no me iba a abandonar. Le devolví la sonrisa y continué andando con paso firme, a pesar de que, a cada metro recorrido, mis dudas aumentaban. ¿Habría funcionado el deseo que le pedí a Thaeba o mi hermano seguiría muerto? Y, si estaba vivo, ¿por qué no había salido del panteón para anunciárselo a la corte?

Cada pregunta despertaba más y más miedos en mi interior. Lo más probable era que Thaeba hubiera vuelto a engañarme, que, cuando abriera la tumba de mi hermano, solo me encontrara con su cuerpo putrefacto, una imagen que poblaría mis pesadillas para el resto de mi vida. Sin embargo, no era aquel mi mayor miedo. ¿Y si Habel sí había resucitado para encontrarse atrapado bajo la losa de mármol de su tumba? ¿Y si no había podido escapar de aquella prisión de fría piedra y había vuelto a morir, aterrado y exhausto, después de gritar socorro durante horas y horas sin que nadie le oyese, después de saltarse las uñas tratando de mover la pesada lápida que le mantenía prisionero?

Aquellas imágenes se me antojaron tan horribles que noté como todo el paisaje se volvía aún más neblinoso y comenzaba a desaparecer. Al mismo tiempo, mi estómago se rebeló y amenazó con expulsar el

frugal desayuno que había conseguido tomarme aquella mañana. Sin embargo, logré conservar el control sobre mi cuerpo. No iba a desmayarme, no iba a vomitar… Iba a mantenerme firme y a cumplir con mi deber.

Divisé los dos sauces unos metros más adelante. Se inclinaban sobre la verja del cementerio real como dos leales súbditos que saludaran ante la presencia de su rey. Tras la verja se alzaba un único panteón: el perteneciente a la casa real de Anglya. Solo los reyes, sus esposas e hijos podían ser enterrados en aquel lugar. Aquel túmulo conservaba los restos de todos mis antepasados, un linaje que se extendía a lo largo de siglos y siglos y que, según se decía, comenzaba en el mismísimo dios Tared.

El edificio resultaba imponente incluso velado por la niebla. Estaba formado por losas de granito gris, cada una de las cuales era del doble de la altura de un hombre y debía pesar varias toneladas. Conformaban una estructura rectangular, tan firme y solida que parecía anclada al lugar desde el principio de los tiempos, como si hubiera surgido de la misma tierra y sus raíces se internaran en ella. La puerta, una oquedad de más de dos metros de altura, estaba taponada por una losa redonda en la que se habían tallado antiguas maldiciones contra cualquiera que se atreviera a profanar el descanso de los reyes de Anglya. Las dudas volvieron a asaltarme. Quizá estaba a punto de atraer aquellas funestas maldiciones sobre mi persona.

No me dieron tiempo a cuestionarme nada más ni a arrepentirme. Bryt y otros tres fornidos guerreros se acercaron a la losa que taponaba la entrada y, con gran esfuerzo, la hicieron rodar hasta apartarla, dejándola apoyada contra una de las paredes. Me acerqué con pasos vacilantes al tenebroso agujero que habían descubierto. No sé quién me colocó una antorcha encendida en la mano. Ni siquiera se lo agradecí. Estaba tan absorto contemplando la oscuridad impenetrable que se abría ante mí que me sentía incapaz de pronunciar palabra. Me coloqué justo al borde de la entrada e introduje el brazo en el que llevaba la antorcha. Me pareció que la oscuridad se empecinaba en no retroceder, que lucharía con todas sus fuerzas para que la luz no consiguiera penetrar en aquellos muros. Una brisa surgió de lo desconocido para traer hasta mí el hedor de los cuerpos en descomposición. Controlé una nueva arcada, apreté el mentón y, con el brazo de la antorcha tan extendido hacia delante como podía, di un primer paso y me adentré en la oscuridad de la cripta.

La negrura del lugar pareció devorarlo todo, incluso el eco de mis pasos o el siseo de mi respiración asustada. Estaba tan absorto esperando a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad que, cuando noté que algo me agarraba del brazo, no pude evitar que se me

escapara un grito. Miré hacia el lugar en el que debería estar mi inesperado atacante y a quien encontré fue a Sirtha. Me di cuenta de que tenía los labios apretados para que no se le escapara una risa burlona. A su lado estaba Bryt. A pesar de que parecía tan seguro de sí mismo como siempre y que nunca habría admitido estar asustado, había desenvainado su espada y la mantenía delante de su cuerpo, apretando la empuñadura con fuerza. Agarrado a su cinturón estaba Hal. El niño no trataba de disimular su miedo. Miraba a todos lados con los ojos desorbitados. Puse una mano en su hombro y le dediqué una sonrisa comprensiva.

—No hace falta que vengas. Puedes esperarnos fuera.

El niño negó con la cabeza y, tras tomar una larga bocanada de aire, se irguió y sacó pecho. Me conmovió su fidelidad y cómo era capaz de afrontar todos sus miedos por continuar al lado de sus amigos. Para mí aquella era la definición de ser un héroe.

Iba a ponerme de nuevo en marcha cuando la voz de mi madre me detuvo. Ella no había llegado a poner un pie dentro de la cripta. Su silueta elegante y autoritaria se recortaba en la puerta.

—Kayne, piénsalo. Vas a cometer un sacrilegio con el cuerpo de tu hermano. Te ordeno que te detengas.

Tuve miedo de que ella tuviera razón. Me daba la impresión de que sería mejor retroceder, volver a cerrar aquella tumba y olvidarnos de lo que había dentro. No sabía por qué, pero, desde hacía un rato, tenía la firme convicción de que lo que fuéramos a descubrir allí solo iba a provocarnos dolor. Sin embargo, no podía rendirme. Tenía que comprobar por mí mismo qué era lo que había sucedido. Tomé aire para encontrar el valor suficiente para enfrentarme a mi madre y hablé con el tono más autoritario que pude fingir: —Si Habel está muerto, soy el futuro rey de Anglya. Tú no puedes darme órdenes.

Era la primera vez en mi vida que me enfrentaba a mi madre de una manera tan directa. Sentí que mis rodillas flaqueaban y que un vacío inmenso se abría paso en mi estómago. Si ella volvía a contradecirme, no iba a poder responder, así que, sin dar tiempo a que el miedo me invadiera, me puse en marcha hacia el interior del panteón. Un par de segundos después, escuché el eco de muchos pasos y el siseo de las túnicas sobre el suelo polvoriento. Todos me seguían.

Un par de sacerdotes del templo de Tared se adelantaron a mí llevando más antorchas encendidas. La oscuridad tuvo que darse por vencida y retirarse a los rincones para esperar a que nos marcháramos y recuperar su reinado. Seguí a los dos sacerdotes. A la luz de sus antorchas, pude distinguir las tumbas de mis antepasados. Cada una de ellas estaba adornada con la efigie de su ocupante. Distinguí la

estatua de mi padre, enterrado solo unos meses atrás. El escultor había hecho un gran trabajo representándole como el fiero guerrero que fue en su juventud y olvidando las entradas y la barriga que había lucido en sus últimos años.

A su izquierda se levantaba la estatua de mi hermano. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas al verla. La representación era perfecta: su rostro agraciado, su mandíbula recta, su expresión valiente, su postura gallarda… El escultor incluso había captado su mirada sincera y su sonrisa abierta y confiable. A la luz de las antorchas casi parecía que la estatua fuese a cobrar vida y a moverse de un momento a otro.

Bryt y los tres guerreros que le habían ayudado a mover la roca de la entrada se colocaron junto a la pesada losa que servía de lápida. Mi amigo esperó hasta que dejé de contemplar la estatua de mi hermano y crucé mi mirada con la suya. Enarcó una ceja, como si me preguntara si estaba seguro de que deseaba levantar aquella piedra. Tomé aire de nuevo y asentí. La voz de mi madre, teñida por el llanto, quebró el silencio de la cripta.

—Kayne, te lo ruego. No hagas esto.

Mentiría si dijese que no estuve tentado de hacerle caso. La sensación de que estaba a punto de cometer un error era tan acuciante que debía esforzarme a cada segundo para mantenerme donde estaba y no salir huyendo. Volví a mirar a Bryt y asentí de nuevo, con más fuerza esta vez.

—Levantad la lápida —ordené—. Tengo que comprobar si mi hermano está muerto.

Capítulo doce Los cuatro hombres que rodeaban la tumba empujaron con todas sus fuerzas, pero la piedra no se movió un milímetro. Bryt me miró como si me preguntara qué hacer y yo volví a asentir. Después, desvié de nuevo la mirada hacia la estatua de mi hermano. No sé si buscaba su consentimiento o su perdón por lo que estaba haciendo. A cada segundo que pasaba, todo aquello me parecía peor idea pero, por otro lado, sabía que nunca podría perdonármelo si me rendía y me marchaba de allí sin saber qué era lo que había sucedido con Habel.

Media docena de hombres más se habían colocado al lado de la lápida. Estaban hombro contra hombro, tan cerca unos de otros que en lugar de ayudarse, tenían que suponer un estorbo para los demás. A una señal de Bryt, todos pusieron las manos sobre la lápida y empujaron al mismo tiempo. Sus resuellos levantaron ecos en las paredes del panteón. Otro sonido empezó a escucharse: el de la piedra

deslizándose sobre otra piedra. Estaba funcionando.

Poco a poco, consiguieron apartar la lápida y dejar descubierta la parte superior de la tumba de mi hermano. No me gustó la expresión de horror de los hombres más cercanos al hueco ni la mueca de asco de algunos de ellos al respirar el aire que brotó de aquel agujero. Aquello no auguraba nada bueno.

Desoí la voz de mi cordura, que me avisaba a gritos de que lo que iba a encontrar en aquella tumba era el cuerpo putrefacto de mi hermano y, con la antorcha en alto, me acerqué a la cabecera del sepulcro. Todos se apartaron y retrocedieron varios pasos con la cabeza baja. Lo interpreté como una señal de respeto y duelo hacia mi hermano y de lástima hacia mí, tan perturbado por la muerte de Habel como para haber profanado su tumba llevado por una loca esperanza.

Cuando estuve frente a su cuerpo, ya no pude seguir negando la evidencia. Habel estaba muerto. Su piel estaba reseca y arrugada. Incluso a la débil luz de la antorcha se podía distinguir que era de un color verde grisáceo. Las cuencas de sus ojos estaban hundidas, al igual que sus pómulos. Los labios también se habían secado y retraído, dejando a la vista las dos filas de su dentadura, en una tétrica imitación de sonrisa.

Su aspecto no era lo peor. Lo peor era aquel olor a podredumbre que surgía de su cuerpo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener las arcadas y no vomitar. Escuché a un par de pasos un sollozo femenino y, al girarme, me encontré con mi madre. Se tapaba la boca con las manos, pero sus ojos reflejaban todo el dolor del mundo. Me sentí muy culpable por haberle hecho contemplar aquella imagen. Y todo para nada… No podía seguir negando la evidencia. Habíamos fracasado. Habel estaba muerto.

Decidí que lo mejor era dar la orden a Bryt y a los hombres que le habían ayudado de que volvieran a sellar la tumba, pero, justo antes de hacerlo, eché un último vistazo al rostro del cadáver… y me encontré con sus ojos azules abiertos, expectantes… vivos. Su voz sonó tan reseca como el restallar de una rama al romperse, tan trabajosa como si tuviera la garganta llena de arena y piedras. Sus palabras me helaron por completo la sangre en las venas: —Kayne… Hermano mío.

No sabría decir cuánto tiempo llevaba con la vista fija en las baldosas situadas entre mis pies, con la mente absorta en las vetas del mármol, intentando no pensar en nada. El ruido de unos pasos ligeros acercándose por el pasillo me hizo regresar al mundo y levantar la cabeza. Mi madre se acercaba tan rápido como su dignidad de reina se

lo permitía, acompañada por su más fiel doncella. Dejé salir el aire en un largo suspiro, me levanté y recorrí los metros que me separaban de ella para tomarla de las manos.

—¿Dónde está Habel? —preguntó ansiosa.

Su mirada estaba muy confusa y su expresión era una mezcla de miedo y anhelo. Se había desmayado en la cripta, nada más escuchar la voz de su hijo adorado y, en aquel momento, no debía estar segura de si quería que aquello fuese real o fruto de una espantosa pesadilla.

—Está dentro, en su habitación. —Me levanté y me coloqué entre su cuerpo y la puerta del cuarto de Habel—. Los médicos de la corte están examinándolo. Vamos a esperar a ver qué dicen.

Ella me miró como si no entendiera una sola de mis palabras. Durante unos segundos, dejó de ser la altiva reina que siempre había conocido para convertirse tan solo en mi madre, una mujer débil y asustada. Le puse una mano en la cintura y la guié hacia el banco en el que había estado sentado con mis amigos, cediéndole mi sitio. Después, me puse en cuclillas frente a ella y le agarré las manos para darle consuelo. Ella liberó una, la posó en mi cabeza y acarició mi pelo de forma distraída. Sentí tantas ganas de llorar…

Por suerte, la puerta de la habitación se abrió y los doctores de la corte salieron. Todos nos dirigimos hacia ellos, pero fui yo quien tomó la palabra.

—¿Cómo está mi hermano? ¿Está…? —Las palabras se atoraron en mi garganta y tuve que carraspear para poder seguir hablando—. ¿Está vivo?

—Sí… —Uno de los doctores dio un paso al frente como portavoz del grupo. Miró al resto de sus compañeros y esperó a que estos asintieran —. Está vivo y todas sus constantes vitales son correctas. Su corazón late, respira con normalidad… Podríamos decir que disfruta de una salud de hierro.

—Pero su aspecto… —intervino mi madre.

—Bueno… Puede deberse a la deshidratación sufrida por pasar tanto tiempo encerrado en esa tumba —aventuró uno de los médicos—. Debería beber mucho líquido y llevar una vida saludable: alimentos frescos, mucho sol, aire puro y reposo.

Un silencio incómodo se adueñó del pasillo. Incluso distinguí como algunos de los colegas del médico que había hablado negaban tímidamente con la cabeza. Otros miraron hacia otro lado, haciéndose los distraídos, como si quisieran desentenderse de la estupidez que aquel hombre acababa de decir.

—¿Podemos entrar a verle? —preguntó mi madre.

—Por supuesto. De hecho, ha dicho que quiere hablar en privado con la reina y con el príncipe Kayne.

Sentí que el estómago se me encogía hasta alcanzar el tamaño de una almendra. Mi madre, por el contrario, sonrió ilusionada, me agarró la mano y tiró de mí hacia el interior de la habitación. Antes de traspasar el umbral, me giré y dirigí una mirada de auxilio a Sirtha, Bryt y Hal. No quería entrar en aquella habitación. Se limitaron a devolverme una tímida y forzada sonrisa. No había nada que pudieran hacer por mí. Tenía que afrontar aquella situación.

Entré en el cuarto de mi hermano de la mano de mi madre. La apretaba tan fuerte como un niño pequeño que temiera perderse. La habitación estaba sumida en la penumbra y me costó unos segundos empezar a distinguir los contornos de los muebles. Aquella oscuridad acrecentó mis otros sentidos. Antes de poder verle, de pie junto a los espesos cortinajes que no dejaban pasar la luz, escuché la respiración de mi hermano. Sonaba costosa, trabajosa, como si su garganta hubiera olvidado el modo en el que debía dejar pasar el aire, como si el hecho de respirar ya no le resultara natural… Y también le olí. Alguien había encendido varios conos de incienso en diferentes puntos de la habitación, pero su esfuerzo había sido inútil. Se notaba el aroma dulzón y penetrante de la putrefacción, un olor que se colaba en tu nariz y llegaba hasta el mismo centro de tu cerebro para quedarse grabado en tu memoria para siempre. Los médicos podían decir lo que quisieran, podían tratar de consolar a mi madre diciéndole que mi hermano se recuperaría con sol y reposo. Aquel aroma desmentía sus palabras y te abofeteaba con la verdad: El cuerpo de Habel se pudría, estaba muerto… O, al menos, lo había estado.

—Gracias por acudir a mi llamada —dijo mi hermano tras separarse de la ranura entre los cortinajes por la que había estado observando el exterior para ir a sentarse en un mullido sillón de terciopelo cerca de la chimenea—. Tenía tantas ganas de veros…

—Y nosotros a ti, hijo. Esto es un milagro.

Las palabras de mi madre expresaban alegría, pero el incontrolable temblor de su mano las desmentía por completo. Sentí que el alma se me desgarraba. Para mi madre aquello tenía que ser una pesadilla. Por una parte, sentía que tenía que estar feliz por el regreso de su hijo, por su milagrosa resurrección… Por otro lado, era imposible estar frente a aquel ser y no sentir miedo y una repugnancia extrema. ¿Qué había hecho? Cuando descubrí que yo era el responsable de la muerte de Habel, pensé que no era posible sentir más culpa, pero, en aquel momento, me di cuenta de cuánto me había equivocado…

Habel no me permitió regodearme en mi desgracia. Señaló dos sillones colocados frente a él para que tomáramos asiento. Elegí el que estaba más cerca de la chimenea y, en cuestión de segundos, noté que empezaba a sudar. Casi estábamos a final de verano, pero la temperatura no era lo bastante baja como para encender la chimenea y mucho menos para alimentarla con los gruesos troncos que en aquel momento se consumían en ella.

—Supongo que tendréis calor. —Mi hermano parecía leer en mi expresión como en un libro abierto—. Lo lamento, pero yo estoy temblando. Desde que desperté de mi sueño, tengo muchísimo frío. Los doctores han dicho que esperan que se me pase con el tiempo.

¿Despertar de su sueño? ¿Así le llamaba a haber estado muerto y haber regresado del inframundo? A pesar del calor, sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Fingí una sonrisa para ocultar mi desasosiego, me puse cómodo en el sillón y levanté la mirada para enfrentarme a la imagen de mi hermano. Por suerte para mí, llevaba una gruesa capa con capucha de color negro que ocultaba su cuerpo y sus facciones. Tan solo se podían distinguir sus dedos huesudos de piel grisácea y, de vez en cuando, aquella sonrisa macabra de labios agrietados y retraídos que dejaba al descubierto toda su dentadura.

—¿Cómo te encuentras, hijo? ¿Estás bien? —La voz de mi madre estaba teñida de amor sincero e incondicional, como si el hecho de tener enfrente a su hijo le impidiera ver que se encontraba ante un monstruo.

—Estoy bien, madre. No te preocupes por mí.

—Pero no entiendo… ¿Qué pasó? ¿Cuándo despertaste? ¿Dónde has estado? —Tuvo que contener un sollozo antes de seguir hablando con la voz cargada de angustia—. Estabas muerto, Habel…

—No tengo respuesta para esas cosas, madre —contestó él antes de girarse hacia mí—. Solo sé que una noche me dormí en mi cama, soñando con mi coronación y con mi prometida, y que desperté en la cripta con el rostro preocupado de Kayne sobre mi cuerpo. Los doctores me han dicho que fuiste tú quien insistió en abrir la tumba, que llegaste a Antius después de un largo viaje diciendo que yo estaba vivo.

—Sí, así fue —respondí con voz temblorosa.

—Entonces creo que no soy yo quien tiene las respuestas a las preguntas de nuestra madre, sino tú.

Se inclinó hacia mí para indicarme que no iba a aceptar una negativa. A pesar de su cuerpo consumido, su presencia me resultó avasalladora. Estaba tan cerca de mí que pude oler su pútrido aliento. Tuve que

retreparme en el sillón y disimular el asco que sentía en aquel momento. No podía permitir que él notara la repugnancia que me producía, el miedo que me hacía sentir… Era mi hermano, la persona que más me había querido en el mundo… y estaba así por mi culpa.

—Sí, es cierto… Lo mejor será que os cuente mi historia.

Capítulo trece En realidad no conté mi historia. No la de verdad, al menos. No dije nada acerca de haberme acostado con Thaeba, ni sobre su naturaleza *djinn* . Tampoco comenté que habían sido mis labios los que habían pronunciado el deseo que acabó con la vida de Habel.

Comencé mi narración diciendo que, abrumado por la muerte de mi hermano y por la responsabilidad de ir a heredar el trono, decidí salir a cabalgar y que me encontré con la comitiva de los hombres del norte. Relaté que Sirtha y yo nos habíamos ido a cazar cuando la comitiva fue asesinada por los soldados de Ursya y como, al ver que Sirtha se había quedado sola y desvalida, tuve que acompañarla para que pudiera regresar sana y salva con su familia.

El resto del relato se ajustaba bastante a la realidad: el viaje con Chardha, disfrazados de mercaderes, para tratar de descubrir si Olvasus tenía algo que ver con la emboscada a los hombres del norte y la muerte de Habel, la travesía en barco, el ataque de la serpiente marina, el naufragio, el viaje con las nagas, el modo en el que cruzamos el desierto, la traición de Chardha y cómo pudimos escapar y ocultarnos en los jardines del palacio… Cuando llegué a aquel punto, no supe muy bien cómo continuar. Era difícil contar lo que quedaba sin revelar mi participación en la muerte de Habel.

—Bueno… Esto… Conseguimos colarnos en la habitación de la princesa de Olvasus y secuestrarla para interrogarla acerca de la muerte de Habel.

—¿Y por qué pensabas que ella podía tener algo que ver? —preguntó mi madre confusa—. Ella era la prometida de tu hermano y parecía encantada con la idea de ir a casarse con él.

—Ya, ya lo sé… Pero estuvo con él toda la cena y siempre sospeché que podía haberlo envenenado —mentí.

—¿Y fue así? —preguntó Habel con su voz cavernosa teñida por la ira.

—En parte sí, en parte no. —Mi respuesta provocó un gruñido enfadado de mi hermano y un chasquido de labios por parte de mi madre—. Os lo explicaré: No fue veneno, pero sí fue ella. Usó la magia. Te lanzó un hechizo que te mató.

—Digamos más bien que simuló mi muerte —me interrumpió Habel —. Estoy aquí. Vivo.

Estuve tentado de sacarle de su error, pero me detuve a tiempo. ¿Es que no veía la realidad? ¿No se había dado cuenta todavía del estado en el que se encontraba su cuerpo y su rostro? ¿No percibía el aroma a muerte que surgía de su piel, de su boca…? Estaba claro que había estado muerto durante semanas.

Pensé que era mejor que fuera él mismo quien se diera cuenta de aquello cuando estuviese preparado. Mientras tanto, lo mejor sería seguirle la corriente.

—Sí, eso es… —Asentí para darle más credibilidad a mis palabras—. El caso es que obligamos a Thaeba a deshacer el hechizo.

—Supongo que la mataríais después por su traición. —El tono de Habel fue frío y cruel. A pesar de que Thaeba lo merecía, sentí un escalofrío. Mi hermano nunca había sido un defensor de la violencia ni de las condenas a muerte.

—La verdad es que no —admití—. Se nos escapó. Decidimos que sería más útil volver a casa para ver cómo estabas en lugar de perseguirla para hacerle pagar.

—Hiciste bien. Debo ser yo el encargado de vengarme. Tanto la princesa de Olvasus, como el rey, como todos y cada uno de los súbditos de su reino pagarán cara esta afrenta. —Habel se levantó y se irguió—. No descansaré hasta que el último de ellos esté muerto.

Me quedé mirándole extrañado mientras sentía como si, a pesar del fuego que seguía ardiendo en la chimenea, el aire de aquella habitación se hubiera vuelto gélido. No sabría explicar lo que noté en su voz, pero sentí que las palabras que había pronunciado no eran una amenaza vana ni una forma de hablar. Quería matarlos, a todos y cada uno de ellos, tuviesen responsabilidad en lo que le había ocurrido o no.

—Desde este momento estamos en guerra con Ursya y Olvasus — continuó diciendo con solemnidad, como si estuviera hablando para los comandantes de su ejército—. Será un combate arduo y conllevará sangre, dolor y muerte para ambos bandos, pero venceremos porque la justicia está de nuestra parte.

No quise rebatirle nada, aunque dudaba mucho que la justicia tuviera que ver con quién fuera a ganar aquella guerra. Anglya era un país muy grande y poderoso, experto en el arte de la guerra y poblado por los más fieros guerreros, pero Ursya y Olvasus serían temibles enemigos. Si hubiera tenido que apostar, no habría sabido por quién hacerlo.

—Estoy de acuerdo, hijo mío —dijo mi madre tras levantarse del sillón—. Iremos a la guerra.

—Creo que deberíamos pensarlo un poco más antes de tomar una decisión precipitada —comenté sin mucha convicción.

—No hay nada que pensar —me cortó la reina—. Ellos ya nos han declarado la guerra sin provocación previa. Intentaron matar a tu hermano, el heredero al trono; atacaron a traición a una comitiva de las Tierras del Norte, nuestros aliados y hermanos, y trataron de matarte a ti, miembro de la casa real de Anglya y siguiente en la línea sucesoria. ¿Qué más tendrían que hacernos para que nos diésemos cuenta de que son nuestros enemigos y ya están en guerra con nosotros?

Tuve que cerrar la boca. Mi madre tenía razón. No había nada que reflexionar ni que discutir. Me daba pena pensar en la cantidad de gente inocente que iba a sucumbir en aquella guerra, pero no éramos nosotros los que la habíamos provocado. Tan solo íbamos a defendernos.

—Tengo una misión para ti. —Mi hermano se giró hacia mí y colocó su mano derecha sobre mi hombro. Tuve que hacer un gran esfuerzo para controlarme y no dar muestra alguna del asco que me provocaba su contacto.

—Lo que necesites, hermano —conseguí pronunciar sin que la voz me temblase.

—En realidad son varias. —Su macabra sonrisa se hizo aún más amplia—. Según me has dicho, Gantan, señor de las Tierras del Norte, fue asesinado. ¿Quién ocupa ahora su lugar?

—Por el momento, nadie —contesté—. Los clanes aún no se han reunido, aunque todo el mundo cree que Bryt, su hijo, el joven bárbaro que me ha acompañado en mis viajes, será elegido su sucesor.

—¿Así que eres amigo personal del posible próximo líder de los clanes de la Tierras del Norte? —Mi hermano apretó mi hombro con su mano. Supongo que quería hacerme ver que estaba orgulloso de mí, pero yo solo pude sentir ganas de salir de aquel cuarto, de dejar de respirar aquel aire viciado e impuro, de apartarme de su presencia y dejar que la carga de mi alma se deshiciera en llanto—. Perfecto.

Quiero que viajes con él a Engus, te asegures de que sale elegido como líder y de que los clanes del norte nos apoyarán en esta guerra y cubrirán nuestra frontera con Ursya.

Asentí con vehemencia. Aquella misión era fácil. Aunque había estado poco tiempo en Engus, me había sido suficiente para darme cuenta del respeto que las gentes de aquellas tierras habían profesado por Gantan y del cariño que sentían por Bryt y Sirtha. No iba a ser difícil que Bryt fuera elegido como su sucesor. Y, teniendo en cuenta que Ursya había sido la responsable de la muerte de su padre, era lógico suponer que se unirían a nosotros en una guerra contra ellos. Sabía el odio que Bryt y Sirtha sentían por Chardha, la reina de Ursya, la mujer que había planeado la muerte de su padre, que nos había traicionado fingiéndose nuestra amiga, que había intentado acabar con nosotros en múltiples ocasiones y que había terminado por entregarnos como prisioneros al monarca de Olvasus. Lo único complicado de mi misión iba a ser contener a los dos hermanos para que se quedaran custodiando la frontera norte en lugar de lanzar a todos sus ejércitos en una guerra abierta contra el país vecino.

—No hay ningún problema, Habel. Puedes contar conmigo.

Sus exiguos labios volvieron a curvarse en un desagradable amago de sonrisa. Pensé que había terminado y que me permitiría retirarme, pero no separó la mano de mi hombro. El tacto de sus huesudos dedos sobre mi carne se hizo más presente y empezó a incomodarme. Ya no parecía un gesto de familiaridad, sino de amenaza.

—Después quiero que viajes hasta Ereneus y que hables con su consejo de estado. —Habel se inclinó sobre mi hombro para hablarme casi al oído, como si estuviera compartiendo un secreto conmigo. Ladeé la cabeza como si quisiera escucharle con más atención, aunque en realidad trataba de huir de su fétido aliento sin que él lo notara—. Necesito saber si también nos han traicionado, si van a mantenerse neutrales o si podemos contar con ellos como aliados.

—¿Y cómo voy a saber eso? —Aquella misión ya me parecía más complicada de cumplir—. Podrían mentirme.

—Es vital que lo averigües. Vamos a embarcarnos en una guerra contra dos países al mismo tiempo. Si Ereneus se une a ellos, nuestra situación se volverá insostenible. —Habel clavó con más fuerza sus dedos en mi hombro, como si yo tuviera la culpa de esa posibilidad y quisiera castigarme—. Tienes que descubrir de parte de quién están… Me has dicho que esa chica que te acompaña sabe leer los pensamientos ajenos, ¿verdad? —Esperó a que asintiera—. Llévatela contigo y que te ayude.

—Pero si eligen a Bryt como jefe de los clanes del norte, ella querrá

estar con él para acompañarle en la guerra —protesté, a pesar de que me agradaba la idea de tener a Sirtha como compañera en aquel viaje.

—¿A quién le importa lo que quiera ella? Es una orden de su rey.

Volví a sentir un escalofrío. Aquella no era la voz de mi hermano ni su manera de hablar ni su actitud… Intenté apartar aquellos pensamientos de mi mente. Yo también habría estado de mal humor si hubiera estado muerto varias semanas y me hubiera despertado en una cripta habitando un cuerpo que se pudría por momentos.

—Una vez que te hayas asegurado de la posición de Ereneus en esta guerra, tendrás que viajar a Eurys, en la frontera con Olvasus. Voy a reunir un ejército para ti y lo voy a enviar a esa ciudad.

—¿Un ejército para mí? ¿Y qué voy a hacer yo con un ejército? —pregunté sintiendo como el pánico se apoderaba de mi cuerpo.

—Si Ereneus resulta ser nuestro enemigo, lo dirigirás contra su capital y los destruirás. Son un pueblo de filósofos y comerciantes. No será muy difícil masacrarlos a todos.

Tragué saliva antes de asentir mientras rezaba a los cinco dioses para que Ereneus resultara ser nuestro aliado. No me veía capaz de liderar a todo un ejército para llevar a cabo una operación de exterminio contra un pueblo que siempre me había parecido civilizado y pacífico. Me dije a mí mismo que no tenía nada que temer. Seguramente Ereneus querría mantenerse neutral en esa guerra y yo podría quedarme en Eurys con mi ejército sin tener que entrar en combate. Las siguientes palabras de mi hermano rompieron en pedazos aquella ilusión: —Si Ereneus no es nuestro enemigo, te pondrás a la cabeza de ese ejército y entrarás en Olvasus.

—No tengo experiencia militar —protesté—. No puedes encargarme la operación de conquista de nuestro mayor enemigo.

—No te estoy pidiendo que conquistes Olvasus, hermanito. —Su risa, teñida de menosprecio, me hizo daño—. Eso lo haré yo cuando consiga reunir los ejércitos de todos los nobles de Anglya. Tú solo debes internarte en su territorio y arrasar sus campos, matar a su ganado, convertir en cenizas sus aldeas aisladas… Quiero que extermines todo cuanto encuentres a tu paso. Si lo haces, para cuando mis ejércitos alcancen su capital, sus ciudadanos ya estarán muriéndose de hambre.

Quise protestar, pero su mirada, tan opaca y fría como la de un pez muerto, me revolvió el estómago y me quitó las ganas de decir nada. Quizá en unos días mi hermano volvería a la normalidad, pero en aquel momento estaba cegado por la ira y no serviría de nada tratar de discutir con él. En realidad, le comprendía perfectamente. Yo

también habría querido vengarme de la forma más cruel posible si me hubiera pasado lo que le estaba pasando a él. Me limité a asentir y salí de la habitación.

Al llegar al pasillo, escuché unos pasos apresurados detrás de mí. Me giré y vi a mi madre, que salía del cuarto de Habel. Después de cerrar la puerta con cuidado, se acercó a mí. Pensé que venía a darme alguna recomendación para que no estropeara la misión que mi hermano acababa de encomendarme, pero, en lugar de eso, cuando estuvo frente a mí, enterró la cabeza en mi pecho y empezó a sollozar. Cuando pude reaccionar, alcé mis brazos y la rodeé para apretarla con fuerza.

—¿Qué pasa, madre? —pregunté en un susurro.

—No sé qué es eso que hemos visto en ese cuarto, pero no es mi hijo —pronunció entre sollozos—. Y no sé por qué te está enviando tan lejos y a afrontar tantos peligros.

—No digas esas cosas, madre —traté de consolarla—. Lo que tengo que hacer no es tan peligroso. Volveré.

—Eso espero, hijo. —Se separó de mi pecho, me miró a los ojos y, con un cariño que nunca le habría imaginado, apartó de mi frente un mechón rebelde—. Quizá seas nuestra última esperanza, Kayne. Creo que tú puedes encarnar la salvación del reino.

Capítulo catorce Estaba terminando de meter algo de ropa en un zurrón para el viaje cuando sonaron un par de golpes en la puerta. Solté un descuidado “adelante” mientras seguía buscando mi par de calzas favoritas. La puerta se abrió y media docena de personas se introdujeron en mi habitación. La mayoría de ellos eran pajes, que llevaban en sus manos diversas prendas de ropa. Abriendo la marcha estaba el sastre de palacio.

—¿Necesitáis algo? —pregunté confuso.

—Vestirle, señor —respondió el hombre tras ejecutar una compleja y recargada reverencia.

—Sé vestirme solo —dije aún más confuso.

—Nos envía su madre. —El hombre se acercó a mí hablando con un tono tranquilo y reposado, como si yo fuera tonto—. Nos ha dicho que va a partir de viaje como representante del reino de Anglya y que debe vestir como tal.

Los pajes me rodearon como un enjambre de moscas que se posara sobre un pastel. Sin darme tiempo a decir una palabra más, me quitaron las ropas que llevaba y empezaron a enfundarme en las prendas que habían traído: unas calzas de color negro, botas altas de suave cuero, a juego con los guantes y el cinturón del que colgaron mi

espada, una cota de malla tan ligera que casi no pesaba, un yelmo y una sobreveste con un sol, símbolo de Anglya, bordado en el pecho. Cuando terminaron, colocaron sobre mis hombros una pesada capa de terciopelo negro que llegaba a arrastrar un par de palmos sobre el suelo. Después, como si fueran un solo ser, se retiraron de forma coordinada y me dejaron a solas frente al espejo.

Cuando me miré, casi no me reconocí. Ya no quedaba nada del chico de constitución delgada, incluso débil, que había abandonado aquella habitación hacía un par de meses. Mis brazos, mis hombros y mi pecho se habían ensanchado y, con aquella armadura, parecía un bravo guerrero preparado para la batalla. Mi piel había perdido aquel color blanquecino y enfermizo que siempre me había caracterizado y, después de tantas horas navegando o cabalgando bajo el sol, tenía un tono dorado que casaba con el color de mi pelo y de mis ojos. Parecía un héroe, un valiente general dispuesto a liderar a sus ejércitos hacia la victoria. Nunca me había imaginado que yo pudiera tener un aspecto tan imponente… sintiéndome al mismo tiempo tan mal por dentro.

Un sollozo se me formó en la garganta y, para poder contenerlo, tuve que apartar la mirada de mi reflejo y clavarla en el suelo de la habitación. No era justo que yo tuviera ese aspecto tan increíble mientras mi hermano, el más hermoso, valiente y honorable de los hombres, ocupaba un cuerpo muerto que parecía descomponerse por momentos. No era justo que yo pareciese un héroe mientras me sentía el ser más despreciable que hubiese habitado jamás el mundo.

No fui capaz de seguir conteniendo el llanto. Reculé hasta llegar a mi cama, me senté sobre ella y tras quitarme el yelmo y arrojarlo al suelo, me cubrí el rostro con las manos y dejé que las lágrimas manaran sin control. Todas las emociones de las últimas horas me asaltaron al mismo tiempo, amenazando con hacer estallar mi pecho. Era imposible que mi cuerpo pudiera albergar tanta pena, tanta culpa… Me pareció que la única forma de luchar con los negros sentimientos que inundaban mi alma sería llorar para siempre. Cada vez que recordaba el aspecto de mi hermano, su piel grisácea y cuarteada, sus ojos muertos y sin brillo, sus labios agrietados o la fetidez de su aliento sentía ganas de morirme. Mi hermano se había convertido en un monstruo y era culpa mía. No solo había sido el causante de su muerte sino que, al intentar arreglarlo, lo había empeorado aún más. Debería haberle dejado descansar en paz.

No podía con aquello. No sería capaz de seguir viviendo con la losa de esa culpa lastrando mi conciencia. Lo mejor sería terminar de una vez por todas. Podía utilizar mi propia espada o colgarme de una de las vigas del techo con mi cinturón o arrojarme a través de las ventanas

de mi cuarto para que mi cuerpo terminara por estrellarse sobre las baldosas del patio de armas. Había muchas opciones y cualquiera de ellas me proporcionaría el olvido que en aquel momento tanto anhelaba.

Retiré las manos de mi rostro, alcé la cabeza y fijé de nuevo mi mirada en el reflejo que el espejo me devolvía. Volvió a resultarme chocante aquel aspecto de héroe legendario que contrastaba con la cobardía que me inundaba. Sí, estaba siendo cobarde de nuevo. Ante los problemas, ante el miedo, ante la culpa volvía a buscar un camino de huida, incluso aunque esa huida supusiera la muerte.

Negué con la cabeza. No, no iba a rendirme. No iba a escapar. No iba a refugiarme en el consuelo de la muerte. Era el responsable de todas las desgracias que le habían sucedido a mi hermano y no podía huir y dejarle solo. Tenía que arreglarlo. La última misión que me había encomendado era llegar a Olvasus, entrar en el país con un ejército e ir despejando el camino hacia la capital. Cumpliría con eso y mucho más. Llegaría hasta Olmar, entraría en el castillo, encontraría a Thaeba y la obligaría a desvelarme qué era lo que había hecho mal y que tenía que hacer para arreglarlo. Por una vez en mi vida, no iba a rehuir mi responsabilidad.

Solo tardamos dos días en llegar a las murallas de Engus. Yo había permanecido durante todo el viaje en primera línea, espoleando mi caballo hasta el límite de sus fuerzas, haciendo que toda la comitiva que me seguía, compuesta por unos cien jinetes, tuviera que cabalgar tras de mí como si estuviéramos siendo perseguidos por todos los demonios del inframundo. No sabría decir de qué huía: de mis errores, de mi culpa, de mi conciencia… Fuera lo que fuese, no conseguí darle esquinazo.

Ascendimos por las empinadas calles de la ciudad hasta la colina en la que se elevaba la fortaleza y cruzamos la empalizada. En cuanto llegué al patio de armas, di un fuerte tirón a las riendas de mi montura para hacer que se detuviera. El relincho de mi caballo surcó el aire, mientras el animal corcoveaba a dos patas, como si luchara en un combate a muerte contra un enemigo invisible. Cuando se calmó, desmonté y me dirigí hacia el grupo de personas que habían salido del torreón para darnos la bienvenida.

Seguía sintiendo una urgencia que no me permitía pensar con claridad. Algo en mi interior me impedía detenerme. Supongo que quería cumplir con todas las misiones que Habel me había impuesto para verme libre de hacer lo único que me importaba en aquel momento: ir a buscar a Thaeba y obligarla a dejar las cosas como

estaban antes de que apareciera en nuestras vidas. Viajar a Engus y ayudar a Bryt a convertirse en líder de los clanes del norte o llegar hasta el consejo de sabios de Ereneus para saber la postura de ese país en una posible guerra no eran misiones importantes para mí. Solo eran obstáculos, pérdidas de tiempo que me separaban de cumplir con lo único que podría proporcionarme paz y redención.

En aquel momento, no me planteé lo poco protocolario que era que un príncipe de Anglya se bajara de su caballo y cruzara casi a la carrera el patio de armas de una de las casas más antiguas y respetadas del reino para exigir que los jefes de unos clanes altivos y orgullosos se reunieran de inmediato a elegir a su jefe, de modo que pudieran seguirme ciegamente a la batalla. Por suerte, no pude hacer nada de aquello. Sirtha y Bryt habían saltado de sus caballos sin dar tiempo siquiera a que se detuvieran por completo y habían acudido a los brazos de su madre. Los tres se fundieron en un abrazo fuerte y sincero. Escuché desde unos metros de distancia los sollozos de alivio de su madre, el chasquido de los besos en las mejillas, los suspiros y las risas… Me quedé paralizado contemplando aquel momento, deseando con todas mis fuerzas que mi madre me hubiera dado una bienvenida similar.

Noté una mano que entrelazaba sus dedos con los míos y agaché la cabeza para encontrarme con la pequeña figura de Hal. Él también miraba a aquel grupo con expresión anhelante. Me planteé que el pequeño ni siquiera sabía dónde estaría su madre. Era muy probable que hubiera acabado de esclava de alguna adinerada familia de Olmar y que nunca pudiera volver a verla. Incluso podía estar muerta. Pensé en tratar de consolarle, pero no supe qué decir, así que me limité a apretar su mano con más fuerza.

La presión de mi mano le sacó del trance. Giró la cabeza hacia mí y me clavó aquellos ojos azules tan intensos. Me pareció que estaba escudriñando mi mente, leyendo en lo más recóndito de mi alma… Me devolvió el apretón de manos y una sonrisa.

—Tú no tienes la culpa, Kayne. Solo estás haciendo lo que crees que es correcto.

Tuve que retirarle la mirada y clavarla en las altas cumbres nevadas que nos separaban de Ursya para no deshacerme en lágrimas. Me limité a asentir con un gesto seco, esperando que se diera cuenta de que no debía decir una palabra más si no quería que me derrumbara. Por suerte, el pequeño Hal pareció comprenderlo. Se quedó a mi lado en silencio, apretando mi mano, hasta que el abrazo de nuestros amigos con su madre se deshizo.

Cuando se acercaron a nosotros, seguidos por las figuras más

importantes del lugar, fingí una sonrisa y me cuadré para aparentar la seguridad y autoridad que se esperaría de un príncipe de Anglya.

—Bienvenido, majestad. —La madre de Bryt y Sirtha me saludó con una reverencia—. ¿A qué debemos el honor de vuestra visita?

—He venido a devolveros a vuestros hijos. —Me atreví a bromear—. Y, ya que estamos aquí, nos gustaría asistir a la elección del nuevo líder de las Tierras del Norte. Aún no lo habéis escogido, ¿verdad?

—No, aún no, pero llegáis justo a tiempo. —La mujer dirigió a sus hijos una mirada de reproche y, después de agarrarse de mi brazo, me hizo pasear con ella para que nos separásemos unos metros del resto de la gente. Cuando consideró que no podían oírnos, se inclinó hacia mí y susurró—. La tradición indica que la elección debe realizarse un mes después de la muerte del anterior líder, pero, como Bryt, que es el mejor candidato, estaba desaparecido, he usado todas las tretas a mi alcance para retrasarla: que en realidad había que dejar un mes desde los funerales y no desde la muerte; que algunos jefes de clanes no iban a poder acudir desde tan lejos en tan poco tiempo; que los augurios sugerían que no era un momento adecuado…

—Habéis hecho muy bien, mi señora. Bryt será un gran líder y tiene mi apoyo y el de mi hermano, el rey.

—¿Qué hermano? —preguntó ella mirándome confusa—. ¿No sois vos el rey de Anglya?

Me di cuenta en aquel momento de que había muchas cosas que explicar. Todo el mundo en el reino pensaba que mi hermano estaba muerto y que yo era el aspirante a la corona. Negué con la cabeza y esbocé una sonrisa nerviosa.

—Creo que lo mejor será que entremos en el torreón y que os expliquemos todo lo que ha sucedido desde nuestra marcha, pero antes quiero que vuestros más veloces emisarios partan a avisar a todos los clanes para que acudan a la ceremonia de elección. Debe celebrarse cuanto antes.

—¿Podría saber el porqué de esa urgencia?

La mujer se había soltado de mi brazo y me miraba con la cabeza alta y porte orgulloso. Me di cuenta de que acababa de darle una orden y de que no podía hacer eso con los clanes del norte. Eran nuestros aliados, pero se consideraban independientes y no aceptarían una intromisión externa en algo tan importante como la elección de su próximo líder.

—Disculpad, señora. —Me incliné para solicitar su perdón en una reverencia que estaba reservada para saludarse entre iguales—. En

ningún momento he pretendido indicarles a los clanes del norte cómo o cuándo deben elegir a su siguiente jefe, pero, cuando os contemos todo lo que ha sucedido en las últimas semanas, comprenderéis la urgencia de mis palabras.

—¿Y no podéis adelantarme algo? Necesito transmitirles a los emisarios la razón para convocar a los jefes de los clanes con tanta prisa después de haber demorado la elección durante semanas.

—Tenéis razón, señora. —Tomé aire hasta hinchar mi pecho por completo—. Anglya está al borde de la guerra contra los reinos de Olvasus y Ursya. Necesitamos saber si los clanes de las Tierras del Norte lucharán a nuestro lado.

Capítulo quince Me miré por última vez al espejo antes de salir y asentí, satisfecho con mi aspecto. Había cambiado la armadura de guerrero que había llevado durante el viaje por unas calzas, unas botas altas, una elegante casaca de terciopelo negro y una capa corta. Ni siquiera sabía de dónde habían salido aquellas prendas. Las había encontrado dispuestas sobre la cama al regresar de darme un baño. Era posible que, entre la gente que componía la comitiva que me acompañaba, hubiera alguien encargado de cuidar de mis necesidades. Seguramente había sido idea de mi madre. Me había vestido sin planteármelo y la verdad era que agradecía el

cambio. La armadura de guerrero podía resultar imponente, pero no era cómoda ni agradable al tacto. Me sentía mucho más yo con aquellas ropas.

Desde el salón llegaron las primeras notas de una canción. La cena de gala para celebrar el regreso de Sirtha y Bryt estaba a punto de empezar. Tiré de los faldones de mi casaca para eliminar cualquier arruga, le di un toque al mechón de mi flequillo que me colgaba sobre los ojos y ensayé una sonrisa. La verdad era que no tenía muchas ganas de socializar ni de acudir a fiestas. Mi conciencia se empeñaba en recordarme que yo era el culpable de la deplorable situación en la que se encontraba mi hermano. No tenía ningún derecho a divertirme. Me forcé a apartar todos aquellos funestos pensamientos. Mis remordimientos y mi culpa no servirían para mejorar la situación de Habel. Si quería ser útil, lo mejor que podía hacer era acudir a aquella fiesta y enterarme de si podía hacer algo para aumentar las probabilidades de que Bryt se convirtiera en el próximo líder de las Tierras del Norte, tal y como mi hermano me había pedido.

Salí de la habitación y bajé con paso ligero las empinadas y estrechas escaleras de caracol que comunicaban los pisos altos del torreón con el gran salón. A pesar de que acababa de empezar, la fiesta ya parecía estar en su apogeo. Una pequeña banda de música se encargaba de animar el ambiente y varias decenas de personas se movían entre las mesas, surtidas con los más variados manjares, o llenaban sus jarras en los grandes barriles de vino y cerveza colocados en un rincón. Esperé durante unos segundos al lado de la puerta, por si algún chambelán tenía que anunciar mi llegada, pero pronto me di cuenta de que ese tipo de formalismos no se llevaban en las Tierras del Norte. Entré en el salón, busqué una jarra limpia y la llené yo mismo hasta el borde. La simple visión de aquella cerveza dorada y espumosa consiguió que mi ánimo mejorara en un segundo.

Ya llevaba tres jarras cuando mi mirada se cruzó con la figura de Sirtha. Estaba tan acostumbrado a verla con sus ropajes masculinos de guerrera que me costó reconocerla. Incluso debo admitir que me pasé un par de segundos observándola con la boca abierta, con la jarra

detenida a un palmo de mis labios. Su larga melena castaña estaba recogida en un complejo nido de trenzas y adornada con flores y llevaba un vestido de seda verde ajustado bajo el pecho que le daba un aspecto etéreo. Me recordó a un hada de los bosques y, cuando se giró hacia mí y vi sus ojos color miel atrapando los reflejos de las antorchas que iluminaban el salón, caí bajo su hechizo por completo.

Ella no debió de darse cuenta de mi cara de alelado, porque me sonrió y se acercó. Cuando estuvo a mi lado, me palmeó la espalda con camaradería, como si fuera un amigo de toda la vida.

—¿Sabes dónde puedo conseguir una jarra vacía?

Carraspeé y agité la cabeza para que mi mente dejara de pensar en ella como una mujer deseable y volviera a verla como mi amiga Sirtha. Reconozco que me costó separar los ojos de su escote.

—Creo que no quedan, pero podemos compartir la mía —respondí tendiéndole la jarra.

—Eso me pasa por haber tardado tanto en prepararme. —Aunque su tono era de queja, no pareció importarle tener que beber de mi jarra, ya que vació la mitad de su contenido de un solo trago.

—Ha merecido la pena el tiempo que has invertido —le dije sin poder evitar volver a recorrer todo su cuerpo con la mirada.

Me pareció que ella se sonrojaba. Para ocultarlo, volvió a llevarse la jarra a los labios y la vació por completo. La agarré por la mano y tiré de ella hacia el rincón en el que estaban situados los barriles de bebida.

—Parece que estás sedienta. Vamos a llenarla de nuevo.

—Siento habérmelo bebido todo.

—No te apures. Creo que tu madre ha preparado suficientes barriles como para que no tengamos que preocuparnos. —Me giré hacia ella y le dirigí una sonrisa—. Además, como tienes mi jarra, vas a tener que aguantarme toda la noche y dedicarme todos tus bailes.

—No pensaba separarme de ti —contestó ella—. Tengo algo importante que quiero hablar contigo.

Sentí que el corazón se me subía a la garganta. No sabía que me pasaba aquella noche. Llevaba semanas viajando en su compañía. Habíamos luchado juntos, cabalgado juntos, dormido juntos… Incluso, aunque ninguno de los dos lo recordara, ya nos habíamos acostado. No entendía por qué en aquel momento sentía que el estómago me daba vueltas, que mi corazón se había vuelto loco y que en mi cabeza no había sitio para más pensamiento que el deseo de besarla. Volví a tirar de ella, esquivando a la gente que atestaba el salón, y conseguí

llegar hasta los barriles. Tomé la jarra que ella llevaba, volví a llenarla y, en aquella ocasión, fui yo quien la vació de un par de tragos. Me encontraba demasiado sobrio para afrontar lo que estaba sintiendo.

Unos cuantos bailes y muchas jarras de cerveza después, Sirtha y yo salimos del salón en el que se estaba celebrando la fiesta. Cuando cruzamos las puertas del torreón, me di cuenta de que no íbamos a poder dar el romántico paseo por los jardines que yo había imaginado. No había jardines en aquel lugar. Nada de parterres de embriagadoras flores, laberintos en los que los amantes pudieran ocultarse ni fuentes que fueran a arrullarnos con el canto de sus aguas. Solo había un triste y frío patio de armas en el que un par de aburridos guardias hacían ronda. Negué con la cabeza, suspiré y me encogí de hombros. Tendría que apañármelas con aquello.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Sirtha divertida.

Me giré hacia ella y le dirigí una sonrisa. Estaba agarrada a mi cintura como una lapa, pero no habría podido decir si trataba de mantenerse en pie o si creía que estaba ayudándome a mí. Solo estaba seguro de una cosa: los dos habíamos bebido más de la cuenta.

La agarré con fuerza para que no se separara mientras seguíamos avanzando y sentí su aroma: flores y hierba fresca mezclado con el exquisito olor de su propia piel. Agaché la cabeza para inspirarlo aún más de cerca y, ante la cercanía de su cuerpo, tuve que controlarme para no depositar besos en su nuca, mordisquear su cuello o hundir mi cabeza en su escote. A pesar del aire casi gélido que nos llegaba de las cercanas montañas, sentía un ardor en mi interior que empezaba a resultar incontrolable. Además, estaba seguro de que ella ya se habría dado cuenta del bulto que se despertaba en el interior de mis calzas cada vez que se aproximaba, que me miraba, que me sonreía… Llevaba toda la noche sintiendo como mi pasión por ella crecía y amenazaba con desbordarse y no sabía cuánto tiempo más podría controlarme. Quizá no fuera necesario que me controlara mucho más. Ella tenía que ser consciente de las reacciones que provocaba en mí. Si me había guiado fuera, lejos de las miradas del resto de invitados a la fiesta, debía de ser por algo. Me juré a mí mismo que, si conseguía volver a disfrutar de su cuerpo, de sus besos y caricias, no lo olvidaría como había hecho la primera vez que nos habíamos acostado. Tenía tantas ganas de sentirla, de besarla y abrazarla, que estaba seguro de que esas sensaciones quedarían grabadas a fuego en mi mente para siempre.

Sirtha saludó a los dos guardias que custodiaban la entrada al patio de armas y me guió hacia la parte de atrás del torreón. Llegamos a un

pequeño patio, adornado con varios árboles frondosos y un banco de madera. A pesar de que aquel lugar no estaba iluminado con antorchas ni faroles, la luz de la luna me permitió distinguir el brocal de un pozo en el centro del patio. Sirtha me guió hacia el banco y me hizo sentarme. Después tomó sitio junto a mí. Me di cuenta de que las ramas de los árboles ocultaban la claridad de la luna y nos sumían en la penumbra. Iba a lanzarme a besarla cuando comenzó a hablar: —Espero que no estés demasiado borracho. Lo que tengo que decirte es importante.

—Vaya… Pensaba que me habías traído aquí para que tuviéramos intimidad…

—Y así es. No es conveniente que nadie escuche lo que voy a decirte.

Apoyé las manos en mis muslos y las dejé allí clavadas, intentando frenar mi anhelo de acariciar la piel de Sirtha y explorar su cuerpo. Elevé la mirada hacia lo alto y me concentré en seguir el trazo de las constelaciones para que mis ojos no siguieran hechizados por el brillo de sus ojos y la curva de sus labios. Era inútil. Su aroma seguía llamándome, el simple sonido de su respiración me excitaba… Me esforcé al máximo para concentrarme en el significado de sus palabras.

—Dime en qué puedo ayudarte —pronuncié con esfuerzo.

—Ya sabes que pensábamos que Bryt era el más firme candidato para sustituir a mi padre como líder de los clanes de las Tierras del Norte. No solo es el hijo del anterior jefe, sino que es valiente, fuerte, noble y admirado por todos…

—No hace falta que me vendas a Bryt —la corté—. Es mi amigo y conozco todas sus virtudes. ¿Cuál es el problema?

—Su ausencia durante estas últimas semanas ha hecho que sus posibilidades de ser elegido se reduzcan. Hay un nuevo candidato y parece que tiene el apoyo de la mayoría de los clanes.

—¿Pero por qué?

—Desde que se marchó empezaron a extenderse algunos rumores: que había muerto, que había huido de su responsabilidad… Incluso que la razón de su huida era que estaba implicado en la muerte de mi padre…

—No puede ser. ¿Quién va a pensar algo así de Bryt? —pregunté indignado.

—Nadie que le conozca y tenga buenas intenciones —respondió Sirtha —. Sospechamos que esos rumores provienen de Clawen.

—¿Quién?

—El líder de uno de los clanes más poderosos de las Tierras del Norte —contestó ella enarcando una ceja.

—Y la persona con más posibilidades de ser elegido líder de los clanes después de tu hermano. ¿Me equivoco?

—Sí, te equivocas: no va después. Tiene más posibilidades que Bryt. —Sirtha dejó escapar un largo suspiro—. Hay doce clanes con derecho a voto y ahora mismo Clawen tiene asegurados los votos de siete de ellos.

—Así que hay que conseguir que alguno de los clanes cambie su voto a favor de Bryt.

—Sí. Es por eso que te he traído aquí —susurró ella inclinándose hacia mí con expresión conspiradora—. Estoy segura de que tú puedes hablar con los líderes de los clanes y negociar con ellos para que cambien el sentido de su voto. Tienes esa capacidad, ¿verdad? Supongo que, cuando tu hermano te ordenó asegurarte de que Bryt saliese elegido, te dio herramientas para conseguirlo.

Negué con la cabeza. Mi hermano no me había dicho que pudiera negociar en su nombre. Ni siquiera estaba seguro de que él se hubiera planteado que yo tuviera que llegar a negociar con nadie ni que tuviera esa capacidad. Me había ordenado que acudiera a asegurarme de que Bryt iba a ser elegido como habría podido pedirme que me asegurase de que el sol iba a salir por el este a la mañana siguiente. Al ver la expresión frustrada de los ojos de Sirtha, me apresuré a tomar sus manos y dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Hablaré con los líderes según vayan llegando y les propondré algún tratado comercial que les favorezca a cambio de su voto para Bryt. Estoy seguro de que Habel estará de acuerdo en ratificarlos después.

—Muchísimas gracias. Sabía que podíamos contar contigo.

Sirtha me lanzó los brazos al cuello y apretó su cuerpo contra el mío. Su aroma y su proximidad me volvieron loco, pero conseguí contenerme. Me regalé un par de segundos de sentir su calor y disfrutar de tenerla tan cerca antes de hablar.

—¿Me has traído aquí para esto? ¿No quieres nada más de mí?

Ella se apartó y frunció las cejas, como si se estuviera esforzando por descifrar mi expresión en aquella oscuridad. No debió conseguirlo, porque se encogió de hombros.

—Claro. ¿Para qué creías que te había traído?

Mentiría si dijese que sus palabras no me hirieron. Por supuesto que no quería nada más de mí. Aunque nos hubiéramos acostado una

vez, ella consideraba aquello como un error debido al alcohol que no debería repetirse. Me veía como un amigo, como un compañero de viaje algo torpe al que había que cuidar para que no se metiera en líos. Nunca más me vería como a un hombre al que desear o al que amar. Me conocía demasiado bien como para pensar en mí en esos términos.

—No, nada más —dije tras encogerme yo también de hombros —. Es solo que lo que me pides me parece demasiado fácil. Puedes estar tranquila. Bryt será el nuevo líder de las Tierras del Norte. Y ahora creo que será mejor que volvamos a la fiesta antes de que la gente empiece a murmurar sobre nosotros dos…

—No te preocupes por eso… Todo el mundo sabe que somos amigos.

Una nueva herida más. En aquel momento, yo tenía el corazón en carne viva y el orgullo pisoteado, pero escondí ese dolor tras una sonrisa falsa y la acompañé al interior del torreón. Cuando entramos en el salón, ella se separó de mí para correr al lado de su hermano y su madre. Supongo que quería comentarles que tenían mi apoyo, que yo estaba dispuesto a ayudar a que Bryt ganara la elección y que incluso pensaba que sería algo fácil. Lo que ella no sabía era que, en aquel momento, yo habría estado dispuesto a hacer cualquier cosa por una sonrisa suya, que no había empresa que me encomendara que yo no considerara fácil, que me enfrentaría al mundo entero para que me dedicara una mirada de amor… Pero eso no podía ser. Lo mejor sería que olvidara esos pensamientos estúpidos que solo podían hacerme daño. Y la mejor manera que se me ocurrió para detenerlos fue ahogarlos en alcohol.

Capítulo dieciséis El día ya estaba muy avanzado cuando desperté. En cuanto abrí los ojos, los rayos de un sol radiante se colaron hasta el centro de mi cerebro para reventarlo desde dentro. Volví a cerrarlos y me tapé la cabeza con la manta para tratar de protegerme. El dolor era demasiado intenso como para permitirme pensar con claridad, pero no tanto como para impedir que me diera cuenta de que no estaba solo en mi cama. Había un cuerpo suave y cálido al lado del mío. Volví a abrir los ojos con cuidado y eché un vistazo. Desde debajo de las sábanas solo podía distinguir unas curvas sinuosas y una piel clara. ¿Sirtha? ¿Los dioses se habían aliado por una vez para

concederme lo que más deseaba?

Saqué la cabeza de mi refugio, ignorando el daño que me hacía la luz, y toqué a la chica en el hombro para que se girase hacia mí. El alma se me cayó a los pies en cuanto distinguí su cabello moreno, sus labios rojizos y voluptuosos… Aquella chica era muy guapa. En cualquier otro momento de mi vida, me habría encantado despertar junto a ella y pedirle que me ayudase a rememorar lo que hubiéramos hecho la noche anterior, pero todo había cambiado. Solo podía pensar en que no era Sirtha.

Mientras ella se desperezaba y abría los ojos, intenté hilvanar un discurso coherente para conseguir que aquella desconocida se marchase de mi habitación sin protestar ni hacer preguntas. No se me ocurrió nada, pero dio igual porque, en aquel momento, la puerta de mi habitación se abrió y Sirtha entró en ella con una sonrisa iluminando su rostro.

—Buenos días, dormilón —saludó con voz cantarina—. Las primeras comitivas de los clanes están lleg…

Se quedó muda plantada en el umbral. La sonrisa se borró por completo. Cruzó los brazos frente a su pecho y me miró como si acabara de descubrir que me dedicaba a escupir en la tumba de su padre. Sin decir nada más, salió de la habitación dando un portazo que retumbó en todo el torreón.

—¡Dios! ¡Mi cabeza! —La desconocida se había sentado en la cama y se tapaba los oídos con las manos mientras hacía un gesto de dolor.

—Hola… Esto… Estás despierta… —conseguí pronunciar. Ella me miró con el ceño fruncido, como si no se creyera que yo no tuviera nada mejor que decir que aquella obviedad.

—Sí… Y vaya manera de despertar —se quejó—. ¿Se puede saber qué le pasa a Sirtha?

Me limité a negar con la cabeza y encogerme de hombros. La muchacha seguía sentada en la cama, sin llevar nada puesto, y aquello me estaba poniendo muy nervioso. Me levanté y empecé a buscar mi ropa, que estaba desparramada por toda la habitación.

—Ha venido a avisarme de que tenemos asuntos diplomáticos que atender. —Había encontrado mis pantalones y, con ellos puestos, parecía que mi cerebro empezaba a funcionar—. Mira… Ha sido una noche genial, pero tengo muchas cosas que hacer. Espero que lo comprendas.

—Por supuesto, alteza. —La joven se levantó de la cama y, sin mostrar ningún pudor, hizo una reverencia tal y como su madre la trajo al mundo antes de empezar a vestirse—. No pretendo molestaros.

—No molestas en absoluto… —Utilicé dos dedos para apretarme el puente de la nariz, en un vano intento de hacer memoria y recordar el nombre de aquella joven—. Lamento muchísimo que te tengas que ir…

—No os preocupéis, majestad.

Se enfundó el vestido en un solo movimiento, recogió sus zapatos y, sin detenerse siquiera a ponérselos, hizo otra rápida reverencia y salió de la habitación. Me quedé mirando la puerta cerrada, asombrado de lo fácil que había sido librarse de ella. Sin embargo, en un par de segundos, esos pensamientos fueron reemplazados por otros mucho más perturbadores: ¿Por qué había metido a aquella chica en mi cama? ¿Por qué cada vez que bebía me convertía en un auténtico gilipollas? ¿Es que no tenía ningún respeto por mí mismo?

Recordé la mirada que me había dirigido Sirtha y me coloqué frente a la pared más cercana para empezar a darme cabezazos contra ella mientras susurraba la palabra “Imbécil” al ritmo de los golpes, como si estuviera recitando un mantra. Lo dejé cuando llevaba una media docena. No pude soportar más con la resaca antológica que estaba sufriendo, a pesar de saber que los merecía. Me dije a mí mismo que debía acordarme de seguir autocastigándome más adelante, terminé de prepararme y salí de la habitación.

Sin hablar con nadie, pasé frente al salón, en el que se habían reunido un par de docenas de personas para desayunar, y me dirigí a las cocinas. Tras calmar el revuelo que se montó por tener allí a un miembro de la casa real, conseguí hacerles entender que quería el remedio más potente que conocieran contra la resaca. Después de reírse durante unos segundos, se afanaron en prepararme un brebaje. Su sabor era tan asqueroso que estuve seguro de que iba a funcionar.

Noté su efecto enseguida. Mis pensamientos dejaron de ser tan lentos y pesados y pude elaborar un plan de acción. Recordé que alguien me había dejado la ropa preparada la noche anterior y que eso me había hecho suponer que mi madre había incluido alguna especie de secretario para mí en el séquito que nos había acompañado hasta Engus. Salí del torreón, atravesé el patio de armas y llegué a la puerta de la muralla. Una vez allí, me quedé mirando asombrado el enorme campamento que ocupaba las faldas de la colina. Solo los miembros más importantes de cada clan podían alojarse en el torreón. El resto de las comitivas se veían obligadas a acampar fuera de las murallas.

Busqué con la mirada el sol que adornaba los estandartes de Anglya y me dirigí hacia allí.

Aún me quedaban varias decenas de metros para llegar al campamento de mis tropas cuando el capitán salió a mi encuentro. Me dirigió un saludo marcial que yo ni siquiera contesté. Mi atención se centraba en el pequeño hombrecillo pelirrojo con cara de ratón situado un par de pasos detrás de él y que me dedicaba continuas reverencias.

—¿Necesita algo, majestad? —me preguntó el capitán.

—Sí. Necesito saber si hay alguien que pueda ayudarme… Una especie de ayuda de cámara o de secretario.

El hombre situado tras el capitán empezó a pegar botes mientras levantaba la mano todo lo que podía. Tuve que contener la risa. Como perteneciente a la casa real, estaba acostumbrado a que la gente se desviviera por servirnos, pero nunca había visto a alguien tan entusiasmado con la idea.

—Yo, alteza —dijo, adelantándose al capitán y colocándose frente a mí para hacer una reverencia en la que estuvo a punto de tocarse las rodillas con la frente—. Mi nombre es Pevin y su majestad la reina madre me ha encomendado la misión de servirle hasta en sus más mínimos deseos.

—¿Y cómo es que no he sabido de ti en todo el viaje?

—Su alteza estuvo enfermo la mayor parte del trayecto. Y mis órdenes son servirle sin molestarle ni interferir en sus asuntos.

Asentí y le indiqué con un gesto que me siguiera. Él lo hizo con una sonrisa iluminando su cara de ratón. Tuve que dejar de mirarle para evitar que me diera la risa. Nunca en mi vida me había encontrado con alguien tan emocionado por recibir órdenes.

—Necesito que te pongas en contacto con los jefes de todos los clanes según vayan llegando. Envíales un regalo de mi parte y solicita una audiencia.

—Majestad, sois el hermano del rey. Son ellos los que deben solicitar una audiencia.

—Pero soy yo el que quiero hablar con ellos. —Me detuve en seco sin comprender.

—Es cuestión de protocolo, señor. —Pevin se mordió el labio inferior, como si le doliera tener que corregirme—. No se preocupe. Yo lo arreglaré. ¿Cuál es el motivo de la reunión?

—A Bryt le ha salido un competidor en su camino hacia el

liderazgo de las Tierras del Norte, un tal Clawen. Tenemos que asegurarnos de que los líderes de los demás clanes votan a nuestro candidato.

—También podríamos eliminar al otro candidato… —sugirió mi secretario.

Negué rotundamente con la cabeza, mientras sentía como un escalofrío me invadía. ¿De dónde había sacado mi madre a aquel hombre? Una cosa era querer servir a la casa real a la que debía fidelidad y otra muy distinta estar dispuesto a matar a cualquiera que se interpusiera en mis deseos.

—No. No podemos matar a nadie. Toda esta gente es nuestra aliada. ¿Comprendido? —Esperé hasta que Pevin asintió—. Ve y haz lo que te he pedido.

Le vi alejarse rumbo al torreón. Me quedé de pie con las manos apoyadas en las caderas mientras seguía negando con la cabeza. Se suponía que conseguir que Bryt fuese elegido líder de los clanes del norte era la parte fácil de mi misión y no tenía ni idea de cómo lograr eso. Nunca en mi vida había tenido que asistir a ninguna reunión diplomática ni me había visto en la necesidad de negociar nada. Tendría que confiar en que mi secretario fuera eficiente en su trabajo.

Capítulo diecisiete

El representante del clan de los Cratnya se levantó y recorrió con paso solemne el camino que le separaba de la mesa ritual en la que se depositaban los votos. Todo el mundo estaba en silencio, esperando aquel último voto que podía cambiarlo todo. En aquel momento, sobre la mesa ritual había seis piedras blancas y cinco negras. Aquel último voto podía empatar la votación, lo que prolongaría la elección del nuevo líder durante semanas, o proclamar un ganador.

El hombre se colocó frente a la mesa y depositó la piedra. Cuando vi que era blanca, el color asignado a Bryt, me permití respirar de nuevo. Lo habíamos conseguido. Nos había costado horas y horas de conversaciones, pero habíamos logrado cambiar el sentido del voto de un par de clanes a nuestro favor. Para ello, había tenido que prometer sustanciosos beneficios para los mercaderes de esos clanes en sus relaciones comerciales con Anglya, pero estaba seguro de que Habel aprobaría esos acuerdos.

Me giré hacia Bryt, que observaba las piedras con expresión seria y respetuosa. Pensé que, al igual que me sucedió a mí cuando Habel murió y me vi como heredero, quizá estaba planteándose la magnitud de la responsabilidad que le acababa de caer encima. Sin embargo, aquel gesto de preocupación no le duró mucho. En cuanto la gente empezó a rodearle para felicitarle por su nuevo cargo, la expresión grave de su rostro desapareció para ser sustituida por una amplia sonrisa. Me alegré mucho por él y por todos los hombres del norte. Bryt podía no ser muy listo, pero era valiente y honorable y, por encima de todo eso, era una buena persona. Estaba seguro de que sería un gran líder.

Sentí un tirón en mi capa y miré hacia abajo. Hal me contemplaba con una enorme sonrisa iluminando su rostro. A pesar de que sabía que no le gustaba que le tratara como a un niño, revolví su pelo con afecto. Estaba tan contento que ni siquiera le importó.

—Ha ganado, ¿verdad? —preguntó emocionado—. ¿Podemos ir a felicitarle?

Asentí y le tendí la mano. Caminamos hacia el estrado y esperamos a que el círculo de personas que estaba hablando con Bryt se fuera dispersando. Por el rabillo del ojo vi que Clawen, el adversario derrotado, se retiraba del claro en el que se había celebrado la votación. Era un hombre enorme, con tanto pelo como un oso y una cara que siempre parecía furiosa. La falta de un ojo y la cicatriz que le cruzaba el rostro desde la sien izquierda hasta la mejilla

derecha y que desfiguraba su nariz no ayudaban a que su apariencia resultara más amable. Aún así, aquel día parecía aún más enfadado. Le lanzó a Bryt una mirada de odio con su único ojo y después recorrió la multitud hasta encontrarme para dedicarme otra a mí. No me preocupó. Ya me había imaginado que no le sentaría bien perder aquella votación después de pensar que tenía los votos de la mayoría de los clanes bien atados. Era una pena que no hubiera tenido en cuenta que el reino de Anglya disponía de los suficientes recursos como para cambiar todos los votos que necesitara. Ignoré a aquel hombre y seguí acercándome a Bryt, pensando que el tiempo haría que asumiera su derrota y se le pasara el enfado.

Antes de que pudiéramos alcanzar por fin el lugar en el que se hallaba nuestro amigo, una pequeña figura se interpuso en nuestro camino. Era Pevin. Me dedicó una sonrisa de adoración, como hacía cada vez que se cruzaba conmigo. Su afán por agradarme me ponía cada día más nervioso, pero me sobrepuse y le di una amistosa palmada en el hombro. Aquello hizo que su sonrisa se agrandase aún más y que los ojos se le pusieran vidriosos. Estoy seguro de que, si hubiera tenido cola, la habría meneado a ambos lados para expresar su alegría.

—Buen trabajo, Pevin. Esta victoria es fruto de tu esfuerzo.

—Gracias, majestad. Me alegro de haber sido de ayuda. —Hizo una exagerada reverencia antes de recuperar la verticalidad—. No quiero molestarle…

—Pero vas a hacerlo —dije sin poder contenerme.

—Solo quiero recordarle que mañana debemos partir hacia Ereneus. Nuestra misión aquí ya ha terminado y tenemos que continuar con las tareas que le encomendó su hermano. —Pevin entrecerró los ojos y me lanzó una mirada reprobadora—. Comprendo que querrá celebrar la victoria con su amigo, pero debería evitar beber demasiado o irse a la cama muy tarde. Ya he hablado con el capitán y partiremos mañana al amanecer.

Tuve ganas de recordarle a aquel hombre que era mi sirviente y que no tenía ningún derecho a organizarme la vida de aquella manera, pero preferí callarme. La realidad era que tenía razón, que el futuro de toda Anglya podía estar en juego y que teníamos asuntos importantes que tratar que no podían esperar a que se me pasara la resaca. Me limité a asentir, le hice un gesto para que se apartara de mi camino y, tras hacerle una seña a Hal para indicarle que podíamos seguir andando, recorrimos juntos los pasos que nos separaban de Bryt… y de Sirtha.

Ella llevaba días sin dirigirme la palabra, desde el momento en

el que me había descubierto en la cama con aquella otra chica. Tenía que reconocerle una habilidad increíble para evitar cruzarse o quedarse a solas conmigo. Me dirigió una sonrisa falsa y se giró para hablar con la primera persona que pasó por su lado. Decidí centrarme en Bryt.

—Muchas felicidades por tu elección, amigo. —Le tendí la mano, pero él la ignoró y me dio un abrazo que hizo que me crujieran todas las vertebras—. Estoy seguro de que serás el mejor líder que hayan tenido nunca en las Tierras del Norte.

—Gracias. Estaba tan nervioso… Había oído rumores que decían que la mayoría de los clanes apoyaban a Clawen, pero parece que en el último momento han cambiado de opinión.

—Me alegro de que se dieran cuenta de quién era el mejor candidato —dije, obviando el hecho de que habían sido mis negociaciones las que habían decantado la votación a su favor y que esos votos iban a costarle miles de zalines a las arcas del reino—. Sabes que tienes todo el apoyo de la corona de Anglya.

—Y vosotros la fidelidad y el apoyo de los clanes del norte —respondió antes de darme una cariñosa palmada en la espalda.

—Me alegro, porque conoces nuestra complicada situación. Sabes que confiamos en vosotros para mantener protegida la frontera.

—Dalo por hecho. Vigilaremos la frontera hasta que comience la guerra. Después, cargaremos contra Ursya, llegaremos a su capital y podremos vengar la muerte de nuestro padre y la traición de Chardha, su reina.

—Sí, puedes contar con nosotros para salvaguardar esta frontera y para entrar en Ursya a sangre y fuego cuando llegue el momento. Esperaremos vuestras órdenes —intervino Sirtha, acercándose a nosotros.

Agaché la mirada y me revolví el pelo de la nuca en un intento de ganar algo de tiempo. Aquella era la primera frase que Sirtha me dirigía en días y, en lugar de aprovecharla para empezar un acercamiento, iba a tener que contradecirla. Estaba seguro de que mis siguientes palabras no le iban a gustar.

—Siento mucho decírtelo, pero no vas a poder quedarte aquí con Bryt. Necesito que vengas conmigo a Ereneus.

La mirada que me dirigió habría sido capaz de dejar petrificado a un basilisco. Tuve que romper el contacto visual y volver a rascarme la nuca de forma distraída, mientras rezaba a los cinco dioses para que alguno me echara una mano. Como siempre, debían estar muy

ocupados en cualquier otra cosa como para hacer caso a alguien tan insignificante como yo.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. —Sirtha remarcó todas y cada una de sus palabras, como si quisiera asegurarse de que no pudiera haber el más mínimo malentendido.

—Lo siento. No es un capricho. Es una orden de Habel.

Miré a ambos lados. La gente seguía acercándose a felicitar a Bryt. No era el lugar adecuado para discutir aquello, así que, después de hacerle una seña a Hal para indicarle que me esperase allí, la agarré del brazo y tiré de ella hasta llegar a la linde del claro, lejos de la luz de las antorchas. Nada más llegar, ella agitó el brazo para librarse de mi sujeción, como si mi contacto la quemara.

—Suéltame —dijo con voz de asco.

—Lo siento. No pretendía molestarte —respondí dolido—. Necesito que me acompañes a Ereneus. Habel me ha pedido que sondee su posición en la futura guerra con Olvasus y necesito que alguien con la capacidad de meterse en las mentes ajenas esté presente cuando me entreviste con los miembros del consejo.

—Hay más mujeres en los clanes con esa capacidad. Buscaré alguna que quiera acompañarte. —En su rostro se dibujó una mueca despectiva—. Igual tienes suerte y puedes acostarte con ella. Eso hará tu viaje mucho más entretenido.

Durante un segundo, acaricié la idea de dejarla allí y llevarme a cualquier otra mujer. No sería muy difícil conseguir una que tuviera mejor carácter que Sirtha y con la que el ambiente durante el viaje fuera a ser mucho más cómodo y agradable. Sin embargo, deseché esa idea de inmediato. Tenía que ser Sirtha. Necesitaba que fuera Sirtha.

—Partimos al amanecer. No da tiempo a buscar a otra persona… —dije esperando que aquello fuera suficiente excusa.

—Conozco un par de mujeres en esta misma ciudad que pueden servirte.

—No —contesté en un tono demasiado nervioso y apresurado —. Comprende que todo esto es secreto de estado. Necesito a alguien de máxima confianza. —La miré a los ojos y le susurré—. Tienes que ser tú, Sirtha. No quiero a nadie más.

Al pronunciar aquellas palabras, me di cuenta de que no estaba hablando de aquella misión ni de aquel viaje. Estaba hablando del resto de mi vida, pero, después de haber cometido el horrible error de meter en mi cama a otra mujer hacía unas noches, ya no podía decírselo. Si en algún momento había habido alguna posibilidad de

que surgiera algo entre los dos, yo mismo me había encargado de destruirla.

Sirtha se limitó a negar con la cabeza baja. Después, volvió a mirarme. Tenía los labios tan fruncidos que casi no se le veían y, a pesar de la escasa luz reinante, me pareció percibir que sus ojos titilaban, como si tuviera lágrimas contenidas.

—Está bien. Ya que es una orden de nuestro rey, te acompañaré. —Se separó un par de pasos y me dedicó una reverencia con la que me indicó que nuestra relación a partir de aquel momento sería puramente formal—. Si debemos partir al alba, será mejor que me retire ya a descansar. Espero que hagas lo mismo…

Se marchó dejándome con mil preguntas. ¿Qué había querido sugerir? ¿Que esperaba que no me emborrachara y acabara acostándome con otra mujer? ¿Y qué más le daba si, según me había dicho la otra noche, ella y yo solo éramos amigos?

Mientras la veía alejarse, observé que Bryt se disculpaba con las personas con las que estaba hablando para acercarse a mí. Se colocó a mi lado, con los brazos cruzados frente al pecho, y juntos observamos como Sirtha desaparecía del jardín rumbo al torreón.

—¿Va a acompañarte en tu viaje? —preguntó mi amigo. Cuando asentí, se colocó frente a mí—. No parecía muy entusiasmada con la idea…

—Bueno… Creo que prefería quedarse aquí y esperar la oportunidad de luchar contra Ursya y vengar la muerte de vuestro padre…

—Sé que a Sirtha le encantaría hacer todo eso, pero también sé que lo cambiaría sin dudar por estar contigo y ayudarte en tu misión. —Bryt se permitió una risa sarcástica antes de volver a hablar—. No sé qué le has hecho, pero la has enfadado de verdad…

—¿Yo? —pregunté haciéndome el ingenuo—. Yo no le he hecho nada.

—Escucha, amigo. —Bryt descruzó los brazos y me golpeó el pecho con el dedo índice al ritmo de sus palabras—. Espero que lo arregles y que no se te ocurra volver a hacerle daño a mi hermana. Si le haces daño de verdad, yo mismo te separaré la cabeza del cuerpo con mis propias manos. ¿Entendido?

Me guiñó un ojo y sonrió, como si pretendiera hacer pasar sus palabras por una broma entre colegas. Yo me forcé a devolverle la sonrisa mientras asentía. Fue difícil. Mirando sus manos me dio por pensar que era muy capaz de cumplir esa amenaza. Bryt me dio un par

de golpes amistosos en la espalda y regresó a hablar con los miembros de los clanes.

Decidí irme a dormir, sin beber una sola copa. No quería emborracharme y liarla de nuevo. Le tenía mucho aprecio a mi cabeza y quería que continuara en el mismo sitio. Pero no era esa la principal razón. La verdad era que no quería volver a cagarla por Sirtha. Temía que ya no fuera posible arreglar lo nuestro, pero deseaba intentarlo con todas mis fuerzas. Quería luchar por ella, fuera a funcionar o no.

Aquella fue la primera vez en toda mi vida que abandoné una fiesta, incluso antes de que empezara, con una sonrisa en el rostro.

Capítulo dieciocho Pevin se había empeñado en enviar emisarios a Estea, capital de Ereneus, anunciando nuestra llegada. Yo habría preferido pasar desapercibido, pero fue imposible. El gobierno del reino decidió prepararnos el recibimiento que merecía el príncipe de una delegación extranjera, así que entramos en la ciudad acompañados por el vibrante sonido de las trompetas y bajo una lluvia de pétalos arrojados desde las ventanas. Sonreí nervioso mientras saludaba a uno y otro lado de la calle principal, ataviado como un guerrero y a lomos de un magnífico semental blanco. A mi lado, como si fuera mi reina consorte, cabalgaba Sirtha,

engalanada con un vestido de seda de color verde. Cada vez que la miraba, me quedaba embelesado. Su cabello castaño lucía suelto hasta la cintura y estaba adornado con pequeñas flores silvestres. Agitaba la mano y sonreía, pero su mirada inquieta me permitió adivinar que no se sentía cómoda. Espoleé a mi montura para que se acercara a ella: —¿Pasa algo? —le pregunté en susurros.

—Esto no me gusta. Todos los espías que Ursya y Olvasus hayan enviado a este país nos están saludando ahora mismo —contestó entre dientes mientras seguía forzando una sonrisa.

—¿Y qué sugieres? Somos una delegación oficial en viaje diplomático y vamos a reunirnos con el Consejo de Ereneus. No podíamos colarnos de noche por una ventana.

—Lo sé, pero me habría gustado algo más discreto. Olvasus y Ursya se enterarán en cuestión de un par de días de que estamos buscando apoyos para entrar en guerra contra ellos.

—Es muy probable que ya lo sospechen. Después de todo, se aliaron contra nosotros para asesinar a Habel, atacaron a la comitiva de tu padre, intentaron matarme a mí en varias ocasiones… No creo que esperen que nuestras relaciones vayan a seguir siendo cordiales. —Erguí aún más mi postura sobre la silla y agrandé mi sonrisa al ver que ya nos acercábamos al palacio y que una representación del Consejo nos aguardaba en las escaleras de entrada—. En todo este asunto, ellos han sido los traidores y los que han actuado a nuestras

espaldas. Anglya se ha comportado en todo momento de forma honorable y no tiene nada que esconder.

Sirtha asintió para darme la razón, pero supe que seguía sin estar convencida. Seguimos avanzando bajo aquella incesante lluvia de pétalos hasta alcanzar las escaleras del palacio. Una vez allí, detuvimos nuestras monturas y descendimos. A la cabeza del Consejo se encontraba Freanus, su presidente, un hombre tan gordo como para haber podido albergar a una familia bajo su túnica de brillante seda. Llevaba el pelo, negro y lacio, recogido en complicadas trenzas, tal y como se estilaba en la capital. Su bigote y su barba, también larguísimos, colgaban hasta su ancha cintura. Se acercó a nosotros tan rápido como su enorme cuerpo se lo permitió y me dio un abrazo en el que casi desaparecí, como si fuéramos íntimos amigos desde hacía años.

—Bienvenido, príncipe Kayne. Nos sentimos muy honrados con vuestra presencia.

El resto del Consejo acompañó aquellas palabras con una reverencia. Noté que Sirtha se había colocado a mi lado y me giré un segundo hacia ella. Estaba envarada, no sonreía y observaba a los miembros del Consejo con una mirada hostil y escrutadora. Clavé mis ojos en los suyos y me concentré en ordenarle con el pensamiento que disimulara y se relajara un poco. Era cierto que ella me había acompañado para descubrir si aquella gente era amiga o enemiga, pero su actitud no estaba ayudando a suavizar las relaciones. Mi pensamiento debió de llegarle fuerte y claro, porque suavizó su mirada y forzó una sonrisa amistosa.

—Nosotros sí que nos sentimos honrados ante el recibimiento que nos habéis dedicado —dije mientras les devolvía el saludo con una ligera reverencia—. Yo, y todo el reino de Anglya al que represento, nos alegramos de ver que el reino de Ereneus es un amigo y que nos aprecia tanto como nosotros a él.

No me gustó la mirada nerviosa ni la sonrisa falsa con la que Freanus respondió a mis palabras. Ni darme cuenta de que algunos de los miembros del Consejo esquivaban mi mirada. Aquello no presagiaba nada bueno.

—Si nos acompañáis al interior del palacio, pediré que os conduzcan a vuestras habitaciones —continuó el hombre mientras señalaba las puertas—. Estoy seguro de que queréis asearos y descansar después de tan largo viaje. Estamos preparando una cena y un baile de gala para celebrar vuestra visita…

—Os agradecemos infinitamente vuestras atenciones, pero estamos en una importante misión y no vamos a poder quedarnos con vosotros

tanto tiempo —le cortó Sirtha. Me quedé sorprendido ante aquella falta de protocolo, pero, antes de que pudiera protestar, ella se colgó de mi brazo y apoyó la cabeza en mi hombro, como si fuéramos dos enamorados—. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar en privado?

Me dio la impresión de que Freanus se encontraba tan confuso como yo. Se limitó a asentir y a indicarnos con un gesto que le siguiéramos al interior del palacio. Lo hicimos, acompañados por el resto del Consejo. Empezamos a recorrer un amplio pasillo. Los rayos del sol que entraban por los amplios ventanales se reflejaban en las superficies doradas que decoraban cada centímetro de pared y suelo. Aquel pasillo, que comunicaba directamente con la sala de reuniones del Consejo parecía diseñado para despertar la admiración de las personas que lo recorrieran. Cada baldosa, cuadro y estatua gritaban a los cuatro vientos que en aquel país se manejaba mucho dinero. No me hizo falta esforzarme para disimular que aquello no me impresionaba. Estaba demasiado ocupado tratando de entender por qué Sirtha seguía colgada de mi brazo mientras, con la mano libre, acariciaba el pelo de mi nuca o dibujaba eses en mi espalda, provocándome continuos escalofríos. Cuando llegamos a la puerta de la sala de reuniones, Sirtha me soltó, avanzó hasta allí con paso decidido y se colocó delante del umbral antes de encararse con el presidente del Consejo.

—Lamento tener que solicitaros esto, pero los asuntos que hemos venido a tratar son muy delicados y necesitamos la máxima confidencialidad. —Esperó hasta que el hombre asintió a sus palabras antes de seguir hablando—. Por ello, queríamos pediros reunirnos con usted en privado.

—Eso no puede ser —la contradijo el presidente apoyado por los murmullos de indignación del resto de sus compañeros—. Ereneus no es una monarquía controlada por un solo hombre. Somos un Consejo de sabios y tomamos las decisiones entre todos.

—Lo entendemos, al igual que comprendemos que vayáis a compartir la información que obtengáis en esta reunión con el resto del Consejo, pero nos sentiríamos mucho más cómodos si pudiéramos discutir esto en *petit comité* .

Freanus frunció tanto el ceño que sus ojos casi desaparecieron entre los pliegues de su carnosa cara. Estuve a punto de intervenir para decirle a Sirtha que no era necesario tanto secretismo y que podíamos pasar todos, pero, en cuanto separé los labios, noté la mano de Sirtha apretándome el culo. La impresión fue tan grande que mi boca volvió a cerrarse sin pronunciar palabra.

—Está bien. Si ese es vuestro deseo…

El hombre hizo un gesto con la cabeza y los dos guardias que flanqueaban las puertas las abrieron de par en par. Entramos seguidos por él pero, antes de que volvieran a cerrarse, otros tres hombres las atravesaron. Dos de ellos pertenecían al Consejo de sabios de Ereneus. El tercero era Pevin, mi secretario. Noté que Sirtha fruncía el ceño, pero las puertas ya se habían cerrado a nuestras espaldas y todos los asistentes estaban ocupando sus sillas, así que, sin soltar mi brazo, me guió hasta los asientos que había elegido, dos sitios contiguos colocados frente a nuestros interlocutores, de manera que la enorme mesa de madera oscura y envejecida nos separase de ellos. Mientras caminábamos hacia allí, se acercó a mi oído para susurrarme: —Haz las preguntas que necesites hacer y vayámonos de aquí lo más rápido posible.

Me habría gustado preguntarle qué pasaba, pero era imposible mantener una conversación privada con aquella gente delante. Me limité a asentir. La urgencia que había captado en la voz de Sirtha había sido suficiente argumento para convencerme de que sería mejor que le hiciera caso. Ya le preguntaría por qué cuando saliéramos de allí. Tomé asiento, carraspeé un par de veces y comencé a hablar.

—No me andaré con rodeos, señores —anuncié—. No sé si estarán informados, pero estamos a punto de comenzar una guerra contra Olvasus. Me gustaría saber si Ereneus ha elegido bando en dicha contienda.

Los tres consejeros de Ereneus se me quedaron mirando sin pronunciar palabra, como si esperaran que yo continuase hablando y les diera más explicaciones sobre el origen del enfrentamiento o sobre nuestras expectativas de ganar esa guerra. Me dispuse a continuar, pero, antes de que pudiera hilar mis pensamientos, estos se detuvieron en seco al sentir los hábiles dedos de Sirtha jugueteando en mi entrepierna. La garganta se me cerró por completo y noté como un golpe de calor subía desde mi abdomen hasta mi coronilla, haciendo que me pusiera rojo por completo. Me giré por un momento hacia ella para tratar de entender qué era lo que estaba sucediendo, pero Sirtha ni siquiera me estaba mirando. Sus ojos se paseaban por los rostros del resto de asistentes a la reunión, mientras me ignoraba de forma consciente, a pesar de que su mano había seguido jugueteando con la cinturilla de mis pantalones hasta conseguir colarse dentro. Di un respingo, carraspeé para aclararme la garganta y me fijé en el rostro del presidente del Consejo, esperando que no se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Y bien? ¿Qué me contestáis? —insistí luchando contra el

tono demasiado agudo de mi voz.

Freanus miró a sus dos compañeros y esperó. Uno de ellos, un hombre moreno con rasgos afilados, mantenía su mirada muy fija en mí, como si estuviera tratando de atravesarme con los ojos. Le ignoré. No tenía tiempo para pensar en él ni en lo que podía querer de mí. En realidad, no tenía tiempo ni ganas para pensar en nada. Tan solo podía concentrarme en las deliciosas sensaciones que Sirtha me estaba provocando. Aquello no tenía sentido, no entendía por qué ella se estaba comportando así, pero me daba igual. Solo quería salir de aquella sala, buscar habitación en la posada más cercana y encerrarme allí con ella para olvidarnos del mundo durante toda la eternidad.

—Sabéis que Ereneus no es conocido por ser un país beligerante, mi señor —contestó por fin el presidente del Consejo—. No nos gustaría posicionarnos a favor de ninguno de los dos bandos sin conocer siquiera las razones por las que va a desatarse esta contienda. Si fuerais tan amables de iluminarnos…

Tomé aire y lo expulsé lentamente para tratar de concentrarme. Volví a mirar a Sirtha, esperando que ella se diera cuenta de que no era el momento ni el lugar adecuado para las atenciones que me estaba prodigando, aunque en mi interior deseaba que aquella dulce tortura no se detuviera nunca. Ella volvió a ignorarme, pero tomó la palabra por mí: —No es necesaria ninguna explicación. Sabéis que las relaciones entre Anglya y Olvasus siempre han sido tensas y que Olvasus es una nación guerrera y agresiva que ha tenido enfrentamientos con todo el resto de países del mundo.

—Lo sabemos, mi señora —la interrumpió Freanus—, pero también sabemos que las relaciones entre ambos países habían mejorado. Incluso se hablaba de un compromiso entre el príncipe Habel y la princesa de Olvasus. Ese matrimonio habría supuesto la unión de ambos reinos, una nación tan poderosa como para dominar el mundo entero. La muerte de Habel rompió ese acuerdo, pero pensábamos que quizá pudiera mantenerse si la princesa de Olvasus se casaba con el príncipe Kayne.

—Habel no está muerto.

En cuanto pronuncié esas palabras, sentí como la mano que Sirtha había estado paseando por mis partes íntimas apretaba con fuerza. Todos mis pensamientos se apagaron y fueron sustituidos por dolor. Apreté los dientes para ahogar el gemido que se había formado en mi garganta y me giré hacia mi compañera, tratando de entender por qué me estaba haciendo aquello, pero ella se mantenía firme y relajada, observando a los asistentes a la reunión con una dulce sonrisa en el rostro, como si nada estuviera sucediendo.

—¿Cómo que el príncipe Habel no está muerto? —preguntó el presidente del Consejo.

—No, no lo está —explicó Sirtha—. Padeció una dolencia que ralentizó su respiración y el ritmo de su corazón hasta niveles casi imperceptibles, lo que nos hizo temer que había fallecido, pero se ha recuperado por completo y pronto será coronado como rey de Anglya.

—¿Entonces por qué no sigue en pie el compromiso de boda entre ambos reinos? ¿Por qué vais a comenzar una guerra contra un país con el que estabais a punto de uniros?

—Como comprenderéis, no podemos comentar esos temas con una potencia extranjera, y menos sin saber si estamos hablando con un país amigo o con un potencial enemigo —respondió Sirtha sin perder la sonrisa—. Decidnos pues: Si estalla la guerra entre Anglya y Olvasus, ¿en qué bando podremos encontrar a Ereneus?

Los tres consejeros volvieron a mirarse entre sí. Parecían contrariados, pero yo estaba demasiado ocupado como para entender por qué. Mientras tanto, Sirtha continuaba apretándome los genitales con tanta fuerza que empezaba a temer que me los arrancaría de cuajo. Estaba a punto de abrir la boca para gritar pidiéndole que se detuviera, sin importarme ya la ruptura del protocolo o qué fueran a pensar en Ereneus de nosotros a partir de aquel momento, cuando el presidente del Consejo volvió a hablar: —La intención de nuestro país es mantenerse neutral en este conflicto, al igual que lo ha hecho en contiendas anteriores. —El hombre sonreía como si pretendiera hacernos pensar que con su cobardía nos estaba haciendo un gran favor—. Supongo que sabréis que estaremos encantados de ayudar a Anglya en cualquier cosa que necesite para esta guerra: armas, materias primas, caballos…

—Por supuesto. Todo ello a un precio razonable, ¿verdad? —preguntó Sirtha sarcástica—-. Al igual que vais a estar encantados de ayudar a Olvasus. Mientras nuestras dos naciones se desangran, las arcas de Ereneus se seguirán llenando.

—No somos nosotros quienes han decidido comenzar esta guerra —se disculpó Freanus encogiéndose de hombros.

Sirtha resopló ofendida, sacó su mano de mis pantalones y se levantó de su asiento. Estuve a punto de desmayarme del alivio, pero, en lugar de ello, me despedí de los representantes de Ereneus con una sonrisa avergonzada y salí en pos de ella. Pevin se quedó unos segundos para tratar de disculparse por aquella ruptura del protocolo. A pesar del dolor que seguía latiendo en mi entrepierna, conseguí correr y alcanzar a Sirtha en el pasillo.

—¿Se puede saber qué ha sido todo eso? —pregunté furioso—. Casi provocas un incidente internacional… Por no hablar de que has estado a punto de castrarme.

—No te pongas así. Ha sido por el bien de Anglya.

—¿En serio? Porque creo que dejar sin posibilidad de reproducirse a uno de los más directos representantes de su línea sucesoria podría considerarse un acto de alta traición.

—El hombre moreno que estaba presente en la reunión era un "desciframentes", un especialista en leer los pensamientos ajenos —explicó ella—. Tenía que hacer algo para que no pudiera ver en tu cabeza todo lo que pasó con Habel y Thaeba y para que no le transmitieras el estado en el que se encuentra tu hermano ahora.

—¿Y por qué no? Eso quizá les habría impulsado a apoyarnos.

—No, no lo habría hecho. —Sirtha suspiró antes de mirarme a los ojos. Vi el miedo en su mirada—. ¿Crees que alguien va a apoyar a un príncipe que ha estado muerto y que ha regresado del inframundo? ¿A alguien con el aspecto de tu hermano? Ni siquiera la gente de Anglya va a hacerlo si la verdad se empieza a saber. Además, yo sí he podido leer la mente del presidente del Consejo y no me ha gustado nada lo que he visto…

—¿El qué? —pregunté.

—Ereneus no va a mantenerse neutral en esta guerra. Van a esperar a que la balanza empiece a decantarse para ponerse del lado del bando vencedor. —Negó con la cabeza, apesadumbrada—. Si se enteran del estado de Habel, apoyarán a Olvasus.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Creo que lo mejor será considerar a Ereneus como enemigo. Es cuestión de tiempo que se unan a Olvasus en nuestra contra —respondió ella resignada—. Deberíamos salir ya hacia Eurys para reunirnos con el ejército que tu hermano iba a enviar allí para ti y prepararnos para la guerra.

Iba a asentir para darle la razón cuando noté como su cuerpo se envaraba. Se acercó a mí, hasta no dejar espacio entre nosotros. A pesar de que aún tenía la zona dolorida, noté que mi entrepierna volvía a despertarse ante su contacto y su dulce aroma. Miré por encima de su hombro para intentar comprender qué era lo que le había hecho reaccionar así y distinguí la menuda figura de Pevin acercándose. Sirtha posó sus labios en mi cuello, lo que provocó que un escalofrío recorriese de arriba abajo mi espina dorsal, y susurró muy cerca de mi oído.

—¿Qué sabes de ese hombre? ¿Confías en él?

—Bueno… Es el secretario asignado por mi madre. Supongo que es de su total confianza. ¿Por qué lo preguntas?

Sirtha giró la cabeza hacia él durante un segundo antes de volver a acercarse a mí para seguir hablando. Su voz, dura y fría, contrastaba con el calor que su presencia provocaba en mi interior.

—He intentado acceder a las mentes de todos en la reunión y no he podido entrar en la suya. Es como si me topara con un muro… —Dudó durante un par de segundos antes de seguir hablando—. No. No es un muro. Es algo peor… Es como encontrarse al borde de la nada. No sé lo qué es, pero ten cuidado con él.

Sin decir nada más, se apartó de mí, posó su mano en mi pecho y levantó la mirada hasta que nuestros ojos se cruzaron. La vi tan preocupada por mí que no tuve más remedio que asentir a su petición. Después se marchó. La seguí con la mirada y vi que se reunía con Hal y le tomaba de la mano. Juntos fueron a buscar sus monturas y a reunirse con el resto de nuestra comitiva.

—Alteza, ¿ha decidido ya cuál va a ser nuestro próximo paso?

La voz aguda de Pevin me sorprendió. Le contemplé durante unos segundos, sin saber qué decirle. Su figura pequeña y delgada, sus rasgos de ratón y su actitud servil y aduladora ya no me hacían gracia. Después de las palabras de Sirtha, su presencia me provocó un escalofrío que tuve que disimular.

—Prepáralo todo para partir de inmediato. Volvemos a Anglya.

Capítulo diecinueve Las hogueras adornaban la ladera de la colina, como un collar de rubís que engalanara el escote de una delicada dama. Me senté en la terraza de mi alcoba en el torreón de Eurys y contemplé el campamento. Miles de hombres preparaban la cena, se acostaban en sus tiendas o se disponían a montar guardia. Incliné mi cuerpo hacia delante y apoyé los codos sobre las rodillas mientras paseaba la mirada por las faldas de aquella colina. Dejé salir el aire lentamente, en un vano intento de expulsar la ansiedad que me oprimía los pulmones y apretaba con saña la boca de mi estómago. Toda aquella gente dependía de mí. Tan solo haría

falta una palabra mía para que se pusieran en movimiento y empezaran a arrasar las aldeas fronterizas de Olvasus, sin importarles cuántos de ellos perecerían en la contienda, cuántos no regresarían nunca a su patria. Solo una palabra. Solo una orden pronunciada por mis labios. Yo no quería dar esa orden, pero empezaba a quedarme sin excusas para seguir postergando mi decisión.

Escuché como la puerta de mi habitación se abría y volvía a cerrarse. Tardé unos segundos en girarme hacia la procedencia del sonido, temiendo que fueran Pevin o el capitán Pher para tratar de convencerme de que debíamos comenzar con la campaña de saqueo y destrucción que mi hermano había ordenado. Por suerte, cuando por fin miré hacia el interior del cuarto, me encontré con la pequeña figura de Hal, que me observaba con sus enormes y brillantes ojos azules. Sonreí y le señalé un taburete colocado frente a mí en la terraza para invitarle a tomar asiento. El niño lo hizo y, durante unos segundos, disfrutamos de estar en silencio, observando como el cielo se teñía de un azul cada vez más oscuro mientras aparecían las primeras estrellas.

—Llevas unos días muy triste. —El susurro de Hal rompió el silencio —. ¿Qué te pasa?

No supe qué contestarle. No había ninguna razón para sentirme mal. Estaba en aquella ciudad con una orden de mi hermano, el legítimo heredero al trono de Anglya, con la importante misión de comenzar

una guerra con el reino de Olvasus. Debería de sentirme orgulloso ante el hecho de que Habel confiara en mí para aquel gran cometido y ansioso por empezar a cobrar venganza por lo que el reino de Olvasus le había hecho a mi hermano, por su participación en la muerte del padre de Sirtha y Bryt, por sus continuos intentos de asesinarnos, por la cruel manera en la que Thaeba me había manipulado y convertido en cómplice de la muerte de mi propio hermano… Debería sentir todo eso y, desde un punto de vista racional, lo hacía. Todos aquellos argumentos giraban una y otra vez en el interior de mi cabeza, me convencían y enardecían hasta el punto de que en mi lengua parecía arder la orden de comenzar el ataque… Pero emocionalmente no estaba convencido. Algo en lo más profundo de mi alma me decía que dar aquella orden no estaría bien… Y lo postergaba y lo postergaba… Otro día más, otro día más…

Sabía que aquello debía tener un fin. Cuantos más días tardase en dar la orden de atacar, más tiempo le daba a Olvasus para proteger sus aldeas fronterizas… O para organizar a su propio ejército y masacrarnos. Si seguía así, acabaría siendo culpable de la muerte de miles de aguerridos compatriotas que tan solo esperaban una palabra mía para lanzarse exultantes a la batalla. Entonces, si estaba convencido de todo aquello, ¿por qué no podía hacerlo?

Lancé otro largo suspiro. Noté la pequeña mano de Hal en mi rodilla y levanté la cabeza para encontrarme con aquella mirada tan brillante y clara como las aguas de una laguna. El pequeño me sonrió y me di cuenta de que le faltaban las dos paletas superiores. No sabía mucho de niños, pero me parecía recordar que esos dientes caían antes de los ocho o nueve años que le habíamos supuesto. Aquella sonrisa valiente y desdentada me conmovió, al igual que lo hicieron sus palabras: —Yo estoy aquí contigo —dijo mientras asentía con tal fe y convicción que consiguió que hasta yo creyera en mí—. Decidas lo que decidas, estoy seguro de que será lo mejor para nosotros y para toda Anglya.

Revolví con la mano derecha los rizos rubios de su flequillo. Después me levanté de mi asiento y le tendí la mano. En cuanto el pequeño la tomó, me dirigí a la puerta de mi habitación. Debía actuar antes de que el miedo volviera a hacer presa en mí.

—¿Dónde vamos? —preguntó Hal una vez llegamos al pasillo.

—A buscar al capitán Pher —contesté con una voz tan firme que nadie habría imaginado las dudas que me invadían—. Tenemos que preparar un ataque. Salimos esta misma noche.

Al alba llegamos a la cima de la colina desde la que se divisaba la pequeña aldea. Tal y como nos habían avisado nuestros batidores, casi

no se merecía ni ese nombre. Se componía de una docena de chozas rodeadas por una empalizada de madera que daba más pena que protección. Miré hacia atrás, a las tropas que esperaban mi orden. Ni siquiera había hecho que todo mi ejército subiera a la colina. Me había limitado a llevarme a uno de cada diez hombres, dejando al resto en un valle cercano. Aquello no iba a ser una batalla, sino un entrenamiento. No. Me corregí a mí mismo de inmediato. Iba a ser una carnicería. Aquella gente no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir.

Escuché un carraspeo a mi lado y me giré. El capitán Pher esperaba mis órdenes. Se mantenía erguido y marcial sobre su semental negro, luciendo con orgullo su armadura dorada y la sobreveste con el símbolo de nuestro dios Tared sobre su pecho: un sol radiante rodeado de múltiples rayos. Aunque trataba de disimular, se notaba la inquietud en su mirada. Incluso parecía que se la había contagiado a su caballo, que piafaba y golpeaba el suelo con los cascos como si estuviera ensayando un complicado baile. Él trataba de refrenarlo, pero el animal estaba impaciente y dispuesto para la batalla, al igual que los quinientos soldados que nos acompañaban.

No tenía más remedio. Carraspeé yo también y pronuncié una sola palabra, que me dolió al pasar por la garganta como si cada sílaba estuviera impregnada en ácido: —Atacad.

El capitán sonrió, levantó una mano y señaló hacia delante. El sonido metálico de las trompetas rompió la calma de aquel amanecer hasta que fue engullido por los gritos entusiasmados de los soldados lanzándose a la batalla. No hacía falta ser sigiloso ni atacar por sorpresa. La gente de aquella aldea no tenía ninguna oportunidad.

El retumbar de los cascos de los caballos al golpear con fuerza sobre la tierra hizo retumbar la colina. Yo me quedé arriba, con Sirtha a un lado y Hal al otro. La miré, sorprendido de que no se uniera a la batalla y enarqué una ceja a modo de pregunta. Ella me esquivó la mirada y noté que se sonrojaba, inquieta y molesta ante la idea de tener que dar explicaciones.

—No puedo participar en este tipo de ataques —dijo al fin—. Es por la telepatía… Siento demasiado el miedo del enemigo, su dolor, sus ganas de huir… Incluso desde aquí me será difícil aguantar…

Me sorprendí al descubrir en ella los mismos sentimientos que llevaban torturando mi alma desde hacía días. Yo tampoco podía soportar la idea de asesinar a civiles inocentes. Me abrí a ella para que pudiese captar mis pensamientos, aunque con ellos se me escapó un reproche: si hubiera sabido que estaba de mi parte, quizá no habría dado nunca aquella orden. Noté el asombro en sus ojos. Un par de

segundos después, negó con la cabeza. No había nada que yo pudiera hacer para evitar aquello. Estaba cumpliendo órdenes directas de mi hermano. No tenía ningún poder de decisión sobre aquello.

Me giré hacia el otro lado y contemplé a Hal, erguido sobre la pequeña y dócil yegua que le habíamos asignado a pesar de sus protestas. Se había pasado todo el viaje suplicándome que le dejara tomar parte en la batalla y tan solo el hecho de que Sirtha y yo fuéramos a quedarnos en retaguardia le había convencido. A pesar de ello, miraba la carga de los soldados con un brillo de adoración y envidia en los ojos.

No costó nada derribar las endebles puertas de la empalizada. Los soldados entraron a caballo y, en unos segundos, el aire se pobló del sonido de terror de los habitantes del pueblo. A pesar de la distancia, pronto noté en mis fosas nasales el olor de la sangre fresca mezclado con el humo de los incendios.

—No quiero estar aquí —susurró de repente Hal con la voz entrecortada.

Le miré asombrado. No entendía qué le pasaba. Se había mostrado tan entusiasmado con la idea de participar en el ataque… ¿A qué venía aquella mirada de terror, el temblor en sus labios y sus manos y las lágrimas contenidas en sus ojos?

—Está recordando el ataque a su aldea, cuando fue capturado para ser vendido como esclavo —explicó Sirtha tras leerle el pensamiento.

La joven se bajó de un salto del caballo, corrió hacia Hal y le ayudó a descender. El niño se desplomó, incapaz de mantenerse sobre sus temblorosas piernas. Sirtha se arrodilló en el suelo junto a él, le envolvió en sus brazos y le acunó mientras acariciaba su pelo. Noté que a ella también le temblaban las manos. Debía de estar recibiendo tantas emociones dolorosas como para temer volverse loca.

Miré hacia el pueblo. Las llamas envolvían casi todas las chozas y un humo negro y espeso se elevaba. Noté el olor del pelo chamuscado y la carne humana quemada y tuve que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. No todos los habitantes del pueblo estaban muertos. Seguían escuchándose los gritos de varias mujeres, que corrían despavoridas tratando de escapar de los soldados. No eran simples víctimas. Eran un botín de guerra y mis hombres se divertirían con ellas. Quizá murieran durante las violaciones. Si no lo hacían, después de soportar aquel horror, era muy probable que los soldados las mataran cuando se aburrieran.

Escuché otro sonido que me heló el alma. Era un llanto infantil y rasgaba el aire para llegar a mis oídos alto y claro. No sé por qué

pude imaginar a quién lo estaba emitiendo. Una niña pequeña, de no más de dos o tres años, con el cabello oscuro y rizado cayéndole sobre el rostro. En mi imaginación estaba inclinada sobre el cuerpo de su madre y, mientras lloraba, la iba llamando una y otra vez para que se despertara. Pero no iba a hacerlo. Nunca más. La niña no podía comprenderlo, pero sentía la mordedura del miedo en su estómago, sentía que algo no iba bien, que su vida acababa de cambiar a peor para siempre… Los monstruos habían escapado de los cuentos y las pesadillas, se habían hecho reales y habían invadido su pueblo… Y le habían hecho algo muy malo a su madre, porque no despertaba y estaba cubierta de sangre. Lloró aún más fuerte, pero los soldados siguieron ignorándola. De momento, no suponía ningún peligro, pero la matarían sin piedad antes de abandonar la aldea.

No pude soportarlo más. Me incliné hacia un lado y vomité sin descender del caballo. Cuando vacié por completo mi estómago, cerré los ojos, apreté con fuerza los puños y la mandíbula y busqué en mi interior las fuerzas necesarias para hacer lo que sabía que tenía que hacer.

Me dirigí hacia uno de los mandos que me acompañaban y transmití una sola orden: —Tocad retirada.

—Disculpe, alteza… Estamos ganando —rebatió el soldado.

—Me da igual. Tocad retirada de inmediato. —Espoleé mi caballo para ponerlo en movimiento y no tener que dar más explicaciones—. Regresamos a Eurys.

Volví junto a mis compañeros y me quedé contemplando como Sirtha acunaba a Hal entre sus brazos, susurrándole palabras de consuelo, mientras por su rostro descendían sin control gruesas lágrimas. A mí no me hacía falta leer el pensamiento para que aquello me doliera. El aroma a humo y sangre que traía el viento y los llantos y gritos de los que continuaban vivos eran suficiente estímulo para querer huir de allí sin mirar atrás, para tratar de olvidar aquella escena e impedir que poblase mis pesadillas todas las noches de mi vida desde aquel día.

Sabía que no debería sentirme así. La preparación para la guerra y la muerte deberían haber sido parte fundamental de mi formación como príncipe. Tendría que haberme convertido en un aguerrido guerrero para el que matar por su patria fuera un motivo de orgullo. Pero yo nunca había hecho caso a mis profesores ni a sus clases. Todo aquello me parecía muy lejano a mis valores, demasiado inhumano y monstruoso. Mientras las trompetas sonaban, cubriendo los gritos de los supervivientes, pensé que, una vez más, le había fallado al reino de Anglya. Había desobedecido las órdenes directas de

Habel y pensaba seguir haciéndolo. Aquella había sido la primera y la última de las incursiones de nuestro ejército en Olvasus bajo mi mando. No iba a continuar con aquella misión, aunque aquello supusiera defraudar de nuevo a mi madre y a mi hermano. Ningún otro inocente moriría por una orden pronunciada por mis labios.

Los primeros soldados regresaron a la cima de la colina. Al pasar por mi lado, envolviéndome con el polvo amarillento que levantaban los cascos de sus monturas, todos ellos me lanzaron miradas de desconcierto, pero ninguno se atrevió a decirme nada. Yo me limité a erguirme aún más sobre mi caballo y clavar la mirada en un punto indefinido del horizonte. Era curioso. Acababa de dar una orden de retirada y me sentía más valiente y más orgulloso de mí mismo que nunca antes en mi vida.

Capítulo veinte Nunca pensé que un ejército de miles de hombres pudiera realizar todo un viaje de regreso en completo silencio. Se escuchaban los cascos de los caballos y algunos carraspeos o susurros de los soldados, pero no había gritos, ni cantos, ni conversaciones… Era como si todos estuvieran ensimismados, sin entender qué había pasado, por qué habíamos abandonado el campo de batalla y nos habíamos marchado como si hubiéramos sido derrotados.

Cuando les dejé en el campamento a las afueras de Eurys y me dirigí a la ciudad, acompañado tan solo por Hal, Sirtha, Pevin y una pequeña guardia personal de seis hombres, pude respirar tranquilo. Me había pasado horas sintiendo el peso de miles de miradas interrogadoras sobre mí. Entré en el patio de armas, bajé de mi montura y me dirigí al torreón a paso rápido. Solo quería estar a solas en mi alcoba y pensar sobre lo que había hecho y sobre cuáles serían mis siguientes pasos. Me sentía confuso y perdido y necesitaba reflexionar.

Por desgracia, y como ya era costumbre, los cinco dioses se confabularon para no concederme mis deseos. Antes de que pudiera poner un pie en el torreón, uno de los criados del lugar se acercó a nosotros y, tras hacer una torpe reverencia, comenzó a hablar: — Alteza, tiene visita.

Resoplé hastiado. Me daba igual quién hubiera venido a verme. No

pensaba concederle una audiencia a nadie. Me dolía mucho la cabeza y me sentía tan agobiado y nervioso que el hecho de tener personas alrededor me molestaba como si me produjeran urticaria. Necesitaba estar solo durante unas horas antes de estar preparado para enfrentarme a otros seres humanos.

—Tendrá que esperar. Estoy muy cansado y necesito dormir.

Traté de esquivar al sirviente por la derecha para internarme en el pasillo, pero, con un ágil paso, volvió a interponerse en mi camino. Le dirigí una mirada airada, incapaz de creer tamaña impertinencia. El hombre enrojeció, pero no se apartó de mi camino.

—Lo siento, alteza, pero tiene que atender esta visita. —El criado carraspeó antes de continuar—. Se trata de su madre y me ha encomendado la misión de llevarle a su presencia cueste lo que cueste.

Comprendí el aprieto de aquel hombre en cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras. Nadie podía enfrentarse a mi madre, con su fría mirada y su autoritaria presencia, y confesarle que le había fallado. Yo llevaba toda la vida sufriendo aquello. A pesar de sentirme aún más agotado ante la perspectiva de tener que enfrentarme a ella, asentí. El hombre me dirigió una tímida sonrisa que interpreté como una disculpa y se dispuso a guiarme hacia la habitación en la que se hospedaba mi madre. Contemplé con envidia como Hay y Sirtha se dirigían a sus respectivos cuartos, suspiré resignado y comencé a andar. Escuché unos pasos a mi espalda y, al girarme, vi que Pevin nos seguía a pesar de que nadie le había invitado. Estuve a punto de decirle que no necesitaba sus servicios, pero me lo pensé mejor. Cualquier persona que pudiera suponer un posible objetivo para la ira o los desprecios de mi madre era bienvenido.

El criado nos guió hasta el segundo piso del torreón y nos dejó frente a una puerta cerrada. Cuando se hubo marchado, inspiré profundamente para tratar de reunir algo de coraje. Pevin me dirigió una de sus serviles sonrisas para infundirme algo de ánimo. Llamé a la puerta con dos golpes que esperaba que sonaran resueltos y decididos.

La puerta se abrió. Yo había esperado que me recibiera alguna de sus doncellas, pero fue mi propia madre la que apareció en el umbral. Nada más verme, se lanzó a mis brazos, me apretó con fuerza y sollozó contra mi pecho. Me quedé paralizado durante unos segundos, preguntándome qué extraño sortilegio había conseguido despertar sentimientos dentro de su gélido pecho. Antes de que pudiera reaccionar, lo hizo ella. Dejó de llorar, se limpió las lágrimas del rostro con dos rápidos movimientos y tiró de mí para que entrara en la habitación. Pevin trató de seguirme, pero una simple mirada de mi madre le advirtió de que sería una pésima idea. Musitó una disculpa y

se quedó quieto en el pasillo, con las manos cruzadas delante del regazo y la cabeza baja, como un niño que hubiera sido castigado. Una vez cerrada la puerta, mi madre tomó asiento al lado de la ventana y me señaló una butaca cercana para que hiciera lo mismo. Volvía a ser la de siempre: elegante, altiva, distante… Llegué a plantearme que debía de haber imaginado su recibimiento.

—Me alegra ver que has vuelto sano y salvo —me dijo a modo de saludo.

—Sí, bueno… No he estado en peligro en ningún momento. Ya sabes que los nobles solemos mantenernos en segunda línea y, además, el objetivo no suponía ningún riesgo…

—Sí, me han llegado noticias de todo eso —me cortó ella—. Y también he escuchado que ordenasteis la retirada del ejército a pesar de estar ganando…

No supe qué decirle. Ella me observaba con mirada escrutadora y una ceja arqueada, esperando mis explicaciones, pero yo no tenía ningún argumento lógico para explicar mi comportamiento. Había ordenado que nos marcháramos porque había sentido que aquello era lo que debía hacer, pero era difícil explicar ese sentimiento a cualquier otra persona. Y era mucho más difícil tener que explicárselo a mi madre, alguien que nunca me había comprendido y para la que yo siempre había sido una infinita fuente de decepciones.

—¿Para qué has venido, madre? —pregunté con tono hastiado.

Ella abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla de inmediato. Noté que su labio inferior temblaba y que en sus ojos brillaban unas lágrimas contenidas. Me asusté. Durante unos segundos, dejó de ser la altiva reina que yo conocía para convertirse en una mujer de carne y hueso, con miedos y sentimientos. Me levanté de mi asiento, me puse en cuclillas frente a ella y tomé entre las mías sus manos temblorosas.

—Puedes confiar en mí —susurré.

—Es por tu hermano —consiguió pronunciar ella.

—¿Qué le ha pasado a Habel? —pregunté asustado.

—No es él. Sé que no es él. —A pesar de que luchaba por mantener la compostura, una gruesa lágrima desbordó sus ojos y rodó con lentitud por su mejilla—. Ya te lo dije antes de que partieras. Eso que ha regresado de la muerte no es mi hijo.

Suspiré apenado, apreté sus manos con cariño y la miré a los ojos mientras negaba con la cabeza.

—Sé que es difícil aceptar el cambio que ha sufrido Habel, que su apariencia ya no es la misma, pero es él, madre. Debemos estar

contentos por su vuelta y ayudarle a…

—¡No! —gritó ella—. ¡Eso no es mi hijo! No es por su apariencia. Eso me daría igual. Lo que regresó de la tumba es un monstruo.

—¿Por qué dices eso?

—Es cruel, es despiadado… Es un tirano sin sentimientos. —Su voz se quebró en sollozos y tuvo que respirar profundamente un par de veces antes de poder hablar de nuevo—. No permite que nadie discuta sus órdenes, ni tan siquiera que le aconsejen… Cualquier persona que se atreva a contradecirle pasa a ser considerado un traidor…

—Tienes que comprender que ha pasado por una experiencia traumática y que ahora mismo se encuentra un poco irascible… —dije para defender a mi hermano.

—No es irascible. Es un tirano, un monstruo.

Mi madre se soltó de mi agarre y utilizó sus manos para cubrirse el rostro y llorar desconsolada. Mentiría si dijera que no me asusté al verla tan fuera de sí. Traté de agarrar de nuevo sus manos para que descubriera su cara, pero ella negó con la cabeza y lloró aún con más fuerza.

—No lo entiendes, Kayne. No lo ves porque quieres seguir creyendo que Habel está dentro de ese cuerpo, que el hermano que conocías sigue ahí. —Me miró por fin mientras las lágrimas seguían manando de sus ojos—. Las mazmorras del castillo están repletas, hay ejecuciones todos los días. Ha convertido nuestra ciudad en un infierno. Tienes que pararle.

Me quedé sin habla, incluso sin aliento. Lo que me estaba diciendo no podía ser verdad… Pero, además de ser mi madre, razón suficiente para confiar en ella, era la madre de Habel y siempre le había adorado. No tenía ninguna razón para contarme aquellas cosas si no eran verdad. Aquellos argumentos hicieron que mi cerebro colapsara. Habel era un monstruo por mi culpa y yo era el encargado de detenerlo… Pero no sabía cómo.

La puerta de la habitación se abrió de repente. Me giré hacia allí, furioso por la interrupción y dispuesto a echar de malos modos a quien fuera que se hubiera atrevido a molestarnos, pero me encontré con Sirtha. Tenía las mejillas enrojecidas y estaba inclinada hacia delante con las manos apoyadas en los muslos, tratando de recuperar el resuello. Consiguió tomar una bocanada de aire y hablar: —Kayne, te necesitamos —anunció con la voz entrecortada—. Olvasus nos está atacando.

Lo primero que deseé tras escuchar aquellas palabras fue meterme en la cama, taparme la cabeza con las sábanas y dormir unas horas con la esperanza de que, cuando volviera a despertarme, todo aquello no fuera más que una pesadilla: que mi madre hubiera desaparecido, que Sirtha hubiera desaparecido y, lo más importante, que ese ejército que estaba a punto de atacarnos hubiera desaparecido. Me sentía agotado, tanto a nivel físico como emocional. Sin darme tiempo a seguir compadeciéndome de mí mismo, salí tras Sirtha y la seguí escaleras arriba hacia lo más alto del torreón.

A pesar de la urgencia, cuando llegué a su altura, ella se detuvo, me agarró del brazo y miró hacia atrás. Unos escalones más abajo, Pevin se afanaba por alcanzarnos. Sirtha frunció el ceño y se acercó a mi oído para susurrarme: —Le he descubierto en el pasillo, con la oreja pegada a la puerta de los aposentos de tu madre. —Bajó aún más el tono al ver que mi sirviente se acercaba—. No me gusta, Kayne. Espero que no estuvierais hablando de nada importante.

Sirtha me soltó y volvió a ponerse en movimiento. Yo me quedé un par de segundos paralizado, sin comprender. Se suponía que Pevin había sido enviado por mi madre para ayudarme en todo lo que necesitara. ¿Qué razón podía tener para espiarnos? Quizá tan solo era un chismoso sin remedio, pero en mi interior sentí que debería averiguarlo… Cuando tuviera un rato libre en el que nuestra posición no estuviera siendo atacada por un ejército enemigo, por supuesto… Antes de que el hombrecillo pudiera alcanzarme, volví a ponerme en marcha y conseguí llegar hasta Sirtha.

Tras subir por unos escalones cada vez más estrechos y empinados, salimos a cielo abierto y corrimos hacia el lugar desde el que el capitán Pher escrutaba el horizonte. Me coloqué a su lado. Sin girarse siquiera hacia mí, él extendió su brazo hacia una colina lejana. No tuve que esforzarme mucho para distinguir los puntos negros que se movían de forma marcial y ordenada, avanzando hacia nosotros como un ejército de hormigas guerreras.

—Nuestros vigías dicen que son entre siete mil y diez mil hombres. Caballería, infantería, arqueros… No traen máquinas de asedio. Supongo que se pusieron en marcha tras nuestro ataque a la aldea fronteriza de Olvasus y habrán forzado la marcha para llegar cuanto antes. —El capitán se giró hacia mí para seguir hablando. No se me escapó el matiz de reproche de su voz—. Supongo que el hecho de que nos retiráramos les ha hecho pensar que somos débiles y que será fácil vencernos.

—Eso es una buena noticia —contesté yo con voz firme—. En lugar de masacrar a un puñado de inocentes en una aldea perdida, tenemos en

nuestra mano la posibilidad de acabar con un ejército enemigo de más de siete mil hombres.

Le miré a los ojos y le dirigí una sonrisa confiada, con la intención de hacerle pensar que aquel escenario era exactamente lo que yo había buscado cuando había dado la orden a nuestro ejército de que se retirara de la batalla y regresara a Eurys.

—No creo que podamos vencerles —me contradijo Pher—. Nos doblan en número. Lo único que podemos hacer es protegernos tras las murallas y esperar a que lleguen refuerzos de la capital. Deberíamos enviar mensajeros a Antius para que avisen a vuestro hermano lo antes posible.

—¿Cuánto tardarían?

—Nuestros mensajeros pueden estar allí en seis o siete días, pero mover un ejército desde la capital llevará tiempo. No creo que podamos recibir ayuda antes de un mes —dijo mientras escrutaba el horizonte con el ceño fruncido, como si esperase que la furia que brillaba en su mirada fuera suficiente para detener aquel ejército. —Es demasiado tiempo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendido del pesimismo que impregnaba sus palabras—. ¿Acaso no tenemos víveres y agua suficiente como para que la gente del castillo, nuestro ejército y los habitantes de Eurys sobrevivamos un mes? Podemos racionar los víveres…

—No, no, no… —El capitán agitó la cabeza mientras cruzaba las manos frente a sí para hacer que dejara de hablar—. No está entendiendo nada. Todo eso son estupideces…

Le miré con gesto confuso, incapaz de creer que se estuviera dirigiendo a mí con tan poco respeto. Sirtha, que se había mantenido hasta el momento en un discreto segundo plano, se interpuso entre los dos y miró al capitán a los ojos en busca de respuestas.

—¿Cómo que eso son estupideces? ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Pher negó con la cabeza un par de veces más antes de mirarnos y resoplar. Parecía un maestro enojado por tener que explicar algo demasiado obvio a un par de alumnos especialmente lentos.

—No hay víveres ni espacio para mantener a todo nuestro ejército y a la población de fuera de las murallas durante todo un mes. Ni siquiera es posible hacerlo durante una semana. La gente de la ciudad se queda fuera…

—Pero los masacrarán —protesté yo.

—Eso es lo que sucede en las guerras. —El capitán hizo un gesto

brusco con ambas manos para dar aquel tema por zanjado, como si la muerte de varios miles de personas no mereciese más discusión—. Nuestro mayor problema es que, mientras esperamos a que lleguen los refuerzos, lo que llegará seguro serán las máquinas de asedio de Olvasus. Si tenemos que enfrentarnos a un ejército que nos dobla en número, armado con arietes y catapultas, la ciudad caerá.

Negué con la cabeza, di un par de pasos hacia delante y apoyé las manos en las almenas para contemplar aquel ejército que se acercaba de forma inexorable. Seguía siendo solo una mancha negra, pero cubría las colinas y parecía inmensa, infinita. Casi no había escuchado las últimas palabras del capitán Pher. En mi mente seguía resonando aquella condena a muerte de los habitantes de la ciudad. Nosotros, los nobles y guerreros que deberíamos defenderles, íbamos a escondernos tras las murallas mientras ellos eran exterminados, íbamos a utilizar a hombres desarmados, mujeres y niños como escudos humanos, íbamos a contemplar su asesinato desde lo alto de aquellas torres… No podía consentir aquello. Empecé a andar por el torreón, mirando hacia todos lados mientras rogaba a los cinco dioses para que me iluminaran.

—Esta ciudad está situada en un paso fronterizo, ¿verdad? —Me detuve y me giré hacia el capitán Pher.

—Sí, las colinas que la rodean forman una especie de embudo. La ciudad se construyó para proteger la frontera con Olvasus…

—Pues eso es lo que vamos a hacer. —Al ver que el capitán me miraba sin comprender, extendí los brazos a los lados y le dirigí una sonrisa —. Vamos a defender la frontera aprovechando que todo el ejército de Olvasus no puede atacarnos al mismo tiempo. Mientras tanto, los habitantes de Eurys escaparan hacia la ciudad más cercana…

Me detuve y enarqué una ceja, esperando que completase mi frase.

—Valoria es una ciudad grande. Podrían refugiarse allí —intervino Sirtha—. Además, es nuestro puerto más importante. La gente podría embarcar desde allí hacia otras aldeas de la costa.

—Pero yo contaba con el tiempo que iba a tardar el ejército de Olvasus en arrasar la ciudad para organizar nuestras defensas aquí. Si entran en el pueblo y no encuentran resistencia, se plantarán ante nuestras murallas en cuestión de un par de horas…

Tuve que apretar con fuerza los puños para no estamparlos en la cara de aquel hombre. No podía creerme que el capitán de nuestro ejército fuera tan poco honorable como para estar pensando que el exterminio de varios miles de indefensos campesinos y comerciantes le favorecería en sus planes de defensa.

—Tendrás que organizarlas más rápido. Te ordeno que prepares las

tropas para defender el paso durante todo el tiempo que sea posible. Necesitaremos al menos una semana para que esta gente llegue a Valoria y se ponga a salvo. Es tu deber conseguirnos ese tiempo.

El capitán negó con la cabeza. No hizo falta que me dijera nada para que me diera cuenta de que consideraba que mis órdenes eran un error. Después de un par de segundos, se cuadró frente a mí con la mandíbula apretada y me dirigió un marcial saludo.

—A sus órdenes, alteza.

Vi que iba a marcharse sin perder un segundo, pero le detuve con un gesto. No pudo evitar que una mirada de hastío cruzara por sus ojos.

—Ordena que las campanas de la ciudad empiecen a tocar para dar la voz de alarma. Y que algunos de tus hombres recorran las calles avisando a todos de que cojan lo imprescindible y abandonen sus casas rumbo a Valoria. Quiero la ciudad vacía en menos de una hora.

El capitán volvió a asentir y, sin decir nada más, se marchó del torreón para cumplir mis órdenes. Me acerqué de nuevo al borde de la torre para apoyarme en las almenas a contemplar el inexorable avance del ejército enemigo. Si forzaba la mirada, ya era posible distinguir las llamas rojas sobre fondo negro de sus estandartes de guerra. Noté la mano de Sirtha en mi espalda y su cabeza apoyada contra uno de mis brazos. Me giré hacia ella y me sorprendió encontrarme con una sonrisa de orgullo en su rostro.

—No sé si esto saldrá bien, pero es lo que debías hacer.

Tomé aire con fuerza y asentí, pero no contesté nada. Me limité a quedarme muy quieto mientras las campanas de la ciudad rompían el silencio de la tarde.

Capítulo veintiuno Desde lo alto de las murallas contemple cómo, en cuestión de minutos, el pánico se extendía por toda la ciudad. Varios emisarios salieron a caballo del torreón para recorrer las calles al galope, instando a la gente a dejar atrás todas sus posesiones y ponerse en camino lo antes posible para evitar ser masacrados por el enorme ejército enemigo que se acercaba a la ciudad de forma inexorable con la intención de arrasarla y acabar con todos.

En un par de minutos, me entraron ganas de bajar del torreón y matar a los habitantes de Eurys con mis propias manos. ¿Tan difícil era entender que debían coger solo lo imprescindible y salir de la ciudad cuanto antes? Las calles se llenaron de carros de bueyes cargados hasta arriba con baúles y colchones, de rebaños de ovejas y cabras, de caballos y burros que llevaban tanto peso encima que resultaba increíble que se mantuvieran en pie… Pronto las calles se atascaron, la gente empezó a pelear por ser el primero en pasar, el aire se llenó de gritos e insultos… Resoplé desesperado y negué con la cabeza. La idea era que, cuando el ejército de Olvasus llegara a la ciudad, aquella gente ya estuviera lejos, escondida en los brumosos bosques que se divisaban más adelante. La realidad era que, para cuando los

enemigos llegaran a masacrarlos, seguirían peleándose para dilucidar quién tenía que cederle el paso a quién… si no se habían matado antes entre ellos.

Teníamos que conseguirle más tiempo a aquella gente como fuera, incluso aunque no se lo mereciesen. Iba a bajar del torreón para ir en busca del capitán Pher cuando le vi aparecer acompañado por mi madre, un par de doncellas y un hombre anciano de larga barba blanca y mirada inquieta e inteligente que me resultaba ligeramente familiar. Me abalancé hacia el capitán y le señalé la dantesca imagen que se desarrollaba en las calles: —Tiene que hacer algo para arreglar esto. Esa gente debe abandonar Eurys cuanto antes.

—¿Y qué es lo que pretende que haga? Ya he dado orden de evacuar la ciudad, tal y como pidió.

—Hay que hacer que se pongan en marcha y abandonen sus cosas. —Dudé durante unos segundos, buscando alguna idea—. Prométales que se les compensarán sus pérdidas cuando acabe la guerra y puedan regresar.

—Esa gente no quiere promesas. Están abandonando sus hogares sin estar seguros de si habrá una casa a la que regresar algún día… —intervino el anciano que acompañaba a mi madre.

—Pero esos objetos no van a servirles de nada en su viaje —protesté —. Solo serán un incordio. Lo más probable es que tengan que abandonarlos al borde del camino en un par de días.

—Los objetos no son importantes en sí mismos —rebatió el anciano—. Son recuerdos, aportan seguridad… Es la forma que tienen de agarrarse a lo único que conocen, de no sentirse tan vacíos y perdidos…

—Pero van a conseguir que los maten por ello. Hay que convencerles.

—No hay argumento en el mundo que pueda convencer a esta gente. —El anciano se apiadó de mí al ver mi mirada desesperada y, tras apoyar su arrugada mano en mi hombro, me devolvió una sonrisa—. Estamos luchando contra emociones y solo una emoción más potente que el dolor de la pérdida les hará reaccionar.

—¿Y qué emoción es esa? —pregunté.

—La más poderosa de todas —contestó antes de avanzar hasta las almenas y colocarse con los brazos en cruz, como si pretendiera dominar la ciudad con su imponente presencia—: el miedo.

Me acerqué para ver qué estaba haciendo y descubrí que había cerrado los ojos y se mantenía tan inmóvil como si se hubiera quedado dormido, pero se podía percibir que, justo bajo su piel, una corriente

de poder invisible crecía y crecía por segundos. Me fijé en la mano con la que sostenía su báculo. Agarraba con tanta fuerza aquel pedazo de madera envejecida que sus nudillos se habían puesto blancos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero podía sentir que el poder se concentraba a su alrededor como una fuerza invisible que erizaba nuestros cabellos y nos ponía la piel de gallina.

Cuando el hombre abrió de nuevo los ojos, me retiré de su lado con tanta urgencia que estuve a punto de trastabillar y caer al suelo. Aquella ya no era la mirada de un humano. Sus ojos brillaban como si dentro de las órbitas tuviera brasas al rojo vivo. El hombre elevó los brazos a lo alto y, en aquel momento, una sombra cubrió el cielo y nos dejó por unos segundos sumidos en las tinieblas. En aquella ocasión sí que caí de rodillas. Me quedé paralizado, sin tratar siquiera de levantarme, mientras contemplaba como la imponente silueta de un dragón de piel rojiza sobrevolaba el torreón para dirigirse, recto como una flecha, hacia las calles de Eurys.

Los chillidos de histeria de los habitantes de la ciudad consiguieron sacarme de mi estupor. Me incorporé y me asomé entre dos almenas para observar lo que estaba sucediendo. El dragón sobrevolaba Eurys mientras los aldeanos gritaban aterrados. Temí que, en cualquier momento, la bestia abriera sus fauces y convirtiera las calles en un infierno o que hiciera un picado para capturar a alguna víctima con sus afilados colmillos, pero aquel monstruo se limitó a sobrevolar la ciudad una y otra vez, sin hacer nada más que lanzar aterradores rugidos capaces de helar la sangre del más valiente de los guerreros. Me giré hacia el anciano mago y le contemplé, tratando de entender qué estaba sucediendo. El hombre continuaba con los brazos en alto, moviéndolos de un lado a otro para acompañar los movimientos de la criatura. Aquella manera de moverse me resultaba familiar, pero tardé unos segundos en ubicar el recuerdo. Había visto algo similar cuando las compañías de titiriteros visitaban nuestro castillo para ofrecernos sus espectáculos de marionetas. Siempre me había maravillado el modo en el que aquella gente manejaba las cuerdas que sujetaban a sus muñecos, haciendo que pareciese que estaban vivos.

Frente a mí tenía algo parecido. El anciano movía sus manos y el dragón imitaba sus movimientos. Si el mago deslizaba sus manos hacia la derecha, el dragón volaba hacia la derecha. Si las deslizaba hacia la izquierda, se movía hacia la izquierda. Si las mantenía quietas, aquella enorme bestia se quedaba suspendida en el aire, provocando un vendaval con cada batida de sus enormes alas. Continué contemplando sus movimientos, tan sorprendido y maravillado como un niño, hasta que comprendí qué era lo que aquel hombre estaba haciendo. El dragón estaba dirigiendo a la gente hacia

la salida de la ciudad y haciendo que se internaran en el bosque cercano. Si alguien se empeñaba en avanzar llevando todas sus cosas o se equivocaba y se internaba por calles que le alejaban de la salida, la bestia se lanzaba a por él y lo aterrorizaba hasta hacerle avanzar en la dirección correcta, con la misma precisión con la que un perro pastor conduciría a un rebaño de ovejas. Cuando las calles de Eurys quedaron desiertas, el mago bajó las manos y el dragón se desvaneció en el aire.

—¿Por qué lo has hecho desaparecer? —pregunté confuso—. Podríamos haber hecho que atacase a las tropas de Olvasus.

—Tan solo era una ilusión —contestó el mago—. Estoy seguro de que en ese ejército hay magos poderosos que lo habrían hecho desaparecer con un chasquido de dedos. Prefiero reservar mi energía para labores más útiles.

Me limité a asentir y, seguido por el anciano, regresé junto al grupo formado por mi madre, Sirtha y el capitán Pher. Me di cuenta de que Hal también había subido a la torre para unirse a nosotros. A pesar de que trataba de mantenerse firme y no mostrar su miedo, se aferraba con fuerza a la mano de Sirtha. Me quedé un par de segundos parado, contemplando al grupo. Quería demasiado a aquella gente como para ponerla en riesgo. Tenía que solucionar eso.

—¿Dónde está Pevin? —les pregunté extrañado de no ver por allí al hombrecillo. Normalmente, me era imposible quitármelo de encima, pero, desde que habíamos regresado a Eurys, casi no le había visto.

—¿Quién es Pevin? —preguntó mi madre.

—El asistente personal que me asignaste la última vez que estuve en casa —respondí sin sorprenderme de que mi madre no recordara los nombres de los sirvientes.

—Yo no te he asignado ningún asistente personal —contestó ella confusa.

—Eso no puede ser… Tienes que acordarte: Es un hombre pequeño y delgaducho, con el pelo rojo y despeinado y cara de ratón.

Mi madre negó con la cabeza. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar, pero estuve seguro de que no se trataba de ningún despiste. Mi madre llevaba años llevando todos los asuntos domésticos de palacio sin olvidar nunca ni el más mínimo detalle. Si ella decía que no me había asignado ningún asistente personal, era que no lo había hecho.

—Capitán Pher, ¿podría ordenar que alguno de sus soldados vaya a buscar a mi asistente y que lo traiga aquí de inmediato?

El capitán me miró con gesto enfadado, como si quisiera expresar que

teníamos cosas mucho más importantes de las que ocuparnos, como defender la ciudad frente a las hordas enemigas. Sin embargo, asintió y transmitió mi orden a un par de soldados cercanos, que partieron de inmediato. Mientras esperábamos, me di cuenta de que las dos doncellas de mi madre cuchicheaban y que una de ellas, sonrojada hasta la raíz del pelo, me miraba como si quisiera decirme algo mientras la otra la animaba con codazos y leves empujones.

—¿Qué sucede? —pregunté dirigiéndome a la que parecía que no se atrevía a hablarme—. ¿Hay algo que quieras contarnos?

La muchacha avanzó un par de pasos, se colocó frente a nosotros e hizo una reverencia antes de comenzar a hablar.

—Disculpad, majestad, pero conozco a alguien que se corresponde con la descripción que le habéis dado a vuestra madre. —La chica se atrevió a alzar la mirada antes de seguir hablando—. Creo que es mi primo. Trabajaba en los establos de palacio como mozo de cuadras y desapareció tras vuestra última visita a la ciudad.

—¿Un mozo de cuadras? —Negué con la cabeza—. No, no puede ser la misma persona. El Pevin del que estoy hablando es un hombre culto y con mucha experiencia diplomática. De hecho, fue él quien negoció los acuerdos con los jefes de las Tierras del Norte por los que Bryt fue elegido líder.

—Ruego que me perdone entonces, alteza. No pueden ser la misma persona. Mi primo se dio un golpe en la cabeza de pequeño y no es muy listo. Además, nunca ha ido a la escuela, así que ni siquiera sabe leer ni escribir. Supongo que es casualidad que coincidan el nombre y la descripción física. —En aquel momento, los dos soldados regresaron, agarrando cada uno un brazo de Pevin y llevándolo casi en volandas. Los ojos de la joven se agrandaron por el asombro—. Pues no es una casualidad. Es mi primo.

Los soldados dejaron a Pevin delante de nosotros. El hombre se quedó quieto, frotándose las manos con nerviosismo y con la cabeza baja, como si no quisiera enfrentarse a nuestra mirada.

—Mírame a los ojos —ordené—. Mi madre niega haberte asignado a mi servicio y esta doncella dice conocerte. Se supone que solo eres un mozo de cuadra con nula educación y pocas luces, pero no es eso lo que me has demostrado durante este tiempo. ¿Quién eres, quién te ha enviado y para qué?

Pevin no obedeció. Permaneció con la cabeza baja, mientras los hombros le temblaban. Pensé que estaba llorando, avergonzado por haber sido descubierto, hasta que empecé a escuchar su risa, una risa que empezó siendo queda para ir subiendo en volumen e intensidad

hasta convertirse en una carcajada desquiciada. Por fin levantó la cabeza y pude ver sus ojos. Me estremecí. No era una mirada humana. Eran dos enormes globos negros que parecían albergar toda la oscuridad del mundo.

El anciano mago que había invocado al dragón se colocó de un salto delante de Pevin, interponiendo su cuerpo como si quisiera protegernos. Había olvidado que seguía allí, así que me asusté y retrocedí un paso.

—¡No os acerquéis! —dijo abriendo los brazos como si quisiera impedir que Pevin avanzara hacia nosotros—. Este hombre está poseído por una presencia maligna. Noto una magia muy poderosa.

Pevin volvió a reírse y negó con la cabeza. Miró por encima del hombro del mago para clavar sus pupilas negras en mí. Me habría gustado desenvainar mi espada y defenderme, pero, sin saber por qué, me sentí tan intimidado por el odio que desprendían aquellos ojos que no pude mover un solo músculo.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? —preguntó mi madre con voz aterrada.

—No le habléis, señora. Yo le sacaré la información que necesitamos. —El mago agarró con fuerza su báculo y avanzó hacia Pevin con paso firme—. Por el poder que el dios Tared me ha conferido, te ordeno que te identifiques, criatura del averno.

Pevin no pareció sentirse demasiado impresionado por aquellas palabras. Tras soltar una risita malévola, giró sobre sus pies y salió corriendo hacia las almenas. El movimiento fue tan rápido e inesperado que no supimos reaccionar. Para cuando nos recuperamos de la sorpresa, Pevin ya se había arrojado desde lo alto de la torre. Solo pudimos asomarnos para contemplar incrédulos su cadáver destrozado muchos metros más abajo.

Escuché un grito a un par de pasos y me giré para ver como la joven doncella que había afirmado ser su prima palidecía y caía desmayada en los brazos de su compañera. Mi madre y Sirtha corrieron en su ayuda. Aproveché para sugerirles que bajasen del torreón y se aseguraran de que la joven se recuperaba. Antes de que pudiera marcharse con los demás, agarré al anciano mago por el brazo y lo retuve junto a mí: —¿Qué era eso? —pregunté en un susurro—. ¿Has visto sus ojos?

—No sé lo que era con seguridad. Había oído hablar de ese tipo de magia, pero nunca la había presenciado en persona.

—¿Qué es? —Me di cuenta de que Sirtha y mi madre se habían detenido junto a las escaleras del torreón y miraban hacia donde

estábamos, sin estar seguras de si debían marcharse o regresar a nuestro lado para saber de qué estábamos hablando. Decidí darme prisa—. ¿Era un demonio? ¿Un espíritu?

—Creo que era una especie de posesión. —Ante mi mirada estupefacta, el mago se apresuró a explicarse—. Algunos magos pueden escindir su alma y enviar una parte a poseer otro ser, normalmente un animal o una persona de escasa inteligencia. Pueden dominar sus movimientos, ver a través de sus ojos, escuchar a través de sus oídos…

Me quedé mirando al mago con el ceño fruncido. Había evitado mi mirada y su voz sonaba titubeante.

—¿Qué te preocupa? No te noto convencido de lo que dices —insistí.

—Muy pocos magos en el mundo pueden llevar a cabo un conjuro semejante. Además, según lo que habéis contado, ese hechizo ha durado días y días y el ser que poseía a ese pobre infeliz era capaz de hablar a través de su boca y dominar cada una de sus acciones… Incluso le ha obligado a suicidarse cuando se ha visto en peligro de ser descubierto.

—¿Quién crees que puede estar detrás de esto?

El mago negó con la cabeza y se tomó unos segundos para pensar. Después, cruzó por fin sus ojos con los míos. No me gustó lo que vi en ellos: incredulidad y miedo.

—No conozco ningún mago capaz de llevar a cabo un hechizo así. —Dejó salir el aire y se mordió el labio inferior antes de hablar—. Solo un dios sería tan poderoso.

Se me escapó una risa, mitad incredulidad, mitad miedo. Decidí que lo mejor sería olvidar todo lo referente a Pevin, su posesión y su extraña muerte. Si me ponía a darle vueltas a aquello y acababa pensando que había algún dios interesado en espiarme y destruirme, yo sería el próximo en arrojarse desde lo alto del torreón. Dirigí mi mirada hacia el lugar en el que Sirtha, Hal y mi madre seguían observándonos.

—Acompáñalas, por favor. —Esperé hasta que el anciano asintió—. ¿Podría pedirte un último favor?

—Por supuesto, majestad— contestó el mago, haciendo una reverencia con la cabeza.

—Sácales de aquí. Haz que escapen de Eurys con el resto de la gente —pedí con tono suplicante—. No voy a poder concentrarme en la defensa de la ciudad si tengo que preocuparme por ellos.

El anciano asintió y, sin decir más, se acercó a mi madre y a mis amigos y les hizo descender las escaleras. Cuando todos se hubieron marchado, me dirigí hacia el capitán Pher, que esperaba mis órdenes con gesto impaciente: —Hemos conseguido que la población de Eurys salga de la ciudad —le dije—. Ahora solo tenemos que darles suficiente tiempo como para ponerse a salvo. Debemos evitar que las tropas de Olvasus les sigan.

—Contamos con máquinas de asedio y con los suficientes arqueros como para mantenerlos a raya —contestó él mientras señalaba la entrada del desfiladero frente al que se situaba la ciudad—. Si pudiéramos cerrar aún más la entrada del desfiladero y mantenerlos ahí durante unas horas, la victoria sería nuestra.

Contemplé durante unos segundos las calles ya vacías de la ciudad. El falso dragón que había aterrado a la población había cumplido con creces su cometido. Las calles estaban repletas de carros abandonados, colchones y demás enseres que la gente había abandonado en su loca huida de la bestia.

—Quizá podamos detenerlos durante un rato. —Mi sonrisa fue ampliándose mientras contemplaba todos aquellos objetos abandonados—. Vamos a montar una hoguera de bienvenida.

Capítulo veintidós El sol continuaba su descenso. Sus rayos acariciaban las nubes bajas que coronaban las altas paredes del desfiladero, tiñéndolas de tonos amarillentos, rojizos y anaranjados. Volví a apoyar las manos en las almenas y me asomé por el hueco existente entre ellas para contemplar como los últimos hombres regresaban a la seguridad de la fortaleza. Ya habían acabado de vaciar las calles de Eurys. Unos cientos de metros más adelante, a la entrada del desfiladero, se levantaba una endeble barricada en la que se distinguían los más variados objetos: carros, baúles, sillas, cortinas… No se había desaprovechado nada que

pudiera arder. Nuestra intención era formar una hoguera que resistiera horas, que, a ser posible, iluminara el cielo de Eurys durante toda la noche. Íbamos a quemar todos los objetos y recuerdos de los habitantes de la ciudad, pero esperábamos que, a cambio, eso sirviera para darles toda la ventaja posible respecto al ejército que pretendía aniquilarlos.

Escuché un carraspeo y noté que alguien se colocaba a mi lado. Me enderecé para encontrarme con la figura del anciano mago que había acompañado a mi madre. Asintió mientras sacaba de los pliegues de su túnica una pipa cuya larga y curvilínea boquilla estaba labrada imitando volutas de humo.

—Veo que habéis conseguido que se vayan —dije, intentando contener la risa al imaginar la desagradable escena que aquel hombre había acabado de pasar—. Supongo que no ha sido fácil.

—No lo ha sido. —El hombre chasqueó los dedos y una pequeña y brillante llama apareció en sus yemas. La utilizó para encender la pipa antes de hacerla desaparecer con otro chasquido—. En un primer momento, la reina protestó y se negó a marcharse sin vos. Tuve que prometerle que solo permaneceríamos aquí unas horas, el tiempo imprescindible para acabar de organizar la defensa de la ciudad, y que, en cuanto pudiéramos, partiríamos sin más dilación con rumbo a Valoria para alcanzarles mañana mismo.

—Pero eso no es cierto —protesté—. Voy a quedarme aquí para

asegurarme de que la ciudad no cae.

—No. Mi cabeza depende de que no lo hagáis.

Me giré hacia el mago y le lancé una mirada de estupefacción. No podía creer que aquel hombre estuviera contradiciéndome. Estaba acostumbrado a ser un segundón, un don nadie dentro de la corte, pero la gente solía disimularlo y fingir que me obedecía. Nunca en mi vida me había encontrado con alguien en la corte que desafiara de aquel modo una orden directa de su príncipe.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme así? —pregunté ofendido—. He dicho que voy a quedarme en Eurys el tiempo que yo considere necesario…

—No, no vais a hacerlo. —El hombre me habló con tanta seguridad que el resto de mi discurso murió en mis labios—. Y no solo porque se lo haya prometido a vuestra madre, sino por la otra joven. Me ha dicho que, si no alcanzamos a su caravana antes de que lleguen a Valoria, me encontrará esté donde esté y cocinará para mí un plato de criadillas.

—¿Qué clase de amenaza es esa? —pregunté asombrado.

—Ha sugerido que sacará de mí los ingredientes necesarios para el plato. —La nuez del hombre subió y bajó con esfuerzo antes de que pudiera seguir hablando—. No me entendáis mal, señor. Soy un mago poderoso y no me amilano con facilidad, pero había algo en su manera de hablar y mirarme…

—Sí, sí… Conozco a Sirtha y sé el miedo que puede llegar a dar. —Me acerqué al anciano, puse una mano en su hombro para reconfortarle y sonreí—, pero debéis comprender que tengo que permanecer aquí el tiempo que me necesiten.

—Lo entiendo, majestad —asintió el hombre—, pero, una vez repelamos sus primeros ataques, el ejército enemigo sitiará el castillo y se quedará a la espera de la llegada de los refuerzos y las máquinas de asedio. Dado el emplazamiento de Eurys, no serán capaces de tomarlo en meses, tiempo en el que vuestro hermano también podrá enviar más tropas si lo considera conveniente. Vuestra presencia aquí no será necesaria. El capitán Pher podrá defender la ciudad y repeler cualquier ataque.

Asentí, aunque comprobar de nuevo lo poco útil que resultaba mi presencia en cualquier sitio, me hizo sentir incómodo. Me separé del hombre un par de pasos para acercarme de nuevo a las almenas y contemplar el avance del ejército enemigo. A pesar de que la luz del sol era ya muy débil, se podían apreciar sus estandartes, con las llamas negras sobre fondo rojo, difuminados por el polvo que levantaban los

cascos de sus caballos y los pies de los miles de soldados que se acercaban.

—El niño también me ha dicho que me matará si os pasa cualquier cosa. —Las palabras del mago me sobresaltaron, pero me hicieron esbozar una sonrisa—. No sé por qué, pero también me ha dado la impresión de que podría hacerlo.

—Está bien —contesté mientras luchaba por contener una carcajada—. Prometo acompañaros en cuanto estemos seguros de que la situación está bajo control aquí.

El hombre rio entre dientes y me tendió la mano para que se la chocara. Me sorprendió aquella falta de protocolo, pero, cuando miré sus ojos grises e inteligentes, me pareció descubrir en ellos más poder del que yo podría atesorar en toda mi vida.

—Trato hecho…

—Wilbardo. —Se presentó él al ver que yo no conocía su nombre—. Gran maestre del Templo de Tared en la ciudad de Antius.

Choqué su mano y agradecí que ya hubiera poca luz y no pudiera darse cuenta de que me había sonrojado. Aquel hombre era la primera figura religiosa del reino de Anglya, residía en la capital y, además, presidía el Templo de Tared, lugar en el que, durante varios meses, habían intentado instruirme en los secretos caminos de la magia sin que yo utilizara aquella oportunidad para nada más que para escaparme a emborracharme y perseguir muchachas. Estaba seguro de que Wilbardo me habría llamado a su despacho más de una docena de veces para regañarme y tratar de llevarme por el buen camino. Sin embargo, durante aquella temporada yo debía de haber consumido tanto vino y cerveza como para ser incapaz de recordar su nombre o su rostro.

Él volvió a reírse entre dientes y le dio un par de largas caladas a su pipa, llenando el aire de aquel atardecer de volutas de humo aromático y azulado.

—No os preocupéis, majestad. Sé que no me recordáis de vuestra estancia en el Templo —dijo como si pudiera leer mi mente—, al igual que no recordáis la época en la que fui instructor de magia en el castillo tanto para vos como para vuestro hermano.

Mi rostro enrojeció aún más. Me limité a mirarle avergonzado y a negar con la cabeza.

—Espero que a partir de hoy eso cambie. —El anciano golpeó un par de veces la cazoleta de su pipa contra una de las almenas para vaciarla, la hizo desaparecer entre los pliegues de su túnica y se

arremangó como si se estuviera preparando para una pelea de bar—. Luchemos para que la batalla de esta noche sea memorable. Ya vienen.

Capítulo veintitrés

El cielo aún no se había oscurecido del todo cuando las primeras filas de las tropas enemigas llegaron a la entrada del desfiladero. Yo me giré hacia el capitán Pher y asentí para dar la orden. La fiesta comenzaba.

El capitán levantó su brazo derecho y una docena de arqueros se adelantaron hasta colocarse al borde de las almenas con las cuerdas de sus arcos en tensión y una flecha en llamas lista para ser lanzada. En cuanto Pher hizo descender su brazo, las flechas surcaron los aires en un vuelo perfecto para ir a clavarse en nuestra improvisada barricada. El aceite con el que habíamos impregnado las telas y colchones hizo el efecto esperado y, en cuestión de segundos, la barricada se convirtió en un muro de fuego de varios metros de altura. Asentí satisfecho al escuchar los gritos de protesta proferidos por las gargantas de los soldados enemigos y los relinchos asustados de sus caballos.

Pher volvió a levantar su brazo. En aquella ocasión, aún más arqueros se unieron a los que habían lanzado aquel primer disparo, hasta ocupar por completo lo alto de la muralla. Cuando el capitán dio la orden, una lluvia de flechas inundó el cielo nocturno, acompañada por varias piedras enormes disparadas por nuestras catapultas. A pesar de que el humo de la barricada, negro y espeso, no permitía distinguir nada, escuché maldiciones, gritos de dolor y alaridos de agonía. Parecía que muchos de los proyectiles habían alcanzado su objetivo.

Durante un par de minutos, nos quedamos en silencio, contemplando aquel humo que nos impedía ver lo que sucedía al otro lado de la barricada. No se oía el retumbar de los cascos de los caballos ni órdenes pronunciadas a gritos con las que se llamase a las tropas al ataque. Una calma tensa, un silencio antinatural lo había inundado todo. A pesar de que había cientos de soldados a mi alrededor, nadie hablaba, ni siquiera en susurros. Una energía extraña parecía habernos invadido a todos. Una especie de presagio funesto. Algo iba a suceder y todos sabíamos que no iba a ser algo bueno.

Me giré despacio hacia Wilbardo, esperando que el anciano mago pudiera arrojar algo de luz sobre aquella extraña situación, que pudiera adivinar cuál iba a ser el siguiente paso del ejército enemigo. Su aspecto me asustó e hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo, como si un gélido soplo de viento invernal acabara de golpearme. El mago estaba muy quieto, casi petrificado, con la mano derecha aferrando con fuerza su báculo. Seguí su mirada para intentar distinguir qué era aquello que le tenía tan asustado, pero tan solo

contemplaba las rocas más altas del desfiladero, bañadas por los últimos rayos de un sol que ya se despedía hasta el amanecer del día siguiente.

—Ya llega la noche —pronunció en susurros.

No supe por qué, pero aquellas palabras me aterraron, como si hubiera pronunciado la sentencia de muerte de todos los allí presentes. Cuando el último rayo de sol desapareció, el mago pareció volver en sí. Cruzó la torre a zancadas para acercarse al capitán Pher. Yo le seguí. Tenía que saber qué era aquello que aterraba de aquella forma al mago más poderoso de toda Anglya.

Wilbardo agarró por el brazo a Pher para llamar su atención. El capitán se giró hacia él con el ceño fruncido, como si le hubiera molestado aquella interrupción, pero, al ver al mago y distinguir su expresión preocupada, se cuadró, como si quisiera indicarle que estaba a sus órdenes.

—Avisa a los arqueros. Que estén preparados para cuando los soldados enemigos consigan pasar.

—¿Tan pronto? —protestó Pher—. Ese muro de llamas puede durar horas…

—La barricada no va a aguantar mucho más —le contradijo el anciano —. Ya vienen.

—¿Quiénes vienen? —pregunté, incapaz de mantenerme en un segundo plano por más tiempo.

La respuesta del anciano heló la sangre en mis venas:

—Los muertos.

En un primer momento no entendí a qué se refería. Me limité a quedarme muy quieto mirando la barricada, cuyas intensas llamas iluminaban el cielo ya oscuro. Traté de tranquilizarme a mí mismo. Nada ni nadie podría cruzar esa barrera de fuego. Mientras se mantuviese encendida, seguiríamos a salvo.

En unos segundos, la cruel realidad se encargó de mostrarme cuánto me equivocaba. En la parte central de la barricada, donde nuestros soldados habían apilado varios carros, percibí un movimiento. Alguien estaba empujando los carros en llamas desde el otro lado. Me acerqué al borde de la torre todo lo que pude y me incliné sobre una de las almenas para mirar más de cerca. Mis ojos no me engañaban. A pesar de las llamas, varias figuras empujaban los carros desde el otro lado. Si seguían así, en un par de minutos los habrían apartado y habrían creado una brecha por la que los soldados de Olvasus podrían empezar

a cruzar.

—Avisa a los arqueros —le grité a Pher—. Hay que disparar a esos hombres.

—No serviría de nada —dijo Wilbardo, colocándose a mi lado.

—¿Cómo que no? —pregunté confuso—. Hay que matarlos.

—Ya están muertos —respondió el mago con la mirada fija en aquellos bultos que se movían iluminados por el brillo rojizo de las llamas—. ¿Acaso crees que un hombre vivo podría estar tan cerca del fuego?

—¿Cómo van a estar muertos? Se están moviendo.

Wilbardo dejó de estar hipnotizado por la escena para girarse hacia mí y esbozar una sonrisa sarcástica. Después, sin previo aviso, empezó a cantar:

—Oh, Stelay, señor del inframundo y de la muerte. A ti te servimos e invocamos. Prometemos servirte, en esta vida y en la otra… Nuestras almas te seguirán en el infierno. Nuestros cuerpos inertes se levantarán y lucharán por ti si así lo deseas…

—¿Qué demonios es eso? —pregunté temiendo que el anciano hubiera enloquecido.

—El himno de Olvasus. Has tenido que oírlo mil veces.

La verdad era que sí lo había escuchado en muchas ceremonias oficiales, pero nunca había prestado atención a la letra. Y mucho menos había pensado que aquello de levantarse estando muertos y luchar por su dios fuese algo literal. Aún así, asentí.

—Stelay es el dios de la muerte y sus sacerdotes son expertos nigromantes. Esos hombres que están apartando la barricada son soldados de Olvasus muertos. Seguramente cayeron bajo nuestras salvas de flechas. —Wilbardo se acercó a las almenas, apoyó ambas manos en la fría piedra y frunció el ceño, como si tratara de escrutar la oscuridad—. Ahora que están muertos, no pueden volver a caer bajo nuestros disparos. No les afecta el dolor, ni el fuego, ni el miedo… Son mucho más fuertes y letales que cuando estaban vivos.

Me costó tragar saliva, como si estuviera tratando de hacer descender un erizo por mi garganta. Noté una opresión en el pecho y un sudor frío que cubría todo mi cuerpo. Lo que sentía mientras contemplaba aquellas figuras, que, a pesar de estar ardiendo, seguían empujando los carros con una determinación inquebrantable, era terror puro. Tuve ganas de salir corriendo y me maldije a mí mismo por no haber hecho caso a mi madre y a Sirtha cuando me pidieron que escapara con ellas rumbo a Valoria.

Tomé una profunda bocanada de aire y cuadré los hombros. Había decidido quedarme y ayudar a defender la ciudad, así que, en lugar de correr a esconderme debajo de la cama de mi habitación temblando como una hoja, que era lo que en realidad me apetecía, le puse una mano en el hombro al mago para llamar su atención, cuadré los hombros y alcé la barbilla, fingiendo ser un valiente guerrero dispuesto a vender cara su vida.

—¿Qué es lo que podemos hacer para detenerlos? —pregunté.

—La verdad es que vosotros poco —contestó el mago mientras se arremangaba la túnica—. Los ataques con armas físicas no pueden dañarlos y no creo que haya nadie más aquí que sepa usar la magia.

Me permití una sonrisa de suficiencia mientras me colocaba a su lado. Recordé todas aquellas tediosas lecciones a cargo de Chardha, la reina de Ursya. Aquella mujer había acabado por traicionarnos, pero, antes de hacerlo, me había impartido horas y horas de entrenamiento mágico.

—Tengo algunas nociones de magia. —Yo también me arremangué la camisa mientras contemplaba a las tropas enemigas—. Dime cómo puedo ayudarte.

Wilbardo dejó escapar una corta carcajada sarcástica que no me hizo la más mínima gracia. Me miró de arriba abajo con escepticismo mientras negaba con la cabeza.

—¿Tú? ¿Qué entrenamiento has recibido? —preguntó con un tono de burla en la voz—. ¿Las lecciones que yo os impartí a tu hermano y a ti en el palacio? ¿Aquellas a las que nunca asistías? ¿O las que trataron de ofrecerte los sacerdotes del santuario? Creo recordar que me comentaron que tampoco te presentaste nunca porque estabas muy ocupado emborrachándote.

Sus palabras me molestaron tanto que me erguí, saqué pecho y levanté la barbilla, tratando de parecer lo más imponente posible. Era cierto que en el pasado no me había comportado muy bien, pero había cambiado… O eso quería creer.

—La reina Chardha, que es una gran hechicera, estuvo entrenándome —me defendí.

—Está bien. He escuchado sobre las capacidades de la soberana de Ursya. —Wilbardo asintió mientras se mesaba la larga barba—. ¿Y podéis decirme cuánto tiempo duró ese entrenamiento?

—Varias semanas —contesté intentando que mi voz continuara sonando firme y segura.

—Semanas, ya… —El tono de Wilbardo volvió a sonar burlón.

Negó con la cabeza y suspiró, antes de volverse de nuevo hacia las almenas—. Está bien. Eres el único mago con el que cuento, así que tendré que conformarme.

Aquellas palabras, aunque despectivas, me hicieron sentir orgulloso de mí mismo. Iba a tener algo que hacer en la batalla. Me coloqué a su lado, dispuesto a seguir sus órdenes.

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Quemarlos —contestó Wilbardo, haciendo que sobre cada una de sus palmas apareciese una bola de fuego.

—Pero si están pasando entre las llamas y el fuego no les hace nada —protesté confuso.

—Claro que les hace. Les está quemando, pero, como no sienten dolor, pueden seguir adelante. —Mientras hablaba, las bolas de fuego que seguían girando sobre sus palmas, iban haciéndose más y más grandes—. Yo voy a convertirlos en cenizas.

—Sigo pensando que sería mejor atacarles con otra cosa para ver si les hace más daño —propuse—. ¿No podrías invocar un viento que les empujase hacia atrás? ¿O una tormenta de hielo que los paralizase?

Wilbardo se giró hacia mí y me lanzó una mirada que me hizo pensar que yo también quedaría reducido a cenizas. Cuando habló, su tono sonó tan autoritario, tan cargado de poder, que sentí que las rodillas me flaqueaban, como si mi cuerpo hubiera decidido arrodillarse ante él sin consultármelo. Por suerte, resistí en pie.

—Soy sumo sacerdote de Tared, dios del sol y del fuego, y es fuego lo que voy a invocar. —El mago dejó de mirarme, alargó los brazos hacia delante y las dos esferas salieron disparadas hasta impactar con los soldados que seguían tratando de abrir una brecha en nuestra barricada. Las llamas crecieron varios metros, iluminando el cielo con tanta intensidad como si acabara de amanecer—. Si no vas a ayudarme, retírate y, al menos, no molestes.

Volví a sentirme dolido. Aquel hombre, por muy sumo sacerdote de Tared que fuera, debería hablarme con más respeto. Sin embargo, no me pareció el mejor momento para discutir aquello. Le demostraría con mis actos que podía ser útil y hacer más cosas aparte de molestar.

Me concentré y, a pesar de los gritos y carreras de los soldados a mi alrededor, conseguí aislar mi mente del mundo exterior y llegar a un estado de calma. Tomé aire, elevé el brazo derecho hasta colocar la palma a la altura de mis ojos e intenté invocar una esfera de fuego. Me

habría gustado invocar dos al mismo tiempo, como había hecho Wilbardo sin esfuerzo aparente, pero era consciente de que mi nivel como mago era muy inferior al suyo. Tendría que conformarme.

Una pequeña esfera dorada, no mayor que una canica, apareció flotando sobre mi palma. Me concentré con más intensidad, tratando de que fuera creciendo y creciendo, pero lo único que conseguí fue que girase sobre sí misma como un diminuto sol. Wilbardo se colocó justo a mi lado y la miró con condescendencia. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que el desprecio que destilaba su mirada no enfriase mi ánimo y extinguiese mi pequeña bola de fuego. Luché por concentrarme aún más. En mis entrenamientos con Chardha había sido capaz de crear esferas mucho más grandes. Nada tan espectacular como las que había creado Wilbardo, pero sí lo suficiente como para no quedar como un inútil delante del mago y de todos los soldados que abarrotaban la torre.

—Lo estás haciendo mal —me dijo el mago—. ¿Cuál es la fuente de tu poder?

Giré un poco la cabeza hacia él mientras mantenía un ojo en la pequeña esfera para evitar que se esfumara. Enarqué una ceja, confuso. No entendía su pregunta.

—No sé qué quieres decir —confesé al ver que el anciano no estaba dispuesto a explicar más por sí solo.

—¿De dónde estás sacando la energía mágica suficiente para crear la esfera? —inquirió con tono de fastidio.

—Pues de mi interior, de concentrarme —expliqué contrariado.

—¿Es que acaso tú eres una fuente de poder? ¿Eres un dios o un ser mágico? ¿Encarnas a alguno de los cuatro elementos que lo rigen todo?

No supe qué contestar, así que me limité a negar con la cabeza y a encogerme de hombros. La bola de fuego que había estado brillando en mi mano se apagó con un siseo, como un ascua bajo las primeras gotas de lluvia.

—Los magos no tenemos poder por nosotros mismos. Debemos buscar en nuestro alrededor un combustible que alimente nuestra magia, una fuente de poder. ¿Es que Chardha no te explicó nada de eso?

—Bueno, al final resultó ser una traidora y nos entregó a nuestros enemigos en Olvasus. Tampoco voy a sorprenderme porque no resultara buena profesora —me defendí—. ¿Dónde debería buscar la fuente para mi poder?

—Intenté explicarte magia durante meses en las clases que os di en el castillo —dijo el mago con los brazos en jarras—. Después de eso, a pesar de estar seguro de que no haríamos carrera contigo, permití tu entrada en el templo de Tared para que pudieras aprovechar nuestros conocimientos. Desaprovechaste ambas oportunidades y ahora tengo que ponerme a explicarte los conceptos más básicos de la magia en mitad de una batalla de la que dependen nuestras vidas.

—Bueno, no sirve de nada lamentarse ahora —le corté, harto de sus reproches—. ¿De dónde puedo sacar la energía suficiente para luchar?

—Cada mago debe encontrar su propia fuente: puede ser uno de los dioses, uno de los elementos… —Volvió a negar con la cabeza antes de seguir hablando—. Se dice que la casa real de Anglya es descendiente de Tared, así que supongo que, si le invocas, te prestará su poder.

Asentí y le dirigí una forzada sonrisa de agradecimiento. Cerré los ojos para aislarme de nuevo de todo el ruido y el movimiento que me rodeaba e invoqué la ayuda de Tared, nuestro padre y dios supremo, rogándole para que me invistiese con su poder. Noté un calor, una pequeña chispa que parecía encenderse en el centro de mi pecho. Mi sonrisa se amplió. Estaba funcionando. Tared, nuestro dios, acudía en mi ayuda para auxiliarme en la batalla. Sentí como la chispa en el centro de mi pecho crecía más y más, tanto en temperatura como en tamaño. El calor se hizo más intenso y se extendió por mi pecho para descender por mi abdomen y subir por mi cuello hasta inundar mi cabeza.

Me asusté. Aquel calor no era normal. Empezaba a sentir dolor, como si estuviera ardiendo por dentro. Me dio la impresión de que mi sangre hervía, de que mi cerebro se recalentaba hasta un punto en el que me resultaba difícil pensar, que mi corazón iba a derretirse de un momento a otro. Abrí los ojos asustado y traté de gritar, pero de mi boca solo surgió una larga bocanada de humo, como si de verdad me estuviera quemando.

Wilbardo me miró asustado, se acercó a mí y, tras sujetarme por ambos brazos, me agitó.

—Para lo que estés haciendo —me ordenó—. Debes estar invocando a alguna criatura maligna. ¡Deja de llamarla!

Negué con la cabeza. Hacía tiempo que había detenido mi invocación. Habría sido imposible mantener la concentración necesaria para ello con el dolor que estaba sufriendo. Traté de explicárselo, pero de mi garganta reseca solo surgió más y más humo.

—Tienes que bloquear al ser que te está atacando. —Wilbardo volvió a agitarme para llamar mi atención. Después me agarró por la barbilla y me obligó a mirarle a los ojos—. Imagina una muralla y pon tu mente detrás. Concéntrate en ponerte a salvo.

Tuve ganas de llorar, de rendirme. No sabía cómo hacer lo que Wilbardo me estaba ordenando. Iba a morir en aquel momento. Para mí no había salvación posible. Y lo peor era que iba a morirme sin saber siquiera por qué.

Capítulo veinticuatro Yo me había dado por vencido, pero, por suerte, Wilbardo no. Me agitó aún con más fuerza para que el pánico dejara de bloquear mi mente y volvió a obligarme a mirarle a los ojos.

—Escúchame, Kayne. Puedo salvarte. —A pesar de lo extrema de la situación, su voz me llegó reposada y tranquila—. Imagina un muro. Imagina las gruesas piedras que lo componen, su color oscurecido por el tiempo, el moho que las impregna, las hierbas que han crecido en sus junturas… Es un muro antiguo. Muy, muy antiguo. Lleva en pie desde el principio de los tiempos y ha resistido tormentas, vendavales, terremotos… Nada puede derribarlo.

Aunque seguía sintiendo que aquel fuego de origen desconocido me abrasaba las entrañas y me impedía pensar con claridad, la voz del mago atravesó el dolor y consiguió llegar a mi mente y despertar en ella la imagen de aquel muro. Asentí para indicarle que lo estaba visualizando.

—Imagínate escondido detrás. Protégete con él.

Volví a asentir, cerré los ojos y me concentré en olvidar mi miedo y mi dolor. Tenía que conseguir centrarme y visualizar lo que Wilbardo me estaba pidiendo. Mi vida dependía de ello.

Me vi a mí mismo, aunque ya no era yo. Era la figura de un niño pequeño y asustado, mi propia imagen cuando tenía cuatro o cinco años. La figura se agazapó a los pies del muro, en cuclillas, con los brazos cubriendo su cabeza, tratando de aislarse de aquel fuego que parecía rodearlo todo. El dolor remitió un poco y me permitió concentrarme más. Dentro de mi mente, el muro creció y creció. Subió de altura y se convirtió en un muro circular que rodeó mi infantil figura por completo. Siguió creciendo hasta transformarse en una alta y fuerte torre capaz de protegerme de cualquier peligro. Cuando la torre se completó y dejó al otro lado aquel calor abrasador, pude abrir los ojos.

Wilbardo seguía arrodillado frente a mí, con sus dedos apretando mis

brazos como si fueran garfios para tratar de mantenerme de algún modo anclado a este mundo. Le sonreí para tranquilizarle e indicarle que el peligro había pasado. En lugar de devolverme la sonrisa y mostrar su alegría, el anciano me miró con desprecio, me soltó y se levantó con esfuerzo.

—¡Mis pobres rodillas! —masculló entre dientes—. Esto me pasa por mezclarme con aficionados.

—No entiendo lo que ha pasado. —Traté de disculparme—. He invocado bolas de fuego en otras ocasiones y nunca había sucedido esto.

—Yo tampoco entiendo qué es lo que has hecho mal, pero has estado a punto de matarte, niño. —El anciano se inclinó para sacudir su túnica y eliminar las partículas de polvo y ceniza que se le habían pegado en las rodillas—. Si hubieras hecho más caso a mis lecciones en el pasado, no habría pasado esto.

—Ha sido hacer caso a tus lecciones en el presente lo que casi me mata —protesté airado—. Lo único que he hecho ha sido invocar a Tared, tal y como tú me has dicho. Quizá le ha molestado mi invocación y ha decidido matarme.

—Eso no puede ser. Tared es un dios justo. Nunca le haría eso a uno de sus fieles. Y menos a alguien perteneciente a la casa real de Anglya, sus legítimos descendientes. —El mago soltó un bufido ante mi mirada sarcástica—. Mira, niño… No sé lo que ha pasado y ahora mismo no tengo tiempo de investigarlo. Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de una batalla y estoy tratando de contener a una horda de muertos vivientes. Si no vas a poder ayudarme, te sugiero que, al menos, no molestes. Busca algo en lo que puedas ser útil.

—¿Y qué se supone que puedo hacer?

—No sé… —Me contempló de arriba abajo durante unos segundos, evaluando cómo podía resultar de ayuda en aquella batalla. Me dio la impresión de que no encontraba nada—. ¿No podrías ayudar al capitán Pher en algo?

Negué con la cabeza y resoplé. Estaba seguro de que tampoco resultaría de gran ayuda para el capitán. Solo era un príncipe mimado sin cualidades reseñables. Una idea se abrió paso en mi mente. La mayoría de los reyes y príncipes no destacaban por sus habilidades mágicas ni por ser los mejores guerreros. Un miembro de la casa real era un símbolo que aumentaba la moral de las tropas. Representaba aquello por lo que había que luchar, incluso a riesgo de perder la propia vida. Asentí para mí mismo. Aquello podría hacerlo.

Sin decir nada más, abandoné las almenas y descendí las escaleras de

la torre hasta llegar a la armería. Los hombres que se encontraban en aquella habitación me reconocieron y se cuadraron ante mi presencia. Sonreí complacido. Aquello facilitaría mis planes.

—¿Necesitáis algo, majestad? —preguntó el mayor de ellos.

—Sí. Una armadura, la más brillante y llamativa que tengas. —contesté poniendo los brazos en jarras e hinchando el pecho—. Tengo que convertirme en un héroe.

Media hora después el armero mayor me indicó que podía contemplarme en un espejo de cuerpo entero situado en una esquina. No tuve más remedio que asentir. Aquellos hombres habían cumplido con creces mi deseo. En aquellos momentos, con aquella armadura de metal oscuro que parecía atraer la luz de la estancia y devorarla, casi no me reconocí. Parecía más grande, más fuerte… Más peligroso. Los dos aprendices del armero se acercaron a mí para ultimar los detalles. Uno de ellos me ayudó a ponerme la sobreveste color añil del reino de Anglya, en cuyo pecho destacaba el sol dorado emblema del dios Tared. El otro me colocó un yelmo rematado por un penacho de pelo dorado parecido a la melena de un león. Sentí un estremecimiento al recordar que ese adorno estaba reservado a los miembros de la casa real. Al colocármelo, aceptaba representar a nuestra familia en la batalla. Respiré hondo y saqué pecho. No iba a dejar que la responsabilidad me abrumase. En aquella ocasión no iba a huir. Guiaría a nuestras tropas en la batalla y, ya saliéramos vencedores o derrotados, le daríamos al pueblo de Eurys el tiempo suficiente para ponerse a salvo.

Iba a marcharme, pero el armero mayor me detuvo con un gesto. Esperé en mitad de la sala, impaciente, preguntándome qué querría aquel hombre. Miré de reojo al espejo para volver a comprobar mi aspecto. Estaba imponente. No me faltaba detalle. No había nada que el armero pudiera mejorar.

Me sentí un estúpido al verle avanzar hacia mí con una espada en las manos. Había estado a punto de partir a la batalla desarmado. Magníficamente vestido pero más inofensivo que un cachorrito. Me limité a asentir mientras el hombre, con un gesto de orgullo, sacaba la espada de su vaina. La hoja emitió un siseo que sonó como un suspiro de anticipación, como si la espada hubiera estado largo tiempo acariciando la idea de ser llamada a la lucha. Me quedé boquiabierto mientras el armero movía la espada arriba y abajo, capturando en su hoja, ricamente labrada, la luz de las antorchas. Durante un segundo, ese fulgor rojizo me recordó el brillo de la sangre fresca.

—Es mi mejor obra —anunció el hombre con el orgullo tiñendo su

voz, como si estuviera hablando de los logros de su hijo primogénito —. La hice pensando en regalársela al príncipe Habel, pero, ya que sois vos el que va a ayudarnos en esta batalla, os la entrego. Sé que haréis un gran papel.

Sentí que la garganta se me cerraba y tuve que carraspear. Después asentí y, tratando de ocultar el temblor de mis manos, las alargué para recoger la espada. Admiré su peso y su equilibrio, los detalles y el filo de su hoja, el labrado que facilitaba el agarre de su empuñadura…

—Es una espada magnífica —admití antes de devolvérsela, apenado—. Creo que deberíais guardarla para entregársela a mi hermano, tal como deseabais. Yo no la merezco.

—Estoy seguro de que la merecéis, alteza —dijo el hombre mientras negaba con la cabeza—. Y, si no la merecéis hoy, lo haréis en el futuro. Conseguiréis grandes gestas con esta espada. Lo siento aquí dentro. —El hombre se dio un par de golpes en el pecho, a la altura del corazón—. Ponedle nombre y será vuestra.

Volví a pasear la mirada sobre su filo mientras intentaba encontrar un nombre apropiado para una espada destinada a hacer grandes cosas… *Heroica* , *Gloriosa* , *Legendaria* … Tendría que tener un nombre así, algo épico que infundiera miedo solo con escucharlo. Sin embargo, cuando la luz rojiza de las antorchas volvió a pasearse sobre su filo como sangre derramada, recordé la muerte de Habel, recordé el asesinato del padre de Sirtha y Bryt y de todos los honorables compañeros que le acompañaban, recordé la traición de Chardha y las miradas de triunfo de Thaeba y su padre al hacernos prisioneros y pensar en ejecutarnos… Una palabra escapó de mis labios y se convirtió en el bautismo de mi espada.

—*Venganza* .

—Si eso es lo que anhela vuestro corazón, espero que mi espada os ayude a conseguirlo.

El armero asintió y, saltándose el protocolo, me dio un par de golpes en la espalda para manifestar su acuerdo. Uno de sus ayudantes me ayudó a ceñirme la espada a la cintura. Cuando estuve preparado, volví a subir al torreón para ver cómo se estaba desarrollando la batalla.

Encontré al capitán Pher al lado de Wilbardo. El anciano seguía arrojando bolas de fuego contra nuestra improvisada barricada para mantener a los muertos al otro lado. Mientras tanto, nuestros arqueros lanzaban salvas continuas de flechas que oscurecían aún más el cielo nocturno antes de impactar contra las huestes enemigas. Enseguida me di cuenta del problema: la energía de Wilbardo se estaba agotando, al

igual que el material inflamable de la barricada. Dentro de poco, seríamos incapaces de contener por más tiempo al enemigo. Por si fuera poco, cada vez que una de nuestras flechas impactaba en un soldado enemigo y lo mataba, este volvía a levantarse convertido en un muerto viviente. Un soldado humano, capaz de sentir dolor, miedo o cansancio, regresaba de la muerte convertido en un monstruo sin sentimientos capaz de luchar por siempre. Con cada nueva salva de flechas y cada muerte enemiga, nos acercábamos aún más a la derrota.

Me coloqué al lado de los dos hombres, que se giraron hacia mí y me miraron con admiración. Sabía que solo se debía a la increíble armadura que llevaba, que debajo de aquel metal seguía siendo yo, con mis incapacidades y mis miedos, pero, aún así, me sentí más fuerte, más valiente. Coloqué mi mano sobre el hombro de Wilbardo para pedirle que se detuviera durante un momento y me escuchara.

—¿Cuánto tiempo más vas a poder contenerlos? —le pregunté.

—No mucho —confesó el mago apesadumbrado—. Quince minutos. Media hora quizá…

—No hay problema —intervino el capitán Pher—. Podremos resistir un asedio de meses aquí dentro. No conseguirán tomar la ciudad.

—¿Y si no quieren tomar la ciudad? —inquirí—. ¿Y si pretenden pasar de largo y masacrar a nuestro pueblo?

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Porque cada muerto es un nuevo soldado para su bando —contestó Wilbardo—. A la velocidad a la que iba esa gente, no han podido alejarse más de unos pocos kilómetros. La caballería enemiga podría alcanzarlos en cuestión de minutos, masacrar a todos esos aldeanos indefensos y volver aquí con un ejército de miles de muertos vivientes. Hay que detenerlos.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Pher.

Por primera vez vi miedo en los ojos del capitán. Yo también lo sentí. Era imposible no sentirlo al imaginar a una horda de muertos tratando de escalar los muros del castillo sin importarles que les arrojáramos aceite hirviendo, que les disparásemos o que consiguiéramos herirlos o mutilarlos. No se rendirían. No cejarían en su misión hasta que todos estuviéramos muertos y nos uniéramos a ellos.

—Tienen que tener algún punto débil —murmuré para mí mismo como si fuera una plegaria.

—Y lo tienen. Y ese punto débil es… —Wilbardo se giró hacia

mí y puso los brazos en jarras. No dijo nada más. Se limitó a quedarse mirándome con gesto reprobatorio hasta que me di cuenta de que esperaba que fuera yo quien continuara la frase.

—Wilbardo, por todos los dioses… No lo sé. No es momento de tomarme la lección —grité exasperado.

—Está bien. —El mago negó con la cabeza antes de hablar. Me di cuenta por su mirada de que había vuelto a defraudarle—. El sol, representación de nuestro dios Tared, es el enemigo de las criaturas del inframundo. Su luz les paraliza y acaba por destruirlos. El amanecer los detendrá.

Miré hacia el este, como si esperase que el astro rey se alzara sobre las colinas, pero enseguida me di cuenta, por la posición de la luna, de que era una esperanza vana. Ni siquiera habíamos alcanzado la medianoche. No íbamos a poder contener a aquellas criaturas hasta que llegara el alba. Sentí que un sudor frío invadía todo mi cuerpo al imaginar a aquellos monstruos corriendo como fieras salvajes en pos de los indefensos habitantes de Eurys. Todo aquel que podía luchar se había quedado tras las murallas. Aquella comitiva se componía de campesinos sin ningún entrenamiento militar, de indefensos mercaderes, de mujeres, ancianos y niños. No tenían ninguna posibilidad de sobrevivir.

Mientras mi mente me torturaba con las imágenes de esa horrible matanza, paseé la mirada por el camino por el que la población de Eurys había huido. Era una estrecha carretera adoquinada que partía de la ciudad y, al cabo de unos cuantos metros, pasaba entre la colina defendida por el castillo y una empinada pared de roca.

—En ese punto la carretera pasa por un desfiladero —señalé para llamar la atención de Pher—. No sería demasiado difícil defenderlo con unos cuantos hombres, ¿verdad?

—No lo es. De hecho, ese desfiladero es una de las razones de haber construido aquí esta fortaleza —contestó Pher.

—¿Y por qué no estamos defendiendo esa zona? —pregunté confuso.

—Bueno… Mi idea era mantener a todas las tropas a salvo detrás de las murallas…

—Mientras esos monstruos salen en persecución de nuestra gente y la masacran. ¿Es eso? —Cuando Pher me esquivó la mirada, sentí que la sangre me hervía como si fuera lava—. Os relego de vuestro puesto. Desde este momento, tomo el control de las tropas de Eurys.

Sin darle tiempo a protestar, descendí del torreón, bajando las empinadas escaleras de dos en dos. Cuando llegué al patio de armas, me dirigí a los establos y me subí al primer caballo que encontré ya ensillado, un precioso corcel negro que relinchó ansioso cuando notó mi nerviosismo. Saqué la espada de la vaina, que volvió a sisear como si me saludara y la alcé al cielo, señalando a la luna llena, aún muy baja en el horizonte.

—Seguidme, caballeros de Eurys. Esta noche no vamos a luchar por la gloria del reino ni por la grandeza de su rey. —Esperé hasta que todos se giraron hacia mí—. Esta noche vamos a luchar para salvar a nuestra gente.

Capítulo veinticinco Las llamas de la barricada eran cada vez más bajas y débiles. Wilbardo se encontraba exhausto y, a pesar de que continuaba lanzando bolas de fuego, estas ya no tenían fuerza. Recordaban a las evanescentes estelas de las libélulas o a las inofensivas pavesas flotantes de las hogueras. La barricada ya casi se había consumido. Era cuestión de minutos que el ejército enemigo se decidiera a avanzar. Tras hacer una seña, el soldado que se encontraba a mi lado se llevó a los labios una corneta para inundar el cielo con unas vibrantes notas que llamaban a la carga.

Un par de hombres izaron la reja que cerraba las puertas del castillo e hicieron descender el puente levadizo. Mi caballo soltó un relincho agudo que se superpuso al toque de la corneta y se encabritó, golpeando el aire con sus patas delanteras, como si quisiera abatir a

un enemigo invisible, ansioso por entrar en batalla. Cuando pude controlarlo, lo enfilé hacia la puerta y lo puse a galope. Toda la caballería del castillo partió detrás de mí, lanzando gritos de ánimo y de odio al enemigo. Sentí que el corazón se me desbocaba, que mi sangre, caliente como lava derretida, recorría mi cuerpo a toda velocidad, que el miedo se retiraba para dar paso a un ansia rojiza que me nublaba la visión. ¿Era aquello ser un soldado, ser un héroe? No lo sabía. Nunca antes había sentido esa rabia, esas ganas de clavar mi espada en las entrañas de mis enemigos, de hacer brotar mil ríos de sangre y segar mil vidas. Desenfundé a *Venganza* y la hice girar sobre mi cabeza mientras un grito de furia animal surgía de mi garganta sin que yo fuera consciente de ello.

La caballería enemiga había sobrepasado la casi extinta barricada y se dirigía hacia nosotros a galope tendido. En solo unos segundos, dejó de ser una masa informe de seres anónimos para pasar a tener cuerpos y rostros reconocibles. En otro momento, quizá me habría parado a pensar que aquellos hombres también tendrían en sus casas a una amante esposa que estaría esperando su regreso o a unos cuantos niños que deseaban la vuelta de su padre. Pero aquel no era el momento. Aquellos hombres habían entrado en nuestro territorio con el objetivo de destruir nuestras ciudades, arrasar nuestros cultivos y exterminar a nuestra población. Debajo de aquellas sobrevestes de tela rojiza adornadas con las llamas negras emblema de Olvasus no había corazones humanos. Solo había enemigos, monstruos inhumanos a los que debía exterminar.

Los dos ejércitos chocaron con la violencia con la que un mar embravecido embiste las rocas. En unos segundos, una réplica del infierno se desató a nuestro alrededor. Todo fueron gritos de ira, alaridos de dolor, entrechocar de espadas, chillidos asustados de los caballos… El velo rojo que nublaba mis ojos se densificó y mi cerebro dejó de estar al mando. Ya no había un Kayne consciente que decidiera a quién golpear o cómo esquivar. Solo había un animal dispuesto a todo para sobrevivir, preparado para matar a cualquier enemigo que se le pusiera enfrente.

No podría decir cuánto tiempo duró aquel combate, cuántas veces pude alzar mi espada, cuántas veces golpeé con ella la blanda carne de algún enemigo, haciendo brotar su sangre y sus entrañas, cuántas veces tuve que tirar de ella para recuperarla porque se había quedado atascada con un hueso o trabada en algún cráneo… Ni siquiera fui consciente de que, en algún momento, perdí mi montura y me vi luchando a pie por mi vida, rodeado de enemigos por todas partes. Si hubiera podido pensar, si el Kayne de siempre hubiera estado al mando de la situación, creo que habría buscado algún lugar en el que

esconderme y llorar… O al menos vomitar. Pero era un nuevo Kayne el que se movía entre las tropas enemigas, provocando dolor, muerte y destrucción a su paso sin sentir el más mínimo temor o remordimiento, matando con la misma precisión y elegancia con la que efectuaría un baile largamente ensayado. Durante un segundo, me llegó un pensamiento consciente: debería agradecer a Bryt y Sirtha todas aquellas agotadoras sesiones de entrenamiento. Si seguía vivo en ese campo de batalla, si en aquel momento era un guerrero letal ante cuyo avance algunos enemigos huían aterrorizados, era gracias a ellos.

Continué avanzando entre mis adversarios sin sentir cansancio ni miedo. Parecía poseído por alguno de mis valientes antepasados, aquellos gloriosos guerreros que se alzaban victoriosos en cualquier batalla y cuyas gestas seguían cantando los bardos. Estaba preguntándome si algún día algún trovador compondría alguna oda de alabanza a mi actuación en aquella batalla cuando algo se interpuso en mi camino, ocultando la luz que aún llegaba de la barricada de fuego y que iluminaba el campo de batalla con un fulgor rojizo. Y digo algo porque, en el primer momento, no se me ocurrió relacionar aquella inmensa mole con un ser humano. Cuando abrió la boca para encomendar su alma a Stelay, dios de la muerte, antes de lanzarse hacia mí con su sable por delante, me di cuenta de que era uno de los soldados de Olvasus, quizá el más grande que tenían.

En lugar de acobardarme, planté con fuerza mis piernas en el campo de batalla y sujeté mi espada con ambas manos, dispuesto a enfrentarme a él. Cuando él hizo descender su sable, yo elevé mi arma y detuve su estocada. El golpe fue tan fuerte que la vibración se transmitió desde la hoja hasta la empuñadura para extenderse por mis brazos y mi cuello hasta llegar al centro de mi cabeza, provocando una explosión de fuego blanco que me dejó ciego y mareado durante unos segundos. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para aguantar erguido y mantener firme mi espada, lo único que me separaba en aquel momento de una muerte segura.

Los filos se deslizaron uno contra el otro con un sonido agudo y estridente que hizo que los dientes me rechinaran. Apreté con fuerza la mandíbula y me forcé a mirar a mi enemigo a los ojos. Eran dos pozos negros en los que solo brillaba el odio. El ridículo pensamiento de que aquello no tenía sentido acudió a mi mente. Éramos dos desconocidos sin razón para querer matarse. Quizá incluso en otras circunstancias podríamos haber sido amigos. Sin embargo, allí estábamos: tratando de matar al otro para conservar la propia vida. Sacudí la cabeza para librarla del aturdimiento provocado por el entrechocar de las espadas y de aquel ridículo pensamiento. No era momento de plantearse el por qué de la guerra ni su justificación

ética. Más me valía espabilar si quería llegar vivo al siguiente amanecer.

Los filos se liberaron y mi adversario se lanzó otra vez al ataque como un toro frente al que hubiera agitado un paño rojo. No quería volver a detener su estocada a base de fuerza bruta. Seguía teniendo los brazos y el cuello entumecidos por el golpe anterior y sabía que los siguientes podían ser peores. En una lucha basada en la fuerza física, aquella mole tenía todas las de ganar, así que me planté de nuevo con la espada por delante, esperando su ataque pero, cuando se lanzó a por mí, me eché hacia atrás con un ágil salto, giré sobre mí mismo de forma grácil y le asesté un tajo en la espalda según pasaba. La sangre brotó como un manantial. El hombre se giró hacia mí, resoplando como un jabalí herido. Había conseguido enfadarle, aún más… E iba a atacarme con la desesperación de un animal acorralado y agonizante.

Esperé su siguiente ataque, de nuevo con las piernas separadas y flexionadas y la espada en ristre, dispuesto a esquivarle y volver a atacarle por sorpresa aprovechando que mi menor tamaño me daba una mayor agilidad. Sin embargo, mi adversario no se movió. Se limitó a quedarse quieto, resollando y sonriendo. No lo entendía. La sangre se deslizaba como un río por su espalda y empapaba el suelo. En cuestión de un par de minutos habría muerto desangrado. ¿Por qué sonreía? ¿Qué era lo que le hacía tanta gracia?

Lo comprendí cuando percibí a mi espalda el ruido de los cascos de un caballo lanzado a galope. El estrépito de la batalla que se desarrollaba a mi alrededor me había impedido escucharlo antes. Me giré, dispuesto a defenderme, pero comprendí que era demasiado tarde. Mi atacante, un caballero de Olvasus, se lanzaba a por mí balanceando sobre su cabeza una enorme maza. A pesar de la velocidad de su ataque, todo pareció ralentizarse. En el lapso de un segundo, pude distinguir la cabeza del arma, una pesada esfera cubierta de enormes púas. Con la escasa luz que iluminaba la escena, me pareció ver sangre y pelo decorando aquellas púas y restos de una sustancia gris y pegajosa que debía proceder del interior de la cabeza de algún defensor de Eurys. Incluso me dio tiempo a pensar que pronto mis sesos se unirían a los de aquel desdichado sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Y, cuando ya estaba encomendando mi alma a Tared, algo surcó los cielos e impactó contra mi enemigo.

En un primer momento no supe qué había sido. Simplemente noté un calor inmenso y un olor extraño. Enseguida me di cuenta de que era el aroma del pelo y la carne quemada. Donde hacía unos segundos se había alzado un temible guerrero de Olvasus a lomos de su bravo corcel solo había un cráter ennegrecido en el que aún se distinguían ascuas. Una enorme bola de fuego había impactado contra mi

enemigo, reduciéndolo a cenizas de forma instantánea. Me giré hacia la torre y, a pesar de la distancia, esbocé una sonrisa de agradecimiento dirigida a Wilbardo. Aquella demostración de poder tenía que haberle dejado exhausto, así que, aunque me sentía más tranquilo sabiendo que el anciano mago me cuidaba desde las alturas, me prometí a mí mismo cuidarme solo y no abusar de aquel privilegio.

Me giré hacia mi primer contrincante. Seguía desangrándose, sin mover un músculo, con la cara desencajada por el terror y la vista fija en el cráter aún humeante en el que se había calcinado su aliado. Decidí aprovechar su estupor y me lancé a por él con la espada por delante. Ni siquiera se defendió. Me sentí ridículamente culpable, pero decidí no regodearme en aquella sensación y seguir luchando.

No me costó mucho encontrar otro enemigo. De hecho, me encontraba rodeado por ellos. Lo que no pude divisar, por mucho que me esforcé entre estocada y estocada, fue a alguien con el uniforme de Eurys o algún estandarte de Anglya. Durante unos angustiosos segundos, me sentí totalmente solo en medio de aquella marea de gente que trataba de matarme. Luego empecé a distinguir el emblema de la ciudad en algunos uniformes, casi oculto por la sangre que manchaba las ropas… Y entonces me sentí peor.

Todos los soldados de Eurys que me rodeaban estaban muertos… pero continuaban moviéndose. Habían sido animados por las artes oscuras de los nigromantes de Olvasus y ahora luchaban en nuestra contra. Contemplé durante unos segundos una de aquellas torpes figuras, con sus ojos en blanco y aquella mirada carente de inteligencia y voluntad, su mandíbula caída de la que resbalaba un hilo de saliva, sus movimientos espasmódicos… Sentí tanta pena por aquel joven… Seguramente tenía una madre esperándole en casa, preocupada por los rumores que habían llegado a la aldea sobre una inminente guerra en la frontera… O quizá tenía una amante esposa, incluso un niño en camino… Me alegré de que ninguna de las personas que habían amado a aquel chico pudiera ver el monstruo en el que se había convertido. No supe por qué lo hice, pero dejé de lado a los enemigos de Olvasus que estaban cercándome y me lancé a por aquel joven para cercenar su cabeza de un solo golpe. Por suerte, tal como había esperado, el cuerpo se desplomó y se quedó inerte. Me sentí mejor. No podía hacer nada por los cientos de soldados muertos cuyos cuerpos estaban siendo profanados por la magia negra de Olvasus, pero al menos sentía que había hecho mi parte.

Giré sobre mí mismo para enfrentarme a cualquier enemigo que pudiera haber pensado en aprovechar aquel momento de descuido para atacarme por la espalda, pero, antes de que pudiera completar el giro, sentí un dolor agudo en mi brazo, un pinchazo tan intenso que

hizo que estuviera a punto de soltar mi espada. Miré mi bíceps derecho, buscando la causa de aquel dolor, y vi un virote de ballesta decorado con plumas rojas y negras, los colores de Olvasus. La punta de aquella flecha se había incrustado en mi músculo, pero no había atravesado el brazo por completo.

Durante un segundo, el dolor y la vista de la sangre hicieron que mi visión se nublara y las piernas me flaquearan. Apreté los puños con fuerza alrededor de la empuñadura de mi espada y me mordí la lengua hasta sentir el sabor a hierro de la sangre para mantenerme consciente. No sabía cómo iba a poder salir de aquella. Solo, débil, herido… Y entonces escuché el vibrante canto de las trompetas de nuestro ejército, pero, antes de que aquel sonido pudiera darme esperanzas, distinguí lo que era: un toque de retirada. Nuestra derrota era irremediable y las pocas tropas que quedaban huían del campo de batalla para refugiarse tras los muros de Eurys e intentar resistir.

Volví a escuchar los cascos de un caballo acercándose a galope. Me giré, temiendo que fuera un nuevo enemigo que esta vez sí se cobraría mi vida, pero lo que vi fue un corcel sin montura, vestido con los colores de Anglya, que corría desbocado hacia mí. Un grupo de muertos vivientes lo perseguía, lanzando alaridos de frustración al no poder atraparlo.

No lo pensé un segundo. Según pasó a mi lado, me agarré con fuerza a su cuello y salté a su lomo. Algún dios debía de estar cuidando de mí aquella noche, porque, en lugar de partirme la crisma como había temido, conseguí estabilizarme sobre el caballo y controlarlo. El animal estaba muy asustado y seguía corriendo enloquecido, pero, al menos, parecía capaz de recordar dónde estaba su hogar, ya que se dirigía sin pensarlo hacia la puerta de la muralla de Eurys. Me erguí sobre mi montura y dejé que me llevara a lugar seguro mientras me concentraba en lanzar estocadas a ambos lados para evitar que los enemigos nos detuvieran.

El camino hasta el puente levadizo se me hizo eterno. Unos pocos caballeros más se unieron a mi alocada carrera. En los ojos de todos ellos distinguí la misma desesperación que debía brillar en los míos. Los defensores de la ciudad ya estaban empezando a levantar el puente cuando conseguimos cruzarlo. Unos segundos después, escuchamos como bajaba el rastrillo, cerrando el acceso a nuestros perseguidores.

Mi caballo se detuvo en medio del patio. Seguía muy nervioso, golpeando el suelo con sus cascos y relinchando aterrado. Una espesa espuma de color blanco cubría su boca. Intenté bajar y tranquilizarlo, pero, en cuanto puse los pies en el suelo y me supe a salvo, sentí que

las pocas fuerzas que me quedaban me abandonaban por completo. Antes de perder la consciencia, vi a Wilbardo y al capitán Pher atravesar el patio a la carrera. Parecían muy preocupados. Pensé que se debería a que no iban a llegar a tiempo para evitar que me desplomara y cayese al suelo. Acerté. En menos de un segundo, todo mi mundo se volvió negro.

Capítulo veintiséis Desperté al sentir un dolor lacerante y agudo subiendo desde mi brazo derecho. Por un segundo, temí que algún animal salvaje me hubiera encontrado dormido e indefenso y estuviera devorándome, arrancándome las extremidades una a una. Intenté sentarme, aterrado, y sentí como unas manos me sujetaban con cariño y me hacían volver a tumbarme. Me hubiera gustado resistirme, pero no tenía fuerzas. Además, la delicada mano que se acababa de posar en mi frente y los susurros femeninos que me decían que me tranquilizase no parecían provenir de alguna fiera dispuesta a devorarme.

Abrí los ojos con esfuerzo y, cuando la niebla que los cubría empezó a disiparse, distinguí a una mujer inclinada sobre mí. En un primer

momento, no pude explicarme por qué aquella mujer estaba practicando el punto de cruz sobre la piel de mi brazo, pero poco a poco, la niebla abandonó también mi cerebro. Recordé la flecha clavada en mi bíceps y comprendí que aquella mujer estaba cuidándome. Todo estaba bien. Había conseguido llegar al patio del castillo de Eurys antes de desmayarme e iban a curarme.

Otra figura se inclinó sobre mí, ocultando la imagen de aquella mujer dando puntadas en mi brazo derecho. Incluso lo agradecí. Aquella visión era hipnótica, hasta el punto de que había sido incapaz de separar los ojos a pesar del asco que me estaba dando, pero dudaba del tiempo que podría haber seguido mirando aquello sin volver a desmayarme. Reconocí a Wilbardo, que me miraba con el entrecejo fruncido. No pude saber si estaba preocupado por mí o enfadado conmigo. Seguramente las dos cosas.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó el anciano.

Yo me limité a emitir un sonido, mitad gruñido, mitad quejido, con el que quería expresar que me encontraba agotado y que no había músculo del cuerpo que no me doliera. Él pareció interpretarlo como un "Me encuentro perfectamente", porque sonrió y me dio una palmada en el brazo sano. La mujer que me estaba cosiendo debió de fallar una puntada, porque le lanzó una mirada de odio antes de seguir con su labor. Yo emití otro sonido que esta vez fue casi todo quejido.

—Salimos en una hora —dijo Wilbardo, inmune a mis expresiones de dolor. Después se inclinó hacia mi oído para susurrar, como si no quisiera que la mujer escuchara sus palabras—. Tenemos que estar lo más lejos posible de Eurys para cuando anochezca.

—No voy a poder moverme —conseguí pronunciar con esfuerzo—. Además, aquí estamos a salvo.

—No digas tonterías —me regañó el mago—. Claro que puedes moverte. En cuanto esta sanadora acabe de cerrarte la herida, partiremos hacia Valoria.

—El joven tiene razón —intervino la mujer mientras seguía concentrada en mis puntos—. La herida podría volver a abrirse e infectarse. Además, es muy probable que en unas horas le suba la fiebre. Por no hablar del resto de golpes y contusiones. Ni siquiera creo que pueda ponerse en pie.

—Tonterías —repitió Wilbardo negando con la cabeza antes de volver a darme un golpe de ánimo en el brazo sano—. Te voy a preparar un brebaje estupendo. Cuando lo tomes, serás capaz de cabalgar hasta Valoria sin tomarte un solo minuto de descanso.

Yo enarqué una ceja en señal de incredulidad. Tampoco me veía con fuerzas para mostrar mi desacuerdo de una forma más firme y convincente. El mago salió de la sala y yo cerré un segundo los ojos para descansar. Supongo que me desmayé de nuevo o que me quedé dormido, porque lo siguiente que sentí fue el asqueroso sabor amargo del mejunje mágico que Wilbardo había preparado para mí. El mago me había incorporado y, mientras me sujetaba por la espalda para mantenerme erguido, vertía en mi boca aquel líquido que sabía a coles hervidas en pis de comadreja. Ni las náuseas ni las arcadas consiguieron que el anciano se apiadara de mí.

—Vamos, vamos… No seas crío y bébetelo. Esto es bueno para ti —insistía como si estuviera hablando con un niño.

Conseguí tragarme aquel brebaje sin vomitar. Mi estómago se rebeló e intentó devolverlo, pero lo mantuve dentro por pura fuerza de voluntad. No quería volver a sentir el sabor de aquella cosa en mi boca por nada del mundo. Después de lanzarle a Wilbardo una mirada de odio profundo, me tumbé de nuevo, dispuesto a seguir descansando. Sin embargo, en cuestión de segundos, sentí como empezaba a hacer efecto. Una energía desconocida comenzó a esparcirse por mi interior, ganando fuerza con cada latido de mi corazón. Me pareció que todo mi cuerpo revivía, que una alegría desmesurada me invadía el alma, que podía correr durante jornadas enteras, ascender a las más altas cumbres, nadar mil mares… Incluso podría volar si lo deseara. Me senté en la cama de un bote y miré a Wilbardo con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa iluminando mi cara.

—¿Qué era eso que me has dado?

—Una receta secreta de mi abuela —respondió el hombre antes de inclinarse hacia mi oído para susurrar—, aderezado con un poco de polvo de hada que he encontrado en tu equipaje. Tienes una interesante colección de drogas…

—No son mías…

—Ya, ya… Se las estás guardando a un amigo. —Wilbardo me guiñó un ojo, burlón.

—Las encontré en el sótano de una taberna mientras huía de unos gules. —El mago asintió y me lanzó una sonrisa sarcástica para darme a entender que no se creía ni una sola de mis palabras—. No sé por qué tengo que darte explicaciones. ¿Por qué has estado hurgando en mis cosas?

—Te he preparado el equipaje para que podamos irnos cuanto antes. Ya sabes: algo de ropa, dinero, esa espada tan bonita que te han

regalado… —Volvió a bajar el volumen de su voz—. Y tus drogas.

—Piensa lo que quieras. ¿Cuándo nos vamos? —pregunté exasperado mientras me ponía en pie.

—Parece que el brebaje funciona tan bien como esperaba —dijo Wilbardo sorprendido—. Salgamos ya. Debemos aprovechar las horas de luz que nos queden para poner toda la distancia posible.

—No sé a qué viene tanta prisa, pero me parece bien. —Me puse las botas, me até la capa, recogí el petate que Wilbardo me había traído y me coloqué la espada al cinto. Durante una décima de segundo, se me ocurrió que cada uno de aquellos movimientos tendría que haberme dolido, pero me sentía mejor que nunca, como si todas mis heridas hubieran sanado y tuviera la energía de la niñez—. ¿Qué pasará cuando se haga de noche?

Wilbardo se puso en marcha y me indicó que le siguiera. Atravesamos aquel lugar, esquivando cuerpos y más cuerpos. El gran salón del castillo, donde normalmente se celebraban las recepciones, los banquetes y los bailes, se había convertido en una improvisada enfermería. El ambiente estaba cargado con el rancio olor del sudor humano, mezclado con el ferroso aroma de la sangre y un tufillo dulzón que reconocí tras unos segundos: el olor de la gangrena, de miembros putrefactos, un aroma que presagiaba muerte. Se escuchaban alaridos de dolor, quejidos ahogados y llantos contenidos. Muchos de aquellos hombres, aguerridos guerreros todos ellos, lloraban por el miedo a morir, por el dolor que les atormentaba, por la pena de ir a morir solos, alejados de sus seres queridos que no volverían a verlos… Apreté los dientes y los puños y salí de aquel salón casi a la carrera. Cuando estuvimos fuera, agarré a Wilbardo por el brazo para que se detuviera y me diera una respuesta: —¿Qué es lo que pasará cuando se haga de noche? —insistí.

—Eurys caerá —dijo Wilbardo con la seguridad de quien pronuncia una sentencia—. Cuando el sol se oculte, todos los cadáveres que ahora mismo yacen en el campo de batalla, tantos los de nuestro bando como los del enemigo, se levantarán animados por la oscura magia de los nigromantes de Olvasus. Y también lo harán todos los que mueran en estas horas entre los muros del castillo, en ese salón... Este lugar está perdido.

—Deberíamos avisar —protesté—. No podemos marcharnos y dejar a esta gente a su suerte.

—Ya lo he hablado con el capitán Pher. —Wilbardo se soltó de mi agarre y continuó andando hacia las cuadras—. Me ha prometido quemar todos los cadáveres o, al menos, separar las cabezas de sus cuerpos. Eso evitará que se levanten. Quiere intentar defender esta

posición.

—¿Y no deberíamos quedarnos a ayudarles?

—No. Les prometí a tu madre y a tus amigos que cuidaría de ti. —El mago se giró y puso sus manos sobre mis hombros antes de mirarme fijamente a los ojos—. Quedarse es inútil y tú tienes cosas importantes que hacer fuera de aquí.

—¿Qué hay más importante que salvar a esta gente?

—Salvar el reino. Sé que no lo crees, porque no lo has visto, pero tu hermano ya no es el que era. Está enloquecido y solo piensa en la venganza y en la guerra. Nos conduce a todos a la destrucción.

Negué con la cabeza. No podía creer lo que aquel hombre, y mi madre antes que él, me estaban diciendo. Habel podía estar furioso por lo que le había sucedido, podía encontrarse confuso y enfadado, pero seguía siendo Habel, la persona más honorable y justa que había conocido nunca.

—Mi hermano volverá a ser el que era. Solo hay que darle algo de tiempo.

—No es tiempo lo que necesita. —Wilbardo lanzó un largo suspiro—. Creo que eres el único que puede hacerle entrar en razón. Y, si tú tampoco puedes, tienes que estar preparado para ocupar su lugar como soberano de Anglya.

Volví a negar, aún con más energía. No iba a eliminar a mi hermano, no iba a ocupar su lugar. Pero Wilbardo tenía razón: tenía cosas muy importantes que hacer más allá de aquellos muros. Tenía que llegar a Antius, enfrentarme a mi hermano y ayudarle a ser el rey justo, amable y valiente que el país necesitaba.

Seguí a Wilbardo hasta las cuadras. Mientras intentaba decidir qué caballo llevarme, vi como el mago apartaba la paja seca de una esquina hasta dejar una compuerta al descubierto. Tras tirar de una argolla colocada en el suelo, se internó en la oscuridad. Me acerqué y me asomé para ver una escalera de mano por la que el anciano estaba descendiendo con una agilidad que no habría esperado en alguien de su edad.

—¿Dónde vas? —pregunté confuso.

—Es un pasadizo bajo la ciudad —contestó sin reducir el ritmo—. Nos llevará hasta un bosque cercano. No esperarías salir por la puerta principal y que el ejército enemigo nos dejara pasar, ¿verdad?

—No lo había pensado —confesé sintiéndome ridículo—. ¿Y vamos a ir andando hasta Valoria?

—No. Hay una granja cerca de la salida —explicó Wilbardo, cuya figura ya empezaba a desaparecer en las sombras—. Pher me ha dado una carta para que el granjero nos facilite un par de caballos. ¿Vienes o no?

Asentí y empecé a bajar la escalera. Antes de cerrar la trampilla desde abajo, eché un último vistazo al patio de armas de Eurys. Sentí como el estómago se me encogía al pensar en la pesadilla que aquella gente iba a vivir cuando el sol se ocultara tras el horizonte. Con los ojos llenos de lágrimas, cerré la trampilla y continué bajando aquella escalera, buscando los peldaños en la oscuridad. Aquel descenso a ciegas me supo a presagio. Mi viaje a partir de aquel momento tampoco iba a ser fácil.

Capítulo veintisiete La granja estaba a poca distancia de la salida del túnel, cerca de un campo de trigo, tal y como Pher nos había indicado. El granjero nos facilitó ropas sencillas y un par de caballos no muy veloces, pero fuertes y resistentes. No había pasado ni una hora desde que abandonamos el castillo cuando ya nos encontrábamos de nuevo en marcha, camino de Valoria.

El primer tramo del viaje fue sencillo. Avanzamos por un camino empedrado en buenas condiciones que atravesaba fértiles huertos y prados en los que pastaba el ganado. Aquel lugar iba a ser un paraíso, un auténtico regalo del cielo a los ojos de los soldados de Olvasus, acostumbrados a sus paisajes desérticos. En aquellas tierras el color predominante era el verde de los campos y el sonido que lo inundaba todo era el canto de los ríos y manantiales. Sin que Wilbardo tuviera que insistirme, espoleé a mi montura para avanzar aún más rápido. Cada vez que un humilde campesino o una sonriente labriega nos saludaban, me sentía aún más preocupado y culpable. Un temible ejército, formado por sanguinarios guerreros y voraces muertos vivientes se abatiría sobre esa gente y sus tierras en los próximos días si no le poníamos remedio. Tenía que llegar cuanto antes a Valoria y, desde allí, una vez evaluará las fuerzas de las que disponíamos, montar un plan de defensa contra aquel ejército que se internaba desde el sur dispuesto a arrasar con todo. También tendría que enviar a los más veloces emisarios a la capital para que mi hermano reuniera a todas nuestras tropas y ordenase que se uniesen a nosotros. Si el

ejército de Olvasus seguía su avance, uniendo a sus soldados a todo hombre, mujer y niño que consiguieran matar gracias a la magia oscura de sus nigromantes, pronto serían imparables. Si no lo eran ya…

Por desgracia, no pude mantener aquel ritmo durante mucho tiempo. La herida de mi brazo pareció despertar y, al cabo de un par de horas, se hacía doloroso eco de cada golpe de los cascos de mi montura sobre el camino empedrado. Las fuerzas me fueron abandonando y pronto sentí como regresaba el dolor a cada músculo de mi cuerpo. Además, tal y como había vaticinado la sanadora, la fiebre empezó a subir. Mi cuerpo se vio cubierto por una fina capa de sudor frío y, aunque intenté evitarlo, comencé a tiritar bajo mis ropas.

Wilbardo se dio cuenta de que empezaba a quedarme rezagado y redujo la marcha. Cuando le di alcance, clavó en mi rostro su mirada preocupada. Yo le ignoré y seguí adelante.

—Estás enfermo —constató cuando volvió a darme alcance.

—Eso ya lo sabíamos antes de salir de Eurys —dije tras encogerme de hombros.

—Tienes muy mala cara. Estás muy pálido.

—Eso no tiene importancia ahora —respondí mirando las ramas altas del bosque en el que acabábamos de adentrarnos—. Aquí no hay mucha gente que pueda juzgar mi apariencia.

—Quizá deberíamos descansar un poco —sugirió el mago.

—No, sigamos un rato más. Dijiste que debíamos avanzar todo lo posible antes de que se hiciera de noche. Continuemos mientras aún haya luz.

Wilbardo asintió, aunque pude adivinar por su gesto que no estaba muy convencido. Me erguí sobre mi montura, fingí una sonrisa y traté de controlar todo lo que pude los espasmos de frío que sacudían mi cuerpo. Tenía que poder aguantar sobre el caballo un rato más. En condiciones normales, se tardaba unos tres o cuatro días en llegar a Valoria. Estaba seguro de no ser capaz de aguantar aquel viaje, pero, si éramos capaces de alcanzar a los habitantes de Eurys, que habían salido a pie y cargados con sus pertenencias apenas un día antes, quizá tuviera una posibilidad. Entre aquella gente habría médicos, enfermeras o curanderos que podrían encargarse de mis heridas. Y, además, estaría con mi madre, con el pequeño Hal y con Sirtha. Sirtha… Seguro que una sonrisa suya conseguiría insuflarme más fuerzas que todos los brebajes del mundo juntos.

Continuamos avanzando por aquel bosque, que cada vez se volvía más

antiguo y sombrío. El suelo estaba cubierto por una espesa capa de hojas caídas, que amortiguaban el sonido de los cascos de los caballos. Las hayas que nos habían dado la bienvenida a aquel lugar iban desapareciendo para ser sustituidas por enormes tejos de troncos oscuros y retorcidos y ramas viejas que descendían desde lo alto como las oscuras guedejas de una anciana. Cuando los árboles empezaron a estar demasiado cerca unos de otros, descendimos de nuestras monturas para llevarlas por las riendas e ir avanzando por aquel lóbrego laberinto. Me sentí aun más enfermo. La caricia de aquellas ramas colgantes, que parecían los dedos de oscuros espectros, me hacía estremecer. El ambiente era tan húmedo y cargado que se hacía difícil respirar. Pero lo peor de todo era el silencio. No se escuchaba el crepitar de los insectos, ni el croar de las ranas ni el canto de ningún pájaro. Tampoco nosotros producíamos ningún sonido. La espesa y flácida capa de hojas putrefactas que se extendía bajo nuestros pies ahogaba el eco de nuestros pasos. Ni siquiera se nos oía respirar ni nos atrevíamos a hablar. Mostrábamos el mismo respeto que tendríamos en una cripta en la que temiéramos que su ocupante despertara.

A pesar de mi incomodidad y de mis ganas de continuar avanzando, noté que no iba a poder cruzar el bosque sin detenerme. Cada vez me encontraba peor. Sentía un frío antinatural que parecía surgir de mi interior, como si mi corazón se estuviera congelando. Los temblores eran cada vez más intensos y me encontraba tan agotado como para temer que caería desmayado al próximo paso. Apoyé la espalda en el tronco de uno de aquellos desagradables árboles y me quedé allí, con los ojos cerrados, intentando recuperar el resuello.

Wilbardo se colocó a mi lado, me agarró por la cintura y me obligó a agacharme hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco del árbol. Cuando sentí su fresca mano apoyada en mi frente, abrí los ojos y le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Él me devolvió un ceño fruncido y una mueca de preocupación.

—Estás ardiendo. La infección se extiende. —El mago se levantó y, tras poner los brazos en jarras, echó un vistazo a su alrededor—. No sé si podré encontrar por aquí los ingredientes necesarios para tu poción. Quizá si cambio el jengibre por milenrama…

—¿Vas a darme más de esa bebida? —protesté—. Creo que eso no me está curando.

—No, por supuesto que no te cura. Solo el reposo te ayudará a sanar de tus heridas, pero ahora mismo no podemos permitírnoslo.

—Así que vas a volver a drogarme para que siga adelante, hasta reventarme como a un caballo. —Sin saber por qué, aquel pensamiento me hizo soltar una carcajada. Supuse que se debía a la

fiebre.

—No tenemos más remedio. No podemos quedarnos aquí —dijo Wilbardo mientras se alejaba en busca de los ingredientes para su pócima—. Este sitio no me gusta nada. A saber qué seres se ocultan en este bosque…

Su voz se perdió en la espesura, así que cerré los ojos y me dejé llevar a un inquieto duermevela provocado por la fiebre. Desperté, aún confuso, sin saber si solo habían pasado unos segundos o varios años, al escuchar el siseo de unas ramas al apartarse. Frente a mí no encontré al anciano mago, sino a una hermosa joven de larguísimos cabellos dorados que me sonreía con dulzura. No supe si me había muerto y una emisaria de los dioses había acudido a recogerme o si la fiebre me estaba haciendo delirar.

La bella muchacha se acuclilló a mi lado y acarició mi rostro. Su piel era tan suave y fresca que me sentí revivir con aquella simple caricia. Aquello me dio fuerzas para mantener los ojos abiertos y pronunciar unas palabras.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Soy Anjana. Vivo en este bosque y voy a ayudarte.

Se inclinó hacia mí y canturreó en mi oído con voz tranquilizadora, como una madre amante preocupada por su hijo. Cerré los ojos al sentirme protegido y noté que ella me cogía en brazos y me cargaba. Incluso en mi estado de confusión, me sorprendió que aquella débil doncella fuera capaz de cargar con mi cuerpo como si no pesara nada.

—No puedo ir contigo. Tengo que esperar a Wilbardo… —conseguí pronunciar.

—Shhhhhhh, no te preocupes. Todo está bien. Yo te ayudaré. Duerme, mi amor.

A pesar de que una voz susurraba en mi mente que había muchas cosas raras en aquella joven, cada vez sonaba más lejana y débil. Me dije a mí mismo que debía confiar en aquella muchacha y dejarme llevar. Tenía los mismos ojos color miel que Sirtha. No podía ser malvada con aquella mirada. Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que mi mente cayera en la inconsciencia.

Desperté porque los hombros me dolían muchísimo, incluso más que la herida del brazo. No tuve que abrir los ojos para darme cuenta de que se debía a la postura antinatural en la que me encontraba. Tenía los brazos estirados hacia atrás y no podía moverlos. El frío de las

argollas en mis muñecas y el tintineo metálico que escuché cuando traté de tirar de ellas me hicieron darme cuenta de que estaba encadenado.

Me quedé muy quieto, con la respiración contenida. No sabía si mis captores estarían cerca ni si me matarían al ver que había recuperado la conciencia. Necesitaba tiempo para descubrir dónde estaba, cómo había llegado allí, quiénes me retenían y si había alguna posibilidad de escapar. Traté de averiguar todo eso sin mover un músculo y entreabriendo los ojos apenas un milímetro.

A mi alrededor todo era oscuridad… No, no estaba oscuro del todo. Estaba en penumbras, iluminado por una tenue y enfermiza claridad amarillenta que debía proceder de los líquenes que colgaban del techo y las paredes. Por todos lados se escuchaba el rumor del agua: el discurrir de manantiales subterráneos, el goteo de las estalactitas… Estaba en una cueva a la que no llegaban ni la luz ni el aire ni los sonidos del exterior. Traté de no agobiarme pensando en la profundidad a la que me encontraría, en cuántas toneladas de tierra y rocas me estarían separando del exterior, en la cantidad de pasadizos y recovecos en los que podría perderme antes de hallar la salida…

Volví a cerrar los ojos y me concentré en tranquilizar el ritmo de mi corazón. No debía dejarme llevar por el pánico planteándome preguntas que todavía no necesitaba responder. Lo primero era averiguar si mis captores seguían cerca y cómo podría liberarme de aquellas cadenas. El eco de unos pasos acercándose por uno de los corredores pareció ser la respuesta a mis preguntas. Giré la cabeza hacia aquel sonido y me mantuve muy quieto, con los ojos entrecerrados, fingiendo que dormía.

La adorable joven que me había recogido en el bosque entró en escena. Estaba desnuda y solo su larguísima melena, que parecía brillar incluso con la tenue luz de la caverna, era lo único que cubría su esbelto cuerpo. Esperé para ver quién la acompañaba, pero nadie más entró en la caverna. Las preguntas seguían agolpándose en mi cabeza. Era imposible que aquella muchacha me hubiera trasladado hasta allí estando inconsciente. Además, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Para qué iba a atarme y retenerme en la oscuridad?

La joven se acercó y se encaramó sobre mí. Al notar su cuerpo sobre el mío, me di cuenta de que yo también estaba desnudo. Aquello me hizo sentir muy vulnerable, más incluso que el hecho de estar herido y atado. Aún así, no protesté ni me moví. Mantuve la respiración lenta y regular, imitando el ritmo de una persona que durmiera profundamente.

Con los ojos cerrados, la percepción de mis otros sentidos se

incrementó. Pude oler el aroma de su piel. Olía de una manera extraña, no como olería una mujer. Era un aroma húmedo, a algas, a cavernas oscuras, a descomposición… Una hermosa joven nunca debería oler así. El tacto de su piel sobre la mía también me sorprendió. Era resbaladizo y acuoso, como el de los peces. Me dio tanto asco que estuve a punto de abrir los ojos y ordenar a aquella criatura, fuera lo que fuera, que se apartase de mí y no volviera a tocarme. Pero en aquel momento sentí sus labios sobre la herida de mi brazo, escuché el repugnante sonido que hacía al sorber y sentí tanto miedo y tanto dolor que fui incapaz de reaccionar.

Mi mente se nubló. Pensé que estaba a punto de desmayarme, que mi cuerpo había decidido resguardarse de aquella sensación de lava ardiente recorriendo mis venas y provocando latigazos en cada uno de mis músculos sumiéndome en la inconsciencia pero, extrañamente, no fue así. De repente, me encontré en la torre de Eurys, el lugar del que Wilbardo y yo habíamos huido hacía apenas unas horas. Ya no se escuchaban los gritos de los hombres, ni el canto vibrante de las trompetas, ni el siseo de las lluvias de flechas surcando los cielos. Solo se oía el susurro del viento bailando en las almenas y los graznidos de los múltiples cuervos que se afanaban en arrancar los ojos de los cadáveres que abarrotaban el suelo. Todos habían caído, todos nuestros soldados habían muerto. Se veía el terror impreso en sus rostros y los mordiscos de los no muertos en sus cuerpos profanados. La sangre reseca impregnaba el suelo. Se había convertido en una capa oscura y pegajosa que amenazaba con atrapar mis pies e impedirme la huida. El hedor de la muerte lo inundaba todo. Sentí que el estómago se me revolvía y me giré para dejar de ver aquel dantesco espectáculo y poder vomitar en alguna esquina, pero el aire rieló y, de repente, ya no estaba allí.

Me encontré atravesando la puerta de una casa de paredes encaladas. Estaba en la entrada de un patio interior rodeado de arcos y adornado con cortinas de seda azulada que bailaban con la fresca brisa de la tarde. Hasta mí llegaba el sonido de las fuentes, el canto de los pájaros, el suave aroma de las rosas... Agradecí tanto el cambio que estuve a punto de arrodillarme en el suelo, echarme a llorar y agradecer a los dioses que me hubieran sacado de mi pesadilla. Pero entonces me di cuenta de que no estaba solo. En el centro de aquel patio, recostadas sobre un sinfín de cojines de terciopelo, distinguí dos figuras humanas. Una de ellas era imponente, casi monstruosa. Era un hombre calvo y estaba semidesnudo. Las múltiples lorzas de carne y grasa rodeaban su cuerpo deformado y se movían como si fuera gelatina cada vez que se reía. Casi aplastada por aquella mole se podía ver a la otra figura, muy pequeña y débil en comparación. Era un niño

rubio, también semidesnudo, que luchaba con uñas y dientes por escapar del contacto de aquel monstruo. Cuando gritó aterrorizado, reconocí la voz de Hal y entonces recordé dónde había visto a aquel hombre repugnante. Era el pederasta que había intentado comprar a Hal en el mercado de esclavos de Estea, el degenerado del que había conseguido salvarle. No entendía qué había pasado para que Hal hubiera acabado cayendo en sus garras, pero tenía que detenerle. Corrí hacia ellos, dispuesto a arrancarle los ojos a aquel engendro con mis propias manos, pero, de repente, tropecé con algo invisible que me impedía el paso y caí hacia atrás. Me senté en el suelo, atontado y dolorido, sin comprender contra qué había chocado. Frente a mí no había más que aire, no había nada que se interpusiera en mi camino para llegar hasta Hal y, sin embargo, acababa de golpearme la cara contra algo tan consistente como un muro.

Volví a levantarme y traté de acercarme de nuevo a ellos. Me costó no correr porque los gritos de Hal eran cada vez más desgarradores, pero avancé con los brazos por delante, dispuesto a descubrir qué estaba pasando allí. Mis manos golpearon aquella barrera invisible, que me impedía acercarme a pesar de poder verlos con total claridad, de poder escuchar con detalle los gritos de terror de Hal y las risas de aquel monstruo. Corrí alrededor del patio, desesperado, llamando a Hal, maldiciendo a su violador y exigiéndole que parase, tratando de encontrar algún resquicio en aquella barrera invisible que me permitiera pasar y salvar a mi amigo… pero no encontré nada.

El aire volvió a rielar y me encontré en una llanura cubierta de un brillante manto blanco. El aire era frío y arrojaba una espesa cortina de nieve contra mí. A través de la tormenta, pude distinguir a un ejército que se acercaba. En un primer momento, pensé en quedarme allí de pie esperando su llegaba. Quizá eran amigos, hombres de las Tierras del Norte. Tenía que agarrarme a aquella posibilidad. Necesitaba que alguien detuviese aquella pesadilla. Pero, en cuanto estuvieron un poco más cerca, distinguí el emblema que adornaba sus estandartes: un copo de nieve que destacaba blanco y radiante sobre un fondo verde oscuro. Era el ejército de Ursya el que se acercaba. Mis ruegos no habían sido escuchados, así que, tras otear el paisaje a mi alrededor, descubrí unas rocas tras las que podría esconderme hasta que hubieran pasado.

Me quedé allí muy quieto, temeroso de que aquellos hombres pudieran escuchar mi respiración y el castañeteo de mis dientes. Si tardaban demasiado en pasar, no sería necesario que me mataran. Moriría de frío yo solo. Por suerte, avanzaban a buen ritmo. En pocos minutos, la cabecera de la marcha se colocó a escasos metros de mi escondite. Me quedé mirando impresionado las enormes figuras de

aquellos guerreros, tan anchos de espalda como un roble centenario, tan cubiertos por sus pieles que parecían osos montados a caballo. La lanza del comandante que ocupaba el centro de la marcha llamó mi atención. Había algo clavado en aquella pica: una cabeza humana de largo cabello rubio. Sentí que mi estómago se encogía por el terror y empecé a musitar una y otra vez las mismas palabras: "Por favor, no. Por favor, no. Por favor, no…". Cuando la comitiva pasó por mi lado, comprobé como se cumplían mis peores miedos. Era la cabeza de Bryt la que adornaba la punta de aquella lanza. Me costó reconocerle: su rostro estaba amoratado, su lengua colgaba de entre sus labios entreabiertos como en una macabra broma y le habían sacado los ojos, pero era él, mi amigo, mi compañero, mi maestro… Sentí el ardor de las lágrimas arrasando mis ojos. Apreté los puños con rabia para no lanzarme contra aquellos miserables y contuve el grito que pugnaba por salir de mi garganta para liberarme de todo aquel dolor. Cerré los ojos para que aquella horrible visión desapareciera… y lo hizo.

Cuando volví a abrirlos, estaba sumido de nuevo en la penumbra. Escuché ruidos de cadenas, gritos pidiendo auxilio, sollozos… Estaba en el pasillo de alguna tenebrosa cárcel. Había celdas a ambos lados, pero sus ocupantes no parecían verme. Algunos gritaban y sacudían los barrotes, otros lloraban en una esquina, otros permanecían con la vista clavada en un punto indeterminado de las sombras, quizá esperando que la muerte acudiera a rescatarles. Avancé por aquel pasillo sin que nadie reaccionara a mi presencia. Llegué a pensar que me había convertido en un fantasma, que había muerto sin darme cuenta y estaba condenado a vagar por parajes cargados de dolor sin poder hacer nada para evitarlo.

Aquel pasillo desembocaba en una sala más amplia. El ambiente estaba tan cargado que resultaba casi irrespirable. Distinguí un potro, una dama de hierro, un toro de Falaris… Me di cuenta de que acababa de entrar en una cámara de tortura y pensé en darme la vuelta. No quería saber qué le esperaba a la joven que colgaba de las muñecas en mitad de la sala, encadenada al techo. Pero entonces ella levantó la cabeza y me clavó aquellos ojos del color de la miel derretida y supe que no podía irme.

Una puerta se abrió en un lateral de la sala. Me quedé boquiabierto al ver quién acababa de entrar. Era Thaeba, tan hermosa como siempre. Portaba un látigo de siete colas en una de sus manos. Cada una de las puntas terminaba en una pequeña estrella puntiaguda y afilada. Me quedé absorto, viendo como se acercaba a Sirtha con paso felino y elegante, sorprendido por el aura oscura que parecía rodear su figura y por el brillo maligno que destellaba en sus ojos. Cuando se colocó detrás de Sirtha y alzó el brazo para hacer volar las colas de su látigo,

salí de mi estupor y traté de correr hacia ella para detenerla… pero volví a encontrarme con una barrera invisible que me impedía el paso. Grité desesperado mientras intentaba arañar, rasgar y golpear aquel muro que no podía ver. Sirtha gritaba mientras la sangre manaba de su piel blanquecina y, entre golpe y golpe, Thaeba echaba la cabeza hacia atrás y se reía, cada vez más alto, cada vez más fuerte…

No pude soportarlo más. Me dejé caer al suelo y me quedé en posición fetal, con los ojos cerrados y las manos cubriendo mis oídos, tratando de abstraerme de aquel horror… Pero, tras mis párpados cerrados, las imágenes seguían sucediéndose. No eran solo visiones… Estaba allí: viendo como aquel monstruo seboso ultrajaba a Hal, contemplando como las huestes de Ursya paseaban orgullosas la cabeza cercenada de Bryt, escuchando los gritos de Sirtha mientras el látigo de Thaeba la despellejaba… Una y otra vez estaba allí, sin escapatoria, sin poder hacer nada más que sufrir…

Tuve un momento de lucidez. Creo que el dolor era tan grande que mi mente consiguió encontrar un hueco por el que escapar aunque fuera un segundo. Volvía a estar consciente, en la cueva. Maniatado, desnudo, indefenso, con el cuerpo lleno de heridas y golpes, consumido por la fiebre… Y, sin embargo, me sentí agradecido por aquellos momentos de descanso. La joven seguía sobre mí, restregando su cuerpo contra el mío, posando sus labios en mis heridas para mordisquearlas y abrirlas… Me di cuenta de lo que hacía. Se alimentaba de dolor, tanto físico como emocional, y conmigo se estaba dando un banquete. Rogué para que terminara pronto, para que me matara y acabara con mi sufrimiento, aunque sabía que no iba a ser tan fácil. Aquel ser, fuera lo que fuese, estaba disfrutando, saboreando con gula mi dolor, mis lágrimas, mis súplicas... No iba a dejarme escapar. Me mantendría vivo todo el tiempo que fuera posible. Me exprimiría hasta mi último aliento como si yo fuera una fruta madura y, cuando de mí no quedara nada más que una cascara reseca, me desecharía e iría en busca de su próxima víctima.

No quería cerrar los ojos y volver a ver aquellas imágenes, pero estaba tan agotado que ni siquiera era capaz de mantenerlos abiertos. Los cerré por un segundo y regresé a la pesadilla.

Me encontraba en el pasillo de una mazmorra, agarrado a los barrotes de una celda. En su interior mi madre agonizaba. Demacrada, enferma, despojada de toda su dignidad, obligada a yacer entre sus propios excrementos... Sus ojos, enormes y saltones en aquel rostro consumido, estaban fijos en mí y, con sus últimas fuerzas, extendía un brazo para pedirme ayuda… pero yo no podía hacer nada.

La imagen de la celda se difuminó y me encontré de nuevo en la cueva. Algo debía de haber llamado la atención de mi captora, porque había dejado de morder mis heridas y estaba erguida, con la mirada fija en la entrada de uno de los pasadizos. Parecía olfatear el aire como un animal salvaje que temiese la llegada de un depredador. Y entonces yo también lo escuché: se oían pasos avanzando por las galerías. De repente, se detuvieron y temí haberlo imaginado, que mi secuestradora hubiera ideado un nuevo método para infligirme dolor: darme esperanza para después arrebatármela. Pero una sola palabra bastó para devolverme la fe: —¡Kayne!

Era la voz de Wilbardo. Me estaba buscando, no me había abandonado a mi suerte, a pesar de que debían de haber pasado semanas desde mi desaparición. Intenté gritar para señalarle donde estaba, pero la muchacha puso una mano sobre mi nariz y mi boca. Abrí mucho los ojos, desesperado. Aquel ser pretendía ahogarme. Me mataría antes de perderme. Aquello me hizo sentir extrañamente en paz. Al menos la pesadilla terminaría.

Volví a escuchar el eco de los pasos del anciano, cada vez más cerca. Cada pocos metros, se detenía y volvía a llamarme. El monstruo me miró con odio y apretó aún más la mano que sostenía sobre mi boca, como si pretendiera ahogarme más rápido. Aunque había decidido dejarme morir, mi instinto de supervivencia no estuvo de acuerdo. Empecé a forcejear bajo el cuerpo de la joven y, a pesar del infinito cansancio que me invadía, conseguí alzar las manos y agarrar la suya para retirarla y buscar un poco de aire. La joven no me lo permitió. Volvió a tumbarse sobre mi cuerpo para impedir que me moviera y acercó su rostro al mío mientras emitía un siseo parecido al de las serpientes. El roce de su cuerpo húmedo y pegajoso y el olor a podrido que emanó de su boca me provocó arcadas. Luché por contenerlas. No quería morir ahogado en mi propio vómito. Miré a los ojos del monstruo, dos pozos de odio con enormes pupilas verticales, y me pregunté cómo había podido pensar durante un solo segundo que aquello era una mujer. Ella me lanzó una sonrisa cruel y empezó a abrir la boca, cada vez más y más. Sus labios se desfiguraron hasta dejar ver una enorme oquedad, una O perfecta totalmente rodeada de colmillos puntiagudos, como las bocas de las sanguijuelas. Se lanzó a mi cuello, se enganchó y comenzó a sorber. El sonido de succión era tan desagradable que deseé morirme para dejar de escucharlo. Supe que mis plegarias serían escuchadas pronto. Aquel ser no me estaba chupando la sangre, me estaba sorbiendo la vida.

A través de mis párpados entrecerrados, noté que la iluminación de la cueva aumentaba. Había un fulgor rojizo que se superponía a la enfermiza claridad amarillenta que imperaba en aquel infierno

subterráneo. Era la luz de una antorcha. Con mis últimas fuerzas, conseguí abrir los ojos para ver como Wilbardo entraba en la cueva y, sin dudarlo un segundo, se lanzaba sobre la criatura que estaba devorándome para colocar la tea ardiente sobre su piel desnuda. Se escuchó un chisporroteo y el aire se llenó con un extraño aroma, como a aceite quemado. La criatura soltó el agarre que mantenía sobre mi cuello y elevó la cabeza hacia el techo de la cueva para dejar escapar un grito agudo y estridente, un alarido de rabia y odio destilado.

El monstruo siseó rabioso y, de un ágil salto, se separó de mi cuerpo para lanzarse sobre el anciano, seguramente pensando que sería una presa fácil que añadir a su despensa. Sin embargo, el viejo mago estaba preparado. En cuanto el ser se separó de mí, Wilbardo elevó su mano y la lanzó hacia delante, señalando a la criatura. Una bola de fuego rojizo salió disparada e impactó en el cuerpo del monstruo. Conseguí incorporarme para ver cómo se consumía entre las llamas. Su larga cabellera había dejado de estar formada por hilos de seda dorados para convertirse en una maraña de hebras negras y guedejas enredadas parecidas a las algas en descomposición. Su piel ya no era blanca y suave sino oscura y escamosa. Sus manos, que me habían parecido pequeñas y amables, eran unas terribles garras de uñas ennegrecidas. El ser ya no necesitaba engañarnos y podía mostrarnos su verdadera esencia: sus ojos de serpiente, su boca de sanguijuela, su escamoso cuerpo de reptil… Por suerte, las llamas eran tan potentes que no tardó más de unos segundos en morir y convertirse en un amasijo oscuro e irreconocible que quedó tendido en el suelo, hediondo y humeante.

Wilbardo se lanzó a por mí y me ayudó a incorporarme. Apoyé la cabeza en su pecho y tuve ganas de llorar de alivio, pero el anciano no me lo permitió. Me separó para poder observar la herida de mi cuello, aún sangrante. Después me tumbó y revisó la herida de mi brazo y los innumerables cortes y hematomas que adornaban mi cuerpo.

—Gracias por no haberte rendido —conseguí pronunciar en susurros —. Has debido pasar años buscándome.

—Desapareciste hace dos horas —contestó Wilbardo, confuso.

Negué con la cabeza. Era imposible que hubiera pasado tan poco tiempo, que tanto dolor cupiese en tan pequeño intervalo. El mago debía de estar confundido o me estaba mintiendo para consolarme y que no creyese que había perdido gran parte de mi vida en manos de aquel monstruo. Aun así, le dirigí una sonrisa de agradecimiento.

—Relájate. Voy a curarte. —El mago se puso de rodillas a mi lado y colocó sus manos abiertas a unos centímetros de mi cuerpo—. Voy a invocar la ayuda de Tared para sanar tus heridas y que podamos

marcharnos.

Asentí para indicarle que estaba conforme. Cualquier cosa que hiciera desaparecer el dolor, la fiebre y el agotamiento que me invadía sería bienvenido. El anciano cerró los ojos y se concentró. Sentí un agradable calor en el centro de mi pecho, una sensación tan reconfortante y hogareña como colocar las manos frente a la chimenea en una lluviosa tarde de invierno. Pero, de repente, ese calor creció. Se extendió por mi pecho, por mi abdomen, se deslizó por mis extremidades y llegó a inundar mi mente. Ya no era agradable ni reconfortante. Era doloroso, dañino, como si toda mi sangre se hubiera transformado en lava, como si estuviera incendiándome desde dentro. Solté un grito de dolor desgarrador, agarré una de las manos de Wilbardo y la apreté con las pocas fuerzas que me quedaban mientras con mis ojos le rogaba que se detuviera.

El mago apartó las manos y cesó en su hechizo mientras me contemplaba asustado. De mi boca abierta, además del torturado lamento de dolor estaba surgiendo un humo blanquecino. Reconocí aquellos síntomas. Me había sucedido lo mismo en lo alto de la torre de Eurys, cuando traté de invocar la ayuda de Tared para poder lanzar bolas de fuego y ayudar al mago con la defensa de la ciudad.

Wilbardo me contemplaba estupefacto mientras negaba con la cabeza. Yo me limité a recuperar el ritmo de mi respiración, demasiado dolorido y asustado como para buscar alguna explicación coherente a lo que me estaba pasando.

—Los hechizos de sanación no son mi punto fuerte, pero nunca había visto algo así… Creo que tendremos que renunciar a la magia —dijo al fin, mientras se descolgaba un zurrón del hombro y empezaba a extraer las hojas y raíces de algunas plantas—. Tendré que curarte de la manera tradicional aunque tardemos más tiempo. ¿Crees que estaremos seguros aquí?

—Sí —conseguí pronunciar—. Creo que no había más seres como ella aquí dentro. —Volví a mirar el bulto negruzco en el que se había convertido mi captora—. ¿Sabes qué era?

—No estoy muy seguro. Nunca había visto ni había oído hablar de algo así. Algún tipo de espíritu acuático femenino… La verdad es que estoy muy confuso —admitió.

—¿Podrías llevártelo de aquí? —supliqué incapaz de seguir mirándolo.

—Sí, tranquilo. Lo sacaré de aquí, después te curaré y prepararé algo de comer. —El mago se acercó y colocó su mano sobre mi frente con la ternura de una madre—. No te preocupes y descansa. Ya estás a

salvo.

Capítulo veintiocho Tardamos seis días en abandonar la cueva. Aún no me encontraba repuesto del todo, pero mi herida estaba lo bastante cerrada para no reabrirse al cabalgar y, en las dos últimas noches, la fiebre había descendido. Parecía que el descanso y los brebajes que preparaba Wilbardo habían hecho su efecto y, a pesar de que seguía sintiéndome cansado, estaba casi seguro de que podría mantenerme sobre el caballo durante algunas horas. Además, me moría de ganas de salir de aquella cueva y poner toda la tierra posible de por medio con la causa de mis pesadillas. Seguía despertándome muchas veces cada noche con el corazón

desbocado, la respiración alterada y la cara bañada en lágrimas. En mis sueños, ella seguía estando viva y me torturaba una y otra vez, sin un segundo de descanso, sin escapatoria… Wilbardo había conseguido matar a aquel monstruo y curar en gran parte las heridas de mi cuerpo, pero el daño que le había infligido a mi alma seguía vivo… Quizás para siempre. Esperaba que alejarme de aquel lugar me ayudara a olvidar.

Después de un par de horas de camino, conseguimos dejar atrás aquel sombrío bosque. Detuve mi caballo nada más salir y me dediqué a mirar aquellas amplias llanuras, el camino que las cruzaba rodeando granjas, prados y sembrados con sus recodos, el viejo puente de piedra que servía para salvar un caudaloso río de aguas rápidas… Había temido que nunca más podría disfrutar del calor del sol sobre mi rostro y de la caricia del aire fresco. Wilbardo colocó su caballo junto al mío y extendió un brazo para darme un par de amistosas palmadas en la espalda y sacarme de mi ensimismamiento.

—Debemos continuar viaje. Hay una aldea cerca y me gustaría llegar para pasar allí la noche. —Cuando le miré, me guiñó un ojo—. Imagínatelo: una habitación con una cama cómoda y caliente, una chimenea, un buen asado acompañado de una jarra de vino con especias…

—No tienes que insistirme mucho. Estoy harto de tus guisos, mago —bromeé.

—¿Qué tienes que decir contra mis guisos? Te han salvado la vida y te han devuelto las fuerzas, muchacho desagradecido —protestó huraño.

—No creo que hayas cazado tantos conejos en esos bosques… —Antes de que pudiera decir nada, levanté la mano—. Temo que me has estado dando rata o algo parecido, pero prefiero que no me lo confirmes.

Di un par de golpecitos con los talones en los costados de mi caballo para que volviera a ponerse en marcha. Wilbardo se colocó a mi lado, con una sonrisa burlona en el rostro. Supuse que esa sonrisa era una confirmación a mis sospechas.

—Última vez que te salvo. En toda mi vida no me había cruzado con un príncipe tan desagradecido como tú.

Noté que su tono era burlón, pero, aun así, sus palabras despertaron en mi interior la necesidad de agradecerle lo que había hecho por mí.

—Tienes razón. No te he dado las gracias por haberte enfrentado a esa… esa… esa cosa. —Él agitó una mano para indicarme que no era necesario—. Por cierto, ahora que han pasado unos días y has podido recapacitar, ¿sabes qué era el monstruo que me atacó?

—No, no sé qué era. He oído hablar de seres parecidos en los cuentos de viejas… Ya sabes: espíritus malignos que toman forma femenina y que asaltan a los inocentes viajeros seduciéndolos con su aspecto angelical.

—A mí no tuvo que seducirme. Estaba tan destrozado que se me llevó sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Da igual. Si hubieras estado mejor, te habría seducido —dijo el mago encogiéndose de hombros—. No pareces de los que le ponen muchas pegas a una bella moza de cabellos rubios y caderas anchas.

—Tal como te expresas, tampoco da la impresión de que tú fueras a resistirte mucho —bromeé.

—Yo soy un hombre de dios —protestó el anciano.

Solté una carcajada y continué mi camino. Un par de segundos después, escuché como Wilbardo me seguía, sin hacer ningún esfuerzo para alcanzarme y ponerse a mi lado. Esperé unos minutos antes de girarme a mirarle. El anciano cabalgaba con la mirada perdida y una expresión seria y preocupada en su rostro. Decidí refrenar mi caballo para esperarle.

—¿Qué pasa, Wilbardo? Te veo preocupado. —El mago negó con la

cabeza y fingió una sonrisa para restarle importancia. Me negué a dejarlo pasar y detuve de nuevo mi montura—. Dime qué estás pensando o no seguiré adelante. Nos quedaremos sin posada, sin colchón blando, sin asado ni vino…

El anciano dejó escapar una sonrisa cansada y asintió. Volvimos a ponernos en marcha mientras él hablaba.

—Es ese ser y todos los demás monstruos que dices haber encontrado en tus viajes… Es una locura… Todas esas historias que me has contado: vuestro naufragio por el ataque de la serpiente marina; vuestros encuentros con las nagas, los gules, las arpías… —El anciano se giró hacia mí como si no supiera cómo seguir su explicación sin ofenderme—. Todas esas criaturas pertenecen a los cuentos, son solo leyendas que cuentan las viejas para asustar a los niños o los marineros para conseguir un trago gratis… Pensaba que eran invenciones tuyas para engrandecer tu figura y hacer que los bardos cantaran tus hazañas. Ya sabes… Hay un montón de historias sobre reyes y príncipes de la antigüedad que acabaron con gigantes o dragones…

—Pero lo que yo cuento es verdad… —protesté.

—Ellos habrían dicho lo mismo, pero eso no es lo importante. Yo estaba dispuesto a dejarte contar esas historias y que te ganaras un puesto en las canciones de los trovadores, pero sabiendo que todo eso era mentira. —El mago tomó aire y lo dejó salir en un largo y sonoro resoplido—. El problema es que pueden ser verdad. Ahora que he visto a los muertos vivientes atacando Eurys y que yo mismo he luchado contra ese monstruo que te secuestró, no puedo seguir diciéndome que esos seres no existen.

—Pero dijiste que lo de los muertos era normal, que los sacerdotes de Olvasus son expertos nigromantes que pueden devolver a los cadáveres a la vida —dije confuso.

—Y lo son. Pueden devolver un cadáver a la vida durante unos minutos. Incluso pueden darle alguna orden básica o mantener una conversación con él… Pero no pueden hacer lo que vimos en Eurys… Cientos, quizá miles de cuerpos levantándose al mismo tiempo, con voluntad propia, con la energía suficiente para atacar… Eso no ha sucedido nunca en la historia. Al igual que las serpientes marinas, las nagas o las arpías nunca han existido fuera de los cuentos.

—¿Entonces qué está sucediendo? —pregunté sintiendo como un escalofrío recorría mi espalda.

—No lo sé… Parece que el mundo se llenó de magia. La noto a mi alrededor, chisporroteando como una corriente, como algo vivo que lo

inunda todo. Incluso mi magia es mucho más fuerte de lo que solía ser… Cientos de veces más fuerte.

—¿Y a qué crees que puede deberse?

—A que los dioses se han despertado de su letargo y están vagando sobre este mundo —respondió mirándome a los ojos.

—¿Y eso es bueno? —pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé… —Wilbardo agachó la cabeza y desvió su mirada, como si le avergonzaran sus siguientes palabras—. A mí me da miedo.

Según nos fuimos acercando a Valoria, los rumores fueron haciéndose más frecuentes y sombríos, pero nada nos había preparado para el paisaje que se extendió ante nuestros ojos cuando pudimos ver al fin los muros de la ciudad.

La mañana había sido gris, con un cielo cubierto de nubes negras, portadoras de funestos presagios. El sol era un pálido disco sin brillo ni fuerza, una triste imitación del astro rey. Desde que habíamos salido de la aldea en la que habíamos pasado la noche, una bandada de cuervos había sobrevolado nuestras cabezas, desquiciando mis nervios con sus continuos graznidos.

Había pensado que mi ánimo no podía decaer más y que estaba preparado para cualquier cosa que pudiera encontrar en Valoria. Los rumores que llevábamos escuchando en los últimos días acerca de persecuciones y ejecuciones en la ciudad nos habían puesto sobre aviso, aunque nadie había sabido explicarnos a qué se debían. Pero aquel paisaje, aquel olor… Nada podría haberme preparado para aquello.

Las almenas de la muralla sur, hacia la que nos conducía el camino, estaban decoradas con picas, en las que habían colocado cabezas cercenadas, y con gruesas varas que servían para exponer cuerpos empalados. Algunos de esos cuerpos aún se movían. Aquella gente había sido empalada viva. Sus cuerpos se habían colocado allí para sufrir el más horrendo de los castigos y que toda la ciudad contemplase su agonía. Detuve mi caballo y me quedé mirando estupefacto aquel espectáculo. No podía creerlo, por mucho que mis ojos me lo estuviesen mostrando. Estábamos en Anglya. En mi país no se hacían esas cosas. No éramos salvajes.

—No lo entiendo. ¿Son enemigos? —me pregunté en voz alta intentando encontrar una explicación.

—No lo parece. No llevan uniforme. No son soldados de Olvasus —

respondió Wilbardo con voz tenue. Parecía que él tampoco entendía lo que estaba viendo.

—¿Y quiénes son? ¿Qué han podido hacer para merecer semejante castigo? —Espoleé mi montura, dispuesto a entrar al galope en la ciudad y exigir explicaciones—. Vamos. Valoria debe haber caído en manos de un loco.

Wilbardo iba a seguirme, pero algo saltó en medio del camino, impidiéndonos el paso y haciendo que mi montura se encabritase. Tuve que luchar contra ella para que no me derribara y para evitar que golpeara con los cascos a la pequeña figura que se había quedado en cuclillas cubriéndose la cabeza con ambos brazos. Cuando conseguí que mi caballo se tranquilizara, salté al suelo, dispuesto a echarle a aquel crío la bronca de su vida por haber estado a punto de matarnos y haberse puesto en peligro, pero, cuando lo agarré por los brazos, le hice levantarse y conseguí verle la cara, quedé paralizado de inmediato por aquellos límpidos ojos azules que había temido no volver a ver.

—¿Hal? —pronuncié en un susurro, como si creyera que decir su nombre en voz alta fuera a hacer que se desvaneciera como un fantasma.

—¡Kayne! —contestó él antes de abrazarse a mi cintura y empezar a sollozar—. Todos decían que habías muerto, pero yo sabía que no. ¡Estás aquí!

—Tranquilo —dije mientras acariciaba su pelo para que cesara en su llanto—. Estoy aquí. Os prometí que me reuniría con vosotros.

—Pero hace muchos días que Eurys cayó y no aparecías. —Hal se separó de mí y me lanzó una mirada furiosa y acusadora—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has venido antes? Todos decían que habías muerto, pero yo sabía que no. Llevo días escondido al borde del camino, esperando tu regreso…

Me disponía a contarle al niño todo lo que nos había pasado desde que nos separamos, pero, de repente, él negó con la cabeza, cogió las riendas de mi caballo y se puso en movimiento hacia un grupo de casas que se veían a un par de kilómetros del camino, alejándose de la muralla.

—¿Dónde vas? —le pregunté—. Tenemos que ir a la ciudad y saber qué está ocurriendo.

—Hay mucho de lo que hablar, pero no podemos hacerlo aquí —dijo el niño—. Tenemos que escondernos.

Miré a Wilbardo y enarqué una ceja. El mago se encogió de hombros,

pero asintió. Parecía que él también se fiaba del niño. Me acerqué a él y, tras agarrarle por la cintura, conseguí izarle hasta la grupa de mi caballo y subir detrás.

—Supongo que podemos ir cabalgando hasta ese escondite tuyo. —Esperé hasta que el niño asintió y puse en marcha mi montura—. Está bien. Las explicaciones tendrán que esperar.

Cuando llegamos al grupo de casas, Hal nos pidió que nos caláramos las capuchas de nuestras capas y que nos mantuviéramos en total silencio. Aquel lugar parecía un pequeño pueblo, con un antiguo templo dedicado a Tared, que había conocido tiempos mejores, un grupo de humildes viviendas y una mugrienta taberna hacia la que Hal nos estaba dirigiendo.

Cuando llegamos a la puerta, Hal nos indicó que debíamos desmontar y atar los caballos al poste de la entrada antes de seguirle al interior. Mientras ataba mi caballo, mi vista se desvió hacia un par de carteles que adornaban la entrada del establecimiento. Sentí que un sudor frío se extendía por mi cuerpo. Uno de los carteles era un fiel retrato de mi madre. El dibujante incluso había conseguido captar su fría mirada y su gesto altivo. En el otro retrato aparecía mi cara, aunque me habría gustado poder discutir con el artista sobre el tamaño de mi nariz. Bajo el rostro de mi madre aparecía una cantidad: 2.000 zalines. Bajo el mío, en letras muy grandes y marcadas, un par de frases: “10.000 zalines. Vivo o muerto”.

Iba a preguntar qué significaba aquello, pero Hal me indicó por señas que no dijera nada y que le siguiera. Entramos en la taberna, que era aún más pequeña, sucia y oscura de lo que parecía desde fuera. En una esquina, un par de borrachos daban cuenta de una jarra de cerveza. En la otra, cerca del fuego, cuatro ancianos jugaban una partida de cartas. Se giraron a mirarnos durante un segundo, pero el camarero dio un fuerte golpe en la barra con su enorme manaza y todos decidieron que sería mejor meterse en sus asuntos. Miré al camarero de reojo desde la seguridad que me daba estar cubierto por mi capucha y me estremecí. Por mucho que Wilbardo dijese que los seres mitológicos solo existían en las leyendas, estaba seguro de que aquel tipo era hijo de un trol.

Hal se metió tras la barra, así que le seguimos. El tabernero apartó una cortina tan sucia que casi era rígida y nos hizo pasar a un almacén donde guardaba las tinajas de bebida y las cajas de comida que servía en su local. Todo olía a rancio, a humedad, a polvo… Me prometí a mí mismo no consumir nada allí ni aunque mi vida y mi libertad dependieran de ello.

El niño encendió un candil y, con él en la mano, se encaminó al fondo

de la estancia. Apartó una raída alfombra para dejar al descubierto una argolla oxidada que servía para levantar una trampilla. Sin preguntar nada, tiré de ella y dejé al descubierto una escalera de mano que se internaba en la oscuridad. Hal nos hizo un gesto con la cabeza para indicarnos que debíamos ir tras él y empezó a descender. Aquello me convencía cada vez menos, pero seguía confiando lo bastante en Hal como para seguirle. Cada vez tenía más preguntas y parecía que las respuestas estaban allí abajo.

Cuando acabé de descender la escalera y me giré, me quedé sin habla. Mi madre estaba allí, sentada en un sillón destartalado con la misma dignidad con la que se sentaría en el salón del trono. A su lado, Sirtha acababa de levantarse de un salto al ver a dos encapuchados entrando en su refugio y nos amenazaba con el puñal que acababa de sacar de su cinturón. Me apresuré a quitarme la capucha y mostrarle mi rostro antes de que nos ensartara.

No estaba preparado para su reacción. Soltó un grito emocionado, mitad sollozo, mitad risa nerviosa, dejó caer el puñal y se lanzó hacia mí. Rodeó mi cuello con sus brazos y, sin mediar palabra, chocó sus labios contra los míos, con urgencia, con violencia, con el ansia de un viajero perdido que acaba de encontrar agua tras atravesar el desierto.

No tuve que pensar qué hacer. Mi cuerpo reaccionó solo. La rodeé con mis brazos y respondí a su beso como si fuera lo que más deseaba en el mundo. Y era verdad. No había nada que deseara más. Su contacto, su aliento, el calor que desprendía eran el mejor bálsamo para todas mis heridas. Sentí que, mientras la tuviera así de cerca, nada malo podría tocarnos, que la felicidad que ella me daba alejaba de mí cualquier dolor, pena o culpa.

Por desgracia, un carraspeo impaciente de mi madre rompió la magia. Sirtha apartó sus labios de los míos, agachó la cabeza y se sonrojó. Me hizo gracia ver a aquella mujer tan fuerte y valiente comportándose como una tímida doncella. Sin soltar su cintura, dirigí una mirada a mi madre. Me observaba con una ceja enarcada y una sonrisa calculadora en el rostro. Seguramente estaba planteándose si la unión de su segundo hijo con la hermana del próximo líder de las Tierras del Norte podía beneficiar a la corona. No sé por qué pero aquellos cálculos me hicieron sentir incómodo, como si fuera un caballo a punto de ser subastado, así que solté a Sirtha y di un paso al frente para saludar a mi madre con una reverencia. Ella negó con la cabeza, se levantó de su asiento, se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Hacía tanto tiempo que no recibía un abrazo suyo que incluso me sorprendió descubrir que su cuerpo era cálido y no te congelaba con su contacto.

Cuando se separó, me señaló su asiento. No había ningún otro lugar en el que sentarse en aquel oscuro almacén. Tan solo aquel sillón desvencijado y un par de colchones mugrientos. Negué con la cabeza, incapaz de comprender.

—¿Qué hacéis en este sitio? ¿Por qué os ocultáis? —pregunté.

Mientras esperaba la respuesta, tomé la mano de mi madre y la guié hacia el sillón para indicarle que era ella quien debía ocuparlo. Después, me senté sobre uno de los colchones, con Sirtha a un lado y Hal al otro. Wilbardo ocupó con esfuerzo el colchón colocado enfrente.

—Supongo que habrás visto los carteles. Y las cabezas cortadas y los cuerpos empalados que adornan las murallas… Son ciudadanos de Eurys que no supieron dar ningún dato sobre nuestro paradero y fueron ejecutados por ello. —Mi madre tomó aire y se mordió el labio inferior antes de continuar—. Han puesto precio a nuestras cabezas.

—¿Pero quién ha podido hacer eso? No lo entiendo —protesté—. Tenemos que hablar con Habel para que detenga esta locura.

—Ha sido tu hermano quien lo ha hecho. —Mi madre me miró con una mezcla de pena y ternura, como miraría una madre gata a un cachorro que le ha salido especialmente torpe—. ¿Quién más podría dar una orden así?

Boqueé como un pez fuera del agua, sin saber qué decir. Aquello era imposible. El silencio se adueñó de la estancia. Parecía que todos habían decidido darme el tiempo que yo necesitara para asumir aquella realidad. Negué con la cabeza. Ni todo el tiempo del mundo me haría comprender algo así.

—No puede ser… ¿Por qué iba a ordenar que nos persiguieran? ¿Qué hemos hecho?

—Yo escapé para ir en tu busca porque creo que tu hermano no está en condiciones de ocupar el trono de Anglya y que debes ser tú quien lo haga. Aunque Habel no esté seguro de cuáles fueron mis intenciones al huir de palacio, creo que puede imaginárselas. Estoy acusada de alta traición —respondió mi madre—. Y creo que ha extendido esas sospechas a ti.

Volví a negar con la cabeza. Podía llegar a creerme que Habel me acusara de traición a mí. Después de todo, aunque no lo supiera ni nunca pudiera llegar a probarlo, al acostarme con su prometida y provocar accidentalmente su muerte, yo le había traicionado. Podría decirse que había cierta justicia poética en el hecho de que me acusara del delito correcto con las sospechas equivocadas. Pero mi madre… Habel la adoraba, la idolatraba desde niño…

—Tienes razón —musité al fin en un tono de voz tan bajo que todos se inclinaron hacia mí para escucharme—. Lo que hay dentro de ese cuerpo no es Habel. Él jamás te haría daño. Tenemos que descubrir qué pasa y detenerle.

Todos se pusieron a hablar a la vez, proponiendo cuáles deberían ser nuestros próximos pasos. Sirtha creía que deberíamos ir hasta las Tierras del Norte y pedirle ayuda a su hermano. Mi madre pensaba que lo mejor sería hablar con los nobles de Anglya para intentar ponerlos de nuestra parte y reclutar un ejército. Wilbardo opinaba que lo mejor sería escondernos en un pequeño templo abandonado a un par de jornadas de donde estábamos hasta que hubiéramos diseñado un plan, idea a la que se unió Hal. Yo solo paseaba mi mirada entre todos ellos, sintiendo como el corazón se me encogía más y más a cada segundo. En aquella diminuta y oscura estancia estaban las personas que más quería en el mundo y todas ellas estaban en peligro por mi culpa. Íbamos a enfrentarnos al supremo rey de Anglya, el dueño del ejército más poderoso del mundo. Era imposible que nosotros cuatro le hiciéramos frente. Podía aceptar la idea de mi captura y de mi muerte. Había muchos momentos a lo largo del día en los que seguía pensando que merecía tal castigo. Pero no podía permitir que ninguno de ellos sufriera daño.

—¡Callad! —grité incapaz de seguir con aquello un segundo más—. No vamos a hacer nada de eso. No hasta que esté seguro de que estáis a salvo.

—¿A salvo? —preguntó Sirtha—. No vamos a dejarte solo.

No me gustó la determinación que vi en sus ojos. La conocía y sabía que era más fácil variar la rotación del planeta que conseguir que cambiase de opinión. Si quería alejarla del peligro, tendría que engañarla.

—Me refiero a mi madre y a Wilbardo. No quiero que les suceda nada malo —mentí—. Necesito saber que están seguros antes de enfrentarme a Habel. Pero no se me ocurre cómo… ¿Existe algún lugar fuera del alcance del todopoderoso rey de Anglya?

—Existe —dijo mi madre—. Un lugar en el que habitan algunas de las sacerdotisas y videntes más poderosas de este mundo, un sitio en el que quizá puedan explicarnos qué le está sucediendo a Habel.

—¿Y qué lugar es ese? —pregunté intrigado.

—La sagrada isla de Ebona.

Capítulo veintinueve La silueta de la isla de Ebona se dibujaba en la lejanía, coronada por un volcán del que surgía una leve columna de vapor blanco al que se conocía como Aliento de Lybeth, pues se decía que la misma diosa habitaba en su interior. Hacía casi diez días que habíamos partido de Valoria y me emocionaba tanto la idea de volver a pisar tierra firme que había salido a contemplar como la isla iba creciendo ante mis ojos desde el mismo momento en el que el vigía la había avistado.

Escuché unos pasos en la escalera que subía a cubierta y me giré para ver quién venía a acompañarme. Hal apareció sonriente y emocionado y, sin decirme nada, corrió hacia la proa para mirar el paisaje. Estaba seguro de que el niño estaba aún más impaciente que yo por poder bajar de aquel pequeño barco que empezaba a parecernos una cárcel flotante. Tras él apareció Wilbardo, que, después de gritarle al niño que tuviera cuidado y no se asomara demasiado, se colocó a mi lado y empezó a prepararse una pipa con la mirada perdida y soñadora clavada en la isla.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó tras dar la primera calada.

Asentí sin apartar la mirada de sus altos y escarpados acantilados, donde las olas chocaban con furia levantando columnas de espuma. Nos dirigíamos hacia una playa de arena blanca, único punto de la isla en el que parecía que se podía atracar un barco sin que se hiciera pedazos contra las rocas. Desde ese lugar, un camino se internaba en un espeso y antiguo bosque. No se veía ningún puerto ni edificación, como si la isla estuviera deshabitada, como si fuera un espacio virgen y misterioso por descubrir.

—Sí, es preciosa —admití—. ¿Es la primera vez que vienes?

Wilbardo chasqueó los labios asqueado y refunfuñó algo entre dientes. Dejé de contemplar los acantilados de Ebona para girarme hacia él y descubrir qué era lo que había molestado al anciano. Me contemplaba con el ceño fruncido mientras negaba con la cabeza.

—Sé que nunca mostrabas interés en clase, pero me parece increíble que ni siquiera recuerdes datos que competen a tu propia familia —dijo con voz dura.

—¿A mi familia? ¿Qué tiene que ver mi familia con esta isla?

El mago abrió los ojos con estupor y volvió a refunfuñar algo entre dientes. Esa vez entendí algunas palabras poco halagüeñas dirigidas a mi persona. Por suerte, antes de que volviera a preguntar, Wilbardo decidió explicarse.

—Sabes al menos que nuestro año comienza con un eclipse total de sol, ¿verdad? —Esperó a que asintiera, soltó un suspiro y continuó su explicación—. Ese eclipse conmemora la unión de Tared, dios del sol, y su esposa Lybeth, diosa de la luna, unión de la que nacieron los demás dioses. ¿Me sigues hasta aquí?

Asentí con convicción, a pesar de que para mí el día de comienzo de año siempre había sido una razón para irme de fiesta y no una conmemoración religiosa. Casi se me escapó una sonrisa al recordar la borrachera del último año nuevo, pero conseguí contenerla y fingirme muy interesado en las explicaciones de Wilbardo.

—Para celebrar ese hecho, los sacerdotes de Tared viajamos desde el templo de Antius hasta la isla de Ebona y nos unimos a sus sacerdotisas…

—¿Así que montáis una orgía anual? —pregunté sorprendido—. Bonita manera de empezar el año. ¡Vaya pájaros estáis hechos!

La carcajada se me congeló en los labios al ver la mirada de furia que brillaba en los ojos de Wilbardo. Tenía los labios tan apretados que ni siquiera se le veían. Frunció el ceño y golpeó las tablas de cubierta con su bastón.

—¡No permitiré más blasfemias! —rugió—. No sé si me molesta más tu ignorancia o tu falta de respeto.

Levanté ambas manos pidiéndole que se tranquilizara. No había sido mi intención molestarle de aquella forma ni tenía ganas de acabar devorado por una de las bolas de fuego que sabía que Wilbardo podía invocar.

—Lo siento. No pretendía molestarte. Lo lamento muchísimo —me disculpé poniendo mi mejor cara de arrepentimiento—. Soy un patán y un imbécil. ¿Podrás perdonarme?

—Está bien. —Wilbardo le dio un par de profundas caladas a su pipa antes de seguir hablando—. Te lo seguiré explicando, aunque no lo merezcas. Prefiero que metas la pata aquí conmigo que delante de las sacerdotisas de Ebona.

—Sí, yo también creo que será mejor.

—De esas sagradas uniones siempre nacen niñas, las hijas de la diosa, destinadas a continuar con el linaje de la isla. Esas muchachas reciben una educación exquisita en todas las artes y ciencias y, cuando cumplen los catorce años, realizan una prueba para saber si han sido bendecidas por la diosa con capacidades mágicas. Las que superan la prueba se convierten en sacerdotisas de la diosa y se quedan en la isla para siempre.

—¿Y las que no la superan? —pregunté interesado.

—Las que no la superan deben abandonar la isla, pero se les busca el mejor destino. Su educación y modales son tan distinguidos que toda familia noble desea a una hija de Ebona como esposa para sus hijos varones. —Wilbardo volvió a negar con la cabeza—. De verdad que no puedo creer que no sepas estas cosas.

—¿Y por qué debería saber eso?

—Porque tu propia madre se crió en Ebona. Era la mejor alumna de su promoción, una joven que destacaba entre todas las demás por su belleza, carisma, inteligencia… Todo el mundo pensaba que aquella excelsa criatura había sido bendecida con todos los dones de la diosa y que era una firme candidata a sustituir a su madre como próxima suma sacerdotisa de Ebona —explicó el mago—. Cuando falló las pruebas, demostrando que no poseía ninguna capacidad mágica y que debía abandonar la isla, se consideró una tragedia. Por suerte, su fama se había extendido por todo el mundo. Incluso había cantares sobre la belleza y gracia de la llamada princesa de Ebona. Vuestro padre, el rey, solicitó su mano de inmediato… y el resto de la historia ya lo conoces.

—No puedo creerme que no haya oído todo esto antes —musité sorprendido.

—Yo tampoco, sobre todo porque estoy seguro de habéroslo explicado en clase a tu hermano y a ti. —Wilbardo resopló—. A saber en qué tonterías estarías pensando.

Iba a disculparme de nuevo, pero un grito de sorpresa de Hal llamó nuestra atención. El niño estaba inclinado sobre la cubierta, con medio cuerpo fuera del barco, y nos llamaba excitado. Corrí hacia él, más para evitar que acabara cayendo al agua que por saber qué era lo que quería mostrarnos. Le agarré por la cintura y, una vez que le tuve seguro, me asomé para ver qué había llamado su atención. Me quedé boquiabierto, sin saber qué decir, mientras observaba a los cientos de seres translúcidos que rodeaban la quilla de nuestro barco como si nos escoltaran. Sus brazos, sus torsos y sus cabezas, adornadas por larguísimas cabelleras, eran de mujer, pero, a partir de la cintura, se extendían ocho largos tentáculos. La luz del sol atravesaba la leve capa de agua que nos separaba de ellas y arrancaba destellos iridiscentes a sus cuerpos casi transparentes. Parecían tan leves, tan tenues, como si estuvieran a punto de desaparecer bajo la espuma de las olas, como si solo fueran parte de un sueño que se desvanecería al intentar recordarlo.

—¿Qué son? —pregunté entre emocionado y aterrado.

—Cecaelias —respondió Wilbardo—. Mitad mujeres, mitad pulpos. La leyenda dice que son las guardianas de la isla, que se encargan de que ningún ejército enemigo pueda llegar a poner el pie en Ebona.

—¿Nos permitirán pasar? —preguntó Hal asustado.

—Supongo que sí. —respondió el mago con tono dubitativo.

—¿Cómo que supones? —dije preocupado.

—Es la primera vez que las veo —explicó Wilbardo—. Como he dicho, eran leyendas. Nadie las había visto antes.

Cruzamos las miradas, sin saber qué más decir. Aquello era una nueva prueba de que el equilibrio de nuestro mundo estaba cambiando, de que la magia estaba desatada y de que, quizá, como pensaba Wilbardo, los dioses habían despertado de su letargo y caminaban entre nosotros. Me mantuve unos minutos contemplando los giros y evoluciones de aquellos seres alrededor de nuestro barco. Parecía que solo jugaban, que nos estaban escoltando hasta la isla y dándonos la bienvenida. Cuando me tranquilicé, volví a mirar a Wilbardo.

—¿Hay alguna otra leyenda sobre la isla que deba preocuparnos? —pregunté sarcástico.

—Bueno… —El mago se levantó el sombrero y se rascó la nuca antes de contestar—. Dicen que un pulpo gigante, padre de todas las cecaelias, duerme su letargo de siglos bajo las entrañas de la isla, pero que se despertará si alguna vez sus habitantes corren verdadero peligro. Y también se dice que la propia isla es un ser vivo de proporciones monstruosas que algún día despertará y continuará su viaje.

Esbocé una sonrisa sarcástica ante aquellas ridículas leyendas, pero sabía que, desde aquel momento, no iba a mirar a la isla con los mismos ojos y que no iba a poder estar tranquilo mientras me encontrara sobre su superficie. Wilbardo soltó una carcajada y me dio un par de golpes en la espalda.

—La mayoría de las veces los cuentos de viejas son solo cuentos de viejas —dijo sonriendo—. Vamos a avisar a Sirtha y a la reina para que se preparen para el desembarco. Llegaremos a la isla antes de una hora.

Yo asentí y le devolví la sonrisa, tratando de aparentar tranquilidad, pero, cuando se marchó, continué durante unos minutos asomado por la borda, sujetando a Hal, mientras seguíamos contemplando el baile de las cecaelias bajo las olas. Era difícil mostrarse escéptico con aquellas criaturas moviéndose ante nuestros ojos. No me avergüenza reconocerlo: pasé el resto del viaje escrutando las profundidades marinas, temiendo que, en cualquier momento, un tentáculo gigante aparecería para arrastrarnos a todos al abismo.

Capítulo treinta Cuando desembarcamos en la playa, una comitiva de seis mujeres, cubiertas de arriba abajo por tules negros, estaba esperándonos en la orilla. Nos dieron la bienvenida en total silencio con un complejo ritual de bienvenida que casi parecía una coreografía. Mi madre, Wilbardo y Sirtha respondieron a aquel ritual repitiendo a la perfección cada uno de los gestos. Yo me limité a coger la mano de Hal y fingir que no estaba acompañándoles porque tenía que cuidar al niño. Desvié la mirada, avergonzado, y la clavé unos metros más adelante, donde terminaba la playa. Todo aquello era muy extraño. Había al menos una docena de tiendas

levantadas en la explanada. Eran unas tiendas enormes. Dentro de cada una de ellas podría dormir con toda comodidad una docena de guerreros. Y parecían lujosas. Estaban hechas por los mismos tules negros que vestían aquellas misteriosas mujeres y bordadas con hilos de plata.

Rodeando las tiendas había multitud de carros y caballos, gente que se afanaba de un lado a otro y hogueras en las que se estaban cocinando guisos que desprendían un delicioso aroma. Cuando la comitiva de bienvenida terminó su baile, me adelanté y me esforcé en dedicarles la reverencia más elaborada y elegante que recordaba.

—Muchas gracias por el recibimiento, señoras —dije cuando me indicaron con un gesto de la cabeza que podía hablarles—. Espero que permitan que nos presente a mí y a mis compañeros. Esta es mi madre…

—Everne, reina de Anglya —me cortó la mujer que encabezaba la comitiva—. Y ellos son Wilbardo, sumo sacerdote de Tared, Sirtha, representante de las tribus de las Tierras del Norte y Hal, un pequeño aventurero de origen desconocido. —Al decir esas palabras, se inclinó hacia el niño y le revolvió el pelo con cariño, demostrando que había humanidad debajo de aquella imagen misteriosa e inquietante—. Y tú eres Kayne, príncipe de Anglya.

—Es increíble lo mucho que sabéis de nosotros, teniendo en cuenta que acabamos de llegar a la isla —dije sorprendido.

—Nuestras videntes nos avisaron hace días de vuestra llegada. —A través del translúcido velo pude discernir una sonrisa burlona—. Eso nos ha permitido organizaros esta bienvenida. Sabemos de la urgencia de vuestra misión y hemos pensado que no estaría bien haceros ir hasta la capital. Nuestra suma sacerdotisa os espera en la tienda

central para concederos audiencia de inmediato.

Mi madre y Wilbardo siguieron a las mujeres hacia la tienda que les habían indicado, deshaciéndose en halagos por tanta amabilidad. Sirtha se retrasó para colocarse a mi lado.

—Para todo lo que les gusta saber, dejan que los demás sepamos muy poco —susurró en mi oído.

—¿Qué quieres decir?

—He intentado entrar en sus mentes y todas ellas están cerradas a cal y canto. Creo que ocultan algo.

—Son expertas en magia, en adivinación, en telepatía… Supongo que aprenderán a ocultar sus pensamientos desde pequeñas para poder convivir sin matarse —aventuré—. ¿Sabes lo difícil que tiene que ser pasar la adolescencia rodeada de chicas que saben leerte la mente? Sería como llevar tu diario tatuado en la cara…

—No es solo eso… No me gustan —insistió Sirtha—. Ocultan su rostro, ocultan sus pensamientos… y creo que este recibimiento también es una forma de ocultar cosas.

—¿El qué? —pregunté confuso.

—¿Tú crees que han trasladado su corte hasta aquí porque están preocupadas por la urgencia de nuestra misión?

—Eso han dicho y no tengo por qué dudarlo.

—Pues yo creo que no quieren que crucemos su dichosa isla ni que conozcamos su capital ni que nos pasemos varios días aquí. Están deseando atendernos cuanto antes y que nos vayamos.

—Me parece que estás un poco paranoica —dije con una sonrisa sarcástica asomando a mis labios—. De todos modos, aunque tengas razón, les estoy muy agradecido por ahorrarme varios días de cabalgata. Vamos, nos están esperando.

Le tendí a Sirtha mi brazo derecho para que se apoyara en él mientras agarraba a Hal con la otra mano. La cabeza de la comitiva ya había entrado en la tienda, pero dos mujeres se habían quedado sujetando las telas que cubrían la entrada para dejarnos pasar. Les agradecí el gesto con una sonrisa y me interné en la tienda.

El interior era aún más impresionante de lo que había imaginado. El suelo estaba cubierto por espesas alfombras y pieles de animales y por todos lados se veían mullidos cojines de terciopelo, raso o seda en los que recostarse. Todo el lugar estaba tenuemente iluminado por una luz plateada de origen desconocido. Según íbamos avanzando, noté que una cálida brisa perfumaba el aire con el embriagador aroma de

las magnolias.

En el centro de la tienda se alzaba un trono. Decenas de niñas y adolescentes se sentaban en el suelo a su alrededor, todas ellas cubiertas de pies a cabeza con tules de color negro bordados con hilos de plata. A través de las translúcidas telas, distinguí que todas miraban embobadas a la figura sentada en el trono, la única ocupante de aquella tienda que mostraba su rostro. Yo también quedé atrapado por aquella imagen en cuantos mis ojos se cruzaron con los suyos. Desprendía poder, autoridad, elegancia… Y me resultaba sumamente familiar, a pesar de estar seguro de no haberla visto nunca antes.

—Su excelencia Bretdha de Aquea, suma sacerdotisa de Lybeth.

La mujer se puso de pie y fue imitada al instante por todas las jóvenes que la rodeaban, que inclinaron la cabeza ante ella y se quedaron en esa postura como si las hubieran petrificado. Vi que mi madre, Wilbardo y Sirtha comenzaban con un nuevo baile de complicados gestos y puse todo mi empeño en imitarles. Lo hice fatal, porque no podía apartar mi mirada de aquella mujer ni dejar de preguntarme por qué me resultaba tan familiar. De repente, recordé mi última conversación con Wilbardo en el barco y la luz se hizo en mi cabeza: "Tu propia madre se crío en Ebona y era una firme candidata a sustituir a su madre como próxima suma sacerdotisa".

¡Aquella mujer era mi abuela! Debería haberme dado cuenta de inmediato. Compartían la misma elegancia, la misma belleza serena, la misma autoridad… y la misma frialdad. Pensé con amargura que no me imaginaba a aquella mujer tejiendo una bufanda para sus nietecillos ni cocinando pastelitos. No me había perdido nada por haber tardado tantos años en conocerla.

Noté sus ojos fijos en mí y me pareció que sonreía y que hacía un leve gesto de asentimiento con la cabeza, como si se alegrara de conocerme, como si, de alguna extraña manera, yo colmara las expectativas que se había hecho de su nieto.

Cuando el ritual de saludo terminó, me di cuenta de que mi madre me estaba mirando para indicarme que debía ser yo quien tomara la iniciativa en la reunión. Di unos pasos en dirección al trono, pero mi abuela se adelantó y me tomó de las manos. Noté un leve cosquilleo en el centro de mi cerebro y comprendí que aquella mujer acababa de escudriñar todos mis pensamientos, sueños y recuerdos… No tuve más remedio que sonrojarme. A lo largo de mi vida había hecho muchas cosas que una abuela no debería saber.

—Así que acudes a nosotras para comprender qué es lo que le está sucediendo a tu hermano —dijo tras soltarme las manos y regresar a su trono—. ¿Qué te hace pensar que podemos ayudarte?

—Me han hablado de vuestra sabiduría, de vuestro dominio de las artes mágicas y los saberes arcanos —contesté—. Si una mujer tan sabia como vos no puede ayudarnos, no se me ocurre quién podría hacerlo.

—Además de guapo, eres adulador. Eso explica tu éxito con las mujeres. —Escuché como Sirtha resoplaba a mi espalda, pero la ignoré para seguir mirando a la sacerdotisa—. Por desgracia, esas adulaciones no van a servirte conmigo.

—¿No vas a ayudarnos? —pregunté confuso.

—Sí, pero porque confío en la importancia de vuestra misión y porque en realidad no es difícil contestar a tu pregunta. Tan solo deberías mirar en tu interior para encontrar la solución a tus problemas.

—No entiendo lo que quieres decir…

—¿Puedo hablar con total franqueza? —preguntó la mujer después de pasear la mirada por mis acompañantes.

—Por supuesto —contesté—. No hay nada que tenga que ocultar a mis amigos.

—Tú lo has querido. —La sonrisa de la mujer se volvió cruel. Parecía que se estaba divirtiendo con aquello—. Sabes que, al traicionar a Habel acostándote con su prometida y deseando accidentalmente que desapareciera, tú fuiste el causante de la muerte de tu hermano.

Escuché un grito ahogado a mi espalda y me giré para ver como mi madre me contemplaba con la incomprensión y el dolor anegando sus ojos. Vi que se tambaleaba y estuve a punto de correr hacia ella, pero Wilbardo y Sirtha la sujetaron. La voz de la sacerdotisa volvió a llamar mi atención.

—Sé que intentaste arreglar lo que habías hecho con tu segundo deseo, pero Thaeba volvió a manipularte y tan solo has conseguido empeorar la situación aún más.

—No me manipuló —protesté—. Tuvimos mucho cuidado para que nos concediera el deseo que queríamos, pero no sabemos qué es lo que pudo salir mal.

—Acabo de internarme en tu mente y he visto todos tus recuerdos. He sido testigo de lo que pasó y puedo decir sin miedo a equivocarme que te manipuló —insistió la anciana—. Comprendo que te sientas dolido al haber sido engañado de esa forma dos veces y que quieras pensar que lo hiciste todo bien, pero eso es lo que sucedió. —Al ver que yo negaba con la cabeza de forma vehemente, me miró con lástima, levantó el dedo índice para indicarme que callara y siguió hablando—. Tus palabras exactas, dictadas por la princesa Thaeba, fueron: “Deseo

reanimar el cuerpo de mi hermano". No pediste que lo resucitara, no dijiste nada de su alma. Pediste que reanimara su cuerpo y eso es lo que te concedió. Te ha devuelto una cáscara, un cuerpo sin alma ni emociones, un tirano sin sentimientos que hará lo que sea por salirse con la suya, alguien a quien no le importa matar ni siquiera a sus seres más cercanos…

Volví a negar con la cabeza. No quería creer que lo que estaba diciendo aquella mujer pudiera ser cierto, que Thaeba me hubiera engañado otra vez, que lo que ocupaba el trono no era mi hermano, que había traído a la vida a un monstruo… Sin embargo, todo cuadraba. Habel había sido reanimado, tal y como reanimaban los nigromantes de Olvasus a los cadáveres que había visto en la batalla. Solo era una cáscara que se descomponía día tras día y que carecía de moral, de honor, de sentimientos… Eso explicaba que se hubiera convertido en un tirano capaz de arriesgar miles de vidas de sus compatriotas en una guerra, capaz de ordenar la muerte de cualquier inocente a cambio de conseguir la información que quería, capaz de poner precio a la cabeza de su hermano y de su propia madre… Tuve que apretar la mandíbula para no dejar salir un sollozo. Cuando me recompuse, clavé la mirada en aquella mujer, que seguía manteniendo fijos en mí unos ojos azules tan similares a los de mi hermano…

—¿Qué es lo que puedo hacer? —pregunté—. ¿Hay alguna manera de arreglarlo?

—Por supuesto —contestó la mujer con una sonrisa—. Solo has pronunciado dos deseos.

—Aún me queda uno —dije triunfante.

—Eso es. Tienes que volver a enfrentarte a Thaeba y hacer que te conceda tu último deseo: la resurrección de tu hermano en cuerpo y alma —asintió ella—. Y asegúrate de hacerlo bien esta vez.

A pesar de sentirme un poco mareado, conseguí dedicarle una grácil reverencia en señal de agradecimiento. En aquel momento, ni siquiera estaba seguro de cómo me sentía. Por un lado, acababa de descubrir que Thaeba había vuelto a engañarme, que se había reído de mí y, con mi colaboración, había convertido a mi hermano en un monstruo sin alma. Aquello debería haberme hecho sentir tan avergonzado de mí mismo como para querer ocultarme en alguna profunda caverna del más oscuro bosque y que nadie volviera a encontrarme jamás. Sin embargo, por otro lado, la suma sacerdotisa de Ebona acababa de desvelarme cómo arreglar lo que había hecho. Había aún una solución, una manera de devolver las cosas a su estado original. Y, mientras existiese la más remota posibilidad de arreglar lo que había hecho, no pensaba rendirme. Me daba igual que fuera un suicidio

tener que internarme de nuevo en Olvasus a buscar a Thaeba. Iba a conseguirlo…

Me giré un momento hacia mis acompañantes y les dediqué una sonrisa de disculpa. Mi madre giró la cabeza de forma ostensible y evitó mirarme a la cara. No la culpé. Acababa de descubrir que yo era el responsable de la muerte de su hijo predilecto y de que, en aquellos momentos, un cadáver andante sin alma ocupara el trono de Anglya. Aquello era algo que no se podía perdonar fácilmente. Dudaba de que fuera capaz de perdonármelo algún día. Mientras sentía como el corazón se me partía en pedazos, volví a girarme hacia la soberana de Ebona: —Vuestra sabiduría me ha sido de gran ayuda y nunca voy a dejar de estar en deuda con vos, pero voy a abusar de vuestra generosidad pidiéndoos un último favor. —Esperé hasta que la mujer asintió para pronunciar mi petición—. Voy a partir a una peligrosa misión y no quiero poner en riesgo a mis compañeros. Os ruego que les deis refugio y que os ocupéis de ellos hasta mi regreso…

Mientras pronunciaba aquellas palabras sentí una opresión en el pecho al hacerme consciente de que era muy probable que no regresara nunca y que aquella podía ser la última vez que les viera. Para ponerme las cosas aún más difíciles, todos empezaron a gritar al mismo tiempo.

—No pienso quedarme aquí —dijo Wilbardo—. Me vas a necesitar.

—Ni lo sueñes. No voy a quedarme atrás —protestó Sirtha—. Voy a ir contigo.

—¡No! ¡No voy a quedarme aquí! —Hal no se limitó a gritar. Recorrió a la carrera la distancia que nos separaba y se abrazó a mis piernas con una fuerza que nadie esperaría en un niño tan pequeño.

Mi madre fue la única que no protestó. Parecía encantada con la idea de quedarse en aquella isla y perderme de vista para siempre. Y no la culpaba. Iba a tratar de convencer a mis amigos de que debían quedarse cuando la voz de la suma sacerdotisa me detuvo: —Lo siento, pero no podemos acoger a tus amigos. —Levantó una mano para pedir que le permitiera explicarse—. Como habrás visto, no hay varones residiendo en esta isla. Solo permitimos visitas de muy corta duración. Ningún hombre puede permanecer en la isla de la diosa una vez que el sol se ha puesto. Esa es la razón por la que, al saber que veníais y que necesitabais mi consejo, me trasladé hasta aquí para poder atenderos en cuanto llegarais y que pudierais marcharos de inmediato.

Asentí y forcé una sonrisa, aunque estaba sorprendido por la falta de hospitalidad de aquella gente. Estaba cansado de los vaivenes del barco y había soñado con pasar al menos una noche en tierra firme,

pero parecía que aquello no iba a ser posible.

—En cuanto a tu joven amiga —dijo la mujer señalando a Sirtha—, lleva tratando de colarse en nuestra mente desde que ha llegado. Nos parece una falta de cortesía terrible y preferiríamos que se marchara.

Me giré hacia Sirtha, esperando que se disculpase, pero en su rostro no encontré la más mínima huella de arrepentimiento. De hecho, parecía encantada por haberse salido con la suya y poder continuar el viaje con nosotros.

—¿Y mi madre? —pregunté con voz suplicante—. Me haríais un gran favor si pudierais protegerla.

—Lo haremos —contestó la anciana—. Además de ser la reina de Anglya, un país del que siempre hemos sido aliadas, es una hija de esta isla. Nos sentiremos muy honradas con su presencia.

Dos de las jóvenes que habían permanecido petrificadas durante toda la conversación parecieron volver a la vida. Se colocaron al lado de mi madre y la tomaron por las manos para guiarla hacia la salida de la tienda.

—Sereli y Ricla te acompañarán a tu tienda para que puedas asearte y descansar —le indicó la mujer a mi madre—. Sé bienvenida de nuevo.

Mi madre asintió y salió de la tienda con paso digno y elegante. No se giró ni un solo segundo para mirarme por última vez.

—Os estoy muy agradecido —dije cuando mi madre hubo salido.

—La cuidaremos bien. —La mujer se levantó de su trono, se acercó y, tras ponerme las manos en los hombros, se inclinó hacia mí y besó mi frente—. Lleva contigo la bendición de la diosa. Te deseamos mucha suerte y que triunfes en tu misión.

El resto de jóvenes, que habían seguido de pie y con la cabeza baja en señal de respeto, recuperaron el movimiento y, tras agarrarnos de las manos, nos sacaron de la tienda entre risas y nos guiaron de vuelta a la playa. Vimos que, mientras hablábamos en la tienda principal, habían cargado nuestro bote con ánforas de agua y vino. También nos habían regalado cestas llenas de panes, pasteles y frutas. Sonreí ante aquellas muestras de hospitalidad, a pesar de que estaba muy claro que deseaban que nos marcháramos cuanto antes.

Montamos en el bote y nos dirigimos hacia el barco, que cabeceaba como un enorme animal que echara la siesta acariciado por los rojizos rayos del sol al atardecer. Wilbardo y Hal ocuparon la popa y Sirtha se sentó a mi lado. Mientras nos alejábamos, las muchachas que nos habían acompañado empezaron a entonar un cántico de despedida y a bailar sobre la dorada arena de la playa. La música era hermosa y sus

movimientos me parecieron gráciles y armoniosos.

—Es una bendición de la diosa para los viajeros —explicó Wilbardo sin girarse.

—Me alegro. Creo que vamos a necesitar toda la ayuda que nos puedan brindar, ya sea humana o divina… —No pude evitar lanzar un largo resoplido al pensar en lo que tendríamos que enfrentar—. Tenemos que internarnos en territorio enemigo, cruzar un país con el que estamos en guerra, conseguir llegar hasta su princesa y convencerla para que me conceda el tercer deseo…

—Y asegurarnos de que no vuelva a engañarte —dijo Sirtha sarcástica.

—Tú también estabas allí y no te vi protestar ni advertirme —contesté enfadado—. No fui el único engañado.

En lugar de responderme con un comentario hiriente, Sirtha entrelazó su mano con la mía y apoyó su cabeza en mi hombro para seguir contemplando la danza de las sacerdotisas de Ebona. Yo apreté su mano y reposé mi cabeza sobre la suya, dejando que aquel mágico momento me llenara de paz. Ya habría tiempo para agobiarse más adelante. Al cabo de un rato, Sirtha se movió, acercó sus labios a mi oído y me susurró: —Lo vamos a conseguir. Yo confío en ti.

No pude hacer nada más que asentir y sonreír. Yo no tenía su fe ni su optimismo, pero decidí creer. Había una posibilidad de resucitar a mi hermano y arreglar todo lo que había estropeado. Me daba igual que fuera difícil. Iba a luchar hasta lograrlo. Aunque me fuera la vida en ello.

Epílogo

Everne permaneció de pie en la orilla, viendo como el barco en el que viajaba su hijo se alejaba de la isla. Se estremeció y no pudo distinguir si se debía a sus malos presagios o al frío viento que llegaba del mar. Se abrazó a sí misma y se cerró el chal sobre el pecho, dispuesta a continuar en la orilla hasta que el barco hubiera desaparecido en el horizonte.

Sintió una presencia a su espalda y se giró. Su madre, Brethda de Aquea, suma sacerdotisa de la isla de Ebona, estaba a un par de pasos, contemplándola con adoración. Dejó que una amplia sonrisa inundase su rostro y se lanzó a sus brazos, tan largamente añorados.

—Madre… Por fin… —consiguió decir antes de que la voz se le quebrara en un sollozo.

—Ya está, cariño. —La anciana la acunó como si fuera una niña pequeña—. Te he echado tanto de menos. Ha sido tan doloroso tener que estar separadas durante tanto tiempo. Siento tanto haber tenido que pedirte un sacrificio tan grande…

Everne disfrutó de ese abrazo durante unos segundos más antes de separarse y limpiarse las lágrimas de los ojos con una sonrisa de disculpa. Su madre la miró con ternura y extendió su mano para enjuagar una de aquellas lágrimas que descendía por su mejilla.

—No fuiste tú, madre —la tranquilizó—. Era la voluntad de la diosa. Yo recibí la profecía y el encargo de cumplirla.

—Sí, pero tuviste que abandonar la isla y a tu familia y amigas… Tuviste que renunciar a ocupar el puesto de suma sacerdotisa que te correspondía por derecho. —La mujer suspiró apenada—. Y tuviste que ocultar tus poderes y fingir ser alguien que no eras…

—Todo sea por cumplir los sagrados designios de Lybeth —contestó Everne—. Ha sido duro estar separada de vosotras, pero la profecía se está cumpliendo punto por punto…

Volvió a girarse hacia el mar para observar el barco que se alejaba. Dejó que su pecho se hinchiera de orgullo, expulsó el aire con calma y después recitó: Abandonarás tu hogar para desposarte con el soberano del mundo.

Y en la misma noche sin luna darás a luz a dos hijos: un rey y un traidor.

El rey despertará al dios Tared y lo traerá de vuelta al mundo.

El traidor traicionará a su hermano y provocará su muerte.

Traicionará a su familia y provocará su ruina.

Traicionará a su reino y provocará una guerra.

Se giró de nuevo hacia su madre y sonrió. La anciana se acercó a ella, acarició su pelo con ternura y después tomó sus manos y se las apretó: —Todo eso ya se ha cumplido —dijo Everne con orgullo—. Ya solo falta el último verso: "*Traicionará a su dios y provocará su caída*".

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 27 de septiembre de 2021

Agradecimientos

Como cada vez que acabo un libro, llega la hora de dar las gracias y en esta, mi novela número 20, no puedo ni quiero dejar pasar de largo la oportunidad de agradecer de todo corazón a toda la gente que ha tenido un papel importante tanto en la aparición de este libro como en mi vida en general.

Empezamos por la gente que ha ayudado a que este libro vea la luz: Mónica Gallart, la encargada de que mis novelas se vean tan bonitas por fuera como para que la gente no pueda evitar querer ver qué hay por dentro. Como siempre, es un placer trabajar contigo. Gracias por tu infinita paciencia y por esas manos prodigiosas.

La otra persona responsable de las virtudes de este libro es Laura Duque Jaenés, que me ayudó con la primera lectura y me envío una larguísima lista de comas, tildes y demás que se me habían escapado. Los defectos, si los hay, son exclusiva responsabilidad mía. Laura ha hecho un trabajo excelente y no le puedo estar más agradecida. Millones de *kisses* .

A nivel personal, quiero dar las gracias a todos los que han estado a mi lado y se han convertido en parte fundamental de mi vida: a Jessi, Iratxe e Izas, mis hermanillas del alma; a mis padres; a Art, Chelsea, Rahu y Cyllan, los bichines adorables con los que comparto mis días; a Ángela, Corina y Jorge, mis chicos del Benalmadena Party; a Lidia, Mary y Áger, los miembros de mi aquelarre; a Ángel y Juanmi, que tienen sitio fijo en mi corazón… Y, sobre todo, a Iván, mi chico de ojos mágicos y sonrisa eterna. Gracias por estos últimos seis meses.

Hay tanta y tanta gente... Mucha más de la que pensaba y mucha más de la que seguramente merezco. Gracias a todos por estar ahí.

Y ya por último, pero no menos importante, a ti, lector. Sin ti, nada de todo esto tendría sentido. Al abrir las páginas de mis libros, haces que mis historias cobren vida y que mi sueño sea real. Muchísimas gracias por ello.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Medios de contacto Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish* , *La red de Caronte* , *Viajes a Eilean I: Iniciación* . No lo pienses más y únete).

Otras obras de la autora

Terror/fantasía urbana: Saga ¿Tú me ves?

¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles...

¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller paranormal

Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

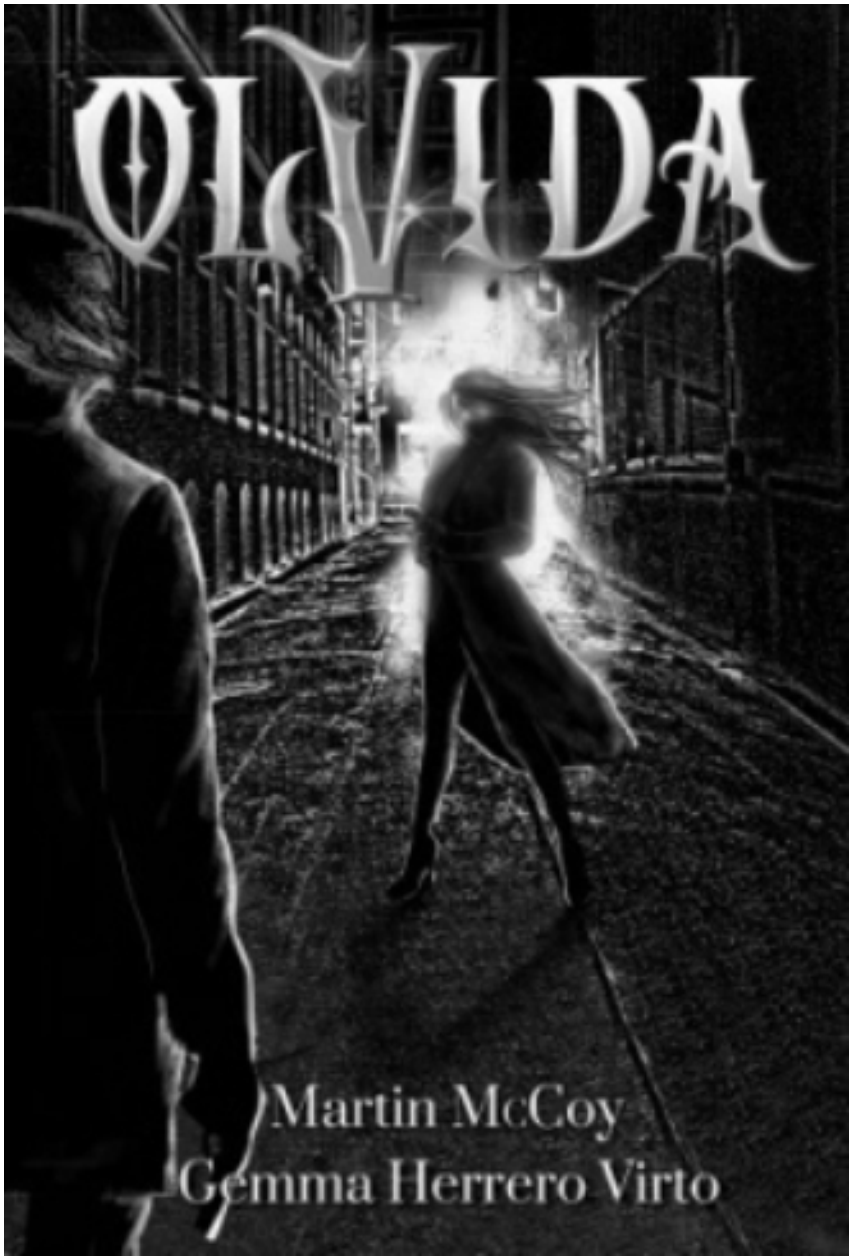
Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.

Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?

Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Cuatro manos. Dos voces. Una historia inolvidable.
¿Te imaginas unir la novela negra y la fantasía paranormal en la misma historia? No tienes que imaginarlo. Ya puedes disfrutarlo.
Acompáñales en esta investigación para encontrar la clave del enigma que trastocará sus vidas para siempre: ¿Dónde está Patrick Malone?


OLVIDA
Martin McCoy
Gemma Herrero Virto

Fantasía: Trilogía viajes a eilean

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Novela policíaca: Serie Caronte

Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos... ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos

Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.

Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica

¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?